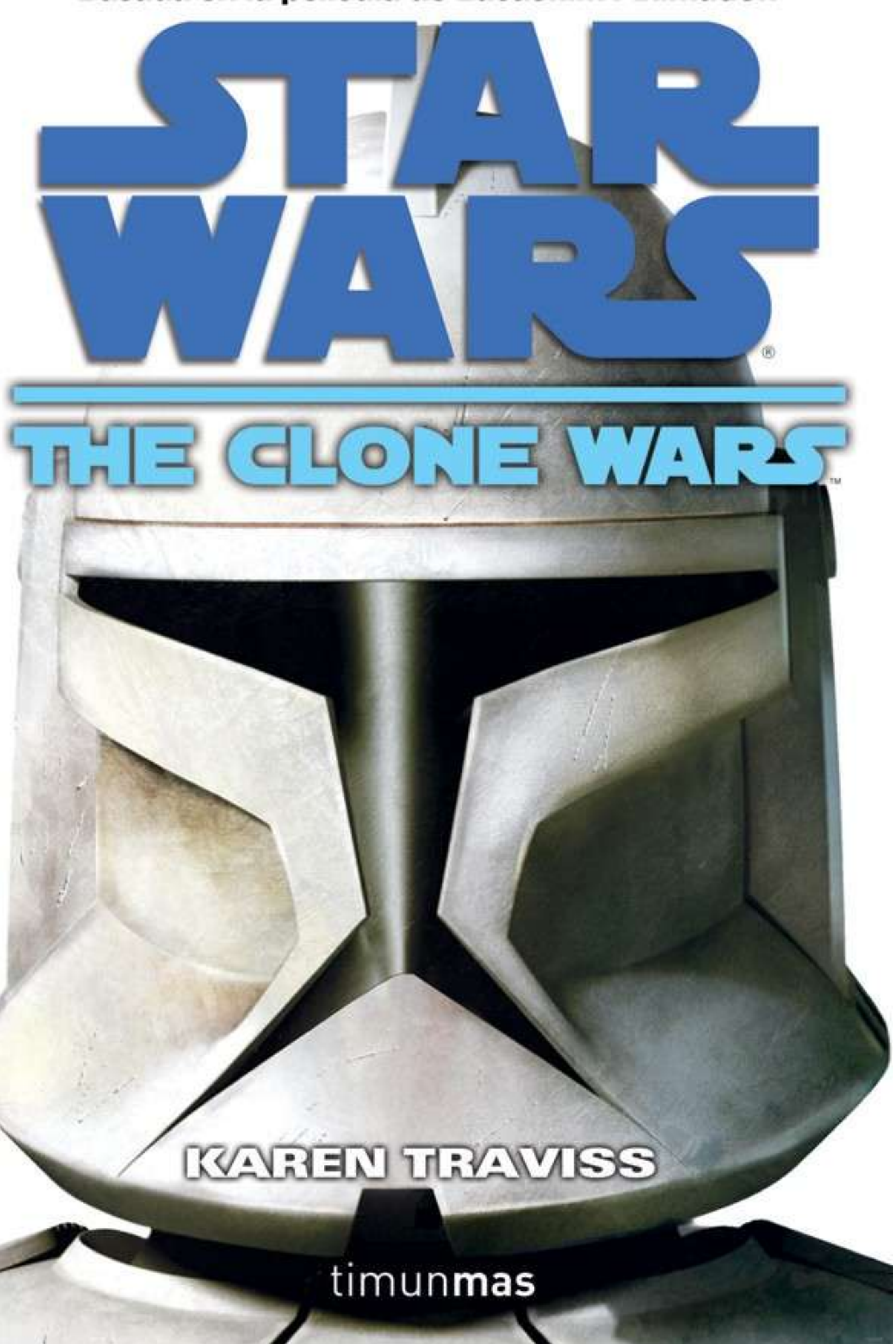

Basada en la película de Lucasfilm Animation
STAR WARS
THE CLONE WARS
KAREN TRAVISS
timunmas

Las Guerras Clon evidencian motivos oscuros y destinos aún más oscuros. Sólo queda una cuestión por resolver: ¿el fin justifica los medios?

Es hora de que los Jedi lo descubran.

Las Guerras Clon se libran a lo largo y ancho de la galaxia. Los separatistas, liderados por el conde Dooku, que ataño fuera Jedi y ahora es lord Sith en secreto, continúan avanzando, y cada vez más planetas están cayendo en sus manos o uniéndose a la causa. Bajo el liderazgo del canciller Palpatine, la República sigue su lucha heroica, ayudada por un poderoso ejército de soldados clon y por sus generales Jedi.

Anakin Skywalker, considerado por algunos como el Elegido destinado a llevar el equilibrio a la Fuerza, es ahora un caballero Jedi bajo la tutela de Obi-Wan Kenobi. La muerte es una amenaza constante, y a sus posibilidades de sobrevivir no ayuda la inesperada llegada de una aprendiz: Ahsoka, una descarada padawan de catorce años de edad. Pero no hay tiempo de que Anakin cuestione las últimas órdenes que ha recibido. A él y a Obi-Wan les han asignado una nueva misión, y no hay lugar para el fracaso.

El preciado hijo de Jabba el Hutt ha sido secuestrado y el desesperado padre acude a los Jedi para pedirles ayuda, por lo que recae en Anakin, Obi-Wan, Ahsoka y sus soldados clon la misión de buscar pistas y recuperar al pequeño Hutt. Pero hay más en juego: un Jabba agradecido podría permitir el acceso de la República al Borde Exterior, un acceso que el Gran Ejército necesita desesperadamente para derrotar a los separatistas.

Pero la República no es el único poder que ansía el acceso a esas rutas. El conde Dooku, decidido a que sean los separatistas los que las consigan, ha tendido una trampa a los Jedi. Cuando éstos encuentren al pequeño Hutt, también se toparán con Asajj Ventress, la más mortífera asesina al servicio de Dooku, acompañada de innumerables legiones de droides dispuestos a cerrar la trampa.

Los hechos que se narran en esta nueva y trepidante película, *Star Wars: The clone wars*, tienen lugar en una época previa a *Star Wars: La venganza de los Sith*, y marcan el inicio de la estupenda serie de televisión. Ambas contienen material original que proviene directamente del legendario creador de *Star Wars*, George Lucas. Y estas excitantes aventuras y estos personajes se presentan ahora en forma de libro de la mano de la autora superventas Karen Traviss.



The Clone Wars

Karen Traviss

Basada en la película y la serie de televisión de George Lucas



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *The Clone Wars*

Autor: Karen Traviss

Arte de portada: John Van Fleet

Traducción: Ana Guelbenzu

Publicación del original: 2008

22 años antes de la batalla de Yavin

Digitalización: Bodo-Baas

Revisión: Holly, 13insurgentes

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

09.06.18

Base LSW v2.21

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Para el Equipo A en PCC, ahora esparcidos a los cuatro vientos

PALACIO DE JABBA EL HUTT, TATOOINE

Los humanos imponían las reglas en la galaxia, así que Jabba el Hutt se sentía con la obligación moral de obviarlas todas.

Educaría a su hijo Rotta para que hiciera lo mismo.

—Podría decirte —dijo al entrar en la fastuosa sala del trono haciendo un amplio movimiento con el brazo—, que un día todo esto será tuyo. No, quiero que tengas más. Mucho más. —Recogió una valiosísima sarta de cuentas de esmeraldas planas, luminosas y con una delicada tracería de veta interna, y la hizo oscilar frente a los ojos de su hijo. La corte reunida (a Jabba le gustaba admirar su colección de seres con talento, valiosos y obedientes) observaba en silencio mientras un solista interpretaba una suave melodía de cuerda—. Mira. ¿No es precioso? ¿No es admirable?

Rotta gorjeó, expulsó burbujitas de baba nacarada y agarró el collar para examinarlo detenidamente, como si calculara su peso en quilates. Entonces se dibujó una sonrisa en su rostro. Sacudió las esmeraldas con entusiasmo, como si fueran un sonajero.

—Cuanto más posees, más fuerte eres. —Jabba esperó hasta que Rotta se cansó de su improvisado juguete y lo soltó. El guardia Nikto avanzó un paso para recuperar las joyas que Jabba sostenía en su mano—. Nuestros cuerpos son lentos, pedunkee, así que nuestras mentes deben ser rápidas. Tendrás que aprender todas estas lecciones antes de heredar mi imperio.

Rotta le miraba a la cara, desconcertado. Aún no comprendía su legado. No importaba: Jabba repetiría esa lección de todos modos, todos los días, hasta que Rotta tuviera edad suficiente para entender que la única manera de conservar lo que es tuyo en una galaxia dominada por esos bípedos prepotentes y fanfarrones de movimientos rápidos, era utilizar el cerebro para participar en su juego, hacerse con la riqueza antes que ellos, antes que nadie, y contratar a seres más rápidos y mortíferos para que te ayudasen a conservarla. Los Hutt no estaban hechos para la movilidad. Estaban hechos para Varl, su planeta natal abandonado tiempo atrás, donde ni su tamaño ni su forma constituían un impedimento, hasta que empezaron a competir con los humanoides.

«Pero aprendimos a ganar. Llenamos un nicho, como dicen los científicos, el entorno del crimen. Y ahora los bípedos vienen a suplicarnos».

«Al fin y al cabo, ¿qué es un crimen? ¿Quién es la República para decirme lo que está bien y lo que está mal?».

—Es casi la hora de la salida diaria de Rotta, lord —dijo el Nikto—. ¿Aviso a la barcaza de vela?

Jabba parpadeó despacio y miró el antiguo crono de pared de marfil de Chammian que había aceptado para saldar una deuda de juego. ¿O se lo había dado ese

contrabandista que no pudo cumplir los plazos de su contrato, y compró sólo una paliza completa en vez de un rayo láser en la cabeza? No importaba. Seguía siendo la hora de la caminata de Rotta, como la llamaba su ama, aunque los Hutt en realidad se deslizaran.

Jabba se inclinó despacio e hizo cosquillas en la barbilla a Rotta antes de cogerlo. El bebé ya pesaba lo suyo, una señal de saludable robustez.

—Tengo asuntos que atender, meekie lorda. Ve con el ama, y pórtate bien. Yo iré contigo mañana.

A menudo Jabba veía reflejada la repugnancia en los ojos de los humanoides. Esas cosas escuálidas y desaliñadas de vida breve lo juzgaban todo según sus estrictos principios. Pensaban que los Hutt eran asquerosos, eso decían. Pero Jabba meció a su hijo, sangre de su sangre, y sólo suya, porque los Hutt no necesitaban un compañero para engendrar un hijo, y se quedó maravillado de su perfección. Era descendencia directa de su padre, Zorba, que se prolongó durante milenios en generaciones de Hutt. Era el heredero de su imperio, creado con esmero, era el Hutt que eclipsaría todo lo que Jabba había logrado. Nada era más importante.

La opinión de los bípedos seguro que no.

Hoy el ama era un droide. A veces una Twi'lek o algún otro sirviente ocupaba el puesto en una lista de turnos que cambiaba al azar. Jabba no quería que Rotta sintiera más apego por los ayudantes contratados que por su padre. Además, recelaba de todo el mundo, de todos, y cuanto menos predecible fuera la rutina, menor era el riesgo. Un equipo de seguridad de gamorreanos bien armados esperaba para acompañar al cuidador. Tatooine era el territorio de Jabba, pero no tenía sentido bajar la guardia.

Jabba acarició la cabeza de Rotta antes de entregárselo a su escolta.

—Protegedlo con vuestras vidas.

Sabían que lo decía en serio. La escolta del niño salió en tropel, y Jabba condujo su repulsor hacia la tarima engalanada en la que se recostaría durante la recepción de su siguiente visita, el virrey de Bheriz. Era un título demasiado grandilocuente para un minero. Sin embargo, estaría dispuesto a intercambiar gránulos de tenilina procesada por el acceso a las rutas del hiperespacio controladas por los Hutt, y toda sustancia esencial para la producción de hipermotor escasea en cualquier guerra.

Si el precio no era correcto, Jabba se haría con el mineral de todos modos. Había maneras de hacerlo. Aun así, resultaba más barato y fácil negociar.

Miró alrededor de la cámara, contento de que sus animadores, guardaespaldas y esclavos estuvieran situados alrededor del trono de un modo debidamente imponente, para llamar la atención del bheriziano justo sobre el poder que ostentaba el señor Hutt con el que estaba tratando.

—Que pase el virrey —dijo Jabba. Adoptó una pose que parecía decir «ven e impresióname»—. No tengo todo el día.

En realidad, sí lo tenía.

Quizá llegara a los mil años. Ningún Hutt tenía prisa con una vida así. Jabba poseía vidas de experiencia, contactos y conocimiento. Tenía ganada a esa especie transitoria desde el principio.

Entró el virrey, con la cabeza baja en señal de respeto —un comienzo sensato, buen comienzo— e hizo una reverencia.

—Lord Jabba… —dijo, en un idioma Hutt correcto—. Es muy amable de su parte aceptar recibirme.

—Sí, lo es. ¿Cuánto puedes ofrecer? —Jabba dio una gran calada ruidosa a su pipa de burbujas—. No hago tratos pequeños.

«¿Cómo iban a entender el largo juego?».

El virrey de Bheriz era un tipo astuto, pero Jabba llevaba generaciones haciendo negocios.

—Lord —dijo, moviendo los ojos como si intentara evitar mirar a las bailarinas Twi'lek dispuestas en torno al trono—. Puedo ofreceros un cuarto de nuestra producción total anual de tenilina a cambio de…

—La mitad. —Jabba volvió a mirar el crono de marfil—. Te lo pediría todo, pero la paternidad me ha convertido en un sentimental. —Sus analistas de mercado le dijeron que los precios de la tenilina se colapsarían en cinco años, ahora que se estaban desarrollando componentes de motor basados en la hexofilenina. No tenía sentido quedarse con mucho excedente—. ¿Tienes hijos?

—No… hijas —dijo el virrey en voz baja—. Tres.

Para un Hutt, la distinción entre masculino y femenino era un detalle intrascendente. Sin embargo, aquellas especies pequeñas y frenéticas de dos géneros basaban civilizaciones enteras en esa diferencia. Jabba no estaba seguro de si el virrey se disculpaba por no haber producido descendencia masculina o sólo confirmaba un hecho.

—Fantástico —dijo Jabba—. La continuidad de la línea de sangre está bien. Ahora sella el acuerdo y tendrás vía libre en las rutas de los Hutt.

No era de forma gratuita, por supuesto. Simplemente era más barato de lo que habría resultado si Bheriz se hubiera cerrado en banda.

—De acuerdo, lord Jabba —dijo el virrey.

Jabba lo despidió con un gesto y volvió a dar una calada a la pipa. A veces era demasiado fácil. A veces… todos los días parecían iguales al anterior, década tras década, y así durante siglos. Miró a su alrededor en busca de una novedad para matar el tiempo, no exactamente algo emocionante —había visto demasiadas cosas en la vida para pensar que quedaba alguna emoción que buscar—, sino sencillamente algo absorbente. Los músicos se lo ofrecieron durante un rato. Jabba se perdió en los acordes.

—¡Lord Jabba! ¡Lord Jabba!

Uno de los guardias Nikto entró corriendo en la sala. Se desplomó sobre las rodillas, casi literalmente, y se deslizó el último medio metro sobre las baldosas pulidas. Por lo general los Niktos no se aterrorizaban: era obvio que portaba muy malas noticias, sabía que no serían bien recibidas.

—Más te vale que sea importante, shag —dijo Jabba.

El Nikto hizo un alto para recobrar el aliento antes de hablar.

—Es el príncipe —dijo—. Hemos sufrido una emboscada. Rotta ha sido secuestrado.

No era el tipo de emoción que Jabba perseguía. El miedo tensó todas las fibras de su cuerpo. Luego, esa reacción de terror se apoderó de él y se irguió en toda su altura y dispersó a las bailarinas y los músicos.

—¡Encontradlo! —bramó Jabba—. ¡Encontrad a mi hijo! Si sufre algún daño… pagaréis todos con vuestras vidas.

UNO

Tenemos que lograr el acceso a las rutas del hiperespacio de las que los droides separatistas no se han adueñado aún. Sin ellas, jamás podremos dominar los planetas del Borde Exterior. Por desgracia, eso significa que necesitamos la colaboración de los Hutt.

Canciller Palparme, sobre los problemas logísticos a los que se enfrenta al Gran Ejército de la República

PALACIO DE ZIRO EL HUTT, DISTRITO DE USCRU, CORUSCANT

—¿Serías capaz de matar a un niño?

El conde Dooku pensó que era una pregunta extraña, viniendo de Ziro. El Hutt estaba totalmente satisfecho con la idea de secuestrar al hijo de su sobrino, pero si realmente pensaba arrebatarle el poder del hampa a Jabba, entonces la aniquilación de todos los rivales, incluidos los bebés herederos, tenía que ocupar uno de los principales puestos en su lista de prioridades.

Tal vez no era así. Y sería un error fatal.

—¿Y tú? —contestó Dooku con naturalidad—. ¿No es casi sangre de tu sangre también?

Ziro parpadeó y movió las membranas nictitantes de los ojos con deliberada lentitud. Era el equivalente Hutt a levantar una ceja en un gesto sarcástico. La sala privada estaba desierta, ni tan siquiera había un sirviente droide que pudiera oírles.

—No nos entiendes, aunque hables nuestra lengua mucho mejor de lo que la mayoría cree —concluyó Ziro—. Pertenece al linaje de Jabba, no al mío. Así que haré lo que haga falta, y mi prioridad es mi descendencia.

Ziro podría estar haciéndose el duro o hablar en serio. Si lo decía en serio, Dooku esperaba por su bien que estuviera también dispuesto a matar a Jabba, porque su sobrino enviaría a todos los asesinos del espacio Hutt a buscarlo si descubría que su tío era el responsable.

—Intenta no precipitarte —dijo Dooku. «No lo eches todo a perder antes de que yo consiga lo que necesito». La estrategia era ganar tiempo—. Intenta que esto tenga las mínimas consecuencias.

—No hace falta que le expliques a un Hutt lo que es una estrategia a largo plazo—replicó Ziro secamente.

Dooku intentó evitar caer en una cadena de razonamientos con Ziro. Si decía algo que hiciera dudar a éste de que el secuestro iba a servirle de algo, el frágil edificio de su

operación se desmoronaría. Dooku no estaba convencido de que llevarse a Rotta evitara o siquiera debilitara el apego de Jabba por el poder, pero Ziro pensaba que aquello haría que su sobrino quedara reducido a mera arcilla en sus manos, que era lo único que Dooku necesitaba.

Sin embargo, Dooku estaba seguro de una cosa: si hacían daño al bebé Hutt, se desataría una fuerza mareomotriz de terrible venganza, y Jabba se esforzaría durante mucho, mucho tiempo en asegurarse de descubrir a todos los que estaban involucrados en el secuestro y castigarlos con su imaginativo estilo único.

Dooku contaba con ello. Quería a los Hutt en el bando separatista, y la manera de lograrlo era culpar a los Jedi de la desaparición de Rotta.

«Pero si la tapadera de Ziro sale a la luz, él tendrá que ser silenciado. No podemos permitir que Jabba sepa que seguía nuestras órdenes…».

Sería una pena que le ocurriera algo a Ziro. Una vez Jabba estuviera de su parte, el destino de Ziro era inevitable: tendría que ser silenciado antes de implicar a Dooku.

No obstante, cualquier Hutt serviría, llegado el caso. No importaba si era Jabba o Ziro quien denegara el acceso al hiperespacio a las fuerzas de la República. Dooku no estaba vendiendo ideología, y sabía con certeza que ninguno de los dos Hutt lo compraba.

—Por supuesto que no —dijo, sonriendo a un ser al que mataría sin dudarlo si supusiera una amenaza para sus planes. No le cabía duda de que Ziro haría lo mismo—. Pero debes tener en cuenta lo que harás con Rotta a largo plazo.

Ziro trasladó su masa por el suelo de mármol hacia una plataforma repleta de cojines de seda brillante y los apartó. Los Hutt necesitaban superficies suaves para moverse adecuadamente. Las alfombras y la tapicería no eran una buena combinación con una capa lubricante de baba. De todos modos, Ziro se rodeaba del mejor mobiliario. Era como si quisiera demostrar al resto de la galaxia su poder en unos términos que el resto de las especies pudieran entender. Dooku no lo despreciaba. Sentía por él un atisbo de pena. Explicaba la necesidad de los Hutt de hacer ostentación de las bailarinas Twi'lek y otros humanoides sofisticados, distintos de un modo tan radical y físico que ningún Hutt podría haberlos considerado atractivos. Los coleccionaban porque los humanoides los codiciaban, y el mensaje era claro: «Poseo todo lo que deseáis, así que tengo poder sobre vosotros».

Todo era producto del miedo. Los Hutt se sentían amenazados. En cuanto Dooku lo comprendió, le resultó mucho más fácil tratar con ellos presionando ligeramente sobre su paranoia.

—Rotta debería estar pronto en Teth —dijo Dooku, mientras se giraba lentamente para mirar hacia la puerta. Oía voces exaltadas en la sala contigua. Percibía angustia, algo habitual en un palacio Hutt con un jefe caprichoso. Tal vez los sirvientes no encontraban la exquisitez excesivamente cara que les habían mandado buscar—. Tienes mucho tiempo para pensar en tu posición cuando te vaya bien.

—Espero una confirmación en cualquier momento. Dime, ¿por qué odias tanto a tu familia Jedi?

—No son mi familia, y no lo son desde hace mucho tiempo —dijo Dooku—. ¿Qué importa?

—La motivación lo es todo en los negocios.

—Lord Ziro, me temo que en realidad no es necesaria la pregunta. ¿Tú pondrías tu futuro en sus manos?

—No confío en que la República haga nada por los Hutt más que intentar evitar que nos ganemos la vida.

Ziro consideraba que los Jedi y la República formaban una única entidad. Dooku había llegado a una conclusión parecida años atrás.

—Y todo el que no quiera formar parte de su familia feliz de la República debe ser un tirano o un anarquista. Si un planeta quiere irse, se le acusa de no ser democrático, porque la voluntad de sus habitantes no encaja con Coruscant. Es un velo de ironía con un bonito bordado.

—No hace falta que me hables de separatismo, Dooku. No me importa tu política, pero sé en qué salsa se marinan mis gorog.

Ziro parecía el fanfarrón del extenso clan de Jabba, pero a veces Dooku percibía indicios de una inteligencia sutil subyacente. Lo tenía en mente.

—Tú me ayudas a conseguir lo que quiero, y yo te ayudo a conseguir lo que tú quieres.

—Bienvenido a la política —dijo Dooku—. No te olvides de que tiene que haber diferentes partidos.

Dooku se armó de valor para relajarse. De pronto se abrieron las puertas de un golpe. Entraron dos droides a paso rápido, y Dooku se deslizó en silencio hacia un hueco en la sombra para observar a escondidas desde un lateral.

—Elevado lord —dijo uno en un tono neutral—. Tenemos malas noticias. El hijo de su sobrino ha sido secuestrado por unos criminales.

Ziro se irguió en un gesto de sorpresa fingida, luego volvió a sentarse provocando un ruido como si cayera una piedra mojada.

—¡Es una atrocidad! ¿Han pedido un rescate? ¡Es un insulto para todos los Hutt! Organizad un equipo de búsqueda. Encontraremos a la escoria que le ha hecho esto al pobre Jabba.

Ziro no era mal actor, dadas las circunstancias. Sin embargo, aunque lo hubiera ensayado, la elección de las palabras resultaba reveladora. Dooku advirtió que se trataba más de la pérdida de prestigio que de la preocupación por la seguridad del niño. Pero los Hutt no pensaban como los humanos, y las normas sociales del crimen organizado no eran las de la clase media de Coruscant. Intentó no juzgarlos, ya que muchas veces su propia especie tenía muy poco de lo que presumir.

Dooku escuchó, a la espera de que el droide se fuera. «Ahora la siguiente etapa. Hay que asegurarse de que atraemos a los Jedi a Teth…».

—Aún no se ha producido una petición de rescate, lord —dijo el droide—. Es raro.

—Veo que la escoria se alimenta del rencor. —Ziro levantó una mano imponente al segundo droide. Dooku no lo veía del todo desde su escondite—. Traedme el comunicador. Dejadme consolar a mi sobrino. Espero que todos los Hutt se congreguen para ayudarle.

«Se está metiendo en el papel…».

—Dicen que lord Jabba está desolado. Ha pedido ayuda a la República, que envíe a los Jedi a buscar al niño.

Era difícil sorprender a Dooku, pero la idea de Jabba entregándose a la simpatía de los Jedi le sentó como una patada.

¿Por qué el jefe de una de las organizaciones criminales más poderosas de la galaxia, que podía comprar todos los cazarrecompensas que quisiera y una red de espionaje que sería la envidia de muchos gobiernos, iba a suplicar ayuda a los Jedi?

Era un movimiento inexplicable para una especie, un señor del crimen, tan preocupado por el desprestigio, por aparentar debilidad, por ser considerado un blanco fácil.

«Jabba no haría algo así. Y debe de tener una explicación, seguro…».

El Hutt tenía entre manos algo oscuro, como le correspondía. Dooku no estaba seguro de qué era, así que se puso en guardia de inmediato. Sin embargo, era un golpe de suerte perfecto, de una perfección poco natural, el hecho de que Jabba pidiera a los Jedi que entraran en su trampa y se implicaran en el secuestro.

Hay quien diría que estaba escrito.

Sin embargo, aunque Dooku no creía en la suerte tanto como en los patrones aleatorios de la conspiración, el complot y el contracomplot no iba a dejar pasar una oportunidad como ésta.

Esperaba que el Consejo Jedi diera la respuesta decente, íntegra y moral y aceptaran.

Estaba seguro de que lo harían.

DOS

Las comunicaciones con el general Kenobi deterioradas están. Así que un mensajero enviamos, con importantes órdenes.

El maestro Yoda al almirante Yularen, que recibe la orden de entregar al general Kenobi a la padawan Ahsoka Tano

DESPACHO DEL CANCILLER PALPATINE, CORUSCANT

—Jamás pensé que oiría a lord Jabba decir eso —murmuró Palpatine mientras el holomensaje se repetía en un bucle de color azul brillante. TC-70, el droide de Jabba, entregó la solicitud de ayuda para encontrar a Rotta bajo la mirada atenta de su señor, que parpadeaba y se movía ligeramente, claramente exaltado—. Debe de sentir una enorme aflicción para solicitar ayuda externa.

El canciller observó a los Jedi reunidos en su despacho para valorar su reacción. La sentía, pero siempre era interesante fijarse en sus pequeñas señales físicas que insinuaban sus angustias internas: el ceño fruncido, un pequeño temblor, un ligero encogimiento de los hombros.

Mace Windu se acarició la barbilla, adusto e impasible. Aquel hombre nunca parecía ni siquiera ligeramente satisfecho con su vida. Los demás (Plo Koon, Luminara Unduli, Bolla Ropal) le dejaron decir lo que todos tenían en mente. Nadie iba a echar a correr para ayudar a Jabba.

Palpatine le dio un empujoncito para provocar una reacción.

—Es una misión adecuada para un Jedi. Al fin y al cabo, no se os puede ocultar nada mucho tiempo. —«Excepto yo, por supuesto». Incluso entonces, tras tantos años de planificación cuidadosa y delicada, tenía momentos en que la naturalidad con la que se movía entre ellos sin que descubrieran que era un lord Sith le hacía detenerse para maravillarse. «No merecéis ser los guardianes de la galaxia, ¿verdad?»—. Vamos, maestro Windu, ¿cuál es el problema?

Windu se recostó en su asiento.

—El día en que destinemos recursos para ayudar a la escoria criminal será triste para la República.

—Son palabras duras, amigo mío. Pero estoy seguro de que él también habla muy bien de ti…

—Canciller, probablemente Jabba sabe quién lo ha hecho, sin duda otro gánster con el que está enemistado. —El tono de Windu no era precisamente sereno—. Nunca se ha avergonzado de utilizar él mismo el secuestro como táctica. ¿Por qué iba a pedirnos

ayuda a nosotros? ¿Y por qué deberíamos emplear a un Jedi en una tarea policial básica cuando hay una guerra que librar?

—Porque es lo correcto, maestro Windu. —Palpatine no tenía ninguna necesidad real de pasar al terreno elevado de la moral, pero le divertía hacerlo y trabajarse sus argumentos. «Los Jedi sois unos tipos tan ciegos… Así os recordaré cuando llevéis tiempo desaparecidos, incapaces de ver lo que está delante de vuestras narices, desde mi persona hasta vuestro deber.»— Ha desaparecido un niño. Si fuera un niño humano, ¿estaríamos manteniendo esta conversación? ¿Acaso el «estilo de vida» de su padre tiene alguna importancia para el sufrimiento del niño? ¿O es que los padres Hutt no sienten la misma pena que nosotros?

—¿Estaríamos teniendo esta conversación —dijo Windu, sin picar en el anzuelo— si el padre del niño humano fuera el jefe del Sol Negro?

—Sí, si pudiéramos entregar esto. —Palpatine se sentó y activó un holocuadro. Quedó suspendido sobre su mesa, una compleja red de líneas y cúmulos de luz que representaban los principales puntos de la galaxia conocida. Apretó el control remoto para eliminar capas de detalles, y sistemas enteros de estrellas y planetas se desvanecieron con un parpadeo, con tanta facilidad, tanta, y quedaron algunos hilos de luz serpenteantes que terminaban en el Borde Exterior—. Dicen que un holograma vale más que mil palabras.

Los hilos eran rutas del hiperespacio. Y todas estaban controladas por los Hutt.

Windu parecía un monumento de granito a la desaprobación. Al final, ladeó la cabeza levemente.

—Aun así, me preocupa. En todo esto hay más que una simple petición de rescate o el hecho de ajustar cuentas. Tengo esa sensación.

Palpatine se permitió una triste sonrisa, con la mezcla justa de «entiendo tu preocupación, pero sabes que tengo razón».

—Puede que no te guste tener tratos con el Hutt, maestro Windu, pero corren tiempos difíciles, y no podemos ser demasiado exigentes con los requisitos de nuestros aliados. Mientras nos ayuden más de lo que obstruyan, eso nos tiene que bastar. Este Hutt tiene el control del acceso al hiperespacio que necesitamos para trasladar tropas y material al Borde Exterior. Es un beneficio mutuo.

—Sigo diciendo que aquí hay algo más que un simple secuestro. Huele mal, conociendo a Jabba.

—No sabía que lo conocía tanto.

—Me baso en su historial…

—Entonces debe dedicar todos los Jedi que pueda a este caso… A juzgar por el historial de Jabba.

—Canciller, es imposible. No damos abasto. No puedo malgastar ni un solo Jedi.

—Y nuestras tropas estarán desplegadas aún con menos densidad si no podemos alcanzar el Borde Exterior y mantener en funcionamiento una cadena de abastecimiento.

—Me temo que estoy de acuerdo con el canciller —dijo Unduli. Había permanecido en completo silencio hasta entonces—. Sean cuales sean los motivos del secuestro, tenemos que negociar con Jabba, y esto nos ofrece una excelente posición para negociar.

—Un éxito asegurado, por así decirlo —dijo Palpatine en voz baja, casi en un susurro—. Salvar a un niño, y salvar a nuestro ejército.

Windu volvió a quedarse en silencio un rato, luego hizo un gesto de reticente claudicación.

—Kenobi y Skywalker acaban de tomar Christophsis. El planeta es muy seguro, así que si alguien puede volver a ser destinado son ellos.

—Muy bien, pues envíalos a ellos —dijo Palpatine—. Yo me pondré en contacto con lord Jabba para tranquilizarlo.

Los Jedi se pusieron en pie e hicieron una respetuosa reverencia con la cabeza, casi sincronizada. Tras devolverles el gesto, Palpatine les observó mientras salían de su despacho. Enseguida abriría un comunicador con Jabba y pondría todo en marcha.

«Lord Jabba, tenéis nuestras simpatías. Debéis de estar loco de preocupación».

Windu tenía razón en algo, aunque no lo supiera. ¿Por qué iba Jabba a exponer su debilidad así en un momento tan favorable? Dooku tendría que ir con la debida cautela.

«Pondremos a los mejores al servicio de este caso, lord Jabba…».

El ruego de Jabba le ahorraba tiempo en el plan de quitarle a los Jedi un potencial aliado, una vez éstos fueran debidamente incriminados, por supuesto. A largo plazo, también era uno de los impulsos y contraimpulsos bien equilibrados que mantendrían la guerra en un incómodo equilibrio hasta que todo estuviera en su lugar, hasta que los Jedi alcanzaran justo la adecuada situación de vulnerabilidad, y Palpatine pudiera decidir poner fin a la guerra y, con ella, acabar con la Orden de los Jedi.

«Es llamativo que no hayan pasado a la acción al oír que había desaparecido el niño. El secuestro es cierto, Dooku se ha encargado de eso. Jabba podía ser un corrupto, pero el niño… sigue siendo inocente. Es impresionante… que la aceptación social del padre afecte a la voluntad de ayudar al niño».

Estos Jedi eran muy selectivos al ejercer su legendaria compasión.

Palpatine esperaba que nada se torciera y que el pequeño Hutt volviera sano y salvo una vez cumplida su función. Al fin y al cabo, Rotta era otro potencial aliado en su plan a muy largo plazo.

Pero si le ocurría algo al pobre niño… Bah, estaba cayendo en la trampa del tópico de ser político, mentiras tan repetidas que al final hasta el mentiroso se convence de que las decía de verdad y de que no ha hecho ningún daño.

Siempre había víctimas inocentes en la guerra, pero aun así había que luchar. Y Jabba se reafirmaría todavía más en el bando contra la República si le ocurría algo a su hijo.

«Es fascinante y… sí, a veces aún se me hace raro jugar a dos bandas, como si quisiera que los dos ganaran».

Palpatine abrió el comunicador de su mesa.

—Quiero hablar con lord Jabba —dijo—. Soy el canciller de la República.

ESTACIÓN DE AYUDA AVANZADA, CIUDAD DE CRISTAL, CHRISTOPHSIS

—Cuidado con el rasurado, señor —dijo el sargento de la brigada, al comprobar el nivel de fluido en un hipoespray hemoestático—. Si le saca más brillo, tendremos que cubrirle con una red de camuflaje.

El capitán clon Rex se paró, con la cuchilla entre el pulgar y el índice, mientras se afeitaba el cuero cabelludo, liso como un espejo, y se pasó la otra mano por la cabeza para comprobar que no se había dejado restos. El pelo era molesto debajo de un casco. Y cuando volvía a crecer, picaba. Entonces el afeitado era necesario, y una distracción en momentos más tranquilos, un ritual que le proporcionaba alivio.

Rex siguió deslizando la cuchilla por la cabeza en franjas precisas que se solapaban ligeramente, con una bota apoyada en el casco, que estaba en el suelo.

—Utilizadme para enviar señales. Deberían verme desde la órbita.

—Se ha dejado un trozo, señor. ¿Quiere dejarse un mechón?

—A lo mejor me hago un moño. —Rex se permitió una sonrisa, luego se guardó la cuchilla en el bolsillo—. O una trenza elaborada como las de los piratas weequay.

Era la primera oportunidad que tenía de sentarse y darse un respiro en muchos días, y le zumbaba la cabeza del cansancio. Los ejércitos de droides secesionistas habían sido reducidos a pedacitos y algunos focos de resistencia. Por fin Christophsis había caído ante la República. A refugio de una puerta de columnatas que servía como puesto de primeros auxilios, sacó su bloc de datos para comprobar los informes de víctimas que entraban, consciente de que un soldado herido estaba sentado sobre un contenedor mientras el sargento, Coric, se ocupaba de la herida de metralla del hombre. Se decía que la armadura de plastoide era lo mejor que se podía comprar: Rex se jugaba la vida a que así era. No obstante, debía tener juntas, huecos y cierres herméticos, y eso siempre era vulnerable. El soldado había recibido una ráfaga de fragmentos irregulares, afilados como una cuchilla y letales como dardos. Algunos habían penetrado por el hueco entre la placa de la espalda y el hombro.

—¿Cómo estás, Ged? —preguntó Rex.

—Contento de que sólo me hayan dado en el hombro, señor —dijo el soldado, sin mirar alrededor—. Por lo menos aún puedo sentarme.

Sí, no era un mal equipo. Podría haber sido mejor, como el sofisticado atuendo del soldado CRA que había visto, pero cumplía su función. La lista relativamente corta de nombres y números de identidad de su libreta lo atestiguaba.

«Pocas víctimas para una batalla, aunque no da esa sensación».

—Nos estamos quedado sin bacta, señor —dijo Coric. Se oyó un tintineo metálico cuando dejó caer fragmentos bañados en sangre en un recipiente de plastoide—. De momento, vamos bien de analgésicos.

Rex hizo un cálculo mental de cuánto tardaría el crucero *Hunter* en llegar a la base de suministros, cargar y volver.

—Han enviado la nave para reponer. Habrá vuelto en…

Rex oyó el pitido de los sensores de su casco antes de sentir el rayo. Lo levantó y se lo caló justo cuando algo retumbaba en la calle tras ellos.

«¡Bum, bum!». Una enorme explosión sacudió la tierra, luego otra.

—¡Que vienen! —gritó una voz por encima del estruendo de la lluvia de escombros.

«Sí, nos hemos dado cuenta, gracias».

Rex agarró su fusil y salió corriendo a la calle, sin mirar atrás, a Coric y el soldado herido. Los dos generales Jedi, Kenobi y Skywalker, ya estaban fuera, esquivando rayos láser. Cuando Rex se unió a ellos, vio un muro de droides, una fila detrás de otra, que marchaba hacia ellos con esa extraña sincronía. No era igual que un ejército bien instruido de seres humanos. La precisión era fría, automática, inexorable, como si esos seres metálicos fueran a seguir avanzando por encima de ti y acabar con todo lo que se interpusiera en su camino. Eran los SDC, los superdroides de combate, los que de verdad le impresionaron.

Alzó la vista y apuntó.

Era la manera que tenían de correr con los brazos extendidos y disparando. Y no tenían una cabeza visible. Cualquiera de esas máquinas podía matarte, pero por lo menos los droides normales tenían un aspecto vagamente humano.

«¿Piensan? ¿Sienten? ¿Me importa?».

«No».

«Nosotros o ellos».

Rex disparó unas cuantas veces, y alcanzó a la primera fila. No conseguiría más que retrasarlos. Nunca se lograba otra cosa. El juego era una cuestión de números, y los droides los tenían. Los soldados clon, despertados de un sueño breve o pillados engullendo sus raciones secas, tomaron posiciones defensivas.

El comandante clon Cody fue corriendo al lado de Kenobi.

—¿De dónde demonios han salido? —El general Kenobi no parecía muy contento con su joven general.

—Te dije que habían cedido demasiado rápido —dijo, balanceando su espada láser en forma de arco para desviar una descarga de rayos láser. Costaba oírle por encima de los rayos—. Menuda victoria, Anakin…

—No fui yo quien decidió enviar la nave a buscar suministros… —Skywalker defendió su terreno, sujetando la espada láser con las dos manos—. Maestro.

—Entonces ninguno de los dos es perfecto, aprendamos esto. Se acerca la segunda ola, señores. Atentos.

Anakin se dio la vuelta.

—¡Pelotón, a mí! —gritó, al tiempo que se daba golpes en la cabeza, la señal para que formaran. Skywalker incluso sonaba como un soldado. Era un general fácil de seguir.

—Rex, ¿ves ese edificio? ¿La esfera de energía? Creo que es la mejor posición.

Rex sacudió el visor macrobinocular del casco para obtener un primer plano.

—Quiero rodearlo para ir por detrás.

—Es arriesgado, pero podemos hacerlo.

—De acuerdo, vamos allá, señor.

Plank, plank, plank. Los droides de combate avanzaban como una sola máquina. Rex odiaba ese ruido. Simplemente no iba a cesar.

Los droides confiaban en los números y seguían avanzando. La rapidez en la capacidad de reacción no era su fuerte. También preferían un buen campo de batalla plano y espacios abiertos. Rex hizo una señal al pelotón para indicarles que deberían retirarse a las calles y callejones desiertos de la Ciudad de Cristal, y luego transmitió las coordenadas del objetivo a través del comunicador del casco. Apareció un cuadro de las calles que conducían a la esfera de energía en el display del visor en el casco de todos los soldados. En realidad, Rex no tenía necesidad de utilizar señales manuales con ese nivel de tecnología de las comunicaciones, pero era algo instintivo, y si los sistemas de proyección de los cascos fallaban, todos tendrían que volver a ejercer de soldados como en los viejos tiempos analógicos.

Coric agarró su equipo médico de campo. Los de primeros auxilios avanzaban siempre con la primera fila.

El general Skywalker se dirigió a toda prisa a la entrada de un bloque de oficinas desierto, con Rex pisándole los talones, para abrirse paso entre los escombros y pasajes de la ciudad y volver por detrás de las filas de droides. La ruta iba paralela a la calle principal. Kenobi, Cody y un grupo de soldados devolvieron los pesados disparos que les llovían desde los droides que avanzaban; Rex no lo veía, pero lo oía y sentía los impactos por debajo de las botas. Unas columnas de humo gris se alzaban hacia el cielo.

«Mantenlos ocupados, Cody…».

Rex pasó como pudo por encima de una fuente destruida de la que aún salía agua a borbotones por un conducto roto. Debía de haber sido un lugar bonito para vivir. Rex intentó recordar sólo unos días antes, cuando la Ciudad de Cristal era un paisaje que parecía esculpido en gemas brillantes. La población civil ya había huido para cuando llegaron los soldados de tierra.

Parecía que había pasado una eternidad, y aún no había visto un habitante de Christophsis vivo. «Pero sí muchos muertos. Muchos». Su filtro de visión nocturna descendió mientras recorría un callejón inclinado hacia la oscuridad, y las siluetas se definieron en la imagen iluminada de verde, un caos de acero transparente hecho añicos, permacemento y cables.

Una luz parpadeó en una consola que salía de la pared. No se había dado cuenta de que aún había un suministro de energía funcionando en este complejo. «No era una trampa-bomba. Nada de señales por el sensor del casco. Sólo una luz». Rex siguió corriendo. La túnica de Skywalker se agitaba y tapaba las débiles luces lejanas como una nube negra.

Rex miró los iconos en el display de su visor del casco para ver si había rezagados, contando los pitidos del transpondedor y números de identificación del pelotón. El sargento Coric estaba justo detrás de él, además del soldado herido. Debía de haber tomado unos cuantos calmantes. El traje del soldado también había perdido cierta integridad. Rex esperaba no entrar en una situación en que necesitara que fuera hermético.

—No hacía falta que vinieras, Ged —dijo Rex.

—Me sentía solo, señor.

—Entonces nosotros te haremos compañía…

Tardaron tal vez diez minutos en bordear las filas de droides, quedarse cerca de las paredes en forma de cañón y recorrer la mayor parte de terreno posible a cubierto para evitar la detección aérea.

Skywalker dio un salto hacia delante, Rex pensó que habría sido muy útil saltarse obstáculos así, y ya estaba en el tejado del edificio de la esfera de energía para cuando Rex abrió las puertas de un empujón.

Se acercaron al parapeto que rodeaba la esfera. Los soldados se posicionaron y miraron arriba, al tiempo que encajaban accesorios anti-armadura en los fusiles. En la planta baja, el resto del pelotón se escondió en el vestíbulo, dispuesta a dar a los droides una sorpresa por detrás a pie de calle.

Skywalker parecía estar valorando dar un salto. Dos plantas más abajo, tres droides octuptarra marchaban hacia delante con su andar entrecortado de tres piernas. Cada uno era una esfera apoyada en finas piernas arqueadas que escupía una ráfaga de balas de cañón.

—¿Cuál es el plan, señor? —preguntó Ged, como si no lo supiera.

Había una manera infalible de atrapar a un droide así. Sin embargo, su perfil estrecho y sus cuerpos esféricos relativamente pequeños los convertían en un blanco difícil de acertar.

El general parecía centrado en uno de los droides.

—Seguidme.

—Tiene razón, señor…

Rex aseguró la cuerda para descender en *rappel* al borde de la azotea e hizo una señal a los hombres de detrás. Skywalker no necesitaba nada tan sofisticado.

Saltó, sin más.

CIUDAD DE CRISTAL A PIE DE CALLE

Anakin aterrizó en la espalda del droide octuptarra con la fuerza suficiente para mantener el equilibrio en la sección plana de su cuerpo esférico sin caerse los dos.

Y el droide no pudo hacer nada para evitarlo.

Dio vueltas y se agitó cuando él hundió la espada láser en lo más profundo de su panel superior. Uno de sus compañeros hizo girar su cañón y disparó. Anakin rechazó los rayos a golpes con su espada de luz mientras Rex y el resto de los soldados clon abrieron fuego y abatieron a los dos octuptarras que quedaban, corriendo sobre los escombros para pelear con la fila de detrás de droides de combate, que ya se habían dado cuenta de que también se estaban enfrentando a una acción de retaguardia.

Anakin sabía que en aquel momento en realidad ya no pensaba. Un instante extraño de separación mental le permitió actuar según un instinto oculto al mismo tiempo que una parte de él retrocedía un paso y lo observaba todo, fascinado y horrorizado a la vez. Su cuerpo había pasado por alto sus funciones cerebrales más elevadas, y le había hecho moverse por el campo de batalla sin su consentimiento. Sabía la posición de todos los droides, todos los soldados clon, pero no conscientemente; veía la hoja azul de la espada láser de Kenobi, que lanzaba destellos intermitentes entre un bosque humeante de droides de combate. El ruido era ensordecedor (gritos, metal que se rompía, explosiones tan fuertes que las sentía como un puñetazo en el pecho), pero no estaba seguro de estar escuchando, ni siquiera de oír. Era… una especie de ceguera en la que, aun así, podía ver.

Las imágenes brillaban y desaparecían frente a él como fotogramas. Balanceaba su espada de luz hacia un grupo de bandidos tusken. «Matasteis a mi madre. Ahora os toca a vosotros». Era un recuerdo, había hecho exactamente eso. Por un segundo no estaba seguro de si estaba viendo droides o moradores de las arenas. Él simplemente daba vueltas alrededor de las filas de droides, balanceándose y cortando, manteniéndose suspendido en una ola de reflejos. Le pasaban por la cara fragmentos de metal. Algunos se desviaban formando ángulos, rechazados no por su espada láser, sino por un impulso de Fuerza instintivo e irracional. En un momento se levantaba de forma súbita cuando estaba agachado hacia la sombra acechante de un SDC, y le hendía la espada láser en el pecho, y en un instante saltaba a la espalda de un droide de combate y le cortaba la cabeza, ayudado por la Fuerza.

Y aun así, atisbaba a los tuskens que no quería ver, fantasmas sólidos, corría a ponerse a cubierto en el bosque de droides caídos mientras los soldados de armadura blanca cargaban, disparaban e incluso los atacaban con hojas vibrantes. Corrió detrás de uno, pero Rex estaba ahora justo frente a él, golpeando con fuerza con el extremo de su fusil DC-15 el frágil cuello de un droide de combate que intentaba levantarse. Rex parecía casi indiferente. El clon golpeaba al droide con la mano derecha al tiempo que tanteaba la bolsa del cinturón con la izquierda para coger una recarga. Apenas se paró cuando colocó el paquete de energía en su hueco y empezó a disparar de nuevo. Otro droide se volvió hacia él, tal vez para ayudar a su compañero caído, quizá no, y recibió una descarga de rayos.

Anakin se esforzaba por ahuyentar el recuerdo de los bandidos tusken. Desaparecieron. Sin embargo, en el tumulto vio una figura alta y dorada con largas garras negras, un tallador de sangre llamado Ke Daiv. También lo había matado, años atrás.

«No es la oscuridad».

«Yo no soy oscuro».

«Esto no es rabia…».

No pasaba nada, siempre se lo habían dicho. Estaba luchando para salvar a sus hombres, y si hacía cosas terribles por compasión, por amor, no se estaba decantando por el lado oscuro. Era el estilo Jedi.

«Por mi madre. Por mis hombres. Por Padmé».

De todos modos, su cuerpo seguía adelante. Metía la hoja en cuerpos metálicos con la misma facilidad que si estuviera cortando césped. Rex y los soldados clon luchaban tanto como él, tan impulsados por la adrenalina como él, demasiado desesperados para sentir su propio miedo natural, y, aun así, en aquel momento le parecían diferentes en la Fuerza, carentes sólo de esa peculiar histeria enloquecida, ese nudo en la garganta… la rabia.

«No me estoy volviendo oscuro».

«Hay que hacerlo».

«No te pares a pensar: te matará».

Anakin ahuyentó la duda, pero le daba más miedo que la muerte. Pasó a toda prisa al lado de Rex hacia la siguiente fila de droides, casi asfixiado por el humo y el polvo suspendido. Lo que tenía en su interior se apoderó de él igual que cuando arrasó el pueblo tusken por el asesinato de su madre, un extraño frenesí frío, igual de absorbente, con la misma intensidad animal.

Siguió matando. Sin saber por qué, no le importaba que los que morían por su espada de luz esta vez fueran droides. Le daba igual. Saltaba de octuptarra en octuptarra, hundía la hoja en cada esfera de droide que encontraba a su paso. Sentía que podía continuar hasta la eternidad, corriendo siempre por esa…

«No es rabia. No es rabia».

En cualquier caso, tenía que dejarlo salir. Los droides estaban aplastados unos encima de otros, incapaces de maniobrar. Los clones les presionaban, disparaban a bocajarro a sus puntos débiles. La metralla salía volando, acribillaba con gran estruendo la armadura de los clones.

— ¡Anakin! —gritó Obi-Wan. Hizo girar su espada láser alrededor de la cabeza y se deshizo de dos droides en un solo movimiento, cortándolos por la mitad por la junta de la cintura—. ¡Vamos!

De pronto Anakin se quedó sin droides. La cacofonía del ruido de la batalla cesó. Ahora estaba cara a cara con Kenobi, de pie sobre una alfombra de droides desmembrados y derribados. En el campo de batalla se impuso un silencio repentino que hizo que Anakin sintiera un pitido en los oídos.

—¿Estás bien, Anakin? —Kenobi le miraba a la cara como si hubiera visto algo.

Anakin respiró hondo y con firmeza. Por un momento desaparecieron los tuskens, los talladores de sangre y los droides enemigos.

—Sí, maestro. —Se dio la vuelta para comprobar cuántos de sus hombres estaban heridos—. ¿Rex? Vamos a evacuar a todos los que podamos mientras…

Pero sólo era calma en mitad de la tormenta. El sonido llegaba desde más arriba en la carretera, ese «plank, plank, plank» de nuevo.

Otra ola de droides.

—Vamos a necesitar refuerzos, rápido —dijo Anakin.

Kenobi alzó la vista como si esperara que apareciera una nave tras su petición.

—Aún puedo enviar una señal con el comunicador al almirante. Debe de haber condiciones atmosféricas favorables.

—De todos modos vamos a sacar a estos chicos —dijo Rex, cansado. Un soldado estaba pidiendo un médico a gritos, dos hombres se abrían camino entre los restos de droides hacia un hombre caído que Anakin sólo veía como una maraña de extremidades. Había por lo menos una docena de soldados heridos.

—¡Vamos, hay que sacar a estos chicos! ¡Muévete! —dijo.

Los clones eran inferiores en número con creces, pero eran humanos: ágiles, motivados y listos. Los droides sólo eran máquinas. Eran víctimas de sus números puros y la falta de flexibilidad en todos los sentidos. Si los ponías en un lugar estrecho, no podían evitar el arco de fuego de los demás, ni siquiera moverse. No tenían espacio para luchar como estaban programados para hacerlo. No podían usar un fusil como si fuera un palo, al igual que Rex, ni lanzar una granada a una escotilla y salir de un salto como el sargento Coric, ni hacer que les importara lo suficiente la vida de sus hermanos para luchar como locos, ni siquiera pensar. Eran máquinas. «Sólo máquinas estúpidas».

«Sólo he destruido máquinas. No he matado».

Anakin se sentía como si se estuviera despejando después de una borrachera, pero nunca había estado borracho. Aquel momento lo dejó confuso y avergonzado de un modo que no entendía. Se deshizo de esa idea. Se acercaban más droides, y había hombre heridos que evacuar. Corrió a ver a las víctimas con Kenobi y Rex, ayudó a los que podía y apartó a los que no.

Plank, plank, plank.

—Paciencia, ruidosos —murmuró Rex, al levantar a un soldado por los hombros para colocarlo en un lugar seguro. Anakin agarró al hombre por las piernas—. Volveré con vosotros pronto.

Entonces la marcha metálica se detuvo. Anakin intentó escuchar, las explosiones cercanas debían de haberle afectado al oído. Pero no eran imaginaciones suyas. Ahora los veía: una fila de estatuas metálicas que al parecer esperaban órdenes.

El avance de los droides había hecho un alto.

—Esperemos que no signifique que están poniendo en posición la artillería de largo alcance —dijo Kenobi. Se limpió la boca con el dorso de la mano, y se manchó la barba de polvo y aceite de droide.

Esas malditas máquinas esparcían escombros y fluidos durante metros cuando les daban.

—No podemos aguantar mucho más.

Anakin lo oyó incluso antes de sentirlo. Era un sonido muy característico, pura música. Alzó la vista a la vez que Rex, y lo que vio era probablemente más maravilloso que su sonido. Era tan fascinante que casi no advirtió que los droides daban media vuelta de forma repentina y nítida y se alejaban de nuevo.

Una lanzadera armada de la República se ladeaba por encima de la calle y viraba hacia la explanada.

—Eso está mucho mejor —dijo Rex. Tenía los hombros levemente caídos, una mezcla de alivio y cansancio—. Ahora no les gustan las proporciones.

Anakin se volvió hacia Kenobi, intentando mostrarse indiferente. Tenía ganas de gritar para celebrarlo, pero no era muy propio de un Jedi.

—Están retrocediendo, maestro. Parece que los refuerzos les han hecho entrar en razón. Vamos, Rex, vamos a darles la bienvenida que merecen.

—¿Dónde está el crucero? —preguntó Rex, al tiempo que se daba golpecitos en un lateral del casco como si tuviera problemas de comunicación—. No capto nada en el ámbito de aterrizaje.

—Vendrá aquí —dijo Kenobi, que irradiaba energía. Como siempre, parecía, se sentía, vigorizado por la batalla. Anakin pensó si él también tenía esos frenéticos momentos asesinos. Kenobi sujetó la espada láser al cinturón y corrió hacia la explanada, donde habían habilitado una zona de aterrizaje—. Es el momento de los refuerzos, los suministros, tal vez, mi nuevo padawan.

A Anakin se le encogió un poco el estómago. «Un peso muerto». Lo distrajo de su roce con la oscuridad, no, la oscuridad no, y lo aprovechó. En realidad cambiar de problema era igual de positivo que descansar.

—No es el momento ni el lugar para adiestrar a un padawan, maestro. Son una molestia.

—Bah, no lo sé. —Kenobi aumentó la velocidad. Empezó a correr de forma constante y se adelantó—. Tú no lo fuiste. Por lo menos la mayor parte del tiempo…

—¿La mayor parte?

—AJ fin y al cabo, la mejor manera de aprender es trabajando. Deberías pedirle al maestro Yoda tu padawan, Anakin. Tienes mucho que enseñar. De verdad creo que deberías hacerlo.

—No, gracias. —Anakin miró a Rex y levantó una ceja cuando Kenobi estaba de espaldas. El capitán se encogió de hombros—. Enseñaré cuando tenga una experiencia que merezca la pena transmitir. Además, un aprendiz me haría ir más lento. En este momento no disponemos del lujo del tiempo.

Anakin habría jurado que a Rex le hacía gracia. No le veía la cara tras el visor en forma de T, pero advirtió un leve descenso de la barbilla y sintió su estado de ánimo en la Fuerza. Entonces aquel hombre levantó los pulgares con discreción.

Anakin le guiñó un ojo. «Gracias, Rex».

La nave tomó tierra entre dos emplazamientos de cañones, y descendió la rampa. Sin embargo, no desembarcaron nuevos soldados clon, ni droides de suministro conduciendo repulsores totalmente cargados y cajas de municiones.

En cambio, bajó a la explanada una pequeña togruta hembra. Una chica diminuta. Una niña.

Kenobi se quedó petrificado.

—¿Qué hace aquí esa niña? ¿Dónde está la nave? ¿Dónde está la *Hunter*?

La pequeña togruta se irguió del todo, que no era decir mucho, y estiró el cuello para mirar a Kenobi.

—Al maestro Yoda le preocupaba que no hubierais dado ningún informe, y no podía ponerse en contacto con vosotros, así que me ha enviado con un mensaje.

—¿Que te ha enviado? —dijo Kenobi—. ¿Pero dónde está el crucero? ¿Dónde están nuestros refuerzos? ¿Nuestro apoyo?

—La nave ha venido a traerme. El maestro Yoda quiere que volváis al Templo enseguida. Hay una emergencia.

—Qué gracia, nosotros también tenemos una, por si no te habías dado cuenta.

Anakin señaló con un gesto por encima del hombro las cortinas de humo que aún se elevaban hacia el aire. No se atrevía a mirar a Rex por si la consternación que le subía por la garganta era contagiosa. Tras el feliz alivio de la retirada de los droides, el darse cuenta de que aún estaban asediados supuso un duro golpe para él. No se veía el final, no había reabastecimiento, ni comunicación con Padmé para hacerle saber que estaba bien.

—¿Me estás diciendo que nunca recibieron nuestras señales pidiendo ayuda?

—No creo. Tal vez podamos transmitir un mensaje con el crucero que me ha traído.

—¿Y tú quién eres?

—Soy la padawan Ahsoka Tano —dijo ella.

—Ah, mi nueva aprendiz. —Kenobi le hizo una reverencia cortés, como si estuviera agradecido por salvar por lo menos parte de la situación—. No hay nada como empezar por lo más difícil.

Ahsoka se incomodó un instante, luego sonrió como si hubiera decidido con férrea determinación mantener los ánimos.

—No, maestro, no soy la padawan que os han asignado. —Se volvió hacia Anakin y le hizo una reverencia—. Soy la suya, maestro Skywalker.

TRES

Preparaos para abandonar la órbita, se acercan naves secesionistas. Lo siento, general Kenobi, pero nos están disparando, está solo.

Almirante Yularen, al retirar el crucero Jedi *Resuelto* de la órbita de Christophsis

SALA DEL TRONO DEL PALACIO DE JABBA, TATOOINE

Nunca era buena idea mostrar debilidad frente a los ayudantes contratados.

En cuanto se percataban de que podías sufrir como ellos, empezaban a surgir ideas de escalar puestos, y lo último que necesitaba Jabba ahora mismo era perder el control de su imperio. Él era la permanencia, la estabilidad, la ley no escrita de Tatooine. No podía permitirse ninguna inquietud.

Jabba ocultaba su desesperación y miedo por Rotta tras una máscara de rabia despectiva. Se esforzaba mucho en recostarse en la tarima y comer gorogs de un bote de salmuera, aunque hubiera perdido el apetito.

—Los rebanadores, lord Jabba. —Un guardia gamorreano hizo pasar a un droide técnico y su asociado humano, piratas informáticos contratados, que se situaron ante el trono—. El maestro Gaib y TK-0.

Jabba esperó los segundos necesarios antes de demostrar que les prestaba atención. Se tragó un gorog de cabeza con cuidado y lentamente, sorbiendo las patas que se deslizaban por sus labios, algo que siempre repelía al resto de las especies. Al parecer funcionó con el que se llamaba Gaib. Abrió los ojos de par en par durante una reveladora fracción de segundo. Por lo menos no apartó la vista.

—Informad —dijo Jabba con naturalidad. Se aferraba a cada pizca de información. No podía pasar ni un minuto sin intentar imaginar dónde estaba Rotta en aquel momento, si estaba asustado, hambriento o incluso vivo. ¿Los humanos lo comprendían? ¿Se daban cuenta de que cuando uno vive mil años, cuando tu hijo es tú, producto sólo de tus genes y no algo que podrías recrear una y otra vez como si tal cosa como su especie de crecimiento rápido, que tu hijo era todo el futuro? Tenía sus dudas. Los humanos eran tan temporales… sólo entendían el presente—. Habéis descubierto algo.

No era una pregunta. Era una orden. Gaib le dio un empujoncito al droide.

—TK, enséñale a lord Jabba…

—Registros de control de tráfico aéreo —dijo TK-0. Tenía una cúpula brillante como una unidad de R2. Extendió un pequeño cilindro desde el armazón para proyectar un holocuadro en las baldosas incrustadas, donde aparecía ampliado un sistema estelar, dividido en un sol y un planeta que giraba. Uno destacaba por un brillo rojo latente—.

Registros de transmisión del comunicador. Datos médicos, accesos al banco. Al establecer una correlación entre todo eso, que exigió ciertos procesos, debo añadir, llegamos al planeta Teth.

Jabba esperaba una explicación más extensa. La había pagado.

—¿De dónde sacáis exactamente esa conclusión?

—De naves que salen de Tatooine en la hora estimada —intervino Gaib—. Nosotros… adquirimos los registros salientes del comunicador de todos los principales nodos de la holorred dentro del tiempo de vuelo de un día. Lo que acabó de concretarlo fue comprobar las solicitudes de acceso a la base de datos de apoyo mutuo de todas las especies galácticas. —Hizo una pausa, como si estuviera midiendo su siguiente frase para ver si era lo bastante larga como para hacerle esperar—. También hemos pirateado los logos de acceso. Es un recurso de salud pública de la República. TK-0 examinó todas las solicitudes de información sobre la salud y las enfermedades de los Hutt.

—Nosotros apenas enfermamos —dijo Jabba, pausadamente.

—Bueno, no hemos dicho que el archivo de los Hutt fuera extenso…

El enfoque de sus investigaciones estaba inquietando a Jabba.

—¿Por qué ibais a mirar ahí? ¿Por qué una base de datos de enfermos?

—¿Cuántos seres saben cómo cuidar de un bebé Hutt? —dijo Gaib—. Alguien que no sea un Hutt, claro, porque ningún Hutt se enfrentaría a ti, ¿verdad? Así que lo primero que haces si secuestras un bebé es preocuparte por mantenerlo vivo y en buen estado. Hay que comprobar qué es normal si empieza a… bueno, lo que sea que hagan los bebés Hutt. Llorar. Ponerse enfermos.

Jabba sólo podía pensar en lo peor. Los Hutt no eran propensos a verse afectados por todos los bichos e infecciones que surgían. La mayoría de los venenos no funcionaban con ellos. Algo iba muy mal: no tuvo que esforzarse mucho en interpretar aquella escena de rabia.

—¿Tenéis razones para pensar que mi hijo está enfermo?

TK-0 prosiguió, impasible.

—Alguien en un vuelo espacial procedente de Tatooine ha accedido a la base de datos GASSH para descargar información sobre enfermedades infantiles de los Hutt, y esa nave aterrizó en Teth.

Jabba llamó a TC-70, su droide intérprete.

—Envía a los cazarrecompensas a Teth inmediatamente. Y paga a esos dos. —Se inclinó hacia delante despacio y miró fijamente primero a Gaib, luego a TK-0, parpadeando pausadamente—. Seguiré contando con vosotros. Quiero que estéis disponibles cuando os llame, y tendréis una buena recompensa.

—¿Y si estamos ocupados? —preguntó TK-0.

—Entonces tendréis un funeral decente… O un desguace a elegir.

—Le sorprendería ver lo rápidos que pueden llegar a ser nuestros plazos de respuesta a un cliente —dijo Gaib, mientras dirigía a TK-0 hacia la puerta con las dos manos—. Un placer hacer negocios con usted, lord Jabba.

Jabba ni siquiera los vio marcharse. Había cerrado los ojos un momento, y se le pasaron por la mente todas las atrocidades. La escoria que se había llevado a Rotta podía haber hecho una chapuza de secuestro. Haberle herido, por accidente o no, y cuando él los atrapara, les haría sufrir, de maneras que ni siquiera podían llegar a imaginar. Abrió los ojos de nuevo. Los rostros silenciosos, angustiados, de los animadores, sirvientes y guardias estaban fijos en él. Desde hacía dos días reinaba en el palacio el ambiente de un funeral interrumpido. Reprimió la urgencia de ir en persona a Teth, pero pagaba a otros para que lo hicieran, y necesitaba estar allí para supervisar las operaciones.

No sabía lo que podría ocurrir si se diera la vuelta y se fuera de Tatooine, donde no eran ajenos a los golpes al poder. Sin embargo, no se había producido la petición de un rescate. Fuera lo que fuera lo que quisieran los secuestradores, no era el habitual montón de dinero imposible de localizar, ni lingotes de aurodium, así que cabía la posibilidad de que la compensación que buscaban fuera territorial, o pura venganza. Un sindicato del crimen enemigo, o incluso un kajidic Hutt rival… A lo largo de los siglos Jabba se había ganado una lista considerable de personas que se convertirían en enemigos si tuvieran oportunidad, aunque ninguno había demostrado tener el valor o la osadía de enfrentarse a él… todavía. Pero las guerras creaban tumultos, y algún tonto podría considerar que era un buen momento de aprovechar el caos que se estaba formando alrededor de él.

«¿El Sol Negro? No…».

No se atreverían. Nadie quería una guerra del hampa ahora que había grandes beneficios que obtener de la real.

«O la República».

No era el estilo de altruismo hipócrita de la República, pero no confiaba en Palpatine, así que ya vería cómo reaccionaban a su solicitud de ayuda a los Jedi. Si Palpatine se esforzaba de verdad, los Jedi seguirían el rastro de Rotta. Si no, entonces Jabba sabría que la República tampoco quería nada de él, ni estaba involucrada.

«Un éxito asegurado. En cierto modo».

En aquel momento Jabba sospechaba de todo el mundo. Los iba a ir descartando de uno en uno. Luego castigaría al que quedara.

—Capitán —dijo. El nikto que esperaba junto a su tarima, el jefe de su destacamento de seguridad, se puso en firmes de un respingo—. ¿La tripulación de la barcaza de vela ha recordado algo del secuestro? ¿Algún otro detalle útil?

—No, lord Jabba.

—¿Cree que lo han intentado con todas sus fuerzas?

—Sí, lord.

—Entonces ejecútelos.

Nadie respiró en la sala del trono. Una fina voluta de humo se elevó hacia el techo desde una extraña lámpara de aceite de halamo. No se oyó ni un movimiento ni un suspiro, pero Jabba estaba contento de que su séquito lo hubiera entendido. No estaba atacando por angustia, en absoluto, ni cegado por una rabia inevitable. Estaba dejando claro que no se podía tolerar un fracaso de ese calibre, por lo que debía ser castigado.

No, no estaba fuera de control, ni debilitado, en absoluto. Sólo estaba dirigiendo su imperio. Los negocios, como siempre.

Tomó otro gorog del bote y lo engulló, la cabeza primero.

LANZADERA PRIVADA DE DOOKU, SITUADA EN ALGÚN LUGAR DE KEM STOR AI

—Muy inteligente —dijo Dooku. Se acercaba una tormenta, oía el viento huracanado que silbaba alrededor de las escotillas de la nave que permanecían abiertas—. Estoy realmente impresionado.

Había un holograma de color azul brillante de Ziro el Hutt sobre la mesa, como un adorno de dudoso gusto, de los que regala alguien importante y, por lo tanto, no pueden quedar relegados a un armario.

—Jabba sospecharía que le están tendiendo una trampa si fuera más obvio. Un rastro de migas funciona mejor para atraer su atención que una señal deslumbrante. Así que hice que alguien lanzara algunas transacciones electrónicas que sólo pudiera localizar un buen operativo de seguridad.

«¿Y fue idea tuya? Eres más inteligente de lo que aparentas, ¿verdad?». Siempre costaba encontrar el equilibrio entre una inteligencia peligrosa y útil en un colaborador.

—Y si se le hubiera pasado por alto, lord Ziro, le habríamos dado algunas pistas adicionales.

—Pero no le pasó inadvertido.

«Lo sé. No iba a dejar que esto dependiera sólo de ti, ¿verdad?».

—Sus cazarrecompensas están de camino a Teth. Yo asumiré el mando desde aquí.

Ziro tembló levemente.

—Asumir el mando…

—Para ello necesito asegurarme de que la información sobre los cazarrecompensas de Jabba llega a los oídos adecuados dentro del Gran Ejército, y que no se rescata de verdad al bebé Hutt. Soy quien mejor puede hacer esa tarea. Eso es todo.

—¿Y luego?

—Como te he dicho antes, tú déjame el resto a mí. Tengo un socio fiable que participará en la siguiente fase de la operación. —Dooku bajó la cabeza—. Te mantendré informado.

El holograma desapareció cuando se cerró el comunicador. Dooku giró un poco la cabeza para aliviar la tensión del cuello, y luego se acomodó en su escritorio (incluso en una lanzadera necesitaba una ilusión de permanencia) para estudiar el plano del terreno y los esquemas del monasterio de Teth de nuevo. Nunca había garantías de que un plan se

desarrollara ni remotamente como se había pretendido, ni siquiera las pequeñas etapas, los avances paso a paso al poner en su sitio las piezas dejarik. Sin embargo, éste iba bien.

Dooku abrió su bloc de datos. Había tantas capas de planificación, tantos organigramas que construir en su cabeza que dirigirían el curso de los acontecimientos en un sentido o en otro, o implementar el plan de contingencias adecuado cuando algo se torciera. La planificación era una ciencia, y él odiaba verla reducida a menos.

El secuestro podría haber salido mal y que los secuestradores fueran atrapados, pero no había nada que los relacionara con Dooku, y él tenía planes de contingencias para volverlo a probar sin la ayuda de Ziro. Quedarían otras brechas que abrir entre Jabba y la República. Tal vez no habrían sido localizadas las pistas sobre el vuelo a Teth, pero él habría puesto algunas más en el camino de Jabba. El Hutt podría no haber pedido ayuda a los Jedi, pero al final Dooku tenía un plan en cascada de operaciones encaminadas a encontrarle un papel incriminatorio a algún Jedi en el secuestro de Rotta.

«Llevo años preparando la ruptura del poder de la República. Años. Aún queda mucho por recorrer, pero todo llegará. La galaxia está preparada para ello. Los planetas quieren dirigir sus propios asuntos. Haz que sea pronto, Darth Sidious. La República es la peor de las dictaduras: una seudodemocracia envuelta en sonrisas y tolerancia, mientras hagas lo que te ordena. Y yo no voy a hacer lo que me diga nadie. Pensaré por mí mismo».

Dooku miró la malla de luz que mostraba el plano de una estructura parecida a un castillo llena de pasajes, cámaras y paredes altas.

«No pienses, padawan Dooku».

—Entonces estabas equivocado, Jedi —dijo en voz alta—. Y estás equivocado ahora.

El destino no era cuestión de sentimientos, sino de pensar, de racionalidad. Dooku no consideraba que reaccionar a ciegas a los sentimientos fuera una especie de virtud mística, sino una debilidad.

A un niño lo castigaría por ceder a sus impulsos, por falta de madurez y autocontrol.

De pequeño lo habían formado para no pensar. De niño había recibido formación para ser un Jedi.

«No te hagas tantas preguntas, padawan Dooku. Siente. No dudes. Cree».

Bueno, ahora cuestionaba las cosas. Y no creía. La República estaba totalmente corrupta, y los Jedi eran sus lacayos, mercenarios mojigatos. Su pequeño y cómodo cártel estaba llegando a su fin. Darth Sidious acabaría con él, y Dooku sabía que su deber moral era ayudar a que llegara ese día.

Entonces volvió a ver nieve, no la mesa pulida de madera de apocia; un campo de batalla en invierno, por fin en silencio. Las finas líneas esquemáticas de luz roja se convirtieron en manchitas y regueros de sangre que Dooku temía no poder limpiar jamás de sus manos.

Estaba de pie, hundido hasta los tobillos en la blancura amortiguada y fría como el hielo de Galidraan en invierno. Había muertos Jedi y mandalorianos por todas partes. Y aún oía su propia voz horrorizada, su vergüenza.

«¿Qué hemos hecho?».

Fue una masacre, y la habían llevado a cabo los Jedi, títeres del gobernador corrupto de Galidraan, que había creado el ejército mandaloriano para servir a sus intereses. Retrospectivamente, Dooku comprendió que fue el punto clave que le había cambiado la vida. Fue el momento en que empezó a pensar.

«Yo creía en mis maestros. No pensaba por mí mismo. Ellos tampoco se cuestionaban nada, creyeron al gobernador. Simplemente le hicieron caso. Y nosotros matamos a gente. Los matamos porque lo dijo un criminal».

Para acabar con vidas, ir a la guerra, no se podía otorgar el beneficio de la duda, no se podía creer la palabra de nadie. Ahora Dooku sólo creía en las pruebas.

«¿Qué he hecho?».

«Has entrado en razón».

«Pero ahora les estoy tendiendo una trampa a los Jedi. Eso me convierte en un ser tan degenerado como ellos».

«Considera que estás utilizando su propia complacencia contra ellos. Usar sus mismas armas, justicia poética. Cueste lo que cueste. Ellos no van a disculparse y renunciar a su posición sólo porque tú desveles el comportamiento indebido de la República, ¿verdad?».

Últimamente, y más que nunca, tenía esas conversaciones consigo mismo.

La nieve se había derretido, los muertos estaban enterrados. Sin embargo, no podía borrar la cara de Jango Fett, el rostro de un hombre que había regresado de una muerte en vida que era la esclavitud en la que Dooku lo había introducido, marcado por todas las líneas amargas de la supervivencia únicamente para tener su momento de justicia. Siempre era la última imagen que tenía Dooku. No era sólo que los millones de soldados clon de Fett le impidieran olvidar: Fett no había vivido para ver la caída de los Jedi. Se daba cuenta de que su motivo para compartir, y apoyar, la ambición de Dooku no era la codicia, sino la misma idea de que la Orden de los Jedi era una conspiración destructiva y desestabilizadora.

Al final, los Jedi habían matado a Fett. De todos modos, la mayor parte de él había muerto en Galidraan, y sólo su sed insaciable de justicia había mantenido aquel cuerpo fantástico en movimiento.

«Llegará nuestro día, Fett».

Dooku abrió de nuevo el comunicador, esta vez al monasterio de Teth. Era el momento de la siguiente fase de la operación.

—Ventress —dijo—. Ventress, ¿el niño Hutt está bien? Mantenme al corriente.

CUATRO

Hay que conocer la procedencia de la información para valorarla. En otras palabras, ¿quién quiere que lo sepas? ¿Quién no? ¿Y por qué? Si consigues información confidencial con demasiada facilidad, puede quesea infiltrada. Asi que si vas a Teth, ve con cuidado.

Agente del servicio de inteligencia teniente Kom'rk, N-6, brigada de operaciones especiales, Gran Ejército de la República

PUESTO DE OBSERVACIÓN, CIUDAD DE CRISTAL, CHRISTOPHSIS

Anakin sabía que tenía que aguantarse y soportar cierta burocracia por parte del Consejo Jedi, pero eran tiempos de guerra. Y tenían muchas posibilidades de morir allí.

No tenía tiempo para un padawan.

Tampoco quería armar un escándalo delante de Rex. Nada era más desmoralizante para los soldados que un oficial al mando que no pareciera tener el control con seguridad. Si sus soldados clon podían soportar cualquier ataque sin rechistar, él tenía que hacerlo aún mejor. Así actuaban los oficiales. Era lo que se esperaba de él.

El rascacielos abandonado era un punto de observación útil. Cuando había buena visibilidad, se veía a treinta clics en todas direcciones. El humo suspendido en el aire había reducido esa ventaja de forma radical, pero seguía siendo un excelente punto estratégico, y compensaba en cierto modo la falta de cobertura aérea y de control aéreo avanzado. Podía dirigir la artillería de largo alcance desde allí.

«Necesitamos refuerzos. Soldados de tierra, un escuadrón de cazas, también un batallón blindado».

Ahsoka se subió a una barra para mirar desde lo alto del rascacielos abandonado, como si estuviera de turismo. No medía lo suficiente como para mirar sin ayuda. Anakin la agarró por el cinturón y la bajó de nuevo.

—Esto no es un ejercicio de entrenamiento, jovencita —exclamó—. Los Seps utilizan balas reales. Son así de excéntricos.

—Sé lo que hago. —Ahsoka se colocó de nuevo el cinturón—. ¿Por qué no envías a un par de brigadas para que se infiltren…?

—Exponte así otra vez y te volarán la cabeza, seas Jedi o no.

Rex tenía la cabeza vuelta hacia las posiciones de los droides. Podría estar mirando o no, eso era imposible saberlo. En momentos así, Anakin envidiaba su casco. Rex no tenía que apretar los dientes. Sólo tenía que desconectar sus enlaces y retirarse a un mundo privado. Podía dar rienda suelta a su ira tanto como quisiera, y nadie se daría cuenta.

Los clones lo hacían, lo sabía.

—Pensaba que habías dicho que nunca tendrías un padawan, señor… —dijo Rex finalmente.

—Alguien debe haberse confundido. —En cuanto el batallón fuera liberado, Anakin enviaría a Ahsoka de nuevo al Templo—. Yo no tengo padawan. No puedo tener un padawan. Lo normal es que este tipo de asuntos se comenten primero.

Ahsoka se colocó frente a él.

—Aún estoy aquí, Sky. Deja de hablar de mí como si no estuviera.

—Sky. —Rex se quitó el casco y se echó a reír—. Sky…

Anakin no estaba de humor. Lanzó una mirada a Ahsoka para indicarle que no le molestara.

—¿Qué me has llamado? Mira, no seas insolente conmigo, jovencita. Ni siquiera tienes edad suficiente para ser una padawan.

—No soy una jovencita —replicó ella—. Tengo catorce años.

Rex se mantuvo serio.

—Yo tengo diez años, pero soy alto para mi edad —dijo.

—De todos modos, el maestro Yoda cree que tengo edad suficiente.

—El maestro Yoda está a años luz, así que es a mí a quien tienes que convencer —dijo Anakin—. Y ya que aún no puedo mandarte de vuelta a Coruscant, puede que nos seas útil. Rex, ponle al tanto de la posición. Y no le permitas impertinencias.

Rex comprobó la carga del fusil y las dos armas de los costados, luego hizo un gesto hacia la escalera.

—Muy bien, señor. Vamos, jovencita.

Ella lo siguió sin discutir, con el ceño fruncido, pero Anakin vio que movía los labios en silencio: padawan. Le importaba mucho su categoría.

—Y si el capitán Rex te da una orden —dijo Anakin—, la obedeces, ¿de acuerdo?

Ahsoka entornó levemente los ojos.

—Sí, Sky.

¡Stang!, no tenía tiempo de jugar con una niña. La vio desaparecer con Rex por el hueco de la escalera cubierto de humo hasta que sintió que volvía a respirar.

Kenobi estaba sentado al lado de la estación móvil de comunicación, con una oreja pegada al ruido de interferencias que emitía la tormenta solar que se abría paso entre las capas superiores de la atmósfera de Christophsis.

—¿No crees que eres un poco duro con ella?

—No, esto no es un juego.

—Admito que no es lo que esperaba en términos de autodisciplina. —Kenobi se detuvo cuando las interferencias se convirtieron en una clara señal de comunicación, pero desapareció de nuevo. Aún no había ventanas para establecer contacto con Coruscant—. Pero tú tampoco lo eras.

—Yo tenía una excusa mejor —dijo Anakin—. Y tampoco me hacía el niño mimado en plena guerra.

—No eres mucho mayor que ella.

—Sí lo soy, maestro —dijo Anakin con serenidad—. Toda una vida mayor.

Kenobi se limitó a mirarlo, con una ceja ligeramente arqueada. Tal vez se insinuaba una sonrisa por debajo de la barba. Se desvaneció cuando se dio cuenta de lo que quería decir Anakin.

—Sí, ya sé cómo te afecta la guerra —dijo por fin Kenobi. No le pidió a Anakin que continuara, aunque debía de haber sentido su dolor de vez en cuando en la Fuerza. Sin embargo, era más que la guerra. Kenobi nunca pidió detalles sobre lo que ocurrió en Tatooine, y Anakin no sabía si lo hacía por tacto o por desinterés—. Bueno, ya eres lo bastante mayor como para darle cierto margen.

«Tú no sabes lo que es amar, maestro. Ni perder. Ni siquiera conociste a tu madre».

Anakin aún no se había formado una imagen coherente de su antiguo maestro, y seguía llamándolo maestro, pensaba en él como tal, así que aquella media sonrisa, por muy benigna que fuera, le hizo pensar si estaba recibiendo una reprimenda. A veces sentía que Kenobi era la estabilidad y la seguridad, otras que era un hermano mayor dominante que lo frenaba y competía con él.

Se lo había dicho a Padmé, y la había dejado desconcertada.

«Y él no quería aceptarme como padawan, ¿verdad? Sólo lo hizo porque era su deber».

Anakin se sentía a menudo prisionero de ideas que él rechazaba. En ocasiones era incluso peor que el recuerdo recurrente del poblado tusken, porque sólo tenía que enfrentarse a sus fantasmas, pero era más duro soportar el resentimiento y la duda esporádicos sobre un maestro al que quería y respetaba.

—Tengo que hacer mantenimiento —dijo Anakin, y agarró un comunicador destrozado de la consola provisional—. Volveré enseguida.

Era su manera de insinuar que quería espacio. Kenobi nunca preguntaba por qué. Por lo general era para conseguir intimidad para comunicarse con Padmé o componer un mensaje para ella para poder enviarlo cuando tuviera oportunidad. Era duro estar separados, y aún más mantener su relación en secreto.

«Nada de apegos, lo sé. Pero no puedo vivir así, maestro».

Anakin encontró una sala tranquila dos plantas por debajo del nivel de observación y se acomodó en un rincón. Antes debía de ser una sala de entretenimiento. Un gran holoproyector sobresalía de una pared, con los cables a la vista, enmarcado por los agujeros y los negros restos esparcidos de una bala de cañón que había atravesado la sala y había dejado un boquete en la pared de enfrente. Había asientos acolchados de felpa, seda brillante Farus de color verde de pelo muy rasurado, tirados en un lado, con las patas de madera partidas, y el relleno de color claro que se derramaba hacia el suelo de un modo que guardaba un inquietante parecido con el tejido cerebral.

Anakin desmontó el comunicador casi sin pensar. Las sondas y microbujías le parecían tan naturales en sus manos como una extensión de su cuerpo. Arreglar cosas era

relajante. Le proporcionaba la sensación de control sobre los acontecimientos durante el tiempo suficiente para serenar sus pensamientos.

«Sky. Apuesto a que cree que es ingenioso. Sólo es infantil».

Ahsoka le molestaba de verdad.

No sabía con certeza por qué, aparte de que no le entusiasmaba la responsabilidad, o el poder, sobre los demás. Además, hablaba demasiado, y era arrogante, de un modo ingenuo, alegre, que parecía decir «por qué no lo arreglamos así», como si él y los soldados clon nunca hubieran participado en un combate. Cuando se trataba de una batalla, bueno, él aún aprendía lecciones de ellos, por suerte. Y ella podía hacer lo mismo.

«El Consejo Jedi tampoco me quería a mí. Ser el Elegido no contaba para nada. El maestro Yoda no me enseñó, ni Windu».

Todos los miembros del Consejo Jedi tenían algo más urgente que hacer que ayudarle a entender qué significaba su poder terrible que cambiaba la galaxia, y cómo debía vivir a su sombra.

Aún no estaba seguro.

Anakin recordaba estar de pie en esa fastuosa y refinada sala del Consejo Jedi, rodeado de lo que él percibía como miedo, desdén y perplejidad. ¿Quiénes eran esos maestros para sentir asombro, cuando él era el que había quedado desarraigado de todo lo que conocía y le habían dicho que tenía un destino? Y con la sensación de que a la única persona que le importaba si estaba vivo o muerto era a su maestro, Qui-Gon Jinn. Dejaron de educarlo como el Elegido.

A Qui-Gon no le importó lo que dijera el Consejo Jedi. Él lo entrenó de todos modos, como un padawan en todos los sentidos excepto en el nombre.

«¿Por qué pienso en todo eso ahora? ¿No lo había superado? ¿Es que no tengo suficientes malos recuerdos desde entonces para ocupar su lugar? ¿No he demostrado que el maestro Qui-Gon tenía razón?».

Si algo lo consumía, era la muerte de su madre. En ese momento, ni siquiera pensaba en Padmé.

Anakin se dio cuenta de que había vuelto a montar el comunicador sin ni siquiera ser consciente. Comprobó los interruptores. Funcionó a la primera. A veces las pequeñas victorias eran las que importaban.

«Quizás ella es como yo. Tal vez nadie más quería entrenarla».

Anakin no quería hacerlo, pero sabía cómo se sentía uno ante el rechazo. Era el momento de ver si era capaz de arreglar el mal comienzo de la relación con su nueva padawan con la misma facilidad con que había arreglado el comunicador.

EXPLANADA CENTRAL, CIUDAD DE CRISTAL

Rex se abrió camino entre los escombros de lo que antes era una bonita plaza urbana, con la nueva padawan de Skywalker al lado.

Esperaba que ella se sintiera agradecida por la decisión adoptada. Se preguntaba si se daba cuenta de que a Skywalker le costaba soportar las tonterías, y de que si llega a presionarlo mucho más lo habría sabido de la manera más dura. A los hombres les gustaba Skywalker, era un soldado de soldados, alguien que les entendía, pero… no, y tenía esa peculiaridad. Rex no lo consideraba un defecto. No había ningún «pero». Era una necesidad en un buen oficial. Había que saber quién era el jefe.

Ahsoka se detuvo y lo miró.

—¿No debería llevar el casco?

Las botas de Rex crujieron sobre un relieve de mármol destrozado que parecía parte de una fuente.

—Llevo el auricular de comunicación. —Se dio un golpecito en la oreja. Pensaba que la niña quería aprender los procedimientos operativos estándar—. Y estamos buscando francotiradores.

—¿Ha pensado en retrasar esa línea? —Ahsoka señaló la posición de artillería—. Tendrían mejor cobertura así.

Vaya, tal vez estaba sobreestimando hasta dónde llegaba el momento de enseñar. No era una niña clon. Era una sabelotodo, o por lo menos estaba demasiado asustada para admitir que había muchas cosas que ignoraba. Tenía que arreglárselas él, o Skywalker estaría muy ocupado.

—Gracias, pero el general Skywalker cree que están bien ahí.

—Pero necesitan estar a cubierto.

—También necesitan alcance.

—¿Y si te doy la orden de mover los cañones? Eres capitán, y yo una Jedi, así que técnicamente pertenezco a un rango superior al tuyo, ¿verdad?

—Técnicamente, sólo eres una niña.

—¡Una padawan!

Parecía que iba a continuar, pero se detuvo por voluntad propia. Rex no tuvo que interrumpirla. Era un buen momento como otro cualquiera para hacer lo que un capitán clon compañero suyo llamaba «pintorizar», una suave palabra encantadora para poner a alguien en su lugar.

—Mira, pequeña—dijo Rex—, ¿qué tal si te explico cómo funcionan las cosas en el mundo real?

Saltaba a la vista que Ahsoka estaba molesta. Rex nunca había estado de servicio con togrutas, así que no sabía qué era normal en las más jóvenes. Pero sabía cómo debía comportarse un Jedi, y ella no lo estaba haciendo.

—Sigo pensando…

Esta vez la interrumpió.

—¿Tienes miedo?

—¡No!

—Pues deberías. Porque si en una guerra no tienes miedo, es que no has captado la gravedad de tu situación. —Rex se sentó en un fragmento de mampostería para estar al mismo nivel que ella. Prefería predicar con el ejemplo, pero habría implicado dejar que la mataran, y tenía que darle cierto margen. Sólo era una niña, llena de esa extraña mezcla de incertidumbre y exceso de confianza propios de un niño con un rango nuevo, como si eso fuera a parar un rayo láser si lo mostraba lo suficiente.

—Yo cumplo órdenes del general Skywalker. Se llama cadena de mando, y es importante, porque todos debemos tener claro quién está al frente, de lo contrario iríamos dando vueltas por ahí como tontos. Y tú también obedeces sus órdenes, porque eres su padawan. ¿Me sigues hasta ahora?

El movimiento desafiante de la barbilla de la niña se había perdido un poco.

—Sí, capitán.

—¿Quieres aprender lo más importante de ser soldado? Me refiero a lo que no te enseñan en el Templo.

—¿Cómo ibas a saber tú lo que enseñan a los Jedi?

—Observándote…

—De acuerdo. —Ahsoka bajó la barbilla un poco más—. La experiencia es importante.

Rex retrocedió ligeramente. No tenía sentido restregárselo en las narices a una niña. Tenía que ponerse a su nivel.

—Número uno —dijo—. Las órdenes. Obedeces las órdenes. Te mantienen viva. Dos, formas parte de un equipo. Cuidamos de nuestros compañeros, yo te cubro la espalda, y tú cubres la mía. Y tres, un rango de oficial no te da respeto de forma automática. Te lo ganas. No es sólo el rango de Skywalker lo que nos hace obedecerle sin reservas. Lo es el hecho de que nos trata con respeto y está con nosotros en primera línea.

Rex se detuvo para dejar que lo dicho surtiera efecto. Supuso que Ahsoka estaba desesperada porque la tomaran en serio y la trataran como a una adulta. En cierto modo había crecido demasiado deprisa en esta guerra.

Los togrutas tenían protuberancias en la cabeza, pero, a diferencia de los twileks, tenían tres, mucho más cortas que los lekku gemelos de los twilek. Las de Ahsoka tenían rayas llamativas, y ahora le colgaban delante de los hombros de un modo que la hacían parecer alicaída.

—Es lógico —dijo finalmente.

—Entonces… ¿tienes miedo?

—Sí. ¿Y tú?

—Pues claro.

—Pero a vosotros os crían para que no tengáis miedo.

Rex se rio.

—Todos iguales, ¿eh?

—Bueno… sois clones.

Rex apoyó el casco en la rodilla. No podía enseñarle el sistema integrado en el interior de su visor porque el casco no encajaba con sus protuberancias, pero podía trasmitir parte de su base de datos al bloc de la niña. La lección casi había terminado. Sabía que se llevarían bien a partir de entonces.

—Como los togrutas. También os parecéis bastante entre vosotros.

—¿Qué?

—Échale un vistazo a la base de datos de especies que nos entregan. Eso dicen. —Rex deslizó la mano al interior del casco y activó el enlace—. Vamos, consulta tu bloc.

Ahsoka sacó el bloc de datos del cinturón y miró la pantalla. Al principio fruncía el ceño sólo por la concentración, pero luego se convirtió en inquietud. Entrecerró los ojos.

—Bueno, pues no es verdad. —Empezó a leer en voz alta—. «La mayoría de togrutas no son independientes. Muchas especies tienen la impresión de que los togrutas son venenosos… A los togrutas les gusta comer tiamares, unas criaturas pequeñas parecidas a los roedores…». Bueno, no es justo. Yo no soy así en absoluto.

Rex sonrió. Punto aclarado. Ahsoka lo miró a los ojos un rato, luego asintió para admitir su error.

—¿Nos entendemos, padawan?

—Sí, capitán. —Ella le devolvió la sonrisa, al principio contenida, luego amplia. Sí, los togruta tenían unos dientes afilados de depredadores como sus ancestros. Pero en ese momento la pobre niña debía de sentirse terriblemente sola—. No hay nada como la experiencia.

—Bien. Vamos, a recorrer el perímetro. —Rex se levantó y le hizo una seña para que le siguiera. Él oía el tráfico de comunicaciones local en el auricular: no había actividad por parte de los droides, aún no. Eso le preocupaba, más que tranquilizarlo. Las máquinas volverían. Repasó mentalmente los planes de contingencia, la última defensa desesperada que tendrían que poner en acción si no los relevaban pronto—. Por lo menos no tenemos que preocuparnos por los civiles. Es lo peor cuando se lucha en una zona urbana, el riesgo de víctimas civiles. Eso limita nuestro ataque. Las máquinas no tienen sentimientos al matar no combatientes, por supuesto, y no paran de bombardear, así que nosotros tenemos la dificultad de nuestras normas de combate.

Una criatura pequeña, que Rex no identificó, salió corriendo de entre los escombros y huyó de ellos. Ahsoka giró bruscamente la cabeza. No dejaba de mirar a la criatura al caminar, con la cabeza extrañamente fija, de forma poco natural, todo el tiempo. Era un acto reflejo integrado a los movimientos rápidos. En ese momento, Rex la vio como lo que era: aún una depredadora, cazadora rápida y precisa, igual que él era el mismo animal de equipo, ágil, oportuno y cooperativo, que sus ancestros. En una guerra como ésta, un depredador era un gran aliciente.

«Tiene el material adecuado. Esperemos poder evitar que se mate poniéndolo a prueba».

La diminuta bola de piel oscura corrió unos metros más hacia otra posición estratégica.

—Por favor, no te lo comas… —dijo Rex—. Por lo menos no mientras yo esté mirando.

—No, los roedores me dan gases. —Ahsoka se rio, y apartó la vista de la criatura. Luego escudriñó el horizonte despacio, con sus enormes ojos, un poco entornados. Por supuesto, tenía una magnífica visión a larga distancia, un legado de su herencia depredadora. Luego señaló y extendió el brazo despacio—. ¿Qué es eso?

Rex no lo había advertido. En la repentina explosión de conversaciones de las comunicaciones en el oído, el puesto de observación lo había visto a la vez que Ahsoka. Era una enorme bola naranja, traslúcida y ligeramente brillante que engullía edificios poco a poco en el otro extremo de la ciudad. Se movía.

No, se estaba expandiendo.

A Rex se le hizo un nudo en el estómago.

—Eso va a hacer que las cosas sean casi imposibles.

—No has contestado, Rex, ¿qué es?

—Es un campo de energía —dijo, y se volvió hacia la base de operaciones provisional del batallón—. Ahí está nuestro límite. El cañón no podrá penetrar eso. Y no somos suficientes para mantener a los droides inmovilizados. Vamos, volvamos a la base.

—Pero tienes un plan, ¿verdad?

—Siempre tenemos un plan. Y otro…, y otro. Sólo hay que seguir intentándolo hasta que encontremos uno que funcione, y confiar en no morir antes.

Ella lo siguió al trote y echó a correr.

—Puede que el maestro Yoda consiga que lleguen refuerzos a tiempo.

Rex se detuvo un momento a observar la esfera en expansión para hacer una estimación de su velocidad de avance. Los arrollaría mucho antes de que alguien llegara al rescate.

—Bueno, necesitas experiencia, pequeña. Aquí empiezas a adquirirla.

—No te preocupes —dijo—. Yo te cubro.

Rex no lo dudó.

—Y yo a ti —dijo él.

ESTACIÓN DE COMUNICACIONES

El holocuadro de la Ciudad de Cristal dejaba muy clara la estrategia de los separatistas, por desgracia.

Anakin observaba los puntos de luz en movimiento que indicaban soldados droide. Avanzaban detrás del borde delantero del escudo de energía y volvían al centro de la ciudad. Una columna se dirigía directamente a la posición de artillería de la plaza. Se sentía impotente, y esa sensación no le gustaba nada.

Kenobi inclinó levemente la cabeza a un lado.

—Es difícil ubicar con precisión el generador de campo, pero tiene que estar en esta zona. El campo es elíptico, lo que significa que probablemente está dentro de este radio. —Colocó el dedo índice en el engranaje de luz y dibujó una curva para indicar el alcance de las posiciones—. Los cañones no van a afectarle, así que prefiero que reservemos la artillería para más tarde. Entretanto, sólo podemos intentar atraerlos hacia espacios limitados.

—Los atraeremos hacia los edificios —dijo Rex—. Tienen que encontrarnos para luchar contra nosotros. No pueden disparar sus cañones desde dentro del escudo, así que vamos a hacer que sus defensas trabajen contra ellos.

Ahsoka observaba en silencio. Anakin se preguntaba qué le habría dicho Rex para dominar su molesta actitud. Al parecer, la niña estaba calculando, y movía los ojos de un lado a otro del holocuadro.

—¿Por qué no eliminamos el generador? —dijo ella. Parecía preguntárselo a Rex—. ¿O no es tan sencillo?

—Exacto —dijo Anakin—. No es tan sencillo.

—Es una misión suicida —dijo Rex—. No es que no pudiera conseguir muchos voluntarios de las filas, pero probablemente malgastaríamos muchos hombres sin ir a ninguna parte, y por lo menos sabemos que tenemos una posibilidad si inmovilizamos a las máquinas dentro de edificios. No son buenas en la lucha casa por casa.

—Yo podría hacerlo —dijo Ahsoka—. Déjame intentarlo, Sky.

Rex le lanzó una mirada que Anakin no supo interpretar del todo, pero no era de molestia. Lo sintió: una especie de culpa triste.

—No tienes que demostrar nada, pequeña —dijo Rex en voz baja.

—Puedo hacerlo. Sé que puedo. Soy pequeña y rápida. —Bajó la barbilla ligeramente—. ¿Y qué situación mejor para utilizar las habilidades de Jedi?

—Muy bien, Anakin, llévate a Ahsoka y penetrad las líneas Sep —dijo Kenobi. Volvió a clavar el dedo en el holocuadro—. Rex y yo podemos entretenerlos aquí, así podréis infiltraros con más facilidad.

—Tenemos que defender la posición de artillería, señor —dijo Rex.

—Pero si no podemos atraerlos hacia los edificios, seguirán avanzando por la calle hacia la plaza y nos arrebatarán las armas, y no podremos hacer casi nada para impedirlo. Y luego será el fin para todos nosotros.

—Puedo hacerlo —insistió Ahsoka. Lanzó una mirada a Anakin—. Podemos hacerlo.

Kenobi no hizo ningún comentario. Se dirigió a la consola de comunicaciones para hablar con el comandante clon Cody. Ahsoka parecía absorta en el cuadro, y aumentó la ampliación para que mostrara las calles de forma individual, como si planeara una ruta. Anakin dio unos pasos y se detuvo en el umbral de la puerta. Luego hizo un movimiento discreto con la cabeza a Rex para indicarle que quería hablar con él.

—No me digas que tú también puedes influir en las mentes, Rex —dijo Anakin en voz baja—. Es impresionante, sea lo que sea.

—De acuerdo, a lo mejor he exagerado con el discurso alentador sobre cómo ser un buen oficial, señor.

—Ha funcionado.

—Está ansiosa por hacerlo bien. No me gustaría nada pensar que le he hecho sentir que tiene que cometer un acto suicida para ganarse mi respeto.

—No está aquí de visita, Rex. Si puede aportar algo, tiene que hacerlo. No es menos prescindible que tú o que yo en esta guerra.

Rex era experto en poner cara de póquer, pero no pudo evitar un movimiento de la pupila. Se incomodó por un instante.

—De acuerdo, señor.

Anakin se dio la vuelta, se acercó a Ahsoka y la agarró por el hombro.

—Si sobrevivimos a esto, mocosa, tú y yo vamos a tener una larga charla.

—¿Mocosa? —repuso ella, indignada.

—Eso te pasa por insolente. ¿Entendido?

—Entendido, maestro. Vamos.

La niña casi rebotaba al caminar. Él esperaba que no estuviera emocionada, como si fuera un juego, y probo los remolinos en la Fuerza alrededor de ella para descubrir su estado mental.

Estaba asustada.

Anakin intentó recordar cómo se sentía él a su edad en situaciones hostiles. Era difícil recordarlo, había hechos destacados en su pasado que rememoraba con demasiada claridad, porque el dolor aún estaba ahí, pero eso nunca había desaparecido, así que no había tenido oportunidad de olvidar.

«Tengo veinte años».

«Parece que sea… para siempre».

Se abrieron paso a través de la ciudad abandonada hacia el extremo del escudo que avanzaba. Anakin se desvió hacia otra torre y se dirigió a la planta número veinte. No había energía, ni turboascensores. Siempre que tenían que subir a un punto alto para hacer un reconocimiento, costaba tiempo y energía. A Anakin le dolían los músculos en tensión. Echaba de menos ayuda aérea, o una sola nave de vigilancia.

— ¿Entonces cuál es el plan? —preguntó Ahsoka.

Anakin escudriñó la ciudad con los macroprismáticos. El ejército droide había avanzado mucho.

—Pensaba que eras tú la que tenías un plan…

—No, yo soy la que tengo entusiasmo. Tú eres el que tiene experiencia. Tú enseñas, yo aprendo.

No sabía si era ingenuidad sincera o sarcasmo. Al menos Rex había logrado eliminar las discusiones con ella.

—De acuerdo, tenemos que penetrar el escudo, y luego la fila de tanques. Una doble barrera.

—¿Y si intentamos flanquearlos por fuera? Rodear las filas.

—Tardaríamos un tiempo del que no disponemos.

—De acuerdo, el camino más corto. Por el medio.

Anakin se esforzaba en ser paciente, pero aun así transmitía irritación.

—Así que puedes hacerte pasar por un droide, ¿no? ¿Sólo tienes que ir, decir «Roger roger» y esperar que no se den cuenta?

—De acuerdo. —Ahsoka parecía resignada—. Está claro que mi primera lección es mantener la boca cerrada y esperar a que tú encuentres una respuesta.

Entonces se le ocurrió. Fue fantástico que le viniera a la cabeza. No había nada más desalentador para un oficial que decirle a un subordinado que se callara sin tener una idea mejor. No sabía por qué había tardado tanto en pensarlo.

—Sólo hay que darle la vuelta al problema —dijo—. Si no podemos atravesar sus filas, dejaremos que sus filas nos atraviesen a nosotros.

CINCO

Existe una línea muy fina entre ser neutral e inmoral. De hecho, puede que no exista ninguna línea

Conde Dooku

SECTOR OCUPADO POR LA REPÚBLICA, CIUDAD DE CRISTAL

La ráfaga de balas de cañón dio en el escudo de energía y sólo logró derramarse sobre ella como líquido candente. El plasma se difuminó y desapareció al cabo de unos segundos, como si nunca hubiera acertado en su objetivo.

Rex bajó los macroprismáticos. Sabía que era inevitable, pero aun así era lo más desmoralizante que le había ocurrido nunca.

Sin embargo, siempre había un plan B.

—Valía la pena intentarlo —dijo Kenobi—. De acuerdo, retiraos. Por lo menos nos da un aire convincente, como si nos estuviéramos retirando porque estamos en apuros.

—Señor, resultamos convincentes porque estamos en apuros.

Kenobi le lanzó una mirada. Rex pensó que un día le iba a arrancar una sonrisa al Jedi.

—Eso es soñar imposibles, Rex. ¿Hemos descifrado ya su código de comunicación?

Con un par de parpadeos rápidos, Rex cambió a un canal abierto desencriptado en el enlace del casco. Los Separatistas le oirían con la misma claridad que el Gran Ejército.

—¡Retiraos! ¡A todas las unidades, retiraos y reuníos! —Sí, eso sonaba bastante auténtico. Volvió al canal seguro—. Sí, señor, lo hemos hecho.

Escuchó a hurtadillas el tráfico de voces entre los mandos de los tanques separatistas y los oficiales de los droides de combate. El general Whorm Loathsom estaba siendo informado de la retirada de los clones y parecía eufórico por la victoria. Ordenaba a su columna blindada que siguiera avanzando.

—El general Loathsom ha dado la orden de ir a por nuestros cañones —dijo Rex—. La parte delantera del escudo llegará a este punto en unos quince minutos estándar.

Kenobi seguía apretando la empuñadura de su espada láser como si hiciera un ejercicio de fisioterapia. Le encantaban los combates.

—¿Crees en el determinismo nominativo, Rex?

—Si me llamara gusano asqueroso como Whorm Loathsom, preferiría que no, señor.

—Estoy seguro de que su madre le quiere. Bueno, vamos a mantener la cabeza baja hasta que el escudo pase por encima de nosotros. Ved el daño que podemos hacer cuando los tanques se dirijan a un lugar sin salida.

Existía una manera cruel y fácil de detener un avance armado: eliminar a los tanques de delante y detrás, y dejar al resto de la columna atrapada en el medio sin capacidad de maniobra ni huida. Rex calculó las salidas de la calle principal, y pensó dónde concentrar el fuego contra las unidades blindadas para provocar las máximas molestias. Ojalá contaran con su apoyo aéreo. Podrían haber atrapado a las fuerzas Separatistas en el barranco relativamente estrecho que formaba la calle flanqueada por rascacielos y simplemente haber arrojado fuego desde una altura segura. En cambio, los soldados de tierra tendrían que eliminar tanques y droides de uno en uno.

«Se puede hacer… pero tiene un precio. Cada vez cuesta más definir lo que significa una pérdida aceptable».

Rex se preguntó hasta dónde habían llegado el general Skywalker y Ahsoka. No se iban a arriesgar a abrir una comunicación. No obstante, los Jedi tenían esa extraña conciencia, y a lo mejor Kenobi podía detectar dónde estaban. Seguro que Kenobi lo percibiría si los mataban: Rex había presenciado en persona esa habilidad suya.

Hizo una señal a sus hombres para que se colocaran en posición y siguió a Kenobi hacia el edificio más cercano para esperar.

—¿Y si los hacen prisioneros, general? —preguntó Rex, sin hacer caso del galimatías de datos e imágenes del casco—. Me refiero a Ahsoka y el general Skywalker.

Kenobi no apartaba la vista de la calle desierta y cubierta de escombros. El ruido constante de los pies de los droides y los tanques silbantes zumbaba en el aire.

—Si no hemos tenido recursos para hacernos con el escudo, tampoco los tenemos para sacarlos.

Rex buscaba indicios de incomodidad, inquietud, incluso emoción. Pero Kenobi no dijo nada más. Sólo parecía dedicar una extraña atención a la calle.

—Yo me presentaré voluntario si es necesario, señor.

—Gracias, Rex. Sé que él haría lo mismo por ti.

El tono de Kenobi era imposible de interpretar. Rex dejó el tema, y pensó en qué momento aceptaría que tenía que abandonar a su general.

«Nosotros no abandonamos a nadie».

Y, de momento, no lo habían hecho.

OFICINA DEL CANCILLER PALPATINE, CORUSCANT

Palpatine respiró hondo varias veces antes de contestar a la transmisión de Jabba. Miró el horizonte y el paisaje de la ciudad al otro lado de la pared de transpariacero de su oficina, con la cabeza apoyada en el respaldo de la silla, y luego se volvió despacio para mirar al transmisor de su mesa, convertido de pronto en icono del benévolo deber cívico.

—Lord Jabba —dijo en voz baja—. ¿Cómo está?

El droide intérprete de Jabba, TC-70, estaba justo al lado de su amo, y, a pesar de que Palpatine entendía el idioma de los Hutt, le convenía fingir ignorancia. El droide resultó ser un intérprete muy preciso.

—Lord Jabba dice que su hijo aún sigue desaparecido, y eso significa que está muy infeliz, y cuando lo está, eso tiende a influir en su enfoque de la diplomacia.

«Una advertencia bastante cuidada. Hay que reconocérselo a Jabba».

—Puede que tengamos una pista, lord Jabba. Tengo a mis mejores agentes trabajando en ello. Tenga por seguro que le estamos dedicando suma atención.

Jabba entrecerró los ojos hasta que se convirtieron sólo en ranuras y se sacudió ligeramente. TC-70 escuchó con atención su murmullo.

—Lord Jabba dice que se ha percatado de vuestras dificultades actuales para trasladar soldados y material al Borde Exterior. Quiere saber si eso puede dificultar vuestra capacidad de ayudar en la búsqueda de su hijo.

En realidad hacer negocios con seres como Jabba era divertido. A Palpatine le gustaba tener la oportunidad de lidiar, con educación, elegancia, sutileza, pero lidiar a fin de cuentas, con un ser que no sólo disfrutaba de su poder, sino que sabía ejercerlo. Los políticos de Coruscant eran gente pequeña con amenazas insignificantes. Tal vez Jabba no estuviera en el bando de Palpatine —¿alguien lo estaba?—, pero el Hutt era un contrincante más digno que la mayoría, y más sutil de lo que los demás pensaban.

«Así que ambos sabemos lo que hay sobre la mesa, lo que estamos negociando: el acceso al Borde Exterior a cambio del regreso de su hijo sano y salvo. Quizá debería decir que ambos sabemos lo que quiero que él piense que es el objetivo oculto».

Palpatine se preguntaba si Jabba suponía que la República había organizado el secuestro para presionarle, ablandarlo un poco. Ésa habría sido su primera hipótesis, si él hubiera sido el Hutt, pero había capas por debajo, tan numerosas y finamente amontonadas como una disección de las mil capas de una raíz de nimirot.

—Admito que poder enviar tráfico por ciertos sectores nos sería de gran ayuda, lord Jabba —dijo Palpatine, con el punto justo de resistencia, martirizado—. Pero buscamos, seguimos pistas, y encontraremos a su hijo.

—Lord Jabba es generoso, y mostrará su gratitud si lo logréis.

Palpatine esbozó una triste sonrisa.

—Lo haríamos de todos modos —mintió, consciente de que Jabba sabía que era falso—. Ningún estado civilizado podría omitir una solicitud para ayudar a un niño inocente. Sé lo importante que es la familia para los Hutt.

«Y lo poco común que es que un pariente traicione a otro. Vaya, es una suerte para Ziro que no tengas posibilidad de culparle».

TC-70 se paró a escuchar a Jabba.

—El maestro Jabba dice que le alegra que le entienda.

Jabba pensaba que estaba implicado en un juego arriesgado, eso era evidente. Estaba acostumbrado. No había llegado a ser el líder indiscutible del kajidic más poderoso pensando lo mejor de cada uno.

Palpatine esbozó ese tipo de sonrisa que podría sugerir que sabía que el Hutt sospechaba de todo el mundo, todo el tiempo, pero que de todos modos mantendría su parte del trato.

Sí, Jabba estaba acostumbrado a participar en juegos mortales.

Sin embargo, no tenía costumbre de ser una de las piezas. Y eso, en la guerra meticulosamente preparada de Palpatine en la que controlaba ambos bandos, era lo que representaba Jabba.

Nunca lo sabría.

FRENTE SEPARATISTA, CIUDAD DE CRISTAL, CHRISTOPHSIS

—Se darán cuenta…

—Están demasiado ocupados.

—Maestro, ¿aún necesitamos esto?

Anakin hizo un alto, el sonido de respiración entrecortada llenaba aquel pequeño espacio. Era difícil navegar bajo la ruina colocada del revés que los cubría como la concha de un molusco kasaq.

Arrastrarse y parar, ése era el movimiento. Podían avanzar por la carretera sólo hasta que tuvieran que volver a mirar fuera o intentar orientarse por lo que veían debajo.

Escombros. Había multitud de ellos, y todos parecían iguales. Debajo de aquel fragmento roto de conducto, los dos Jedi eran prácticamente invisibles para los droides de combate, ya que tenían la misma temperatura y el mismo color que su entorno. Sólo el movimiento los delataría, así que avanzaban con gestos bruscos aleatorios, en zigzag, arrastrándose despacio.

—De acuerdo… ¿preparada, Ahsoka? En tres… dos… ¡ya!

Avanzaron unos metros y se detuvieron.

Anakin recobró el aliento. Le dolía el cuello de la presión de mantenerlo en un ángulo poco natural con el peso de la concha y la correa del macuto encima. Oyó el leve zumbido del escudo de energía que se aproximaba. El aire se movió, y le erizó el vello de los brazos y la nuca. La fila enemiga, con mucha consideración, estaba pasando por encima de ellos.

—Ah… —dijo Ahsoka, estremeciéndose.

—Ya casi hemos llegado.

—Es como si alguien caminara sobre tu tumba.

—¿Qué le ha pasado a la alegre y positiva Ahsoka?

Ella no contestó. Tal vez las frecuencias irritaban algo en el sistema nervioso de los togruta de lo que los humanos carecíamos. Instantes después, el cosquilleo cesó y Anakin sintió que podía volver a respirar con normalidad.

—Ya está —dijo Anakin—. Estamos dentro. Ahora vamos a localizar el generador. —Estaba bastante seguro de poder encontrarlo con una combinación de sus sentidos de la Fuerza y los extraños sonidos infrasónicos que estaba captando a medida que se acercaba a él—. Ten cuidado.

—Me van a fallar las piernas —dijo Ahsoka—. Tengo que ponerme en pie.

—He dicho que tengas cuidado…

Bang. Golpearon contra algo. Anakin pensó que tal vez habían chocado con un trozo de mampostería, pero cuando la concha del conducto se inclinó y se cayeron, vio que su campo de visión se llenaba de una curva de metal.

La esfera metálica se soltó. Los paneles laterales se abrieron de un golpe. Los servos chirriaron.

—¡Es un droideka! —gritó Anakin, y se puso en pie. Sacó la espada láser y encendió la hoja azul—. ¡Corre!

La carcasa metálica del droide destructor se elevó y dejó al descubierto su cañón láser montado en el centro. Por un instante parecía no saber qué hacer con ellos. Tal vez estaban demasiado cerca para disparar. Ahsoka estaba clavada en su sitio. Anakin pensó que simplemente el miedo le impedía moverse, hasta que la vio con la espada láser en la mano, y aquella mirada en el rostro.

—¡Los Jedi no salen corriendo! —gruñó—. ¡Nos quedaremos a luchar!

El droideka había logrado detectar su objetivo. Retrocedió un par de metros sobre sus patas de cangrejo. El cañón se colocó en posición. Pronto serían dos Jedi muertos si no salían corriendo.

—¡No, corre! —bramó Anakin, y la agarró del hombro mientras echaba a correr. Ella salió disparada, tropezó varios pasos, y el droideka abrió fuego—. En zigzag, que no pueda quedarse quieto. ¡Corre!

Fueron esquivando y desviándose, dando saltos en el aire, se giraban para desviar las balas de cañón con sus espadas láser. El droideka no lograba un buen ángulo. Estaban fuera de su rango eficaz cuando se alzó de nuevo para perseguirlos, rodando tras ellos como una bola. Era su oportunidad, no podía luchar y moverse al mismo tiempo. Anakin hizo un gesto brusco a Ahsoka.

—Párate en seco cuando te lo diga —gritó—. Con la espada preparada.

—Has dicho…

—Obedece la maldita orden, ¿quieres? —Corrió todo lo que pudo. El droideka les pisaba los talones. Si pudiera engañarle y hacerle pensar que iban a mantener esa velocidad, no tendría tiempo para desplegarse antes de que él sacara su arma—. En tres… dos… ¡para!

Ahsoka derrapó al detenerse y el droide pasó rodando entre ella y Anakin durante una fracción de segundo crítica demasiado larga. Ambos se abalanzaron sobre él en un santiamén, antes de que pudiera desenrollarse y desplegarse, y lo hicieron añicos con sus espadas láser.

Un fragmento suave y pulido del armazón se detuvo unos metros más allá. Se miraron un instante, sin aliento.

Anakin no podría haberle enseñado una lección mejor si lo hubiera planeado.

—¿Ahora entiendes por qué tienes que obedecer las órdenes? Si te lo piensas dos veces, estás muerta.

—Las órdenes te mantienen con vida —dijo Ahsoka, como si repitiera una lección. Se parecía mucho a las enseñanzas de Rex—. Y nos cubrimos las espaldas unos a otros.

Sí, ése era Rex, desde luego. Bueno, ahora había aprendido por la vía más dura. Anakin le dio una fuerte palmada en la espalda.

—Has dado en el clavo, mocosa —dijo—. Ahora, vamos a buscar el generador.

Seis

A los Jedi no les importa mi planeta ni su sufrimiento. El único Jedi al que le importó fue a mi pobre difunto maestro, Ky Narec. La República y sus aduladores parásitos Jedi le dejaron luchar y morir solo. Y ahora la correcta, decente y siempre tan moral República se pregunta por qué tiene tantos enemigos.

Asajj Ventress de Rattatak, usuaria de la Fuerza y enemiga acérrima de los Jedi

Primera línea, Ciudad de Cristal

El perímetro delantero del escudo separatista pasó por encima de Rex y Kenobi cuando avanzaban agachados al lado del muro en ruinas, y Rex sintió un cosquilleo en el cuero cabelludo.

—Bueno, vamos a hacer daño —dijo Kenobi.

Desenvainó la espada láser y la hundió en la primera fila de droides araña, les cortó los cañones extendidos y logró desviar los disparos a la vez. Después Rex le perdió de vista. Cuando el capitán clon abrió fuego con las dos armas del cinturón a una distancia en la que disparaba casi a bocajarro, sólo era consciente de la metralla que volaba frente a él, casi a cámara lenta, y que chocaba contra su casco y el peto de la armadura. Cuando un líquido le salpicó en el visor, se esforzó en limpiarlo, ya que de lo contrario se convertiría en una mancha aceitosa y lo cegaría.

Los droides de combate tras las arañas redujeron la velocidad un instante para intentar superar la barrera que habían formado las carcasas caídas. Rex aprovechó el momento para ponerse a cubierto tras la esquina del edificio del puesto de comunicaciones. Oyó que se acercaba el misil antes de ver la señal luminosa en los sensores de la pantalla de casco integrada. Tuvo el tiempo justo para girar la cabeza y ver que algo pasaba por encima como un rayo antes de tirarse al suelo y que le llovieran escombros. Un fragmento le dio directamente en la espalda y lo dejó sin aliento. Cuando se puso de rodillas, vio que el puesto de comunicaciones había recibido el impacto, y habían desaparecido dos paredes y el tejado. Sorprendentemente, había un par de artilleros clon que aún operaban un bláster de repetición entre los escombros para rechazar el fuego. Rex jamás sabría cómo habían sobrevivido al rayo.

Había armaduras de plastoide blanco tiradas por todas partes. Rex no tenía tiempo de comprobarlo, pero contó los cascos desparramados como bajas. Se apoderó de él una mezcla de rabia por los fallecidos con cierto alivio culpable, «aún estoy vivo, me muevo». Luego volvió a dar instrucciones, algo tan arraigado en él que se había convertido en un instinto, pura memoria muscular.

—¡Salid de ahí! —gritó, al tiempo que hacía gestos furiosos a los artilleros para que despejaran la zona—. ¿Os habéis vuelto locos? ¡Retiraos! ¡Id a la artillería!

Corrieron siguiendo las órdenes y se unieron a la retirada general. Los droides de combate salieron en tromba tras los soldados. Uno agarró a un artillero y lo levantó por la garganta. Rex se volvió para ayudar, pero antes de poder apuntar apareció Kenobi de la nada y partió el brazo del droide: no le dio al soldado en la cabeza de milagro. El droide de combate cayó como si hubiera recibido un puñetazo invisible. Rex supo que era la Fuerza en acción al verlo, pero levantó el brazo cañón hacia el general y, para entonces, Rex ya lo estaba apuntando con su bláster. Vació todo el cargador en él. Volaba metal por todas partes.

Kenobi se dio la vuelta.

—Gracias, Rex. —Apartó al soldado herido. Sólo el hecho de que un puño metálico como ése te agarrara ya hacía mucho daño—. Saca a tus hombres de aquí. Volved a la posición de artillería.

—Estamos atrapados, señor. A menos que dejemos que el escudo adelante al cañón, claro.

—¿Disparar el cañón dentro del escudo?

—Sé que dirigirá el rayo y que el exceso de presión nos destrozará, pero moriremos de todos modos, a menos que Skywalker pueda acabar con ese generador del escudo. También podríamos eliminar el máximo número de máquinas que podamos.

Kenobi lo empujó en dirección a la artillería.

—Aún no es una misión suicida, Rex. Según mi reloj, no. Saca a tus hombres y defiende esos cañones. Yo retrasaré a esas máquinas escandalosas.

—Señor, con todo el respeto, es una locura.

—No, soy tu general, y es una orden. Retiraos.

«Yo no abandono a ningún hombre».

Pero Rex lo hizo, porque era una orden, y la parte de su cerebro inteligente de soldado automático, entrenada, instruida y puesta a punto para responder, le recordó que las órdenes tenían una razón de ser. Su cuerpo se alejaba rápido mientras seguía discutiendo consigo mismo. Reunió a los soldados al tiempo que corría, pero no pudo evitar mirar atrás, y lo último que vio antes de salir disparado hacia los cañones fue a Kenobi cortando por la mitad a un droide de combate por la cintura antes de que un tanque separatista chocara contra los últimos restos de una pared.

SECTOR CONTROLADO POR LOS SEPARATISTAS, CIUDAD DE CRISTAL

Anakin dedujo la dirección general del generador por la intensidad gradual del campo. Cuanto más se acercaba al zumbido infrasónico que le provocaba un escozor en la garganta y el oído interno, más claro era el brillo naranja. Sólo era cuestión de utilizar los sentidos.

—Ahí está —dijo Ahsoka.

Señaló al frente. Al otro lado de una extensión de terreno abierto se elevaba un edificio provisional, de ésos tan comunes que se instalan en los lugares de construcción de toda la galaxia, tan nuevo y sin desgastar que llamaba la atención. A medida que se iban acercando, el campo de energía se sentía con más fuerza.

—Creo que tienes razón —dijo Anakin—. Yo pensaba que lo iban a esconder, pero a lo mejor están perezosos o… eh, ¿adónde vas? ¡Espera!

De pronto Ahsoka salió corriendo, como si fuera a cazar a una presa, con la cabeza baja. Luego tropezó y Anakin se dio cuenta de por qué. El suelo estaba cubierto de pequeñas proyecciones: antenas. «Oh, mierda». Había entrado en un campo de minas de droides. Era lo que los droides necesitaban. Iba a conseguir el amargo récord de ser el Jedi al que le mataban antes a su padawan, sin ni siquiera terminar el primer día.

—¡Quédate quieta! —gritó. Ni siquiera podía permitirse la preocupación de que alguien pudiera verles—. No te muevas. Quédate donde estás. Voy… quédate absolutamente quieta, pequeña…

Sin embargo, ella perdió el equilibrio y cayó sobre una antena. Anakin se preparó para una explosión, pero no ocurrió nada.

Los dos segundos siguientes fueron largos, silenciosos y horribles.

Anakin contuvo la respiración, pero el alivio duró poco cuando advirtió la razón de que no se hubiera producido una detonación catastrófica.

La tierra tembló.

Nada explosivo, nada dramático durante unos segundos más…, sólo una especie de lenta erupción, como semillas gigantes que germinaran a toda prisa y surgieran del suelo. Unas siluetas naranjas se abrieron paso a empujones hasta la superficie mientras se sacudían la suciedad, docenas de ellas.

—¡Droides! —exclamó—. ¡Ahsoka, son droides centinelas! Has disparado una alarma. Olvídalos… ¡pon las cargas, corre!

—¡Lo siento, maestro! —Sacó la espada láser y le cortó la cabeza a uno de los droides, luego apartó a otro con la Fuerza. Dio a las antenas de centinelas adormecidos y emergieron otros del suelo—. Oh, no…

Anakin se acercó con su espada láser para abordar a los droides, al tiempo que ella corría hacia el generador y acopló cargas magnéticas hemisféricas sobre las superficies planas. Escaló la estructura y dejó otras cargas en la azotea. Él estaba rodeado, de pie en un mar naranja de droides. Tenía que ganar más tiempo para ella. Ahsoka debía poner todos los explosivos posibles en ese generador, hasta la última carga, porque, como decían con frecuencia los clones, la fórmula para calcular una denotación era M de mucho: buscar cierto exceso de exterminio, la devastación, en vez de arriesgarse a no eliminar el objetivo a la primera.

Kenobi, Rex y los soldados no tendrían una segunda oportunidad si Ahsoka no lo lograba a la primera.

La Fuerza le acompañaba: los droides estaban poco lúcidos. Respondían a su provocación en vez de identificar a Ahsoka como la amenaza prioritaria. Muchos emergieron del suelo, se concentraron en torno a él y le hicieron recular hasta una sola pared en ruinas en el perímetro, el último resto de un edificio bombardeado. Él estaba concentrado en Ahsoka. ¿Lo conseguiría? Si no era así, sería una lástima, pero tenía que acabar con ese generador de un modo u otro.

«No puedo pensar en eso con tanta ligereza. Puedo pensar que tal vez yo tenga que morir».

Lo extraño era que le estaba ocurriendo a otro Anakin, no a él, que seguía adelante como si tal cosa y alejaba a los droides de su padawan. Estaba desconectado, estaba como en trance.

«¿Quién es prescindible? ¿Todos nosotros? ¿Nadie?».

Le propinó un golpe a un droide naranja, le dio una patada a otro en las piernas y lo cortó por la mitad al caer. Ahora estaba presionado contra la pared. Todo el que pensara que los Jedi nunca se metían en apuros… Bueno, era humano, tuviera habilidades con la Fuerza o no.

«Y puedo morir como cualquier hombre».

—¡Listo! — gritó Ahsoka—. ¡Todo preparado!

Anakin apartó la vista de los droides un segundo. La masa de cargas que él y Ahsoka habían transportado durante todo el camino, gran parte del trayecto en las manos y las rodillas, formaron una malla de luces que parpadearon en sincronía. Se oyó un leve pitido en el aire.

Pasara lo que pasara entonces, el escudo sería destruido, tenía que ser así. El momento de triunfo quedó muy mitigado por una descarga de adrenalina distinta, al caer en la cuenta de que ahora tenía que sacarlos a ambos de ahí vivos. Los droides eran relativamente pequeños, no como los enormes SDC, pero en esas cantidades al final su insistencia abrumaría incluso a un Jedi que deseara vivir con todas su fuerzas.

Ahsoka se abrió paso hacia él a base de tajadas y cortes. Anakin quería decirle que se pusiera a salvo, que corriera sin parar hasta que estuviera de nuevo con Kenobi y Rex. Y esperaba que ella le obedeciera en cuanto se lo dijera, no porque siguiera órdenes, sino porque él sentía que, al final, nadie lo iba a salvar con la misma desesperación con la que él quería salvar a los demás.

Sin embargo, no tuvo oportunidad de descubrirlo. Ella se detuvo en seco entre la multitud de droides y miró arriba, hacia la pared.

Hasta que Ahsoka no estiró la mano y él sintió lo que estaba haciendo no percibió que se le encogía el estómago.

Estaba derribando con la Fuerza la pared que se encontraba tras él.

—No te muevas, Sky…

—¡No lo hagas!

—Confía en mí. No muevas ni un músculo.

—¡No! ¡No!

Él estaba sumergido en una sombra que emitía un gran estruendo. Se agachó y se cubrió la cabeza instintivamente, aferrado aún a su espada láser. Sintió un estallido como una explosión y no podía respirar. Estaba aspirando polvo asfixiante. Algo le dio en la pierna. La arena le azotaba en la cara. Escupió y tosió, en un intento de tomar aire limpio, pero no había. El sol se había desvanecido. Forcejeó en una niebla gris y asfixiante.

«Estoy muerto, estoy muerto, qué manera tan estúpida de irse…».

Tardó unos momentos en darse cuenta de que la pared no lo había aplastado. De pronto se vio en el suelo, en cuclillas dentro de un hoyo un poco más ancho que sus hombros, rodeado de goma y metal. Un brazo de un droide se movía como un aspa y emitía un repetitivo ruido mientras los servos forcejeaban. Anakin escupió y jadeó. Se sentía como si hubiera inhalado hasta el último pedacito de permacemento pulverizado del planeta.

—¿Estás bien, maestro? Vamos, no podemos entretenemos.

Anakin alzó la vista y vio el esbozo de una pequeña figura con protuberancias en la cabeza. Tenía las pestañas endurecidas por el polvo. Algo le molestaba en el globo ocular. Se escupió en el dedo índice para limpiarse el ojo, pero sólo consiguió introducir más suciedad en él.

No obstante, no estaba muerto. La fuerza cinética de la pared que se derrumbaba había hecho detonar una pequeña bomba en la cara, pero estaba vivo. Y los droides no.

—¿Cómo…?

—La ventana —dijo ella—. Veía que había un hueco donde antes existía una ventana. Vamos.

—¡Podrías haberme matado!

—No, sabía exactamente lo que estaba haciendo. —Su tono denotaba que estaba ligeramente ofendida, Anakin lo notaba pese al pitido que sentía en los oídos.

—Soy una togruta. Nuestra conciencia espacio-visual es mucho mejor que la de los humanos. Sabía que el hueco de la ventana te salvaría…, si te quedabas quieto, claro. —Ella lo miró. Anakin ya podía verla mejor. Le caían lágrimas de los ojos por el polvo que le escocía—. Tenemos que desaparecer antes de que pueda detonar las cargas.

Anakin se sentía enfadado y desagradecido al mismo tiempo. Ella le había salvado la vida. ¿Cuántas veces había calculado él un movimiento de la espada láser tan apurado que casi roza a un aliado para aniquilar a un enemigo?

¿De verdad necesitaba ser rescatado por una joven padawan que acababa de aterrizar unas horas antes?

Ella se inclinó hacia el hoyo y le tendió un brazo.

—Vamos, Sky—dijo—. Rex nos necesita.

BATERÍA DE CAÑONES DEL GRAN EJÉRCITO, CIUDAD DE CRISTAL

Rex aún no había ordenado a los artilleros que abrieran fuego con el cañón principal, pero no podía dejar pasar mucho más tiempo.

Los hombres caían a su alrededor, los médicos estaban desbordados. Las últimas secciones de soldados habían colocado a rastras rejas retorcidas para bloquear el avance de los droides, y rellenaban los huecos con fragmentos de carcasas de SDC y todo lo que tenían a mano. Enfrente habían cavado una zanja rudimentaria con granadas, lo bastante amplia y profunda para impedir que las máquinas los invadieran durante unos minutos más, y la llenaron de combustible líquido antes de prenderle fuego.

Era lo único que les quedaba. Rex miró las llamas y la brillante bruma de calor hacia un muro de droides y tanques que se aproximaba que, simplemente, no se iba a detener.

—Me he quedado sin ideas, señor —dijo el sargento Coric. Hizo un gesto a una de las unidades de artillería que había tras ellos—. Aparte de hacerles entrar y que se lleven una buena.

Rex calculó una descarga final que causara la máxima destrucción posible en la columna armada y los droides. Si lanzaban algunas cargas así, para que se calentaran a la altura del pecho en vez de sufrir un impacto, la explosión acabaría con todo lo que se mantuviera en pie, y la metralla de los droides mataría todo organismo situado en el radio de la carga.

—Vamos a hacerlo, sargento —dijo—. Porque yo no me rindo.

Alzó la vista hacia el brillo naranja del escudo encima de sus cabezas y recargó. Era demasiado tarde. ¿Dónde diablos estaba Kenobi? Rex no había desistido, pero la disputa era muy reñida, y nunca contaba con milagros al estilo holovídeo. Sólo con su fusil DC-15 y sus compañeros.

A fin de cuentas, era lo único de lo que un soldado disponía.

—¡Señor, señor, una transmisión! ¡En el canal separatista! —Uno de los soldados se daba golpes insistentemente en un lado del casco para indicarle a Rex que cambiara de canal.

—¡Kenobi!

Rex se detuvo en seco y olvidó por un instante los rayos de plasma que abrasaban el aire sobre su cabeza. Conectó con la conversación separatista y escuchó.

—Rendirse… Kenobi quiere hablar de condiciones…

No, no era el general.

«… tomando algo con el Repugnante…».

Definitivamente no. Kenobi no se rendiría, por lo menos no sin avisar a Rex, pero si lo habían hecho prisionero… No, Kenobi le estaba tomando el pelo a Loathsom, para ganar tiempo.

Era obvio que no estaba muerto. Y eso significaba que aún era tranquilizadoramente peligroso.

—¿Cree que es auténtico, señor, o es un truco separatista para desmoralizarnos?

Rex señaló el caos y la destrucción a su alrededor con un movimiento brusco del pulgar.

—No, eso es lo desmoralizante. —Se volvió hacia su grupo de soldados—. ¿Y ha funcionado?

—¡No, señor!

—Entonces que vengan esos muñequitos de hojalata —murmuró Rex, y recargó para una resistencia final antes de recurrir a la descarga del cañón. Aunque, en realidad, no quería morir todavía—. Y que traigan también a sus compañeros kerko.

Levantó el fusil. En cierto modo, ya no le importaba dónde apuntaba, pero divisó a un comandante de tanque kermoidiano, cuya cabeza sobresalía por la torreta superior. La retícula se centró en la cara del kerko. Rex contrajo el dedo despacio en el gatillo, contuvo la respiración un momento, y…

Percibió claramente el estallido desde la otra punta de la ciudad. Fue un estruendo distante más que una explosión, y luego el cielo cambió de color.

Volvía a ser de color azul manchado por el humo, no naranja.

—¡Los escudos han caído! —gritó Coric—. ¡Han perdido los escudos!

«Gradas, gracias, gracias…».

Aun así, Rex dejó escapar un disparo, de puro alivio, justo cuando el comandante del tanque contemplaba horrorizado la falta de protección.

Ahora era un ex comandante de tanque.

—¿Artillero? ¡Vamos, vamos, vamos!

Los supervivientes del contingente 501 se veían superados en número más que nunca, pero tenía un cañón, y habían cambiado las tornas. El fuego se adentró en las filas de droides e hizo volar las trampillas de los tanques. Surgían llamas de todas las soldaduras, junturas y aperturas. Rex se permitió sentirlo como algo personal, todos sus hombres fallecidos, todas las vidas aniquiladas, y saltó entre las llamas que se inflaban desde la trinchera de defensa para vaciar carga tras carga en el avance separatista.

Por un instante no entendió por qué un ejército que seguía siendo superior en número a ellos por centenares no arrollaba sin más su posición, con escudo o sin él, pero entonces las interferencias y el crepitar en el comunicador del casco le dieron la respuesta. Naves de la República, con retraso. Oyó al almirante Yularen intentando animar a Kenobi. Llegaban naves LAAT/i. Ahora las oía, igual que los Seps. El sonido característico del motor de las larty significaba vida y esperanza.

La voz de un piloto interrumpió el circuito de comunicación del casco.

—501, seguid con la cabeza baja mientras hacemos la limpieza…

—Loathsom ha ordenado que se rindan —dijo el soldado que seguía el tráfico de información en el canal Sep—. Se ha roto el bloqueo, señor. El general Yoda está aquí.

—Y yo que pensaba que eran nuestra artillería persuasiva y nuestra conducta viril. —Rex hizo un gesto a sus hombres para que se retiraran del camino de las naves. Dos pasaron casi rozando por encima, y una descarga entrecortada de disparos provocó una columna de humo y llamas que atravesó los tanques de droides—. Eh, por lo menos nos quedan dos hombres vivos ahí fuera. Comprobad los HUD.

Pese a la advertencia del piloto, Rex y Coric se abrieron paso entre los escombros, contestando a las señales de vida que les transmitían automáticamente los monitores integrados en las armaduras de cada hombre. Tardaron un poco. Una de esas señales cesó mientras movían algunos restos.

«Ojalá hubiera aparecido un par de horas antes, almirante». Rex rechazó aquella idea rencorosa en cuanto se le ocurrió. Ésa era la realidad de la victoria, si es que se trataba de una victoria.

SIETE

Sí, me senté para pactar las condiciones de la rendición con Loathsom, con una taza de té de tarina. Se puso muy desagradable al darse cuenta de que hablábamos de su rendición. ¿Es que esta gente no tiene modales? Ni siquiera me ofreció una galleta de arena dulce.

General Kenobi, explicando su «rendición».

CUBIERTA DEL HANGAR, CRUCERO JEDI

Ahsoka estaba frente a un grupo de soldados clon, realizando expresivos movimientos con los brazos, y las protuberancias de su cabeza rebotaban cuando hablaba. Estaban sentados en las cajas de municiones, con los cascos amontonados en cubierta, y la observaban con una concentración estudiada.

Anakin sólo captó las palabras «pared» y «droides» al cruzar la cubierta. Los soldados rompieron a reír.

—Señorita, quién lo diría —dijo uno de ellos—. Eso debe de haberle alegrado el día al general.

Anakin suspiró.

—Rex, siempre me van a tomar el pelo con eso, ¿verdad?

—Dele un momento de disfrute, señor. —El capitán se colocó a su lado—. Todo forma parte de la relajación tras haber sentido pánico y haber sobrevivido para contarlo. Los chicos lo saben. Lo ha hecho bastante bien, tienes que admitirlo.

Al parecer Ahsoka no se dio cuenta de que él se acercaba por detrás. Sin embargo, los soldados clon lo vieron y se pusieron firmes. Ella se detuvo a media frase y se dio la vuelta.

—La humildad es un requisito para un Jedi —dijo Anakin en voz baja.

Ella parecía acongojada.

—Estaba…

Uno de los soldados los interrumpió.

—Disculpe, señor, pero le hemos hecho preguntas. Padawan Tano estaba dando el parte, no alardeando.

Pasó un segundo revelador cuando Anakin vio el movimiento del ojo de Ahsoka a su público improvisado, una especie de gratitud y sorpresa. Rex dio una palmada con las manos enguantadas que hizo que Ahsoka se estremeciera.

—Vamos, chicos —gruñó a los soldados—. No habéis tenido tiempo de calentar esas cajas con vuestros traseros. ¿Qué pretendéis, incubar algo? Volved a trabajar.

Se dispersaron. Había salvado la situación, Rex era bueno en esas cosas. Anakin aprovechó el respiro y llevó a Ahsoka a un lado, y Rex se situó discretamente a unos cinco pasos de la conversación: estaba pero no estaba.

—Sólo les levantaba la moral —dijo Ahsoka—. Tienen que saber que asumimos los mismos riesgos que ellos. Que nos sentamos y hablamos con ellos, que conocemos sus nombres, en vez de sólo chasquear los dedos y llamarlos «clon». A nadie le gusta que le traten como si no importara.

Pese a toda su bravuconería, tenía momentos muy adultos y lúcidos. Anakin sabía cómo era sentir que no importaba.

—Bueno… parece que les gustas. Eso está bien.

—Han perdido muchos amigos. ¿Sientes su dolor?

—Son soldados —dijo Anakin—. Es su trabajo.

—También es el tuyo, y a ti te hace daño todo el tiempo.

Anakin no miró a Rex, ni éste a él, pero el capitán dio algunos pasos despacio e interpuso algo más de distancia entre ellos, fingiendo estar absorto en algo del comunicador del casco. Saltaba a la vista que estaba ansioso por evitar presenciar lo que amenazaba con ser una conversación muy personal.

—Tienes razón, padawan —dijo Anakin. Era cierto, y él no quería discutírselo, ya que coincidir con ella cumplía los dos objetivos—. Cada uno se enfrenta a la pérdida a su manera. Gracias por pensar en el bienestar de los hombres.

Ahsoka le estaba mirando a la cara, pero entonces apartó la vista de pronto hacia algo que había detrás de él. No sólo tenía una buena concentración. Su visión periférica también era excepcional. Anakin se volvió y vio a Kenobi que caminaba despacio hacia él, enfrascado en una conversación con el maestro Yoda. Decidió ir a encontrarse con él a medio camino.

—Maestro Obi-Wan —dijo, con una reverencia—. Maestro Yoda.

Yoda le lanzó una mirada crítica.

—Problemas con tu nueva padawan tienes, me han dicho.

—Le estaba explicando la situación al maestro Yoda —dijo Kenobi.

—Si preparado para la responsabilidad de un padawan no estás, tal vez con Obi-Wan debería ir…

Anakin no se tomaba bien ese tipo de juegos psicológicos, ni siquiera por parte del maestro Yoda…, sobre todo viniendo de él.

«¿Se acuerda de mí, maestro? ¿El Elegido? ¿Al que no quiso entrenar?».

—No hay ningún problema, maestro —dijo, con calma—. ¿Quién iba a emitir un juicio tan trascendental sobre el futuro de una niña en tan poco tiempo? Sería precipitado. Incluso injusto. Nuestro deber es fomentar el talento y apoyarlo.

Si Yoda sintió la acritud en el comentario de Anakin, no mostró reacción alguna.

—Tu razonamiento madurando está. Tal vez ella enseñará a ti, tanto como tú a ella.

Anakin reprimió una réplica, porque no iba a morder el anzuelo. En cambio, hizo una reverencia.

—Haré todo lo que pueda, maestro.

—Entonces contigo irá, al sistema Teth.

Anakin sentía que se estaba adentrando en algo preparado para él. «¿Sabías que iba a pasar esto, Obi-Wan?». No, no iba a discrepar.

—¿Hasta allí se ha extendido la contienda? No creo que el ejército separatista tenga presencia ahí.

—Ningún ejército. Pero secuestrado el hijo de Jabba el Hutt ha sido.

Tardo unos segundos en asimilarlo. No podía disimular su indignación, por lo menos no del todo.

—¿Quiere que rescate a un Hutt?

Era una prueba. Tenía que serlo. Por mucho que le doliera, Anakin estaba decidido a pasarla.

Kenobi intervino de inmediato.

—Necesitamos el apoyo de Jabba en esta guerra, Anakin. Si no podemos utilizar las rutas controladas por los Hutt, no podemos luchar en el Borde Exterior. Es así de sencillo. Voy a negociar con Jabba mientras tú recuperas al rehén.

—El rehén…

—Su hijo, un bebé. Rotta.

Anakin se preguntó si era por conveniencia, por pura lógica, ya que tanto él como Kenobi hablaban el idioma de los Hutt y tenían experiencia en misiones secretas, o un ejercicio para fortalecer el carácter. Yoda conocía el pasado de Anakin, sabía que él y su madre habían sido esclavos de un Hutt. Jabba también se llevaba su parte del comercio de esclavos, así que estaba relacionado personalmente con las desgracias de la infancia de Anakin, incluso con el destino último de su madre. La palabra «crueldad» ni siquiera se acercaba para describir aquello.

La reacción instintiva de Anakin habría sido decirle a Jabba que era una desgracia y que se asesinaba a seres queridos una y otra vez.

Pero la necesidad de que Jabba estuviera de su parte… eso tenía sentido. Anakin se tragó el odio para hacer lo que sabía que debía hacer, porque tenía que ser mejor que eso.

Al parecer Ahsoka se percató de que la tensión no iba con ella. Retrocedió un paso y se quedó junto a Rex, que los había seguido a distancia.

—Organizaré a los soldados —dijo—. Estaremos listos cuando quiera, maestro.

—Será mejor que me ponga en marcha —dijo Kenobi—. No deberíamos hacer esperar a Jabba.

Anakin hizo una reverencia y se alejó con toda la serenidad que fue capaz de mostrar. No quería que los maestros supieran que aquella misión había metido el dedo en la llaga. Entró en un espacio de maquinaria fuera de la cubierta del hangar para tener un poco de intimidad, le envió un mensaje a Padmé para informarle de que estaba bien y decirle que la echaba de menos, sin mencionar sus encontronazos con muros que se derrumbaban, ni hablar de padawans locas, y centrarse de nuevo.

«No soy un niño. No debería sentirme así. No es el estilo Jedi. Tal vez Yoda tenga razón y yo era demasiado mayor para entrenarme. No puedo ser como ellos, serenos e insensibles».

Él era el Elegido, eso le dijeron. Se suponía que llevaría el equilibrio a la Fuerza. Anakin pensaba que un poco de apoyo adicional podría ser compatible con el hecho de ser el Elegido, una mano amiga o, por lo menos, un poco de comprensión por parte del Consejo Jedi, pero en cambio se lo pasaron como una carga pesada, y acabó con Qui-Gon Jinn y luego con Kenobi, porque nadie más quería hacerse cargo de él.

Su categoría de Elegido no significaba nada, era más bien un estigma. Y aún se preguntaban por qué a veces él se mostraba «difícil»… Tal vez no querían el equilibrio, fuera lo que fuera eso. Quizás a nadie le gustaba un Jedi que fuera tan distinto. Sentía que los avergonzaba.

«Hago todo lo que me pedís. Me esfuerzo mucho. ¿Cuándo va a ser suficiente? ¿Cuándo diréis: “De acuerdo, Anakin Skywalker, eres lo bastante bueno”?».

De pronto se abrió la escotilla.

—¿Qué te pasa, Sky? —Ahsoka le lanzó esa mirada de «no puedes evitarme»—. He tardado siglos en encontrarte. Ya está todo listo.

—¿No te han enseñado nunca que debes llamar antes de entrar? —«No le hagas esto. Sabes lo que se siente al ser invisible ante los adultos, una molestia»—. Sólo estoy pensando.

—¿Te preocupa ayudar a Jabba? No te apures, a todo el mundo le preocupa.

Anakin nunca sabía qué contestarle. Intentaba no pensarlo, pero la idea era como una carcoma que mermaba su determinación. Los Jedi nunca habían intentado rescatar a su madre ni comprarla para liberarla de la esclavitud. Sin embargo, se lo habían llevado a él, le habían dado su nueva vida, y a ella la habían dejado en Tatooine. En aquel momento lo aceptó, sin más, pero ahora…, ahora sabía el poder que tenía un Jedi, y no podía más que preguntarse por qué ella no valía su tiempo ni su preocupación, aunque fuera para hacerle feliz a él.

Ni siquiera Qui-Gon se había molestado en mirar a Shmi Skywalker. A medida que pasaban los meses y los años, Anakin no podía olvidar el tema.

No quería que el resentimiento empañara los buenos recuerdos de su antiguo maestro, pero a veces no podía evitarlo.

—Sky… ¡Sky! ¿Me escuchas?

El Consejo Jedi tenía dinero. Auténtica riqueza. ¿De verdad estaba fuera de su alcance comprar a su madre para liberarla de la esclavitud?

Anakin aceptaba que algunas cosas había que aprenderlas desde el nacimiento. Ya estaba lleno de apegos y emociones, estaba demasiado acostumbrado a ser un ser humano desordenado y común para adquirir la serenidad distante, el desapego sin cariño, la compasión comedida y breve, que necesitaba un Jedi.

Hacía lo que podía.

«¿Por qué no valía la pena salvar a mi madre?».

Jabba engordaba a costa de las desgracias de seres como la madre de Anakin. Probablemente se había llevado un porcentaje de las transacciones que hablan mantenido a Shmi Skywalker en la esclavitud.

«Y aun así tengo que salvar a su hijo. Porque necesitamos su colaboración. Sus líneas espaciales».

Aquello se le quedó atragantado a Anakin como la astilla de un hueso de nuna.

El dolor era palpable. No sabía si era pena por su madre, rabia culpable hacia Qui-Gon Jinn, o sólo el descontento cocido a fuego lento que le decía que necesitaba tener más control sobre su vida.

—Hay que hacerlo —dijo Anakin, por fin—. No me hace sentir nada. Sólo pensar en cómo vamos a hacerlo.

Ahsoka lo observó un rato como si hubiera algo proyectado en una holopantalla al lado de él. ¿Ella veía? ¿Veía que había matado salvajemente a esos bandidos tusken? ¿Estaba grabado en la Fuerza que lo rodeaba? ¿Ella sabía que había cometido una atrocidad para vengar la muerte de su madre?

Si lo sabía, no percibía la culpa.

Él no se sentía en absoluto culpable por eso.

—Vamos —dijo Anakin.

PALACIO DE JABBA, TATOOINE

Esta vez Jabba no necesitaba fingir rabia contenida para disimular sus miedos por Rotta. Estaba furioso. Se volvió contra TC-70.

—Despejad la sala. —Miró alrededor a las bailarinas acobardadas y los guardias Nikto, que no sabían si la orden iba dirigida a ellos—. ¡Fuera! ¡Dejadnos! —La sala del trono se vació como si se hubiera incendiado—. Alguien pagará por esto. ¿Quién es siquiera capaz de matar a mis empleados como si fueran *nerfs*?

Le habían devuelto las cabezas de los cazarrecompensas que había enviado a Teth en una caja pulida, anónima, envuelta en plastipapel. Nada más, sólo las cabezas. La miró, enfurecido. Era lo único que quedaba de los mejores cazarrecompensas que pudo contratar. Eran trabajadores duros, muy difíciles de eludir, mucho menos de atrapar y matar. Jabba se esforzó en pensar en asesinos que pudieran ser más duros, y para quién podrían trabajar.

Se quedó en blanco. Conocía a todos los seres que ejercían el poder, a ambos lados de la ley, y no se le ocurría nadie que hiciera algo así o fuera capaz de hacerlo. Ya era bastante lamentable descubrir que había subestimado a un enemigo desconocido hasta el punto de permitir que su hijo hubiera sido secuestrado. Que le devolvieran a sus mejores cazarrecompensas a trocitos era más que un insulto. Hacía que su mundo se tambaleara.

—El Jedi está aquí, lord Jabba —dijo el droide—. Parece muy nervioso.

—Y debe estarlo. Si no consigue resultados rápido la próxima cabeza será la suya. —Jabba expresó su rabia hablando entre dientes y fuerte, y se recostó en la tarima en la pose más digna que pudo adoptar—. Dile al Jedi que pase.

Jabba trataba a los Jedi con cautela. Su lado místico le hacía ser precavido, porque nunca podía calcular sus límites físicos. No obstante, en esencia eran humanos, o una especie bípeda parecida, y podían ser asesinados, fueran Jedi o no. No eran inmortales, y todo ser vivo tenía alguna necesidad y negociaría ventajas para obtenerla.

Jabba haría cualquier cosa para que Rotta volviera sano y salvo. Después, tenía que vengarse, y lo haría, reconsideraría su posición. Lo habían manipulado, pero eso no le importaba mucho.

Obi-Wan Kenobi era general de su ejército, un humano con barba, el pelo alborotado y una túnica holgada. Entró, se colocó frente a la tarima e hizo una reverencia.

—Poderoso Jabba, he venido en persona para informarle de nuestros esfuerzos para encontrar a su hijo. —Al parecer hablaba el idioma de los Hutt con fluidez. Era poco común para alguien que se movía en los círculos más refinados de la élite del poder de la República—. Sabemos dónde está, y hemos enviado a uno de nuestros Jedi más poderosos a rescatarle.

Jabba hizo un gesto a TC-70. Señaló la caja de cabezas decapitadas. TC-70, que ya sabía cómo funcionaban las cosas y la impresión que debía dar, volcó la caja, y las cabezas rodaron sobre las baldosas. Una hizo un ruido extraño al chocar contra el suelo, como cuando se rompe el porceplástico.

—Eso es lo que les ocurrió a los últimos expertos que buscaban a mi hijo.

Kenobi estudió las cabezas cortadas, impasible, y luego levantó una ceja. No parecía fácil de impresionar. Tal vez sólo era buen actor. En cualquier caso, había entendido lo que había en juego.

—Creo que será más difícil separar a nuestro hombre de su cabeza—dijo Kenobi al fin—. No le defraudaremos.

—Vais a encontrar a Rotta y me lo vais a devolver —dijo Jabba—. Y hay una condición adicional si la República quiere el acceso libre por mis líneas espaciales. Traedme a la escoria que secuestró a mi hijo.

Kenobi ni se inmutó.

—¿Viva o muerta, lord Jabba?

—Da igual —dijo Jabba—. Pero viva me daría una mayor satisfacción, por razones que probablemente no hace falta que te explique.

—Lo entiendo, lord Jabba.

—Más te vale. —Jabba hizo una pausa, consciente de que los tiempos lo eran todo cuando se trataba de dejar claro algo a los humanos—. Porque si no puedes hacer el trabajo, lo harán el conde Dooku y su ejército de droides.

Tenía que decírselo al Jedi. Aquel hombre no se humillaba ni adulaba como Palpatine. En cambio, se detenía y calculaba.

—Lo haremos —dijo Kenobi.

—Tenéis una rotación planetaria para terminar el trabajo. —Jabba hizo un gesto a TC-70 para que recogiera las cabezas—. Una rotación de Tatooine.

—Lo haremos, lord Jabba. Ahora, con esa previsión, ¿podemos discutir las condiciones?

Kenobi era muy frío. Lograba ser respetuoso sin mostrar temor. En otras circunstancias, Jabba hubiera considerado que eso no era mostrar la deferencia suficiente, pero de momento necesitaba la cooperación de los Jedi.

—Podemos —contestó.

NAVE DE COMBATE DE LA REPÚBLICA, LLEGANDO A TETH

Anakin miró el holograma azul de Kenobi en la plataforma de la tripulación de la nave.

—Un día para encontrar al niño y llevarlo de regreso a casa —dijo, por fin.

—Exacto, Anakin.

—Lo conseguiremos, maestro. —Era consciente de la presencia de Ahsoka, Rex y la escuadra de soldados con la misión de introducirse en Teth, sentados con la espalda contra el mamparo, en silencio—. Tú engatusa a Jabba. Creo que la tuya es la tarea más dura…

—En realidad, no sabemos quién retiene a su hijo. Diré que siento inquietud, por no parecer alarmista. Quienquiera que sea ha logrado matar a un equipo entero de cazarrecompensas. No es la escoria criminal media.

—Y nosotros no somos el equipo de salvación de rehenes medio.

—Me encontraré con vosotros en cuanto haya terminado las negociaciones.

—No se preocupe por nosotros, maestro.

El holograma desapareció. Anakin se volvió hacia el equipo.

—No será una inserción sin resistencia, pero creo que eso ya lo esperábamos. ¿Todo el mundo listo?

—Preparados, señor.

—Preparados, maestro.

La nave de cabeza pasó baja sobre un océano, a tres o cuatro metros por encima de las olas, y, al mirar por la escotilla abierta, a Anakin le dio la impresión de que se estaban moviendo sobre una pista ondulada. Detrás de la LAAT/i volaban más naves en fila, pegadas a las mismas curvas y, en ocasiones, avanzando en diagonal, por si algún enemigo intentaba atraparlos. Sin embargo, de momento estaban solos en un planeta remoto, y probablemente no iban a encontrar la resistencia de los cañones antiaéreos hasta que llegaran a la costa. Anakin comprobó la parte trasera y luego se inclinó hacia la cabina de mando.

—¿Ha captado algo, teniente Hawk?

El piloto señaló la consola. La pantalla mostraba iconos de color rojo y verde.

—El largo alcance muestra un objetivo con una gran defensa, señor. Emplazamientos de cañones láser, como mínimo. No pasaremos desapercibidos, lo sabe, ¿verdad, señor? Iré por debajo de las copas de los árboles cuando consiga una ruta clara.

—Bien, luego salga en cuanto estemos abajo. Necesito que estéis preparados para la extracción.

—Lo estaremos, señor.

El mar dio paso a relucientes extensiones de color turquesa salpicadas de masas oscuras de hierbas, y luego la densa jungla de color esmeralda. Los árboles estaban envueltos en bruma. Parecía un día bonito y corriente en un lugar agradable, de belleza natural. Anakin sabía que la ilusión no iba a durar mucho.

—Poneos los cascos —dijo Rex, mientras él se colocaba el suyo en su sitio.

La escuadra siguió su ejemplo. Luego todos realizaron el ritual de comprobar el nivel de cargas en los fusiles y armas de los costados, tirando de los carabineros en sus equipos de *rappel*, y flexionando las manos. Sin el complejo casco que llevaban los soldados clon, Anakin estaba desconectado de su mundo cargado de datos. No podría ver lo que veían ellos, ni recibir el maremágnum de información (imágenes, texto, lecturas de sensores), ni oír las constantes comunicaciones en doce frecuencias. Supuso que Rex estaba transmitiendo órdenes de última hora a las naves del escuadrón. Nunca lo sabría con certeza.

Algunas cosas había que saberlas y cuantificarlas, en vez de sentirlas en la Fuerza.

El sistema de audio de la zona de tripulación emitió un crujido.

—Señor, el tiempo estimado para llegar al objetivo son cinco minutos estándar. Mejor asumir que nos han visto. Estoy cerrando las escotillas antiexplosiones.

—Recibido, Hawk —dijo Anakin.

La zona de tripulación oscureció, y la luz solar fue sustituida por la luz de emergencia roja. Miró a Ahsoka. Casi se había acostumbrado a que fuera tan pequeña, pero, en aquel compartimento abarrotado, minimizada por los soldados colgados de las barras altas, parecía haberse equivocado de vuelo.

Cuando las escotillas se cerraron, Anakin oyó las primeras descargas entrecortadas del cañón láser.

—Nos están disparando, señor —dijo Hawk—. Descenderé por debajo de su alcance, pero prepárese para un viaje movido cuando lleguemos al bosque.

—Treinta segundos —dijo Rex, con calma.

Cuando tocaran el suelo, si lo hacían, si lo lograban manteniéndose enteros, su misión acabaría de empezar. Su objetivo era un monasterio situado encima de una explanada rodeada de una densa jungla.

Se habían enfrentado a situaciones peores.

Anakin se apretó el cinturón y tocó la espada láser. Tenían que lograrlo. Sus sentimientos hacia los Hutt no importaban.

No se trataba del niño, sino de sus hombres, el Gran Ejército, de ganar y terminar con la guerra. Se concentró en eso. Los soldados estaban alineados en ambas escotillas.

La nave se sacudió al recibir un impacto directo, pero la coraza del blindaje aguantó. Anakin cerró los ojos un momento. Entonces le pareció que la cubierta se caía bajo sus pies, se oyeron variados ruidos sordos a través del armazón: la nave estaba chocando con algo en su descenso, no recibía disparos, y luego se produjo un bandazo claro cuando Hawk posó la LAAT/i. Las luces de salida se pusieron en verde, y las dos escotillas se elevaron. Un aire húmedo, caliente y con aroma a árboles entró en la zona de tripulación.

Anakin no tenía ni idea de cómo había encontrado Hawk una zona de aterrizaje en aquel bosque espeso sin romper ninguna plataforma de armamento.

—¡Vamos! —gritó Rex, dándole una palmada en el hombro al primer soldado de la fila—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Anakin estiró el brazo y agarró a Ahsoka de la muñeca para asegurarse de que estaba justo a su lado. Luego, al ver que la silueta blanca de un soldado desaparecía en un mar de ramas y brillante follaje verde, dio un salto.

OCHO

Un día tendré que agradecerle al maestro Yoda y al Consejo Jedi su generosa contribución a nuestra causa. Cabría pensar que iban a cuidar de su Elegido. Pero, al parecer, lo único que hacen, según he oído, y he oído muchas cosas, es frustrar e irritar al joven Skywalker. Creo que se están buscando problemas.

Darth Sidious, más conocido como canciller Palpatine, al conde Dooku

PUNTO DE REUNIÓN EN EL BOSQUE BAJO EL MONASTERIO ABANDONADO, TETH

Los droides no podían ver a las fuerzas del GER (Gran Ejército de la República) entre el denso follaje, pero eso no impidió que abrieran fuego.

—Algo me dice que los habitantes han abandonado la vida contemplativa de la oración —dijo Rex. Una ráfaga de fuego láser se abrió paso entre las capas de los árboles, arrasando ramas y parras. El capitán limpió algo húmedo, pegajoso, y se quitó la placa del antebrazo—. Se les acabó su categoría exenta de impuestos.

Ahsoka se dio la vuelta y desvió un rayo perdido con su espada láser.

—No quiero ni pensar lo que les ocurrió a los monjes. Por cierto, ¿qué sabes tú de impuestos?

—Todo lo que me han enseñado los boletines de noticias de la holorred. —Era su ventana a un mundo al que no pertenecía, pero estaba acostumbrado a absorber información así. El entrenamiento rápido había constituido una parte importante de su vida anterior, y a menudo divergía del mundo real, pero él sabía rellenar los vacíos, al menos casi siempre—. Bueno, en momentos como éste es cuando deseo que lo único que tuviéramos que hacer fuera destrozar el castillo desde la órbita.

Rex alzó la vista hacia la pared escarpada que se elevaba desde la jungla como una isla cubierta de una cascada congelada de parras carnosas. Sólo había una manera de introducirse: por las malas. Calculó la altura con precisión con el sistema de telemetría integrado en su visor.

—¿Tienes cable suficiente? —preguntó Ahsoka.

—Más o menos.

Oía el chirrido del vehículo armado AT-TE a medida que se abría paso entre los árboles sobre sus robustas patas metálicas. Skywalker llegó corriendo delante de él, gesticulando para que se apartaran. La máquina se detuvo, y las torretas de los cañones se elevaron.

—Aquí está nuestra cobertura. —Rex cambió al circuito de comunicaciones de la tripulación del AT-TE. Estaban centrando un sensor en un parapeto que transcurría a lo largo del muro del castillo para poder disparar a través de las copas de los árboles sin ser vistos—. Quédate cerca del general Skywalker.

—Eso es lo que no para de decir él.

—Sabio consejo, obviamente. —Rex se dio un golpe en la parte superior del casco para que su escuadra formara delante de él, y reforzó la orden con una transmisión breve—. Preparaos. Subiremos detrás del fuego de cobertura.

La AT-TE tenía un plan de fuego. Lo veía en uno de los iconos del sistema de pantalla integrado. Sin embargo, mientras esperaba a que empezara la descarga, algo pesado cayó de entre las ramas por encima de su cabeza, desplazando trozos de piedras y parras.

Rex se agachó instintivamente, pensando que se trataba de un artefacto explosivo. Si hubiera estado ahí arriba defendiendo esa posición, habría disparado artillería por el precipicio para que los proyectiles detonasen a un metro sobre el suelo y desintegrarlo todo, y a todo el mundo, en un radio de quinientos metros. Pero ellos no eran como él. Y lo que había caído desde la explanada no era artillería, sino un comandante de droides de combate.

Chocó contra el suelo con gran estrépito. Rex sacó el arma del cinturón y, sin dudarlo, le lanzó una descarga a la cabeza. La máquina no iba armada, pero él le pasó un sensor manual por encima para asegurarse de que no ocultaba una bomba.

—No rebotan mucho, ¿eh? —Levantó de nuevo la mirada hacia la pared del precipicio, luego miró a Skywalker. Ahsoka estaba a su lado, como clavada en el suelo—. Cuando quiera, señor.

El rostro de Skywalker tenía un aire distraído que Rex ya había visto otras veces. Era como un breve trance, tal vez una especie de meditación Jedi. En cualquier caso, Rex lo interpretó como el momento en que Skywalker luchaba consigo mismo, intentaba superar algo en su interior, o mentalizarse, o algo en lo que dos elementos en su interior empujaban en distintas direcciones. Porque todo lo que lograba era gracias a lo que Rex consideraba su modo de máquina de matar. Era imparable, todo movimientos letales, y cortaba todo lo que entraba en contacto con él.

—AT —dijo Skywalker—, responded al suelo.

Empezó a encaramarse por las enredaderas.

Un torrente de rayos de color blanco azulado ascendió entre los árboles y vaporizó las ramas. A partir de ese momento, el bosque se convirtió en un ensordecedor ruido mecánico, y el casco de Rex activó los amortiguadores para proteger sus oídos. Podría haber apagado del todo el sistema de audio y luchar en una paz insonorizada, pero necesitaba oír algo del ambiente del combate que se producía a su alrededor para tener una reacción visceral ante lo que estaba sucediendo. Las formas e iconos de la pantalla integrada sólo eran detalles ahora.

Los AT-TE rugían y silbaban a medida que ascendían para escalar el precipicio, disparando mientras avanzaban.

Los caminantes armados, tanques sobre seis patas pesadas, estaban hechos para terrenos horizontales: por muy irregulares que fueran, eran perfectos para eso. Podían trepar, pero eso limitaba su eficacia y los hacía muy vulnerables. Utilizarlos para escalar un precipicio vertical era lo más parecido a un despliegue de últimos recursos no visto antes en esta guerra.

Pero no tenían tiempo de hacerlo según el manual. Disponían de un día.

«Porque un Hutt gánster con ínfulas lo decía».

Lo borró de su mente. Lo único que la carne y los huesos podían hacer era centrarse en lo que tenía justo enfrente. Rex lanzó su cable de *rappel* casi en vertical a través de las copas de los árboles, y sintió que el garfio encajaba en algo sólido. Luego dejó que el cabestrante eléctrico lo elevara. Se convirtió en un hombre en una cortina de soldados de armadura blanca que ascendían la escarpada pared rocosa. Podía verse como una presa fácil suspendido en el aire, o como una plataforma de armas rápidas que conservaba la energía para el combate que se produciría con toda certeza y que le esperaba al final del ascenso. Escogió la segunda opción.

Rocas, fragmentos ardiendo de carcasas de droides y pedazos de enredadera gruesos como la cintura de un hombre caían junto a él. Eludió lo que pudo, pero había poco espacio para maniobrar al final del cable de un cabestrante.

Miró abajo para ver dónde estaba Ahsoka. La había visto escalar una enredadera, con expresión decidida y los ojos muy abiertos. No había ni rastro de ella: se le encogió el estómago, se temía lo peor. Entonces miró a un lado, vio a uno de los caminantes AT-TE que se abría camino por la cara vertical como un manakur que se sube a un árbol frutero, y ahí estaba Ahsoka, aferrada a la placa de la cabeza del caminante, con la mirada firmemente fija hacia arriba.

Era una chica lista. Pero también lo eran sus chicos, y muchos de ellos no iban a volver a las barracas tras el asalto. En la guerra no importaba mucho si alguien era listo o bueno, o si merecía sobrevivir.

Rex dejó de pensar en eso. Otro droide cayó en picado a su lado dejando un rastro de humo, y le dio a un soldado en un hombro. El hombre no pudo evitar balancearse en el cable por un momento, pero logró mantenerse colgado. Si tenía suerte, su armadura habría amortiguado el impacto y no tendría fracturas.

Sin embargo, el siguiente objeto en caer fue un AT-TE.

Rex sintió la onda expansiva de una explosión sobre él. La siguiente sensación que tuvo fue la de estar cayendo desde lo alto de un edificio y ver que las paredes pasaban a toda prisa junto a él. No obstante, era el caminante armado: él se quedó colgado relativamente inmóvil ante su rápida caída, aunque los sentidos le decían que él era el objeto que se movía. Consiguió balancearse a un lado dando patadas hacia fuera de la pared del precipicio. El AT-TE alcanzado se cayó. No tenía otra vía para descender que a través de los soldados que escalaban el precipicio.

Rex no podía apartar la mirada del horror más que cualquier ser humano. Siempre se producía ese instante terrible en que le sorprendía una muerte con todos sus detalles inesperados, y no podía desviar esa mirada suya durante lo que le parecían horas, hasta que la apartaba al cabo de un segundo. Luego sentía un alivio desesperado por no estar muerto, seguido de inmediato por perspectivas también desesperadas sobre cómo podrían haber sobrevivido los chicos abajo si… si… si…

Rex no podía entretenerse con eso. Oía algo más, un sonido que los sistemas del casco reconocieron e identificaron como un droide STAP.

Y otro.

Y otro.

Eran plataformas aéreas frágiles, lo bastante grandes como para transportar a un droide de combate. No eran fuselajes propiamente dichos, con perfiles estrechos que los convertían en objetivos móviles difíciles de acertar. Su descarga de rayos dio en la cara del precipicio. Unas manchas blancas entraron en su visión periférica.

Si alguno de los miembros de su compañía 501 alcanzaba la cima de aquel altiplano, sería un milagro. Y luego aún tenían que luchar para llegar al monasterio.

Rex volvió a concentrarse en sobrevivir al momento siguiente, un segundo cada vez, y se colgó de su cable de *rappel* disparando ráfagas de bláster a los STAP que los ametrallaban.

ANAKIN NO TUVO MÁS REMEDIO: SALTÓ

Tras caer en picado por la cara de un precipicio infestado de droides araña, aterrizó un momento en el AT-TE de abajo, donde faltó poco para que le diera a Ahsoka, y luego se abalanzó sobre el primer combatiente PAM de la formación.

Lo hizo a ciegas. Sabía que podían matarle como a todos los demás, pero una vez su cuerpo tomaba el control de esa manera el cerebro sólo era un compañero de viaje, incapaz de intervenir. Cuando rozó la diminuta plataforma, apenas lo bastante grande para abarcar el pie metálico de un droide, golpeó al droide piloto de combate de lleno en el pecho, y lo envió tambaleándose durante cientos de metros a un mar verde confuso de copas de árboles; luego dio otro salto al siguiente PAM. La inercia de su cuerpo derribó al droide. Ni siquiera tuvo que desenvainar la espada láser. Ahora tenía una movilidad tal que ni siquiera sus poderes de la Fuerza podían concebir: podía volar, no sólo deslizarse.

Y eso significaba que podía tenerse en pie lejos de la pared rocosa vertical a una distancia significativa. Los otros droides piloto PAM estaban desorganizados, no sabían cómo enfrentarse a un ser orgánico que podía saltar de combatiente en combatiente, y esa confusión le dio a Anakin el margen que necesitaba.

Observó el precipicio, sintió dónde había menos hombres suyos, dónde podría hacer caer de forma segura toneladas de droides y escombros, y abrió fuego con el cañón láser

del PAM. Un rastro de columnas de humo en llamas se elevó por el precipicio, dejando una vía despejada. Anakin se acercó. Ahora veía exactamente dónde disparar para abrir el camino a los soldados individuales o proporcionar un fuego de supresión para que un AT-TE tuviera un mejor punto de apoyo.

Una sola plataforma PAM no debería haber sido tan importante, pero él era Anakin Skywalker, y sabía, sin ni siquiera pensarlo, cómo dar al enemigo donde más le dolía, e infundirle temor.

Los droides sentían miedo. Ahora lo veía. Reaccionaban a las amenazas como un ser vivo. Evitaban los daños y la destrucción cuando podían. Eso era el miedo: un mecanismo de seguridad, fuera adrenalina orgánica o un programa informático. Los droides de combate, en lo alto de la meseta, contemplando el ataque del GER, eran lo más parecido a un caos. Anakin barrió a una docena a un lado con una onda brusca del poder de la Fuerza. ¿Rex veía el camino? ¿Lo veía algún soldado, aferrado de tan cerca al precipicio? No tenían una visión global.

Sí, Rex lo vio.

Anakin lo reconoció por su tradicional kama, la media falda de piel que llevaba sobre la armadura. Hacía señales a los soldados hacia la columna de humo. Era casi tan bueno como una almenara, y estaban lo bastante próximos a la cima como para utilizar las enredaderas, en vez de permanecer colgados pasivamente en los cables de *rappel*. Anakin ya no podía hacer nada más allí. Bajó a por la fila de droides que estaban formados en el altiplano.

Saltó del PAM a un parapeto, y dejó que el aparato chocara contra la fila de droides. Cuando recuperó el equilibrio, un comandante de droides de combate dio un paso adelante y levantó el fusil.

—Ríndete, Jedi.

—Mal momento para pedirme eso —dijo Anakin, más que nada para sus adentros, y se metió en las filas de droides con su espada láser—. Mal momento.

Sólo tenía en mente a sus soldados y el hecho de que únicamente él podía salvarlos. Salvar. Últimamente salvaba tanto…, pero nunca sería lo suficiente como para hacerle sentir bien del todo. Sentía que la hoja de su espada láser cortaba el metal, siempre se producía un pequeño choque al entrar en contacto, como cuando un taladro se topa con algo duro. Pero él ansiaba más. Quería destrucción, no para demostrarse que tenía ese enorme poder, sino sólo para contener el caos.

«No salvé a mi madre».

Tenía la fuerza y la habilidad para eliminar a legiones de droides, pero no las había utilizado para salvar a la persona que más le importaba.

Anakin destrozaba un droide tras otro, matando hacia arriba y hacia abajo, se giraba para repeler a los droides que le atacaban por detrás, rodó para abrirse paso segándoles las piernas.

Un fluido hidráulico caliente le salpicó en la cara como si fuera sangre.

«¿Por qué no volví a buscar a mi madre, cuando podría haber hecho todo esto?».

Mientras la onda de Fuerza casi le extraía el aire de los pulmones por el esfuerzo ímprobo que estaba realizando para eliminar la fila siguiente de droides, de pronto se sintió mareado, y en esa pausa de un segundo fue consciente de que a su derecha había soldados luchando fieramente, destrozando cráneos de metal con la culata de los fusiles, golpeando con las vibro-dagas los puntos débiles, pero no veía a Ahsoka.

Se había agarrado a un AT-TE. Anakin no sabía dónde estaba. Ni siquiera podía sentirla en la vorágine de turbulencias de la Fuerza revueltos por una lucha desesperada, y cuando el último droide de combate cayó sobre sus rodillas, se quedó quieto para buscarla.

Nunca volvería a perder a alguien que le importara. Si alguien osaba siquiera mirar mal a Padmé, haría que se arrepintiera de haber nacido.

«No puedes pensar esas cosas. Eres un Jedi».

«Pero puedo, y lo pienso».

Entonces tres droides destructores rodaron entre los restos de la batalla, se desplegaron y levantaron los escudos. Anakin, extenuado por el calor de la jungla y por el fuerte olor, levantó la espada láser con las dos manos, aunque los músculos le pedían a gritos un descanso. Un droide retrocedió una fracción de segundo sobre sus giroscopios para disparar.

«Le prometí a Obi-Wan que lo conseguiríamos en un día».

«Le prometí a Ahsoka que cuidaría de ella».

Anakin se detuvo durante una décima de segundo que duró una eternidad, pensando si atacar hacia delante o esperar a bloquear la bala de cañón, y entonces el droide de delante explotó, provocando una lluvia incandescente de metralla que le hizo agacharse para protegerse con la Fuerza. Se oyó un eco en el altiplano cuando la explosión rebotó por detrás de las paredes altas del monasterio.

Cuando se levantó de un salto, dispuesto a luchar a muerte, vio un AT-TE que se abría paso dando golpetazos desde las paredes del monasterio. Un cañón apuntaba aún al lugar humeante donde se habían detenido los droides destructores.

—¿Te han dado? —preguntó Ahsoka. Estaba de pie encima del caminante armado, sin aliento—. Lo siento.

—No, estoy bien. —Le temblaban las piernas de la adrenalina que desaparecía. Siempre le ocurría durante unos momentos cuando cesaba la lucha—. Te dije que te quedaras cerca, así que no me puedo quejar, ¿verdad?

—Sólo te estaba cubriendo la espalda, maestro.

El altiplano se había quedado en silencio, y los restos de la compañía 501 estaban desplegados, creando un cerco de seguridad. Anakin hizo un rápido recuento de cabezas. Había perdido casi a la mitad de sus hombres.

«Todo por un maldito Hutt. Espero que todo esto compense la vida de mis hombres».

Rex fue corriendo hacia ellos, al tiempo que se quitaba el casco. Era obvio que pensaba que la situación estaba bajo control para hacer eso. Anakin no sentía ningún

peligro inminente. Los sensores de la pantalla integrada de Rex debían de darle la misma tranquilidad.

—Quince heridos, señor. —No mencionó a los muertos. Se pasó la palma de la mano con el guante por la cabeza afeitada, parecía lleno de un júbilo extraño…, extraño porque, aunque tenía la cara sonrojada y le costaba respirar más de lo habitual, sus ojos parecían distantes y angustiados—. He llamado a una nave larty para que evacúe a los heridos. No he esperado a su orden, señor…

—Me parece bien, Rex. No quiero malgastar ni una sola vida más de las necesarias por este Hutt. —Anakin no miró a Ahsoka, pero sintió su mirada clavada en él, teñida de consternación. A veces un Jedi tenía derecho a no ser del todo un santo. Tarde o temprano tenía que aprender que un trabajo podía llegar a ser sucio—. A juzgar por la cantidad de droides, diría que es una operación separatista oficial, no un grupo de chantajistas independientes.

—Estoy de acuerdo. Todo esto tiene el sello de Dooku, señor. También sería la explicación para los cazarrecompensas muertos.

Ahsoka se abrió paso entre los dos hombres y los miró, expectante.

—Pero la peor parte ha pasado, ¿no? Es decir, acabamos de escalar un precipicio bajo los disparos y eliminado un batallón de droides o algo así.

—Me temo que no, pequeña —dijo Rex, dándole un golpecito en la cabeza—. La peor parte no habrá terminado hasta que pongamos de nuevo el pie en suelo de la República, a ser posible con un bebé Hutt a bordo.

Anakin dio una patada a la alfombra de componentes de droides destrozados como si fueran hojas caídas. Algunos pedazos de escombros aún humeaban. Sus botas se quedaron grasientas y oscuras.

—Sí, definitivamente es Dooku —dijo—. Preparaos para lo peor.

NIVEL SUPERIOR, MONASTERIO DE TETH

Los Jedi eran tan predecibles…

Asajj Ventress estaba algo alejada de la estrecha ranura de una ventana, pero veía las secuelas de la batalla. Todo iba según sus planes. Skywalker pensaría que había obtenido una victoria espléndida en vez de haber sido engañado. Había tropezado con la resistencia justa para que pareciera más que una defensa simbólica, en que los droides no habían tenido suerte y no habían matado al Jedi. Las máquinas no podían fingir. Tendría que equilibrar cuidadosamente la lucha.

«Te necesito a ti y a tu pequeña padawan sanos y salvos, Skywalker».

El Consejo Jedi podía asignar los recursos para empeñarlo todo por un Hutt al que despreciaban, cuando éste tenía algo para ellos. Pero Rattatak, su planeta natal, podía ahogarse en sangre sin que movieran ni un dedo.

Y eso había sucedido.

—¿Qué pensaría de todo esto Ky? —dijo en voz alta. Hacía tiempo que Ky Narec estaba muerto, y tal vez era mejor. No le habría gustado ver en lo que se habían convertido los Jedi—. O de mí, tal vez. Pero entenderías por qué había que hacerlo, lo sé.

—¿Señora? —dijo 4A-7. El droide también estaba observando desde la ventana—. ¿Quién es Ky?

—Nadie a quien debas conocer. —Retiró la capucha y dejó que se deslizara por el cuero cabelludo, suave y brillante. Las espadas láser gemelas le colgaban del cinturón. Estaba preparada—. Los droides de combate han cumplido con su deber. Ahora te toca a ti. Sé convincente.

—Para eso estoy programado, señora.

El droide espía se alejó. Ventress repasó mentalmente su lista de control. Lo único que necesitaba era una secuencia incriminatoria de la holocámara de los Jedi con Rotta el Huttlet, algo que convenciera a Jabba de que los Jedi estaban detrás del secuestro para forzar su colaboración con la República, tratando mal a Rotta, haciéndole llorar, algo plausible. Esa babosa lloraba mucho, no iba a costarles hacerle llorar. Pero habría muchas maneras de explicarlo, a menos que ella pudiera entregarle el bebé Hutt a Jabba.

«Sigo pensando que sería mejor tender una trampa a los Jedi con el bebé Hutt muerto. Indiscutible. Caso cerrado».

Si la situación lo requería, así tendría que ser, y Dooku podría enfadarse con ella más tarde. Lo único importante era que les denegaran el acceso a las líneas espaciales del Borde Exterior a los Jedi, y que apoyara con todo su considerable peso a la Confederación de Sistemas Independientes.

«Entonces sería capaz de matar a un niño, ¿verdad?».

A veces Ventress se sorprendía por lo que se le ocurría hacer, pero en Rattatak habría sido algo rutinario. No habría merecido ni un mísero titular, como habría ocurrido en el ordenado y civilizado Coruscant. Muchos niños morían en las batallas constantes entre los señores de la guerra rivales. Ella podría haber sido uno de ellos. Sus padres habían sufrido una muerte violenta, solamente eran dos víctimas más en las interminables guerras de bandas. La vida no tenía valor en Rattatak.

Carecía de importancia estratégica para la República. A Coruscant no le importaba, y ningún Jedi intervino para hacer el bien.

«Excepto Ky Narec. De no ser por él, en estos precisos instantes estaría muerta».

Sí, era capaz de matar a un niño, si era necesario. Podía matar a la descendencia de un criminal que ganaba parte de su fortuna gracias a la esclavitud, si eso significaba acabar con los Jedi, porque Rattatak también sabía mucho de esclavos. Los Jedi mantenían a un gobierno corrupto en el poder. Todo estaba justificado. Su inmenso poder requería medidas excepcionales. No iban a darse por vencidos sin luchar a muerte.

«De acuerdo. Estoy más que preparada».

El holorreceptor se encendió con un parpadeo, y apareció el conde Dooku como un fantasma azul, esquelético, elegante.

—¿Sí, Asajj? —dijo Dooku—. ¿Hay progresos?

—Están de camino, maestro. —Ventress juntó las dos espadas láser en una sola arma, entrelazando las empuñaduras. Agarró la empuñadura extendida como un bastón de desfilar—. Skywalker y su grupo están a punto de entrar en el monasterio. El droide los interceptará y se asegurará de que obedezcan las órdenes.

—Ten cuidado. A estas alturas ya se habrán dado cuenta de que esto no es un secuestro cualquiera.

—¿Acaso importa?

—No si las pruebas incriminatorias aparecen pronto, y el secreto muere con ellos.

—Podría hacerlos prisioneros ahora y fabricar pruebas muy buenas, maestro. Cuanto más les dejemos jugar, mayor es el riesgo de huida.

Dooku la observó en silencio unos momentos, rozándose el centro de la barba con la punta del dedo, aparentemente distraído.

—No se van a escapar, Asajj —dijo por fin—. Vas a entregarme las pruebas que necesito, y a rescatar al bebé Hutt. No porque temas mi desaprobación, ni lo que yo pueda hacer si fracasas, sino porque sabes por qué hay que detener a los Jedi y la República. Sabes mejor que nadie lo que está en juego. En cierto sentido, mejor que yo.

Dooku tenía razón, ella no tenía miedo. Él no podía causarle dolor, ni lanzarle amenaza física alguna, porque Rattatak la había destrozado mucho antes de conocerle.

—Tiene razón, maestro —dijo—. Llevo mucho tiempo muerta. Igual que todo lo que me importaba. Sólo los seres como yo, sin nada que perder, están realmente dispuestos a derribar la galaxia y empezar de nuevo.

Dooku sonrió. Ella diría que se trataba de una verdadera sonrisa de empatía. Él también tenía sus motivos, y Asajj sabía que no tenían nada que ver con cuentas de gastos ni de alimentarse en las ricas aguas del gobierno. Ambos tenían una idea de una sociedad más justa.

—Los huérfanos acabarán con la galaxia —afirmó Dooku—. Creo que todo el mundo que conozco con el potencial suficiente para derribar imperios ha sido despojado de sus padres. —Parecía hablar consigo mismo—. Entonces sigue adelante, Asajj. Esperaré noticias tuyas. Y vigila a Kenobi. Puede que aún aparezca.

—Estaré preparada para él —repuso ella—. Para todos ellos.

Asajj Ventress esperó a que desapareciera el holograma, luego agarró la espada láser unida con ambas manos y la volvió a convertir en dos hojas letales.

Así le iba a partir el cuello a Skywalker cuando por fin se cruzara en su camino.

NUEVE

El problema de la Orden de los Jedi es Yoda. Ningún ser puede ejercer ese poder durante siglos sin volverse complaciente, en el mejor de los casos, o corrupto, en el peor. No tiene ni idea de que se le han adelantado. Ya no ve todos los pequeños males acumulativos que la República tolera y fomenta, desde la esclavitud hasta guerras interminables, y nunca se pregunta por qué no actúan para pararlo. Si convives con la corrupción durante demasiado tiempo ya no percibes el hedor. Los Jedi no ayudan a los esclavos de Tatooine, pero ayudan a los amos de los esclavos.

Dooku, antiguo padawan de Yoda, a Darth Sidious

ENTRADA AL MONASTERIO DE TETH

La puerta blindada se abrió con un estruendo tremendo que recordaba a los intestinos de un bantha y un leve olor a podrido. Rex alzó la vista para comprobar el largo pasillo con la óptica de su fusil.

«Sí —pensó—. De nuevo hemos elegido el lado equivocado del bantha».

Encendió el foco reflector del casco, que arrojó un disco de luz blanca azulada sobre la pared contraria. Los cuatro soldados que iban con él —Coric, Vaize, Ayar y Lunn— siguieron su ejemplo. Unos pozos densos negros marcaron los nichos, separados por intervalos regulares a lo largo de todo el pasillo, y, donde había ángulos ciegos, había potenciales emboscadas.

Era como uno de esos lúgubres ejercicios de limpieza de casas que los instructores del GER de Kamino pondrían como parte del entrenamiento. Les gustaba mostrar el repertorio de maneras en que puedes morir si no tienes ojos en la nuca y no consideras que todas las sombras son hostiles.

En comparación, estar en un buen campo de batalla al descubierto bajo una lluvia de descargas láser hasta podía resultar reconfortante. Rex se llevó el dedo a los labios e hizo una señal a su escuadra para que maniobrara hacia delante a la vez, con el fin de comprobar y despejar cada sección del túnel antes de avanzar.

—Apagad las luces, a menos que entremos en contacto con el enemigo —ordenó Rex.

—Visor nocturno e infrarrojos. —Se volvió hacia Skywalker—. Usted ve bien, ¿verdad, señor?

—Yo puedo sentir el camino —contestó Anakin.

Las botas de Ahsoka hicieron crujir algo.

—Estoy bien. Los togrutas tenemos buena visión con poca luz.

—Nada de comerse a los roedores locales, pequeña. —Él estaba contento de que la niña aceptara las bromas. Era una gran ventaja—. Pero, a menos que lleve pañales, dispara. Sin pensarlo.

—¿Eso es justo? —preguntó Ahsoka. Los dos Jedi recorrían el pasillo poco a poco tras Rex. Éste confiaba en que funcionara su Fuerza, que advertía el peligro.

—Para rescatar a un rehén no puedes permitirte el lujo de identificar a nadie. Los embistes antes de que ellos te embistan a ti. Los únicos a quienes otorgas el beneficio de la duda son los que ya has identificado de forma definitiva como rehenes. Todos los demás son hostiles, hasta que se demuestre lo contrario.

—Vaya—exclamó ella—. ¿Y si…?

—Creo que «hostil» es algo que aquí hay que dar por hecho, Ahsoka —dijo Skywalker—. Haz lo que te dice Rex.

Avanzaron por el corredor, temiendo lo peor. Rex intentó hacerse una idea de la distribución del monasterio planeando un patrón de búsqueda en la cabeza. Iba a tardar un poco.

«Y va a haber alguna sorpresa típica de Dooku por el camino. El general lo sabe. Yo lo sé».

Algo apareció unos metros por delante en la visión nocturna de Rex, una superficie de una suavidad poco natural que parecía una mancha verde. Se movió. Rex levantó el fusil. Coric y Lunn, cinco metros por delante, lo empotraron contra la pared y le apuntaron con los DC en la cabeza justo cuando Skywalker se abalanzaba sobre él con la espada láser desenvainada.

Era un droide, no un droide de combate, sólo una máquina común doméstica, y tenía suerte de no haberse convertido ya en un montón de chatarra humeante.

—¿Quién eres? —inquirió Skywalker. Su hoja azul le apuntó a la cara.

—Soy el cuidador de este santo lugar, señor, 4-A7. Me habéis liberado de esos droides de combate. Gracias. —El droide se quedó helado. Coric y Lunn no se retiraron.

Skywalker tampoco parecía dispuesto a apagar su espada láser.

—¿Dónde está el Hutt?

—Los droides de combate guardaban a sus prisioneros en el nivel de detención.

«Guardaban». El arma de Skywalker no se relajó ni un ápice.

—Entonces se han ido todos, ¿verdad?

—Parece que estoy solo aquí, sí.

No importaba si 4-A7 consideraba que era así o no. Rex no se lo creía, y era obvio que Skywalker tampoco.

—¿Dónde está el nivel de detención?

—Tras esa escalera, señor. Conduce al sótano de almacenamiento, que los infieles que profanaron este lugar convirtieron en celdas.

Rex hizo un gesto a Coric y Lunn para que dejaran pasar al droide, pero no le quitó el ojo de encima. Y no le gustaba cómo sonaba «sótano» y «escalera». Cada palabra

presentaba problemas de seguridad de sus propias medidas de seguridad. Skywalker empujó a Ahsoka hacia delante y se volvió hacia Rex.

—Sí, lo sé… pero quédese aquí para proteger la salida, capitán.

—Sí, señor. Debe de ser adivino.

—No, sólo igual de desconfiado que tú.

Skywalker desapareció en la penumbra, con Ahsoka a su lado. Coric encendió el foco reflectante del casco y siguió a 4-A7 por el pasillo mientras el droide se ocupaba de sus asuntos, que al parecer consistían en manosear los trozos de escombros de las cornisas y murmurar para sí mismo.

Rex cambió a un circuito de comunicación seguro que lo conectaba con su escuadra y nadie más.

—La confianza es una virtud, sargento. —Se paró en el umbral para escudriñar el patio exterior en busca de dispositivos y actividad de droides—. Como la paciencia.

—Pues yo debía estar al final de la cola cuando las repartieron, señor.

—Yo también.

—Sabe que se está metiendo en problemas, ¿verdad?

—Sí.

—Tengo la molesta sensación de que tendríamos que estar ahí abajo con él.

—No se preocupe, sargento. —Rex activó algunos iconos más del sistema de pantalla integrada con unos rápidos parpadeos. Sabía las coordenadas de todas las naves, todos los sargentos—. Si el general vuelve con algún hueso roto… no será suyo.

NIVEL DE DETENCIÓN, MONASTERIO DE TETH

Anakin no sentía a los droides como entidades del mismo modo que sentía a los seres orgánicos, pero su sentido del peligro basado en la Fuerza le decía que algo iba mal.

Su cerebro también funcionaba bien, y le decía que ningún comandante separatista en su sano juicio secuestraría a un rehén estratégico y organizaría una lucha simbólica para luego huir.

El conde Dooku seguro que no lo haría.

—Maestro, ¿sabes que nos estás metiendo en una trampa, verdad? —susurró Ahsoka.

Anakin caminaba con cuidado por las losas, preparado para una bomba oculta y emboscadas. Algo se movió en su visión periférica.

—Lo sé.

—Acabamos de pasar dos droides de combate.

—Lo sé.

—¿Puedo ocuparme de ellos?

—Si te hace sentir mejor… Es obvio que no quieren matarnos.

Ahsoka retrocedió. Anakin oyó el zumbido de su espada láser, vio un destello de luz verde reflejado en la humedad de las paredes, y esperó el sonido de destrucción. Se oyó un ruido metálico. Ahsoka gruñó un par de veces. Luego estaba de nuevo a su lado, pero él no había oído ni un paso. Era una cazadora ciertamente silenciosa.

—¿Por qué has dicho que no quieren matarnos? —susurró—. ¿Crees que no lo han intentado? Tal como yo lo veo, se han esforzado bastante.

De nuevo, tal vez ella no había captado toda la sutileza.

—¿Podemos tener esta conversación más tarde?

—¿No será demasiado tarde?

—Es una trampa. Y si es de Dooku, no será algo rápido.

Todo el monasterio olía a podrido y a humedad. Sin embargo, por encima de ese hedor flotaba algo peculiar, un aroma fuertemente grabado en la memoria de Anakin. El olfato era el sentido más evocador de los humanos, el más primario, incluso para un Jedi. Aquel olor lo transportaba a antes de la memoria consciente, a su más tierna infancia.

Era… amoníaco. Era lo más próximo con lo que lo podía comparar Anakin. Tenía esa propiedad de quemar las fosas nasales, pero también estaba rociado con azufre y otros componentes que le producían náuseas.

«Hutt».

Era un aroma con el que, en cierto modo, había crecido en Tatooine. En una época en que hacía grandes esfuerzos por suprimir los recuerdos que le produjeran dolor emocional y concentrarse en cumplir con su deber, por mucho que ese deber se le atragantara, no necesitaba que nada incitara al ser primitivo enterrado en lo más profundo de su interior.

—Está aquí abajo. —Aceleró el paso, aún alerta y listo para luchar—. Lo percibo. Cúbreme.

Cuando miró a Ahsoka, ella también estaba olfateando el aroma; inspiraba con los labios ligeramente separados, como si saboreara el aire. Cuanto más la miraba, más dejaba de ver a esa torpe niña desesperada por que la tomaran en serio y la trataran como a una adulta, y veía el legado de una especie que podía mostrar las garras y destrozar a su presa sin dudar, si era necesario.

Anakin sabía lo que era que lo rechazaran por considerarlo un niño prepotente cuando, en realidad, podía hacer muchas cosas.

—¡Puaj!, apesta. —Inspiró como un catador de vino de Corellia, absorbiendo el aire con un largo y lento suspiro. Los droides se movían en la sombra, y Anakin los observaba, expectante—. No sólo glándulas olfativas… Es algo más pegajoso. No creo que los secuaces de Dooku sepan cuidar de niños, cambiar pañales y esas cosas.

—Todos huelen así. Es un Hutt. —Anakin dejó de sentir asco, o tal vez era lo que deseaba. De todos modos, Ahsoka sintonizaba suficientemente con él como para sentir su lucha emocional—. Los odio.

—Ya lo veo, maestro. ¿Entonces por qué lo haces?

—Porque nuestro deber es hacer lo correcto, ser fiel a nuestra palabra, no sólo hacer lo que nos apetezca.

—Y no se trata de ayudar a Jabba, sino de vencer a los separatistas.

—No podremos eliminarlos si no recuperamos a su hijo. Es así de sencillo.

—Creo que eso debe de ser lo más duro de ser un Jedi. —Posó una mano en la puerta de la celda. El hedor a amoníaco y azufre era como una señal luminosa que indicaba que el Hutt estaba ahí—. Creo que le oigo.

Anakin aguzó el oído. La puerta de la celda parecía casi un cubo que había chocado contra la apertura, tan pesada que servía también para insonorizar.

—Apártate.

Ahsoka encendió su espada láser y se retiró hacia un lado de la puerta. Anakin la abrió con un impulso de la Fuerza para tener las manos libres por si algo intentaba abalanzarse sobre él desde el otro lado. Sin embargo, cuando la chirriante tabla de madera se desplazó hacia dentro, lo que le golpeó no fue un puño ni un rayo láser, sino una pared de ruido, y un hedor que se podía cortar con un cuchillo.

El pequeño Hutt estaba llorando, gritando, en un colchón en medio del suelo. Ahsoka entró corriendo y se arrodilló a su lado.

—¡Oh, sólo es un bebé! —Su expresión se situaba entre la pena y la consternación—. Esperaba que fuera mayor.

—Sí, entonces no habríamos sido capaces de levantarlo… —Anakin aún estaba esperando a que saltara la trampa, pero el bebé necesitaba moverse—. Vamos, hay que sacarlo de aquí.

El bebé Hutt gritaba como un histérico. Ahsoka intentó calmarlo.

—No pasa nada, Rotta, te vas a casa. Te vas a casa con papá. Vamos, Rotta, deja de llorar… Maestro, ¿hablas el idioma de los Hutt?

«Oh, sí, claro que sí. Crecí hablándolo. Nunca he querido volver a hablarlo».

—Rotta —dijo Anakin en voz baja—. *Rotta, pedunkee, da bunk dunko. Sala. Sala*.

Era una babosa. Una babosa bebé, indefensa, pero Anakin sabía en qué se iba a convertir. Cuando Rotta sollozó hasta detenerse para tragar saliva y se retorció para ver de dónde procedía la voz, Anakin no podía reconciliar del todo sus sentimientos.

«¿Cómo puedo odiar a un niño? Sólo es una víctima. No sabe cómo es su padre. Sólo le quiere y quiere volver a casa».

Y Anakin comprendía esa sencilla necesidad mejor que ningún Jedi.

—Vaya —exclamó Ahsoka—, no sé si te ha entendido, o lo has dejado tan atónito que se ha quedado callado, pero se ha calmado. Es entrañable. ¡Es como un juguetito!

—Acabas de prestarte voluntaria para llevarlo, mocosa…

—De acuerdo. —Se agachó y levantó a Rotta en brazos, pero Anakin vio la sorpresa reflejada en su rostro al darse cuenta de que pesaba mucho más de lo que parecía—. ¿Cómo aprendiste el idioma de los Hutt? ¿O sólo te lo estabas inventando?

—Como Jedi, aprendes todo tipo de cosas. —Ahsoka no era tonta. Sabía que algo le carcomía por dentro, y él esperaba que pensara que era sólo que no le gustaban los Hutt. No era el único, eso seguro. Los Hutt no inspiraban afecto.

—Vamos. Rex, soy Skywalker, hecho. ¿Todo despejado?

Se oyó la voz de Rex por el comunicador.

—Todo seguro aquí, señor. ¿Lo tienen?

—Sano y salvo. Ahora vamos.

—Enviaré a Coric para asegurarnos de que los droides no se hagan ilusiones. Ahora no podemos arriesgarnos a tener accidentes con el niño.

—Bien dicho, capitán. —Anakin miró de arriba abajo al pequeño Hutt con ojo experto—. Pídele a Coric que traiga una mochila. Rotta es una carga pesada.

—De acuerdo, señor.

Casi estaba hecho. Anakin esperó y defendió la puerta hasta que apareció Coric. Ahsoka hacía lo que podía por mantener a Rotta tranquilo, meciéndolo. Nadie podría acusarla jamás de no entregarse al cien por cien. Abrazar a un Hutt iba más allá del estricto deber, porque iba a tener que pasar una semana lavándose para quitarse ese hedor.

«Así que el Consejo Jedi puede retirarle todos los obstáculos a un criminal Hutt cuando les conviene».

«Y me envían a mí».

«¿Acaso el maestro Yoda está tratando de darme una lección sobre la sumisión a la voluntad de la Fuerza? ¿Se acuerda de cómo llegué a ser Jedi?».

Anakin se preguntaba hasta qué punto tenía que ser bueno, listo y valiente para obtener el reconocimiento de los maestros Jedi. Él no servía por los premios, sino porque Qui-Gon creía que tenía un destino, y necesitaba saber qué experimentaba al dar sentido al dolor y a la pérdida en su vida. No obstante, lo que sabía con mayor seguridad era que gustaba a sus soldados, y que les importaba si estaba vivo o muerto, y que Kenobi hacía lo posible por compensar el intenso… desplazamiento que sentía Anakin al ser absorbido por ese mundo Jedi sin familias, amores ni pasiones.

«Pero yo tengo a Padmé, y nadie me la puede quitar. Ni vuestras normas, ni vuestras tradiciones…, ni vuestra desaprobación. Tengo que encontrar mi propio camino, maestros».

—¿Estás bien, Sky? —preguntó Ahsoka—. Pareces preocupado. ¿Sabes que sólo te llamo así para que te animes, verdad? —Sí…

—¿Te preocupa que haya sido demasiado fácil?

—Con la mitad de mis hombres muertos, no. No ha sido fácil.

—Lo siento.

Se oyó el ruido sordo de unas botas en el pasaje exterior. Coric entró con una mochila en las manos, y casi chirrió al detenerse, como si se hubiera topado con una pared. Anakin no le veía la cara, pero el movimiento de la cabeza mostraba que tenía los filtros del casco abiertos y que había percibido el peculiar aroma de Rotta.

—Señor, ¿puedo hablar con sinceridad? —Coric le entregó la mochila a Ahsoka—. Ese maldito Hutt apesta, señor. Su padre debió de necesitar un nerf de descomposición como ambientador. ¿Podemos ponerlo en la plataforma de carga?

—Comparto sus sentimientos, sargento. Vamos.

—¡Au…! —exclamó Ahsoka. Su ruido de empatía se convirtió en un gruñido por el esfuerzo al levantar la mochila cargada y ponérsela al hombro.

—Probablemente él también piense que apestamos.

—Apuesto a que ahora mismo desearías tener un casco con filtros, señora… —Coric ajustó la unidad de respiración de su casco y retrocedió para dejar salir de la celda a los dos Jedi—. El capitán ha dispuesto una nave larty, señor. ¿Tienen todo lo que necesitan?

—Sí, salgamos antes de que cambie de opinión sobre el Hutt.

—No lo dice en serio, Rotta —dijo Ahsoka, al tiempo que sacudía la mochila e intentaba mirar por encima del hombro—. Necesitamos que hagas que tu padre nos deje usar sus líneas espaciales. —Hizo una pausa y bajó la voz—. Y yo creo que eres adorable.

Anakin deshizo el camino hacia la salida, buscando en cada hueco la verdadera trampa de Dooku. Tenía que haber una. Los separatistas cometían errores y perdían combates, pero no así, de forma tan descarada. Veía luz solar delante, también la silueta de Rex; se balanceaba la *kama* cuando se giraba sin cesar para comprobar algo en el patio exterior, y él intentó imaginar qué podía ir mal en los minutos finales.

«Un ataque una vez hayamos despegado».

Hawk era el mejor piloto de un brillante escuadrón, y el LAAT/i podía enfrentarse a un ataque serio.

«No pueden haberle puesto una bomba trampa a un bebé…».

Los separatistas probarían cualquier cosa, pero no había muchos lugares donde colocar un explosivo en un bebé Hutt.

«No lo entiendo. Es que no lo entiendo, Aún no».

—Sky…

Anakin no miró alrededor. Recorría rápidamente con la mirada las sombras de delante. Coric tenía su seis.

—No me lo digas, el Hutt te ha vomitado encima.

—No, pero creo que algo va mal.

«Ya estamos».

—¿Cómo de mal? —Anakin redujo el paso, dispuesto a blandir la espada láser. Podía creer que una togruta detectara cosas que ni siquiera él era capaz de percibir—. ¿Sientes algo?

—Creo que sé por qué lloraba. Y por qué se ha callado luego.

—¿Qué? Suéltalo, mocosa.

Ahsoka se dio la vuelta para que Anakin pudiera ver la mochila.

—Míralo. Está haciendo ruidos horribles. ¿Te parece que está bien? Creo que está enfermo. Muy enfermo.

Anakin no recordaba haber visto a un bebé Hutt en Tatooine, pero no hacía falta ser médico para darse cuenta de que el miedo de Ahsoka era justificado.

Rotta el Hutt, el orgullo y la alegría de su vengativo padre, tenía los ojos apagados, le colgaba la lengua, le costaba respirar.

Estaba enfermo, de acuerdo. Ahora se enfrentaban a la perspectiva de entregarle a Jabba su heredero secuestrado en una bolsa para cadáveres.

«No, es una trampa».

Dooku era mucho más sutil de lo que Anakin había imaginado.

PALACIO DE JABBA, TATOOINE

En cuanto se fue el Jedi Kenobi, satisfecho con el trato, llegó el conde Dooku.

Hacía tiempo que Jabba había decidido que ambos estaban metidos en el asunto por lo mismo, ambos del mismo nido: los arrogantes ootmian, extranjeros del Núcleo que pensaban que él era un campesino shag ignorante del Borde Exterior que no tenía una visión más amplia del juego político al que estaban jugando.

Probablemente uno de ellos le había tendido una trampa al otro. Jabba no sabía quién a quién. Tal vez el Jedi no era tan retorcido, quizá, aunque Jabba nunca pondría la mano en el fuego por ello, pero estaba al servicio de políticos, y el Senado no era escoria del tipo de Jabba. Eran deleznables. Sobornaban, mentían, engañaban, defraudaban, robaban y asesinaban. Jabba también hacía bastantes de esas cosas, pero nunca lo había negado, ni lo que hacía iba en contra de la ley y las costumbres Hutt. Sin embargo, los senadores de la República… Enseñaban una moralidad en público, pero vivían conforme a otra en privado.

La hipocresía no era el estilo de los Hutt. Jabba no se avergonzaba de nada.

—Haz pasar a Dooku —gruñó a TC-70.

Dooku mostraba una formalidad rígida, era mucho mayor que Kenobi.

Se decía que poseía una riqueza increíble, de una antigua dinastía, pero Jabba nunca había visto ni oído el más mínimo rumor referente a cómo la gastaba, si hacía algo con ella. Y un negocio como el de Jabba se basaba en una buena información del mercado y las necesidades de los ricos.

«Odio a las criaturas que no se pueden comprar. Los beneficios son limpios y sencillos. Los demás motivos… son demasiado turbios».

—Lord Jabba, tengo noticias urgentes sobre su hijo —anunció Dooku—. Tenía razón, se lo llevaron a Teth. Esto le va a enfurecer, pero tengo que contárselo… Los Jedi andan detrás de esto.

«Bueno, eso dirías tú, ¿no?».

Jabba siguió la corriente a Dooku.

—¡Si sabes tanto, dime cómo está! —bramó—. ¿Está muerto? ¿Cómo está mi hijo?

—Está vivo, lord Jabba.

—Más vale que así sea. ¿Pero por qué iba a creerte? Sabes que los Jedi han venido a negociar. Tú quieres lo mismo de mí, así que dirías cualquier cosa para conseguirlo.

—Me decepciona que piense así, lord Jabba.

—¿Y? Convénceme. Dime cómo lo sabes.

No podía. Jabba vio que unía las manos despacio, y se preguntó qué obtendría él de los separatistas si se decantaba por Dooku.

—No sería correcto por mi parte revelar mis fuentes, sería un riesgo para mis agentes, pero tengo pruebas.

Jabba miró a Dooku en absoluto silencio. Era una táctica que siempre funcionaba, tarde o temprano, y causaba menos problemas que atarlo a un detonador térmico con un temporizador.

Dooku respiró hondo.

—Lord Jabba, tengo secuencias de una holocámara de seguridad de Teth que muestran a su hijo como rehén de los Jedi, y…, lo siento, no es fácil decirle esto, pero la grabación también prueba que están planeando destruirle.

Jabba no esperaba eso.

Pero Rotta estaba vivo. Ahora Jabba volvía a tener cierto control de la situación, una esperanza real, de las que le hacían pensar en cómo se vengaría de los culpables, además de negarles el acceso que necesitaban. Sin embargo, no tenía intención de suplicar migajas.

—¡Es una atrocidad…, enséñamelo!

Dooku levantó una mano.

—Una de mis agentes está arriesgando su vida ahora mismo para rescatar a su hijo de los Jedi. Tiene la grabación y debe transmitirla muy pronto…, es cuestión de minutos.

Jabba se apoyó en un codo y ocultó la terrible esperanza y el alivio, que no eran muy propios de un lord kajidic.

—Entonces esperaré —dijo—. Minutos.

DIEZ

General Kenobi, puede aterrizar, muelle de ataque cinco. Listos para seguir hasta Teth cuando ordene.

Control de grupo aéreo, crucero Jedi *Espíritu de la República*, espacio de Tatooine

EDIFICIO DEL MONASTERIO DE TETH

Asajj Ventress había tardado unos años en comprender del todo que la información era un arma tan importante en la guerra como las espadas láser que llevaba en el cinturón.

Ahora lo entendía perfectamente al observar al droide de espionaje 4A-7, que editaba la grabación de la holocámara de los hechos acaecidos en la celda del niño Hutt.

—Esto —dijo 4A-7— es una prueba elegante de un refrán que tienen en las noticias de la holorred.

—¿Cómo sabes tú algo de las noticias de la holorred?

—Los medios de comunicación son una parte integrante de los servicios de inteligencia, señora, lo sepan o no. A veces resultan muy útiles.

—Lo sepan o no…

—Sí. Sí les ofreces información convincente, hacen nuestro trabajo gratis.

Ventress estudió la grabación atentamente, sin dejar de mirar el crono. No tenía mucho tiempo para reunir las pruebas. Sabía las secciones de holograma que necesitaba, y ahora sólo era cuestión de editarlas juntas de tal forma que parecieran un hecho continuado.

—Entonces, ¿cómo es el refrán?

—Que todos los receptores de audio son un receptor de audio conectado. —4A-7 detuvo la grabación y amplió la imagen. La pequeña Jedi togruta estaba congelada con Rotta el Hutt en brazos—. Significa que deberíamos asumir que todo lo que decimos se graba para utilizarlo del modo más inoportuno. Así atrapan a muchos senadores desprevenidos, supongo. Charlan con demasiada ingenuidad cuando creen que la grabación de audio está apagada.

Ventress sospechaba que 4A-7 disfrutaba con su profesión. No sentía que su condicionamiento para desear algo con todas sus fuerzas —justicia, una galaxia distinta, una manera de dejar descansar a sus terribles recuerdos— fuera muy diferente a las líneas de códigos que controlaran la motivación de ese droide.

—Cualquier conversación inocente se puede editar para que parezca menos inocente de lo que es.

—Pero si el hablante es especialmente descuidado… —Los manipuladores de 4A-7 se movían a la velocidad de la luz y escribían códigos en un pequeño teclado—. Mire a ver si éste es el efecto que desea. Si le satisface, ajustaré los puntos de edición para que la

grabación parezca de una sola pieza. Sólo es cuestión de difuminar las transiciones para que no haya cortes embarazosos.

Sí, estaba encantado consigo mismo, todo lo que un droide podía estarlo. Ventress vio la secuencia editada y entendió por qué.

Anakin Skywalker y la niña togruta Ahsoka estaban fuera de la celda, vistos desde un ángulo justo por encima de sus cabezas. La imagen de la holocámara de seguridad tenía un cuadro en la parte inferior con la hora local, que avanzaba por segundos. El tono de Skywalker era hosco: «Todos huelen así. Es un Hutt. Los odio… No podremos destruirles si no nos llevamos a su hijo». Los dos Jedi entraban en la celda, desaparecían de la vista un momento hasta que la siguiente holocámara en el interior de la celda los grababa, con un bebé que gritaba, obviamente aterrorizado. El código de la hora había dado un salto. «Vamos. Hay que sacarlo de aquí». La togruta se inclinó sobre Rotta y lo cogió. Entonces entró un soldado clon en la celda. «Ese maldito Hutt es apestoso, señor. Su padre debe de necesitar un nerf de descomposición como ambientador. ¿Podemos ponerlo en la plataforma de carga?». La togruta puso al bebé en una mochila militar con ciertas dificultades, luego Skywalker se dio la vuelta y salió el primero, no se le veía la cara pero se oía claramente su voz. «Sí, salgamos de aquí antes de que cambie de opinión». Entonces el ángulo de la holocámara varió de nuevo al pasaje exterior: la togruta cargaba al bebé, ahora inmóvil, en la mochila al hombro, y se le oía decir: «Necesitamos que hagas que tu padre nos deje usar sus líneas espaciales».

Ventress no pudo evitar sonreír. Era muy inteligente. Los Jedi les habían dado, sin saberlo, una materia prima tan maravillosa…

El droide giró la cabeza para enfocar los fotorreceptores en ella.

—No es perfecto, pero cuando rellene los huecos de la línea temporal con un poco de extensión de la imagen, y haga encajar los niveles de luz y de audio, parecerá un hecho continuo a tiempo real. Tengo suficientes imágenes de Skywalker con el rostro de espaldas a la lente para poner cualquier audio de su voz encima, debidamente ensamblado. No hace falta sincronizarlo con el movimiento de los labios. Luego difumino toda la secuencia con un poco de bruma de la interferencia en la señal, inserto un código de tiempo falso que haga que parezca que no se ha editado nada, y nadie notará la diferencia.

«Brillante». Ventress volvió a consultar el crono.

—Tienes tres minutos.

—Lo haré en dos —dijo 4A-7.

Y lo hizo. Movía los manipuladores tan rápido que Ventress no podía seguirle. Ella se inclinó sobre el hombro del droide, fascinada, y observó cómo daba forma y remodelaba la realidad para convertirla en un nuevo registro de los acontecimientos igual de convincente.

La verdad era algo flexible, en el mejor de los casos. Sin embargo, en manos de la tecnología se volvía muy fluida, hasta el punto de carecer de sentido. La verdad, la realidad, era lo que uno quería o necesitaba que fuera. Tal vez ella distorsionaba los

hechos, y eso la preocupaba porque nunca se había considerado deshonesta, pero si se distorsionaban los detalles de los hechos, para ella no se había puesto en peligro la realidad. Los Jedi hacían lo que se le antojara a la República, y ésta era interesada y corrupta. La gran verdad seguía siendo cierta.

Ventress inspeccionó la breve pero muy elocuente holograbación.

—Perfecto.

—Gracias, señora.

Ventress abrió su comunicador y se volvió hacia el holorreceptor. Al instante apareció una imagen de Dooku. Se le veía impaciente, a la espera, entreteniendo a Jabba, que estaba igualmente inquieto.

—Estoy transmitiendo la grabación, milord. —No sonrió. Había superado con creces la sonrisa, la euforia del éxito había durado sólo un momento. Dio paso a una lúgubre satisfacción, porque ninguna destreza técnica podía editar el pasado y devolver la vida a los muertos, y lo único que podía hacer era trabajar para tener un futuro distinto—. Logrará los resultados deseados. Manténgase a la espera.

Hizo un gesto a 4A-7 para que transmitiera la secuencia. Luego observó la expresión de Dooku al bajar la mirada al bloc de datos que tenía en la mano.

Dooku tampoco era de sonrisa fácil. Sin embargo, movió las cejas.

—Excelente, Asajj —dijo en voz baja—. Misión cumplida. Ahora tienes otra.

—¿Sí, mi lord?

—Recupera al niño Hutt sano y salvo. No dejes que Skywalker se vaya con él.

Ventress asintió a Dooku con mucha formalidad.

—Delo por hecho, milord.

PALACIO DE JABBA, TATOOINE

—Te has tomado tu tiempo —gruñó Jabba cuando Dooku volvió a la sala del trono.

—Quería estar seguro, lord Jabba —dijo Dooku—. Incluso a mí me sorprendió.

Colocó el holoproyector en la mesa más cercana, y esperó un par de segundos para asegurarse de que el peso de lo que iba a mostrar lograba su objetivo. Jabba estaba sentado prácticamente solo, no había bailarinas decorativas ni músicos, ni siquiera estaba su colección de especies exóticas que podían haber sido o no completamente sensibles, sólo dos guardaespaldas Nikto.

La prueba editada apareció con un parpadeo. Sólo tras oír la frase ofensiva Jabba montó en cólera. Las pupilas alargadas de sus ojos se abrieron y lanzó insultos y amenazas que ni siquiera los conocimientos que Dooku tenía del idioma de los Hutt le permitían entender del todo. Era un lenguaje más complejo y expresivo de lo que pensaban quienes no eran Hutt. Cuando Jabba empezó a utilizar un vocabulario más comprensible, al decir lo que habría hecho con Skywalker, si aún fuera esclavo allí, y lo

que le haría de todos modos cuando por fin lo atrapara, lo que le ocurriría a todo Jedi *poodoo* que se atreviera a entrar en el espacio de los Hutt, entonces Dooku se sintió satisfecho de que se hubiera abierto una brecha del tamaño de Coruscant entre Jabba y la República.

—¡Mi hijo! —Jabba pasó a una incredulidad indignada—. ¿Has oído sus gritos? ¡Le trataban como un animal!

Dooku se preguntaba si los enfados de Jabba sólo formaban parte de su imagen de enemigo peligroso, como si hiciera falta destacarlo, pero en aquel momento no percibía ni un indicio de virtuosa interpretación.

—Siento que haya tenido que ver esto, lord Jabba, pero era necesario. Me he tomado la libertad de desplegar mis soldados droides y agentes para rescatar a Rotta, y ahora mismo están luchando con las fuerzas de Skywalker.

—Lo primordial es su bienestar —dijo Jabba, que casi hablaba entre dientes de la frustración—. No quiero errores. No debe sufrir ningún daño.

—Tiene mi palabra.

—¿Y?

—Me temo que no le entiendo, lord Jabba. —Dooku no le entendía, por lo menos durante un momento—. ¿Y qué?

—¿Qué quieres a cambio de esta ayuda? Porque te costará soldados, y en esta galaxia nadie hace nada a cambio de nada. Hasta los piadosos Jedi tienen un precio, como hemos visto.

—Está bien, le pediré algo en beneficio mutuo.

—¿Cuánto?

Dooku rechazó con un gesto la oferta. La riqueza no significaba nada. Lo que importaba era lo que podía comprar cuando era imposible comprar, y lo que quería era el peso de un operativo que abarcaba toda la galaxia y que ni siquiera la República podía cerrar cuando quisiera.

—Quiero su apoyo, lord Jabba —dijo Dooku. No iba a mentirle, bueno, por lo menos en algo tan fundamental. La holograbación falsificada era un mal necesario. Lo que dijo entonces era algo que pensaba, y en lo que creía, con cada fibra de su ser: estaba dispuesto a morir por ello. Era cierto que no estaba metido en aquel asunto para enriquecerse aún más—. La galaxia necesita una limpieza. Apoye a la Confederación de Sistemas Independientes, lord Jabba. La República se ha convertido en una enfermedad, y los Jedi la están manteniendo en el poder por sus intereses, así que ayude a los sistemas que se están escindiendo a terminar de una vez por todas con esa dictadura. Porque es una dictadura. Los planetas hacen las cosas a la manera de la República, o no las hacen. De lo contrario, ¿por qué no iban a dejarles que se separaran de la alianza?

—Los mundos Hutt no forman parte de la República. —Jabba no estaba negociando, eso estaba claro. Parecía que no hubiera visto nunca la situación así—. Ya estamos separados.

—Pero si la República gana esta guerra, y fuerza a los planetas díscolos a la sumisión, ¿de verdad cree que le van a dejar en paz para siempre?

Jabba entornó los ojos un momento.

—Tendrás acceso completo al espacio Hutt, y la República, no. Ahora devuélveme a mi hijo.

Dooku hizo una reverencia y se fue, siguiendo a un guardia Nikto hasta la salida. En el palacio reinaba una calma tensa, como si los miembros del variopinto séquito de Jabba estuvieran escondidos en sus aposentos, en silencio, atemorizados, a la espera de que su rabia explotara y los sepultara. En los pasillos había eco, y Dooku salió al cegador mediodía de los soles gemelos de Tatooine.

—Gracias —le dijo al Nikto—. A partir de aquí puedo ir solo.

A Dooku se le pegaba la arena en las botas al caminar hacia su moto cohete, oculta en una cueva en los precipicios de arenisca.

«Casi está hecho. Casi he ganado. Sólo queda una batalla más en esta larga guerra».

Nunca tuvo la esperanza de que Jabba tomara las armas y corriera a las barricadas poseído por un arrebato de fervor revolucionario, así que el simple hecho de sembrar más discordia ya era una ventaja. Tenía lo que necesitaba: las fuerzas separatistas podrían moverse con libertad por el Borde Exterior, a diferencia de la República.

De lo único que debía asegurarse era de que el niño Hutt volvería sano y salvo.

Después sopesaría cuál de los varios planes de contingencia llevaría a cabo para Ziro, el tío de Jabba.

Ziro no iba a tener oportunidad de hacerse con el imperio de Jabba, sentiría una gran desilusión y tendría esa reacción categórica y conflictiva únicamente propia de un Hutt. Si Ziro tenía un mínimo de sentido común, mantendría la boca cerrada sobre su trato cuando por fin descubriera que su poder sobre Jabba había terminado.

Dooku reflexionó. «¿Más filmaciones preparadas que muestren que Ziro me está tendiendo una trampa? ¿Un trágico accidente? ¿Un tiroteo con un kajidic rival o una banda del Sol Negro que termina, también de forma trágica, con la muerte de Ziro?».

Había muchas maneras de asegurarse de que Ziro considerara el cambio de planes una experiencia que le curtiera el carácter que nadie más tenía por qué conocer jamás.

«Habrías renegado de nuestro trato a tiempo si la República te hubiera ofrecido más —se dijo Dooku—. ¿No es cierto?».

Ahora nunca lo sabría con certeza. Y eso no le iba a quitar el sueño.

PATIO, MONASTERIO DE TETH

El caza delta de Anakin apareció en el patio, y R2-D2 salió de un salto de la carcasa astromecánica montada en el ala. El droide giró la cúpula para enfocar a Rotta, que emitía un silbido lastimero.

—Sí, no está nada bien, R2. —Anakin miró la mochila—. Pero por lo menos lo tenemos. ¿El general Kenobi está de camino?

R2-D2 proyectó un holograma de Kenobi en el aire enfrente de él.

—Sí —dijo Kenobi—. También llevo refuerzos. ¿Habéis encontrado al hijo de Jabba?

—Si los holomensajes transmitieran el olor, ya lo sabrías. Sí, lo tenemos. Pero…

—¿Pero qué?

—Está muy enfermo. Tenemos que llevarlo a un médico especialista sin falta. Los Hutt no se ponen enfermos, así que es serio.

Kenobi se acarició la barba, no del modo «estoy reflexionando sobre cuestiones importantes», sino rápido, como si estuviera reprimiendo un gruñido de desesperación.

—Es lo último que necesitamos ahora mismo, Anakin.

—Creo que eso ya lo he entendido, maestro. Y estoy seguro de que Dooku está detrás de todo esto. Toda la situación huele peor que el niño Hutt.

—Entonces nos ha tendido una trampa para alejar a Jabba. Para impedir que tengamos acceso a las rutas Hutt.

—Me di cuenta de que algo iba mal cuando perder a la mitad de mis hombres al irrumpir en el monasterio, para luego dejarnos pasear sin encontrar resistencia y recuperar al niño. —Para entonces la adrenalina ya había decaído lo suficiente como para que Anakin empezara a preguntarse cómo podía haberlo visto y no haber mordido el anzuelo—. Estaba esperando una emboscada, pero tal vez eso es todo… Literalmente nos ha dejado recuperar el bebé. Y podría acabar siendo un bebé muerto.

Kenobi se apartó del rango de su transmisor, como si estuviera comprobando algo.

—¿Crees que Dooku ha envenenado al bebé?

—Ni idea. Pero el momento y las circunstancias me hacen sospecharlo.

—Entonces vamos a asegurarnos de que Rotta sobreviva.

—Lo siento, maestro. Tal vez debería haberlo visto venir. Pero no fue buena idea hacer tratos con los Hutt. Nunca se gana con ellos. Sólo puedes elegir lo duro que será tu fracaso.

—Anakin, si hubiéramos rechazado la solicitud de ayuda de Jabba, jamás nos habrían concedido el acceso a esas rutas de todos modos. No teníamos más remedio.

—¿Crees que actúa en connivencia con Dooku? ¿Que nos ha manipulado? No era nada propio de Jabba pedir la ayuda de la República.

—No lo sé, pero lo que no puedo hacer es ponerme en manos de los separatistas dejando que le ocurra algo al bebé. Máxima prioridad. Se lo devolveremos sano y salvo.

Ahsoka había guardado silencio absoluto hasta entonces. Mecía al pequeño Hutt haciendo mover un poco la rodilla mientras estaba ahí de pie, pero Anakin oyó que emitía un ruido sordo con la garganta. Fue un extraño ruido salvaje que le puso los pelos de punta.

—De acuerdo, maestro —dijo Anakin sin hacerle caso—. Entendido. Nosotros… Oh, genial…

Hasta ahí llegó.

—¡Abajo! ¡Todo el mundo abajo! ¡Se acercan combatientes enemigos!

Lo siguiente que supo es que Rex gritaba a todo el mundo que se pusiera a cubierto, y Ahsoka corría hacia las puertas del monasterio para protegerse. Unos destellos de luz deslumbrante lo cegaron cuando instintivamente alzó la vista hacia el cielo. Algo retumbó y provocó un gran estruendo. No era una tormenta: era una enorme nave separatista que aterrizaba, escoltada al menos por un escuadrón de droides buitre. R2-D2 se quedó en su sitio, y aún estaba transmitiendo el mensaje de Kenobi.

—Maestro, nos están atacando. Tenemos que irnos. Y deprisa…

—¿Anakin? —La transmisión de Kenobi se estaba interrumpiendo—. ¡Anakin!

Entonces desapareció, y el zumbido creciente de un caza que bajaba en picado para atacar hizo que Anakin se dirigiera corriendo a la pared del monasterio con R2-D2. Los droides buitre bajaron en picado. No había más remedio que retirarse al interior del monasterio.

—¡Ahsoka! ¿Estás bien? —Anakin no la veía. Un caza bombardeó el monasterio haciendo pedazos losas antiguas en una línea recta mortal y esparciendo fragmentos de piedras como metralla. R2-D2 apareció a su lado—. ¡Dime algo, mocosa!

—Estoy bien, maestro. —Su voz resonaba por detrás, amortiguada por algo. Debía de tener la cara enterrada en la mochila contra el pecho, protegiendo a Rotta con todas sus fuerzas. Pese al terrible horror del ataque, Anakin sólo pensaba en el hecho de que estaba inspirando la esencia concentrada del Hutt. «Bueno, hay que tener estómago para eso».

—Tengo a Rotta. Creo que está demasiado enfermo para advertir lo que está ocurriendo, pobre niño.

—No pasa nada. Mantén la cabeza baja. Y la suya. —Anakin hizo un gesto al droide—. R2, ve con ella.

—Lo siento, Sky —gritó Ahsoka—. He salido corriendo en vez de permanecer a tu lado.

—Rotta tiene que seguir vivo. Has hecho bien, mocosa. —Por cruel que parezca, Anakin también se sentía aliviado por no tener a un niño Hutt alarmado y presa del pánico que gritara a pleno pulmón mientras las descargas láser destrozaban el terreno a su alrededor—. Que le disparen a uno cuando no es necesario no es heroico, es una tontería.

Rex, que derrapó para ponerse en cuclillas a su lado, dejó caer la mano en la parte superior de la cabeza de Anakin. Las descargas láser provocaron una lluvia de polvo de ladrillo y escombros de la pared que estaba encima de ellos.

—Sí, señor, es una tontería. Mantenga baja la maldita cabeza.

—Siento cuándo vienen las descargas, Rex.

—De acuerdo, entonces hágalo por mí.

Eran gestos como ése —auténtica preocupación, aunque expresada con palabras bruscas— lo que hacía que Anakin sintiera que podía enfrentarse a cualquier cosa. Le gustaba la vertiginosa camaradería que se producía en situaciones desesperadas. Incluso acorralados y sobrepasados en potencia de fuego, sabía que alguien le cubría la espalda,

no porque fuera el Elegido o un oficial, sino porque el soldado que tenía al lado era un compañero. Y Anakin haría lo mismo por él.

No era la serena aceptación que Kenobi había intentado inculcarle, pero Qui-Gon Jinn lo habría entendido.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó Rex. Su voz quedó prácticamente ahogada por el martillo del fuego láser—. ¿Entretenerlos hasta que llegue el general Kenobi, o emprenderla a tortazos?

—Ya sabes lo que dicen de la discreción y el valor. ¿Podemos aterrizar una nave larty? —A veces Anakin deseaba tener un casco como el de sus soldados clon, que le diera datos fiables. Justo entonces necesitaba ver información del sensor en tiempo real—. ¿Podemos sacar de aquí a Ahsoka con el Hutt?

—Negativo, señor. Aunque la nave larty no quede hecha añicos cuando aparezca, ni siquiera Hawk puede garantizar pasar por las naves separatistas a salvo, y no podría dejarlas atrás. Estamos atrapados.

—De acuerdo, entonces nos defenderemos. Retroceded y tomad posesión del monasterio. Concentraos sólo en mantener vivo al Hutt.

—Entendido, señor. —Rex se quedó en silencio un momento, con la cabeza baja, como si hablara por otro circuito. Anakin vio a soldados volver corriendo por la puerta justo antes de que algo chocara con los soportes de madera y los dejara hechos astillas y humeantes—. Podrían convertir toda esta explanada en escoria líquida desde el aire si quisieran.

—No si quieren al Hutt.

—De acuerdo, ya me voy haciendo a la idea…

—Si Dooku ha organizado esto, entonces necesita a Rotta para entregárselo personalmente a Jabba.

—Ojalá tuviéramos cobertura aérea.

—Dos veces seguidas. La próxima vez preparamos un escuadrón de interceptores Delta.

Rex se quedó petrificado un momento, como si escuchara, luego apuntó su fusil hacia las inmensas puertas que habían permanecido intactas durante siglos.

—Ahí vienen —dijo—. Coric, Hez… fuego de cobertura. AT, acércate a aquella puerta y bloquea a esas máquinas. ¡Todos los demás dentro, ahora!

—¡Eso también va por ti, Ahsoka! —gritó Anakin. Sin embargo, cuando miró por encima del hombro la vio ya corriendo hacia las puertas, agarrando el paquete que llevaba contra el pecho, con R2-D2 pisándole los talones como un perro pastor akk.

—Cuidado, chicos… —susurró Rex—. Aprovechad cada descarga.

El primer droide de combate se abrió paso entre los restos de la puerta mientras el último AT-TE avanzaba lentamente hacia ellos, lanzando fuego de supresión. La primera fila quedó segada en una ráfaga de metal cortado en tiras de forma tan aplastante que por un momento quedó suspendido en el aire como si fuera paja. Anakin se agachó con la espada láser en horizontal por encima de la cabeza, sujetándola al revés, y retrocedió

hacia las puertas principales del monasterio. Los soldados pasaban corriendo junto a él y se desvanecían en el pasadizo.

—¿Cuántos hombres quedan ahí fuera, capitán?

Rex se detuvo a recargar. El AT-TE estaba aporreando a un objetivo al otro lado de la entrada que Anakin no veía.

—No hay nadie al otro lado de los muros. En el patio… el AT, la escuadra de Coric y la de Hez.

—De acuerdo, sácalos ahora.

—El AT no puede traspasar puertas, señor. La tripulación tendrá que desmontar.

Y acabarían con ellos en cuanto abrieran las escotillas. Anakin luchaba contra la misma sensación de camaradería que tanto le había levantado el ánimo minutos antes.

«No. No les voy a cerrar las puertas a mis hombres».

Se suponía que los oficiales debían aceptar esas pérdidas, pero Anakin no podía, no mientras tuviera una espada láser en las manos.

—Entonces yo les cubriré.

No esperó a que Rex contestara. Se puso en pie de un salto y salió disparado al frente, rechazando el fuego láser de los droides y confiando en que los sentidos de su Fuerza lo condujeran entre los bombardeos de los droides buitre. Estaba casi a los pies de la AT-TE, pensando si Rex les estaba dando la orden de desmontar o si tendría que golpear en la escotilla del estómago, cuando un grupo de droides araña se introdujo en el patio y abrió fuego contra el caminante blindado.

El caminante recibió numerosos golpes mientras Anakin atacaba al frente para llegar a la escotilla del estómago. La primera carga le dio en una de las torretas delanteras, y la explosión hizo que Anakin se pusiera cuerpo a tierra. Mientras intentaba ponerse en pie, veía el humo y las llamas que salían de dos escotillas. El caminante se tambaleó, y luego se cayó sobre las piernas delanteras antes de desmoronarse de lado.

La escotilla del estómago se abrió. Anakin se dejó llevar por el instinto y acto seguido estaba entre el AT-TE dañado y los droides que avanzaban, utilizando el vehículo caído como protección mientras desviaba pequeñas descargas de cañón. Por el rabillo del ojo vio cuatro siluetas blancas que salían dando tumbos, dos de ellas arrastrando a otro hombre. Cinco. El artillero de la torreta se había evaporado. Quedaba uno de los tripulantes. Ahora las llamas se elevaban desde la escotilla.

—Señor…

—Corred, yo los entretendré. ¿Queda alguien vivo dentro? —«Qué pregunta más tonta, pero necesito saberlo».

—Negativo, señor.

—Seguid adelante. Contad hasta tres.

Anakin se asomó por detrás del caminante, y fue recibido por una lluvia de fuego láser.

—¡Tres! —gritó, al tiempo que se balanceaba para evitar los rayos.

Los hombres corrieron hacia la puerta. El humo negro y acre que llenaba el patio les sirvió de protección durante unos segundos. Anakin vio a los droides, impedidos por sus propios escombros, y desvió la mirada hacia el armazón en llamas del AT-TE.

«Tú hazlo».

La adrenalina le daba energía. Hizo que las ruinas se deslizaran por el suelo con un enorme impulso de la Fuerza. La fuerza cinética del impacto y la cortina de llamas que se produjo cuando alcanzó las filas de droides tuvo el efecto de una bomba que estalla. Luego otra explosión, probablemente el depósito de municiones del caminante, hizo que una bola de fuego se elevara al aire.

Anakin hubiera querido avanzar y acabar con todo lo que aún se tuviera en pie cuando la llama se extinguiera, pero el sentido común le decía que retrocediera. Corrió a toda velocidad hacia la puerta del monasterio, saltando sobre los escombros, la mampostería y los droides aniquilados. La puerta, un rastrillo sólido, aún permanecía abierta. Rex estaba hiera con el fusil encarado más allá de Anakin. Jamás lograrían cerrar la puerta antes de que los droides los alcanzaran, si no empezaban ya.

Anakin gritó con todas sus fuerzas.

—¡Rex, entra! ¡Cierra la puerta!

—Con todos mis respetos, señor, no lo haré.

Rex soltó un par de descargas antiblindaje que pasaron casi rozando por la izquierda de Anakin. El característico sonido sibilante que producían cuando pasaban por su lado quedó engullido por un rayo que lo empujó hacia delante.

El ruido de unos pies metálicos que corrían tronaba tras él. No se atrevió a darse la vuelta y mirar.

—He dicho que cierres la maldita puerta.

Rex se quedó inmóvil un momento. Luego, como si hubiera estado contando, se giró y descargó el arma en los controles que había justo en el interior de la puerta. La pesada losa se cayó.

No era un cierre por control remoto.

Anakin se centró en el hueco. No existía nada más.

Lo último que vio antes de caer sobre el tobillo derecho para deslizarse durante los últimos metros fue a Rex agachándose bajo la puerta que se caía casi a su lado. Durante una décima de segundo, Anakin alzó la vista y tuvo la certeza de que la puerta iba a partirle el cráneo.

Cayó tras él, lo bastante cerca y con la fuerza suficiente para mover el pelo que le caía sobre los ojos. El pasadizo quedó sumido en la oscuridad.

Nada se movió. Anakin se miró el puño cerrado y soltó un silencioso suspiro de alivio por haber apagado instintivamente la espada láser en su interior. El silencio sólo se veía interrumpido por el ruido de los blindajes en la oscuridad, y luego los leves sonidos de los droides que se concentraban al otro lado de la puerta. Empezaron a encenderse las luces de los cascos como si fueran una sonrisa cautelosa.

«Yo os he metido en esto, y yo os voy a sacar». Anakin se puso en pie, preparado para desplegar a los hombres para una acción defensiva desesperada.

—Señor —dijo uno de los soldados—, creo que me he olvidado la fiambrera fuera. ¿Le importa ir a buscarla?

Lo que quedaba de la Compañía Torrente rompió a reír, igual que Anakin. Era ese momento de desesperación entre la vida y la muerte que acto seguido daba paso al humor negro del gran alivio que supone comprobar que aún te funcionan los pulmones.

—Rex, ¿cuántas bajas? —preguntó Anakin. Al frente veía el despliegue de luces y paneles de R2-D2 que parpadeaban en la penumbra—. ¿Cuántos médicos han sobrevivido?

—Quedan cuarenta y dos hombres, señor, tres con formación médica. Seis heridos pueden caminar; hay uno con heridas graves e inmóvil.

El último dato saltaba a la vista. Tres soldados se reunieron alrededor del tripulante de la AT-TE herido, cuya armadura blindada y el casco habían sido apartados a un lado mientras intentaban estabilizarlo con hemostatos y una línea de plasma.

«Tres cuartas partes de mis hombres muertos. Por un Hutt».

—De acuerdo, ya sabe lo que hay que hacer, capitán. Nos refugiaremos en la celda menos accesible que encontremos, y si logran pasaros a vosotros, aún tendrán que pasarnos a mí y a Ahsoka. Y a R2.

—Entendido, señor.

Algunas cosas que hacían los soldados clon servían para que Anakin cayera en la cuenta de que su incesante entrenamiento desde niños era parecido al suyo y, al mismo tiempo, muy distinto. Con un solo gesto de Rex, sin dar una orden audible, los soldados se dividieron en grupos. Uno se puso a apartar todo lo que se pudiera quitar de paredes y hornacinas, y lo amontonaron contra la pared. Otro grupo empezó a dejar munición en el suelo, al parecer montando bombas trampa. Tres hombres corrieron por el pasadizo y se pusieron a crear un puesto de primeros auxilios. Un soldado introdujo un cable fino en el hueco entre las losas de un lado del pasadizo al otro. Otros, aunque Anakin tardó unos segundos en comprenderlo, se estaban colocando cables y metiendo munición en las mochilas.

No iba a pasar ni un droide más que por encima de sus cadáveres, y tal vez ni siquiera así. El mensaje era claro.

Anakin no dijo nada, pero caminó entre los soldados y estrechó la mano a todos los hombres a los que podía alcanzar. Algunos le devolvieron el gesto. No hacía falta decir nada. Rex fue el último. Anakin le dio una palmada en la espalda al capitán al pasar, y Rex sólo le contestó con una palmadita decepcionantemente relajada en el hombro. Anakin corrió por el pasadizo, recogió a Ahsoka y a R2-D2 por el camino y se dirigió a las entrañas del monasterio.

No era como en los holovídeos. Anakin no sabía cómo iba a explicárselo a Padmé, ni si quería hacerlo. «Ni siquiera he pensado en ella desde que empezó la batalla». Se sentía

un poco culpable por ello. Y, de forma espontánea, otra voz le insistía en la cabeza: «Yoda seguirá sin dedicarte ni un auténtico elogio si salvas este día, lo sabes…».

Pero ésa era la otra voz de Anakin. Ahora el resentimiento contra todo aquel que no le dejaba levantar cabeza, el péndulo que oscilaba entre ver a Kenobi como el hermano mayor que necesitaba y el que sólo le ponía dificultades quedó silenciado. Algo se encendió en su interior, su viejo yo, curtido por la batalla.

El refugio más recóndito había sido una sala del trono Hutt, a juzgar por la recargada decoración. Anakin no era capaz de adivinar qué había sido antes.

Sin embargo, ahora era un refugio. Cerró las puertas y se preparó para un asedio.

ONCE

No he tenido noticias de Dooku. ¿Qué está haciendo con el hijo de Jabba? He oído rumores preocupantes de mis espías de Tatooine. Aunque siempre hay rumores.

Ziro el Hutt, a un ayudante de confianza

PATIO DEL MONASTERIO DE TETH

Las filas de droides de combate se dividieron, y Asajj Ventress caminó despacio a través del pasillo y se detuvo en la entrada del monasterio.

Una coraza blanca sobresalía de los escombros. Los jedi se estaban quedando sin esclavos que recibieran los rayos láser en su lugar.

—¡Skywalker! —Ventress sospechaba que no la iba a oír, pero quería decirlo de todas formas—. No tienes escapatoria. Simplemente elige a qué velocidad deseas morir.

El comandante de los droides de combate llegó al trote a su lado.

—Se han atrincherado en el interior. Han destruido los controles de la puerta, y hemos oído que había actividad tras ella que sugería que los soldados de la República la están reforzando.

—Entonces, sácalos de ahí.

—Le pido permiso para utilizar explosivos para lograr una entrada rápida, señora.

Ventress retrocedió unos pasos, con las manos en las caderas y las espadas láser gemelas balanceándose en su cinturón. Ella no tenía todo el tiempo del mundo, pero el Jedi tampoco. El bebé babosa… Los Hutt eran difíciles de matar aunque te esforzaras en ello, pero no era el momento de descubrir si estaba equivocada.

—Denegado. Utilizad cortadores. No corráis riesgos con el pequeño Hutt… No quiero que tenga ni un rasguño, ¿entendido? Nada de explosivos, a menos que confirméis que no está en la zona de explosión, ¿de acuerdo?

—Sí, señora.

Asajj se retiró a una pared de un metro de alto que había sobrevivido al asalto, y se encaramó a ella para supervisar los avances. Los droides transportaban equipamiento para cortar hasta las puertas. Cuando empezaron a perforar con láser la superficie, salió humo de los antiguos paneles —¿era metal, una amalgama o un tipo de madera ultradura?— y los droides parecían exaltados.

Fuera cual fuera el material, iban a tardar en abrir una brecha.

—Podríamos pedir que se rindieran y ofrecerles unas condiciones, señora —dijo el comandante droide.

—Es una pérdida de tiempo —repuso Ventress—. No aceptarán. Es el Gran Ejército, y la 501, los hombres de Skywalker. La única indicación que tenemos es que no son sólo pequeños clones fieles, sino que son personalmente leales a él. Si les ordena morir por él,

lo harán. Estúpidos. Espero por su bien que se den cuenta de lo que son los Jedi antes de morir en una encerrona para salvar sus miserables pellejos.

—Entonces es negativo, señora.

Los droides no eran capaces de percibir el sarcasmo. Ventress volvió a contemplar el avance de las herramientas de corte.

—Skywalker ha enviado un mensaje a la República. Tarde o temprano tendremos compañía armada. Estad atentos. Quiero droides buitre y araña patrullando todo el edificio.

—Recibido.

A Ventress no le gustaba el heroísmo. No faltaba al respeto a los héroes, pero sabía que rara vez el sacrificio era recompensado, y siempre se explotaba. Los heroicos esfuerzos de Narec por el pueblo de Rattatak no habían significado nada para Mace Windu. Fue el maestro Jedi quien abandonó a Narec, su mentor, su único amigo, para que muriera solo.

«Ojalá no me hubieras contado eso, Dooku. Pero todos necesitamos un objetivo».

Narec era prescindible, como los clones que se encontraban al otro lado de la puerta. No tenía sentido pensar demasiado en sus dificultades. Eso debilitaría su determinación. Sólo había un resultado si intentabas ayudar a un perro Akk maltratado: aun así, te arrancaría la garganta, bienintencionado y simpático, porque su amo lo había convertido en un ser peligroso que no conocía otra reacción.

Ella esperó, sujetando y soltando las empuñaduras de sus espadas láser gemelas.

SALA DEL TRONO ABANDONADA, MONASTERIO DE TETH

R2-D2 siempre mostraba el aspecto de ser un droide con una misión, impulsado por algo que Anakin no era capaz de detectar ni siquiera cuando le hacía una revisión. En cuanto R2-D2 se orientó en el sótano, fue directamente a una hornacina y se conectó a un centro informático.

La terminal se encendió con un parpadeo. R2-D2 silbaba con alegría para sus adentros mientras penetraba las interfaces de seguridad.

—Me niego a creer que un lugar como éste no tenga numerosas salidas alternativas —dijo Anakin, que miraba por encima de la cúpula del droide para ver la pantalla—. Si no tenía al principio, seguro que el Hutt que se mudó aquí añadió algunas. ¿No, R2?

R2-D2 emitió un pitido de aprobación. Ahsoka dejó la mochila en el suelo y observó a Rotta.

—Está dormido —dijo—. O inconsciente.

Anakin también miró al pequeño Hutt.

—Su respiración es regular. Eso sólo puede ser bueno.

—Pero está ardiendo. —Por lo visto a Ahsoka no le daban miedo las babas.

Le puso la mano en la cabeza a Rotta.

—Los niños pueden pasar fiebres, tener ataques, y luego estar frescos como una rosa al cabo de una hora. Bueno, por los menos los niños humanos, ¿verdad?

—¿Dónde has aprendido eso?

—Probablemente del mismo modo que tú aprendiste el idioma de los Hutt. Los Jedi aprenden cosas.

Anakin no estaba seguro de si era ironía o estaba a la defensiva, pero se inclinaba por la segunda opción.

—Estás haciendo todo lo posible, mocosa. No te tortures.

—Si le pasa algo, será culpa mía.

—No es verdad. De todos modos, ¿qué intentas demostrar?

—Que no soy demasiado joven para ser tu padawan.

—Ah, ¿es eso? ¿Te he enviado de vuelta al Templo? No. ¿Te he impedido luchar? No. Así que debe de ser que pienso que tienes edad suficiente.

Ahsoka no contestó, pero logró esbozar una sonrisa y siguió acariciando a Rotta. No tenía mal aspecto, incluso para ser un Hutt. Sus ojos no estaban completamente cerrados, aunque no reaccionaba ante nada, y Anakin veía un indicio de la brillante membrana bajo los párpados. El olor… Anakin se había olvidado de él. Durante las últimas horas había sido tan abrumador que simplemente había dejado de notar el hedor.

—¿Tienes algo, R2?

El droide parloteó para sí mismo un rato, y luego dejó escapar un largo silbido bajo. Dijo que cortaba lo más rápido posible.

—De acuerdo, tendré paciencia. —Anakin rebuscó en la pequeña cartera que llevaba sujeta al cinturón—. Mocosa, ¿cuándo fue la última vez que bebiste algún líquido? Y por cierto, ¿cuándo fue la última vez que bebió nuestro precioso pequeño aromático? —Sacó su botella de agua—. Vamos, la deshidratación te hace sentir confuso, y luego te mata.

A esas alturas Anakin debería haberlo sabido. Ahsoka estiró el brazo, agarró la botella con una sonrisa resuelta —no iba a echarlo a perder mostrando incomodidad— y dejó caer un poco de agua en la boca de Rotta.

Anakin no podría de ninguna manera volver a acercarse esa botella a la boca, si podía evitarlo. Ahsoka humedeció los labios del bebé de nuevo. Apareció una enorme lengua viscosa y Rotta sorbió.

—¡Qué bien! ¡Buen chico! Vamos, apestoso, bebe un poco más por mamá…

—No creo que los Hutt tengan madre… —comentó Anakin, que escuchaba por si había problemas fuera e intentaba sentir el grado de peligro en la puerta principal. Había algo malévolo y oscuro que acechaba a lo lejos. Sin embargo, no parecía ser Dooku. Al final Anakin lo descubriría—. Si no vas con cuidado, te cogerá cariño.

—¿Pueden hacerlo? —Ahsoka dio un trago a la botella sin limpiar el cuello. A Anakin se le revolvió un poco el estómago. Quizá cuando uno come roedores las babas

de un Hutt no resulten tan asquerosas. No obstante, ella arrugó la nariz—. No quiero que el pobre niño se confunda.

—Cuando sea mayor y sea un lord del crimen de dos toneladas, tendrás un amigo fiel para toda la vida.

—Hablando de lealtad, Rex y sus hombres…

—Lo sé, lo sé. —Había que hacer el trabajo, pero eso no significaba que a Anakin tuviera que gustarle—. Es una de las peores lecciones que tendrás que aprender jamás, mocosa. Estar al mando implica estar dispuesto a que maten a tus soldados.

—Harían cualquier cosa por ti.

—Y yo no voy a desperdiciar sus vidas.

—¿Es mejor no llegar a conocerlos?

—No, no lo es. Eso es eludir responsabilidades, además de una falta de respeto. Conócelos, y luego entenderás del todo el precio que les estás pidiendo que paguen.

—Con un poco de suerte —dijo ella—, el general Kenobi llegará antes.

Kenobi era experto en aparecer cuando más se le necesitaba. Sin embargo, Anakin tenía la sensación de que llegaría tarde para lo que quedaba de la Compañía Torrente.

R2-D2 emitió un trino triunfal. Aquella distracción fue una bendición para Anakin.

—¿Lo has encontrado, R2?

El droide giró noventa grados. Dijo que había encontrado planos de las tuberías de desagüe, que servirían si fuera necesario. Pero donde había planos del alcantarillado, también podría haber esquemas del edificio. Seguiría introduciéndose.

—Hazlo más rápido, compañero —dijo Anakin.

ENTRADA AL MONASTERIO DE TETH

—¿No podéis trabajar más rápido?

Ventress bajó del muro de un salto y se dirigió a la puerta. El corte estaba requiriendo demasiado tiempo. Los droides estaban abriendo una sección cuadrada en la puerta, que era bastante poco satisfactoria por lo mucho que limitaría el ritmo de entrada, pero a ese paso les llevaría el resto del día.

Necesitaba devolverle el pequeño Hutt a Jabba rápido. Cuanto más se inquietara Jabba, peor.

—Señora, no es tan fácil como parece —dijo el comandante, que trotaba por delante de ella e intentaba mirar atrás al mismo tiempo.

—La puerta es inmensa, y ha dicho que no hiciéramos una entrada rápida utilizando cargas explosivas.

—Tampoco os he dicho que abráis paso con una lima de manicura…

Dos droides estaban trabajando en los controles externos, retocando cables de colores. No era de extrañar que la República prefiriera utilizar humanos clonados. Ventress los

miró consternada unos momentos mientras debatían qué cables volver a unir, los rojos o los azules.

—¡No estáis desactivando una bomba, idiotas! —exclamó ella—. Probad todas las combinaciones y ved cuál funciona. No hay tantas, ¿no?

—Señora, los soldados de la República han fundido los controles interiores…

—Entonces podéis abrirla.

—Podemos, pero tenemos que aislar el circuito por encima del punto donde se ha producido el daño.

Ventress observó los paneles que rodeaban la puerta. En el tiempo en que los droides habían tardado en llegar hasta ahí, los clones del interior habrían preparado todo tipo de trampas y medidas de contraataque para retenerlos. Ella seguro que lo habría hecho. Habría excavado un hoyo justo al otro lado de la puerta, para empezar. Habría instalado cargas en las vigas y soportes para que el techo del pasadizo se desmoronara en cuanto el grueso de las fuerzas de asalto de droides estuviera dentro. Su prioridad habría sido encontrar una entrada trasera.

Calculaba que a Skywalker le quedaban unos cuarenta o cincuenta soldados, pero era imposible saber de cuánta artillería disponían o si llevaban algún equipamiento especial.

—Apartaos —dijo Ventress.

Al menos los droides no discutían. Le dejaron inspeccionar los controles. Vio cables que sobresalían de un conducto metálico enterrado en el marco de la puerta, pero éste era tan grueso que el mecanismo interno estaba incrustado demasiado dentro para que ella pudiera verlo o alcanzarlo. Sin embargo, había una solución rápida y directa. Apartó a los droides del marco, sacó las dos espadas láser, y se volvió hacia las filas de droides de combate que esperaban a que se iniciara el asalto.

—Cuando dé la orden, asaltaréis la entrada, porque la puerta estará abierta —dijo—. Los soldados del interior tendrán la ventaja inicial, porque tendréis que superar un tapón que invalidará vuestros números, pero vosotros sois muchos más, y simplemente seguiréis presionando hasta que los aplastéis. Es así de sencillo. Neutralizaréis a las fuerzas de la República, pero no seguiréis avanzando hasta que yo os lo diga, porque debo recuperar a ese Hutt sano y salvo. ¿Queda claro?

Los droides escuchaban con atención. Debían de haber sido programados para ello, pero Ventress quería asegurarse de que estaban en la misma página del manual que ella. El pensamiento lateral no era su fuerte.

Los droides de combate contestaron en un único coro sincronizado.

—¡Recibido!

Ventress levantó el brazo derecho, encendió una hoja roja de la espada láser y giró la empuñadura con un movimiento rápido.

—¡Apañaos!

Bajó la hoja dibujando un arco rápido y realizó un corte limpio en el marco y el conducto metálico, y provocó un cortocircuito en todo el sistema en un despliegue pirotécnico de chispas de color blanco azulado. La mayoría de las puertas estaban

diseñadas para ceder y abrirse del todo por razones de seguridad, y eso había sido así durante siglos: la puerta del monasterio no era una excepción. La losa de material salió disparada hacia el dintel, y abrió un agujero oscuro que arrojaba rayos azules y descargas antiblindaje. Las primeras dos filas de droides cayeron, y Ventress se apartó a un lado con calma mientras las filas que se encontraban tras ella marchaban entre los escombros destrozados de sus compañeros para presionar en la entrada.

Siguieron avanzando, sin detenerse. Al final, de hecho muy pronto, Skywalker se quedaría sin soldados antes de que ella se quedara sin droides.

Mientras esperaba se preguntó un momento qué habría hecho si la puerta no se hubiera abierto.

No importaba. Era una planificadora meticulosa, como su maestro, el conde Dooku.

Ya sabía dónde estaban las salidas, y las tenía cubiertas.

DOCE

Si no los podemos detener, por lo menos frenaremos su avance todo lo que podamos y luego nos aseguraremos de que tengan que arrastrarse por encima de nuestros cuerpos. Señores, ha sido un honor.

Capitán clon Rex, CC-7567, 501 Legión, Gran Ejército de la República, a la Compañía Torrente

VESTÍBULO DEL MONASTERIO

Números, todo se refería a los malditos números, y Rex no los tenía.

No se había dado la orden de abrir fuego. Sus hombres ya sabían lo que tenían que hacer. La batalla se estaba entablando en distancias cortas, con toda su brutalidad, y cuando la puerta se abrió violentamente y desapareció por el tejado, una gigantesca oleada de metal de color arena se precipitó dentro.

La única respuesta posible era abrir fuego con todo lo que tuvieran a mano y disparar a esos montones de chatarra hasta que la munición se agotara.

El sonido fue ensordecedor hasta que los protectores del casco de Rex se activaron. A través del visor sólo podía ver a los hombres reducidos a reflejos, mientras la cegadora luz blanca de los disparos de las pistolas láser y las granadas se desvanecía al cubrirle los ojos el dispositivo óptico. Todas sus vidas habían estado entrenando para ese momento.

Ése era el día en que terminaban esas vidas.

Aunque su casco amortiguaba los decibelios procedentes de fuentes exteriores, como sus conexiones internas seguían funcionando, no pudo dejar de oír los gritos, la asfixia y los alaridos desgarradores de sus hombres.

Un grupo de droides de guerra tropezó con el cable que Ged había colocado a unos pasos de la puerta. Los detonadores térmicos adosados a las dos paredes estallaron y sepultaron lo que quedaba de los droides bajo los escombros. «Tendríamos que haber empezado por ahí. Tendríamos que haber derrumbado los primeros diez metros del pasadizo para que tuvieran que cavar para sacarnos». Pero ya era demasiado tarde, y los superdroides de guerra empezaban a entrar detrás de los droides de guerra más pequeños, disparando sus brazos-pistola. Los droides araña se adelantaron abriendo fuego con sus cañones láser. Los disparos pasaban tan cerca de Rex que sus sensores de daños detectaban el silbido y el crepitar del aire sobrecalentado antes de que impactaran en algo a sus espaldas.

«Algo. Sus chicos».

Al estar en un espacio reducido, las detonaciones eran todavía más letales. El humo era tan espeso que Rex tenía que guiarse por las imágenes térmicas del sensor de su casco. Levantó la vista hacia las enormes vigas que sustentaban el techo, la bóveda posterior, consciente de que él solo no tenía bastante potencia de fuego como para derrumbarla sobre los droides. Lo único que podía hacer era disparar contra todo lo que se le acercara.

Rex vio caer a Ged, luego a Hez y a otros tres de su escuadra. Un soldado que había disparado a un droide a quemarropa cayó decapitado por un afilado trozo de metralla que, con el impacto, salió desprendida de aquella cosa. Coric, atrapado mientras recargaba su arma, esgrimía su DC como si fuera un garrote y Rex dejó de disparar al frente para descargar una ráfaga sobre el droide. No pudo ver si había salvado la vida a Coric, porque lo siguiente que notó fue que estaba de espaldas contra el suelo, tumbado por algo mucho más pesado que él. Su reacción instintiva fue sacar el arma que llevaba en el cinturón y vaciar el cargador sobre aquella forma oscura que lo estaba aplastando.

Todo ocurría tan rápido que sólo había tiempo para seguir el propio instinto, aunque —como siempre— parecía que todo sucedía a cámara lenta, con algún detalle tan intenso que jamás podría olvidar, entre un amasijo confuso.

Una mancha de calor en sus infrarrojos señalaba que había hecho blanco en algo a corta distancia. Notó que se quedaba sin aliento. Sintió un peso aplastante sobre el pecho, seguido por un intenso dolor como de algo cortante en las costillas. No, no era eso; ya le habían apuñalado antes, y se parecía más a un puñetazo, no era tan agudo. ¿Por qué demonios se le ocurría pensar en ese momento en cosas tan estúpidas? Se estaba muriendo. Pero no era como él había imaginado.

—¡Coric! —gritó—. ¿Coric?

Si Coric podía oírle, no respondió. Dentro de su casco sólo le envolvía el silencio, y por más que intentó moverse, se sentía paralizado.

No, no era en absoluto como había imaginado.

SALA DEL TRONO ABANDONADA, EN LAS PROFUNDIDADES DEL MONASTERIO

El ruido de las explosiones hizo que Anakin se sobresaltara, incluso entre esas bóvedas derrumbadas. Aunque no sabía con exactitud qué estaba pasando, sentía muerte, dolor y miedo rasgando el manto de la Fuerza, y eso sólo podía venir de seres vivos que dejaban de existir, no de droides.

«Lo siento, Rex. Lo siento mucho».

—Los droides ya han entrado —dijo—. R2, date prisa. Todavía nos queda un objetivo que conseguir. Ahsoka, ¿estás lista para la evacuación?

Ella cogió rápidamente la mochila y se la puso como pudo. Rotta parecía despertarse; parpadeó y gorjeó.

—¿Estás con nosotros, apestoso? —Ahsoka estiró el cuello para echar un vistazo alrededor—. ¿Te ha sentado bien la siestecita?

—Ahora no te nos mueras —dijo Anakin. Seguramente había perdido toda una compañía sólo para salvar a esa babosa. Se preguntaba si las rutas del Borde Exterior se encontraban en un estado tan crítico y si con una mentalidad más estratégica se podía haber solucionado el problema de la cadena de suministros. Pero ya era demasiado tarde—. Cuanto antes nos deshagamos de ti, mejor.

Ahsoka frunció levemente el ceño.

—Probablemente tienes tus buenas razones para odiar a los Hutt, como todo el mundo, pero ¿qué puede haber hecho Rotta? Es un bebé. Sólo se le puede culpar de ser una babosa.

—Seguro que ya se encargará de compensarlo cuando sea mayor. —Anakin no estaba de humor para discutir sobre la superioridad de la especie humana. El pequeño Hutt todavía estaba vivo, pero la mayoría de sus hombres ya no. «Quizá ninguno». Lo peor de aliviar la tensión un momento era que todos los otros malos pensamientos y recuerdos afloraban de nuevo—. Mira, yo cumplo con mi deber, pero me reservo el derecho a pensar lo que quiera sobre si vale la pena tanto sudor y tanta sangre.

—Si eso significa que podremos luchar mejor, ¿no servirá para salvar vidas?

—Si nos aliamos con el crimen organizado y damos la espalda a nuestros aliados, viviendo de la venta de esclavos, el tráfico de drogas, la extorsión y el asesinato, ¿para qué estamos luchando?

Ahsoka lo miró fijamente con los ojos muy abiertos.

—¿Me estás haciendo un examen?

—No, sólo me estoy enfadando.

R2-D2 empezó a pitar frenéticamente. Lo había logrado. Había encontrado lo que buscaba. El hilo de los pensamientos de Anakin se vio interrumpido, por suerte, y ahora se concentraba en el plano holográfico que proyectaba el droide.

Mostraba un entramado de pasadizos que conducían al exterior del monasterio. Pero lo mejor de todo es que había una plataforma de aterrizaje que sobresalía del escarpado acantilado, a poca distancia de la cima, cerca de la parte de atrás.

—Es el sitio perfecto para que aterrice una nave larty —dijo Anakin—. R2, tú eres el navegante, llévanos allí abajo y solicitaré la extracción.

—Vuelves a casa, apestoso —le susurró Ahsoka al Hutt—. Animo. Pronto estarás otra vez con tu papá.

—Babosa afortunada —dijo con amargura Anakin.

No era el comportamiento que se esperaba de un general, lo sabía, y no era muy buen ejemplo para su padawan. Pero Anakin sólo tenía veinte años y había vivido cosas que la

mayoría de la gente de su edad nunca había experimentado, y gozado de pocos de esos momentos libres de preocupación propios de la juventud.

«Y Rex y sus hombres todavía tienen menos. Como mínimo yo tengo a Padmé. ¿De qué me quejo?».

Era demasiado malo. Era el Elegido, un Jedi, y no era el único que tenía que escoger. Tenía un destino. Pero a veces era muy difícil no dejarse llevar por la ira, la frustración y una lista creciente de preguntas sin respuesta.

—En marcha, R2 —dijo—. Próxima parada, Tatooine.

PASILLO DE ENTRADA AL MONASTERIO

Rex no estaba seguro de cuándo había dejado de tener el peso sobre el pecho, pero ya no estaba, y podía volver a respirar.

Con un par de parpadeos conectó de nuevo la visión normal en su visor. O bien estaba muerto, y estarlo era muy parecido a estar vivo, o bien había sobrevivido. Necesitó unos segundos para darse cuenta de que estaba apoyado en una pared sobre una alfombra de escombros.

Algunos biosignos parpadeaban en su sensor del casco: cinco de sus hombres todavía estaban vivos.

«Sí, estoy vivo. Lo estoy de verdad. Teníais que haberme liquidado cuando pudisteis, cacharros…».

Pero no podía levantarse y continuar luchando. Antes tenía que evaluar el estado de la situación.

—Que nadie se mueva—dijo. En la intimidad de su casco podía hablar con sus hombres sin ser detectado—. Informadme de si me oís.

—Le recibo, señor.

—Sí, señor.

—Le oigo, señor.

—Le tengo, señor. —Coric. Lo había conseguido—. Sólo algunos moratones.

—Y yo, señor.

—SC-9-9-3-2, señor.

Rex sentía que volvía a controlar la situación, sin importar cuántos droides hubiera todavía por ahí fuera.

—Si hay alguno que no puede moverse o manejar un arma, que lo diga ahora. —Por el circuito de audio sólo oyó el sonido de respiraciones—. Bien, ha llegado la hora de una valoración de riesgos dinámica. Seguidme. Cuando podamos escaparnos, nos dirigiremos

el patio, cogiendo todas las armas que encontremos sueltas, y haremos *rappel* hasta el suelo de la selva.

Hubo un coro de murmullos de asentimiento. Hacía que sonara tan fácil… Mientras yacía tendido vio un par de botas y el dobladillo de un traje que se movía con ritmo cadencioso al acercarse a él sin prisas, acompañado de un par de piernas droides. El alcance de la visión del sensor de su casco le permitía, si lo necesitaba, tener una vista panorámica sin moverse. Haciéndose el muerto, ajustó la visión con unos cuantos parpadeos y vio un droide de guerra con uniforme de comandante y una mujer con la cabeza rapada y mirada severa vestida con un traje negro, que llevaba lo que parecía ser una espada láser en una mano.

«Bonito peinado, cariño, aunque algo me dice que no eres una Jedi».

Sabía quién era. En la base de datos del sensor de su casco había un fichero de delincuentes separatistas, y Asajj Ventress, la asesina de Dooku, era una de las indeseables más fáciles de identificar.

—Esperad —susurró.

Rex no quería correr el riesgo de que los otros droides se movieran. Lentamente sacó su arma. ¿Primero el droide o Ventress? Optó por el droide, apuntó y le voló la cabeza, y luego se giró hacia Ventress.

Hubiera tenido que empezar por ella.

Ventress encendió su espada láser y desvió el fuego en la fracción de segundo que Rex necesitó para volver a apuntar. Lo siguiente que notó fue que su arma salía disparada de su mano impulsada por una fuerza invisible y él era levantado en vilo por el cuello. El borde de su casco soportó gran parte de la tensión y estaba seguro que, de no haberlo llevado, se habría desnucado.

Ventress lo tenía reducido como si le estrangulara el cuello. No necesitaba ni tocarlo.

«No volveré a cometer el mismo error. Que no se mueva nadie más… Conservad la calma…».

—Capitán —dijo Ventress—. ¡Qué milagroso regreso de la muerte! ¿Dónde está su general?

—¿Cuál de ellos?

—No se haga el gracioso conmigo. Skywalker. Sé que está aquí.

—No lo he visto desde que empezó el tiroteo.

—Por lo menos no mientes.

—Pero tampoco hablo…

Ella soltó un pequeño bufido de sorpresa.

—¿Por qué queréis malgastar vuestra vida por esa escoria de los Jedi? —Su Fuerza lo sujetaba con firmeza, aunque no lo suficiente como para estrangularlo y dejarlo inconsciente, pero sí como para demostrarle que le podía arrancar la tráquea—. No les

importa lo que os pase. No les importa nada aparte de sus agradables y cómodas vidas en Coruscant. —Aflojó la tensión durante un segundo—. Sois menos que animales para ellos. Unas simples piezas. Así que dime dónde están Skywalker y el Hutt. No tengo nada contra ti ni contra tus hombres.

Como prisionero de guerra sólo estaba obligado a dar una respuesta.

—Rex, capitán, legión cinco-cero-uno, número CC-siete-cinco-seis-siete.

Ventress apretó un poco más.

—No merecen vuestra lealtad, soldado. ¿Cuándo os daréis cuenta?

—Rex, capitán. —Le habían entrenado para resistir interrogatorios. Se concentró en eso, ignorando sus amenazas y engatusándola exactamente como le habían enseñado—. Legión cinco-cero-uno, número CC-siete-cinco-seis-siete.

—Cuando ya no les sirváis para sus propósitos, dejarán que os pudráis y que muráis como hicieron con mi maestro. Y eso que era uno de ellos, un Jedi. ¿Cuánto crees que le importa a Skywalker una cosa como tú? Cuando estés demasiado estropeado para usarte, se conseguirá otro igual a ti enseguida.

—Rex, capitán, legión cinco-cero-uno, número CC-siete-cinco-seis-siete.

Intentó mirar más allá de Ventress y fijar la vista en algún punto de la pared que había a sus espaldas, para escapar mentalmente a otra parte. Se concentró en salir vivo de allí. Se concentró en que sus hombres supervivientes salieran vivos. Se concentró en cualquier cosa menos en las palabras que salían de la boca de ella, porque eso sí que eran armas de verdad, mucho más peligrosas que sus espadas láser o que los poderes violentos de la Fuerza. Cuando se cruzó por casualidad con su mirada, sus ojos eran inquietantemente claros, azules, obsesionados.

Aborrecía la República y a los Jedi en particular. Lo llevaba escrito en la cara. Estaba convencida de cada una de sus palabras y herida en lo más profundo. Por alguna razón se había convertido en una acérrima enemiga. No era una criminal oportunista, era…

«No, para. Todo esto forma parte de su juego».

—Te abandonarán cuando les convenga, clon. —Su voz sonaba ahora más suave, buscando su complicidad—. Todos somos lo mismo para ellos, ya lo ves. Incluso los que tenemos poderes de la Fuerza. Todos somos prescindibles cuando les conviene. Ayúdame a aplastarlos antes de que terminen por mataros a todos.

Rex apartó sus ojos de los de ella. Una parte de él seguía tratando de ganar tiempo, pero otra parte se sentía perturbada por el modo en que sus palabras le tocaban una desagradable fibra.

«Los Jedi pueden hacer esto. Ya lo he visto. Control mental. Dicen que sólo funciona con mentes débiles. Pues yo no lo soy y estoy listo para ti, hermanita…».

—Rex, capitán, legión cinco-cero-uno, número CC-siete-cinco-seis-siete.

Ventress se inclinó hacia delante. Su nariz quedó a un palmo de él. Sentía la garganta magullada y en carne viva, pero por dentro, no por fuera.

—Ahora contactarás con Skywalker. Le dirás que has vencido a los droides. Y le preguntarás su posición.

Rex pudo desconcentrarse un momento y aclarar su mente. Era una sencilla técnica de concentración para superar un momento complicado, pero fue suficiente para convencer a Ventress de que era un ingenuo, confiado y sugestionable títere.

Y, por supuesto, ella desconocía cómo se dirigía normalmente a su general.

Aflojó la presión, y él pudo acoplar el control de su comunicador a la placa de su antebrazo, todavía aparentando calma y no oponer resistencia.

—Anakin, ¿me recibes? —dijo esforzándose por hablar con la voz lo más distinta posible a la suya—. Hemos contenido a los droides, señor. ¿Cuál es tu posición?

TRECE

Los refuerzos de la República están a punto de llegar a la órbita de Teth, señora. Tenemos que irnos.

Comandante de los droides de combate, a Asajj Ventress, al detectar un crucero de la República que sale del hiperespacio

SALA DEL TRONO ABANDONADA

Anakin ajustó las correas de la mochila de Ahsoka. Rotta protestó gritando, mientras miraba fijamente a Anakin con esos inquietantes ojos amarillos que él prefería evitar.

—Ya sé que te aprieta, pero si no, vas a salir disparado cuando empecemos a saltar por ahí —le dijo Anakin—. Eres un cliente resbaladizo. Y te vas a volver todavía más viscoso y resbaladizo cuando seas mayor.

—No te entiende —le dijo Ahsoka—. Lo único que entiende es que lo estás molestando.

—Vale. —La compasión era esencial en un Jedi, pero Ahsoka iba demasiado lejos—. Vayámonos ya. Esto se va a llenar de droides antes de que nos demos cuenta.

R2-D2 se dirigió a la salida. Ahsoka le siguió y Anakin iba detrás, defendiendo.

—¿Te acuerdas de cómo era ser niño?

«Si lo supieras, mocosa…».

—¿Quieres decir ser un pesado?

—No. Que los adultos, que deberían ser más inteligentes, te traten como si fueras un estorbo, ciego y estúpido.

¡Uff! Eso era una verdadera bofetada, y Anakin no podía discutírselo. Describía bastante bien su relación con el Consejo Jedi. No tenía una buena respuesta para eso, y se dio cuenta de que se estaba preguntando cuánto tenía que esperar antes de que se le pasara ese aturdimiento y la realidad lo golpeara contra un muro, gritando: ¿Por qué no salvaste a Rex? ¿Por qué no puedes salvar a nadie importante? ¿De qué sirve ser el Elegido si no puedes salvar a la gente que te importa?

Estaba en la entrada, vigilando el pasillo que tenían detrás, cuando su comunicador hizo un ruido.

—Anakin, ven.

Ahsoka paró en seco.

—¿Quién es?

—Anakin, ven.

Anakin reconoció la voz, pero no el tono extrañamente dulce y neutro. Todo lo que podía hacer era no contestar. Rex…

«Rex continúa vivo. ¡Gracias a la Fuerza!».

Anakin hubiera querido suspirar de alivio y preguntarle cómo les había ido al resto de los hombres, y decirle a su capitán que se alegraba de que estuviera sano y salvo. Pero algo no iba bien.

Rex nunca se hubiera dirigido a él como «Anakin».

—Hemos derrotado a los droides, señor.

«No, no lo habéis hecho. Lo sé. Lo noto. Lo he oído».

—¿Cuál es tu posición?

Ahsoka volvió junto a Anakin. Aunque él no había apretado el botón de transmisión, le hizo una señal para que guardara silencio.

«Ni una palabra». Aguzó el oído para captar alguna pista de dónde se encontraban. Estaba claro que Rex no estaba solo y que hablaba bajo coacción. Lo estaba advirtiendo. Anakin deseaba poderle decir que lo había captado y que esperara porque iba a rescatarlo, pero no se atrevió y confió en que Rex lo conociera lo suficiente como para saber que nunca lo hubiera ignorado sólo para salvar su pellejo.

Anakin cortó la comunicación.

—Sky, ¿qué te pasa? Era Rex. Ha dicho…

—Ya sé lo que ha dicho. —Anakin la hizo girar cogiéndola por los hombros y la empujó suavemente por el camino—. Me estaba avisando de que tenemos problemas.

—¿Era algún tipo de código? Mira, está vivo y…

—Rex nunca me llamaría Anakin y no me hablaría como un droide bobo. Además sabe perfectamente que puedo percibir por las alteraciones en la Fuerza que nuestros hombres han sido masacrados allí arriba. Anakin no tenía tiempo para eso. Y apuesto a que sé quién lo está utilizando como cebo.

—¿Quién?

Tenía que ser alguno de los secuaces de Dooku. Aunque era imposible identificar otros usuarios de la Fuerza sólo por las trazas que dejaban en ésta, sólo se podía saber que estaban cerca. Había algunos que anunciaban tan claramente quiénes eran que podían haber estado delante en carne y hueso.

«Asajj Ventress».

Anakin reconocía ese ardiente dolor, ese odio obsesivo, un foco tan fuerte y nítido en el lado oscuro que era como mirar al corazón de un diamante.

—La asesina de Dooku —dijo—. Ventress. Apuesto a que ha creído que podía influir mentalmente en Rex para atraparnos. ¡Un esfuerzo inútil! Eso sólo funciona con sujetos de mente débil o si se hace muy sutilmente. A lo mejor se está convirtiendo en una blandengue por su desesperación.

—¿Qué crees que quiere?

Anakin estaba seguro de adonde quería ir a parar.

—Ha venido a matar al Hutt para luego culparnos a nosotros.

—Y de paso también matarnos…

Sí, por supuesto.

—Sólo hemos venido para llevar al pequeño Hutt a casa. Cualquier otra cosa, mocosa, sólo será un detalle en el informe final.

Mientras seguían a un decidido R2-D2 por los serpenteantes pasillos que corrían junto a los cimientos del monasterio, Anakin iba modificando su plan para hacer frente a la nueva situación. Los planes eran sólo una esperanza, un punto de inicio, un camino a seguir hasta que aparecía el enemigo, la realidad se imponía y todo se iba al garete.

«Solicitar una lanzadera larty».

«Meter al Hutt».

«Mandar la lanzadera a la nave y decirles que esperen con el equipo médico preparado».

«Volver a buscar a Rex. Solicitar la evacuación».

«Llevarse a Rex y a los otros supervivientes».

Una vez que Rotta ya estuviera seguro a bordo del helicóptero de combate LAAT/i, la misión principal ya no estaría en sus manos y él tendría tiempo para concentrarse en sus tropas.

«¿Tendría que mandar a Ahsoka de regreso con el Hutt? Estaría más segura. ¿O tendría que quedarme yo con el Hutt todo el rato y abandonar a Rex?».

No, eso era impensable. Incluso si Anakin subía a bordo del LAAT/i con el Hutt, el helicóptero de combate podía ser abatido como hubiera pasado de no haber estado él allí. Al fin y al cabo, sólo era cuestión de suerte y de habilidad para pilotar.

«Estos túneles apestan más que el pequeño Hutt. Debe de haber alguna cloaca rota por aquí abajo».

R2-D2 silbó en su tono de «ya-te-lo-había-dicho». Al final del pasillo había una puerta, justo donde indicaban los holoplanos. La abrieron —costó un poco pero lo consiguieron— y una ráfaga de aire cálido y húmedo golpeó a Anakin en la cara como un trapo mojado. Se encontraban en una plataforma que sobresalía sobre un precipicio. Los árboles de abajo todavía estaban medio ocultos por la bruma. Ahsoka respiró profundamente e incluso el adormecido Rotta gruñó de alivio por el aire relativamente fresco. Mientras Anakin calculaba cómo llegar a la plataforma, vio unos inmensos insectos dejándose llevar por las corrientes de aire caliente, brillantes como piedras preciosas. Debían de tener una envergadura de unos tres metros o más para ser visibles desde allí. Tendría que advertir al helicóptero de combate sobre eso. Seguro que entorpecerían mucho el aterrizaje: eran un POE, un peligro por objeto extraño.

Anakin se llevó el comunicador a la boca.

—Skywalker llamando al soporte aéreo 501. ¿Me recibe alguien? Repito. Aquí Skywalker. Necesitamos evacuación y un equipo médico.

—Skywalker, aquí el larty tres-nueve. Le recibo. Por favor, indique su posición.

—Transmitiendo las coordenadas.

—Lo tengo, señor. Voy para allá. Tiempo estimado: seis minutos estándar. ¿Hay heridos?

—Negativo, pero el rehén está enfermo y necesitará tratamiento. Habrá que echar un vistazo a la base de datos de fármacos para las distintas especies. Y cuidado con un POE: insectos voladores de tres metros.

—Ya hemos dejado fritos a algunos con los propulsores, señor. Les atrae el ruido y parece que creen que es una posible conquista. Hemos puesto los filtros de entrada para que no acaben de obstruir las unidades propulsoras.

—Hay amores que matan. Le esperamos, 3-9.

Anakin no sabía adonde habrían enviado el helicóptero de combate, ni siquiera si iba a ser el último en partir. Se preguntaba cómo sería, para los pilotos, tener que escuchar toda la cháchara por el comunicador, sabiendo que ellos tenían que quedarse en vez de volar y salvar a los camaradas en peligro.

«Y todo por un Hutt».

Y nunca habían dicho una sola palabra acerca de cómo se sentían.

—Dame la mochila —dijo—. Descansa un poco ahora que puedes. Quédate junto a la pared, porque el larty levanta mucho polvo cuando aterriza. Y no sabemos quién más puede haber por el aire.

Rotta parecía pesar el doble que cuando Anakin lo cogió por primera vez. Todavía miraba con dureza, incluso para ser un Hutt. Cuando se hubo colgado la mochila a la espalda, Anakin ya no tuvo que mirar más a esa cosa.

Y se volvió hacia el viento para que se llevara el olor del Hutt. El hedor todavía le transportaba a un tiempo y un lugar que prefería olvidar, cuando él y su madre eran propiedad de otro Hutt llamado Gardulla. Sirvieron para saldar una deuda de juego, como una mesa o cualquier otro objeto que no importara o que no tuviera opinión.

«No valéis la vida de Rex, babosas. Ninguno de vosotros».

Ahsoka, con su oído de cazadora, levantó la cabeza antes de que Anakin percibiera alguna cosa. Al concentrarse, pudo oír el inconfundible sonido de los propulsores de un LAAT/i. Ahora sabía por qué tenía ese efecto electrizante sobre los soldados clon cuando esperaban ser rescatados. Con sólo oírlo, con saber que esa sólida ayuda ya estaba al alcance de la mano, Anakin se sintió más animado. El helicóptero de combate apareció de repente de debajo de la plataforma y giró su cola ciento ochenta grados para aterrizar con su trampilla lateral de embarque abierta. Incluso estando tan lejos, la corriente de aire que generaba levantó arenilla contra la cara de Anakin. Pero no le importó. Era lo más bonito que había visto en su vida, aun cubierto de restos de bichos y trozos de alas de insectos gigantes. Ahsoka se cubrió la cara con una mano.

—Señor. —El sobrecargo se asomó tendiéndole una mano, mientras con la otra se agarraba a su cable de seguridad—. Vámonos. Esto está lleno de naves separatistas.

—Coge al Hutt. —Anakin empezó a descolgarse la mochila sintiéndose tonto por no haberlo hecho antes y tenerla ya a punto para entregársela en cuanto se abriera la trampilla—. Nosotros volvemos a por el capitán Rex y los demás.

El sobrecargo no dijo nada, y Anakin tampoco pudo ver su expresión detrás del visor.

Correr. Eso era lo que tenían que hacer; correr unos pocos metros por la pista de aterrizaje, entregar al Hutt y volver corriendo mientras el LAAT/i salía lo más rápido posible.

Vio al sobrecargo volverse rápidamente para mirar a la cabina; oyó los sensores pitar en la cabina de mando.

Estaba a diez pasos de la pared cuando la sombra cubrió la plataforma, oscura y rápida, acompañada del zumbido típico de un caza.

El LAAT/i explotó y se convirtió en una bola de fuego.

Fragmentos de metal y de duraplast salieron despedidos por la explosión. Anakin fue alcanzado y cayó, y lo último que vio del helicóptero de combate fue un armazón retorcido que ardía y que se tambaleaba al borde de la plataforma antes de precipitarse sobre la selva. Unos pocos segundos separaban la euforia de la desesperación total. Una columna de humo negro se elevaba por el aire.

—¡Maestro! —Ahsoka corrió hacia él. El paquete que llevaba a la espalda le obligó a enderezarse—. Maestro.

—El Hutt está bien —se oyó decir a sí mismo—. ¡Volvamos! ¡Pongámonos a cubierto!

En cuanto se hubo levantado, la sombra los cubrió de nuevo. No era humo. Era un buitre droide. Aterrizó justo delante de ellos, barrándoles el paso hacia la seguridad que ofrecía la puerta, y los dos desenfundaron sus espadas láser. Durante un momento Anakin pensó que venía a por el Hutt y que no iba a abrir fuego para no herir a su presa, pero se equivocaba, se equivocaba totalmente.

La cosa giró sus alas para convertirlas en unas patas de bordes afilados y empezó a disparar fuego láser. Anakin corrió como una flecha de una punta a la otra, esquivando todos los disparos, intentando mantenerse todo el tiempo de cara al buitre para proteger a Rotta con su cuerpo. Ahsoka intentó cogérselo. R2-D2 pitó fuerte y avanzó como si fuera a sumarse.

—¡R2! —le llamó Anakin.

El Hutt empezaba a pesarle, pero ahora no podía parar y dejarlo en un sitio seguro mientras el buitre aguardaba quietecito a que el juego volviera a empezar. Trató de calcular si R2-D2 estaba lo bastante cerca como para sacar a Rotta de la mochila y llevarlo a un lugar resguardado.

«No, he tensado demasiado las correas, creo».

R2 empezó a rodar hacia ellos obedeciendo la llamada de su amo.

—No, R2. ¡Vete para adentro! ¡Te necesito de una sola pieza!

Ahsoka atacó de nuevo e hizo que el buitre se girara noventa grados hacia ella. Pero de repente pareció que éste captaba su ardid y no le hizo caso. Giró un cañón para dispararle pero concentró su fuego principal en Anakin. ¿Es que no se quedaban nunca sin energía esos montones de chatarra, tal como decían los servicios de inteligencia?

Nunca más los iba a llamar bobos.

El buitre había descubierto cómo desestabilizarlo y conseguir meterse en el arco de su espada láser. Embistió intentando clavarle las afiladas puntas en que se habían convertido sus pies y sus patas. Obligó a Anakin a retroceder. Y éste tenía que mirarlo de frente. No se atrevía a darle la espalda ni por un segundo. Eso limitaba su habilidad para hacer giros, piruetas en el aire y todas esas cosas de las que un Jedi era capaz, pero un montón de metal, no.

«Así que de esta forma es como tienen que luchar los seres normales. Vale».

Rotta gimió y lloriqueó. Anakin estaba seguro de que había salido disparado con todo el ajetreo, y no quería ni imaginar lo que pasaría si ganaba la lucha pero acababa matando al rehén. Pero Rotta era un Hutt, y éstos eran mucho más resistentes que cualquier enclenque humano.

—Venga, inútil pedazo de chatarra… —Anakin reculó, sabiendo exactamente dónde quedaba el borde de la plataforma sin necesidad de mirarlo, teniendo en cuenta que su centro de gravedad estaba alterado por el peso del Hutt—. ¡Enséñame de qué eres capaz!

Y el buitre lo hizo. Corrió hacia él. Pero mientras Anakin retrocedía, la máquina paró en seco y empezó a disparar, dejándolo en una posición inestable en el momento crucial. Si fuera un contrincante vivo podría estudiarlo y sopesarlo con la Fuerza, pero un droide… Uno muy inteligente podía llegar a complicar la vida a un Jedi. Anakin evitó los disparos láser y al pararlos desprendió destellos de energía. Entonces la máquina le apuntó con su cuarto cañón, con el que había estado manteniendo ocupada a Ahsoka, y abrió fuego a discreción con sus cuatro cañones, que Anakin esquivaba con dificultades.

Estaba a punto de ser derrotado. Lo notaba. Iba perdiendo. Cogió una de las asas, dispuesto a quitarse la mochila y lanzarla a los seguros brazos de Ahsoka. Estaba claro que ella lo cazaría al aire, con esa impecable coordinación de predador. Así él podría lanzarse sobre el buitre.

De repente, Ahsoka apareció muy cerca, demasiado cerca.

—¡Eh! ¡Cubo de basura! —gritó, blandiendo su espada láser.

No estaba lo bastante cerca como para tocar al buitre, pero consiguió atraer su atención, concretamente la de su complejo sistema de evaluación de las amenazas. La máquina se paró durante un breve instante. Ella rodó para anticiparse a su fuego.

Pero rodó demasiado lejos.

¿Había resbalado con un charco de vómito del Hutt? La espada láser se le escapó de la mano dando vueltas y ella se cayó de la plataforma.

«No, no no…».

—¡Ahsoka!

El buitre dejó de atacar a Anakin y se dirigió repiqueteando hacia el punto por donde ella había desaparecido. Anakin pensó que estaba comprobando por dónde se había caído hasta que lo vio levantarse sobre una pata en un movimiento de apuñalamiento. Se encontraba justo detrás de él, casi a su espalda. Oyó su voz. Vio las puntas de sus dedos, sólo las puntas, aferradas al borde de la plataforma de hormigón, blancas por la fuerza con que se agarraban.

—Estoy bien —dijo jadeante—. Estoy bien.

No, no lo estaba. Estaba a punto de perder sus brazos por culpa de un droide y precipitarse hacia su muerte, tanto si era Jedi como si no. Anakin se lanzó contra el buitre, blandiendo su espada. La máquina se giró y le disparó. Ahsoka aprovechó esos segundos de distracción para volver a saltar a la plataforma apoyándose sólo en las puntas de sus dedos, disparando una pierna hacia arriba como una gimnasta y pivotando sobre sus caderas para impulsarse hacia delante. Luego consiguió recuperar su espada láser atrayéndolo con la Fuerza.

Ahora Anakin estaba tan cerca del buitre que los refulgentes destellos de los disparos láser casi lo cegaban cuando los rechazaba. Entonces el droide dio un bandazo. Pensó que era una finta y en esa fracción de segundo saltó sobre él, tratando de mantener su espada láser exactamente entre los sensores visuales. Pero entonces se percató de que el buitre había perdido media pierna y de que Ahsoka se había colado por en medio.

Se dejó caer hacia atrás y aterrizó pesadamente sobre sus pies en el momento en que el buitre perdía el equilibrio y se precipitaba por el borde de la plataforma.

No tenía dedos. No podía agarrarse y salvarse. Y su pierna era también su ala, así que tampoco podía volver a volar.

Caía, caía y caía.

—Eso ha estado muy bien, mocosa… —Anakin percibió el tono exhausto de alivio en su propia voz. Se enderezó. «¡Eh! Todavía llevo al Hutt a bordo. Casi me había olvidado.»— Pensé que, con suerte, te habría perdido.

Las colas de la cabeza de Ahsoka habían empezado a moverse más vivamente. Quizá era la forma de sonrojarse de los togruta. Sonrió, pero no con la sonrisa educada de siempre, sino con fiereza, mostrando sus afilados dientes, en una mueca de triunfo por recuperar a su presa.

—En realidad no intentaba comprobar si los togruta siempre caen de pie —dijo.

—Sea como sea, buena maniobra de distracción.

—Quizá sí que quería comprobarlo —dijo ella con fingida gravedad—, o quizá no.

Había Jedi de todo tipo. En su opinión, ella iba bien encaminada.

Pero el alivio duró poco porque Rotta lloró lastimosamente junto a su oído. Rex y sus hombres —necesitaba creer que alguno habría sobrevivido— continuaban retenidos por la fanática Ventress. Trataba de no pensar en lo que les podía haber hecho. A Anakin todavía le quedaban unos cuantos combates por delante.

Encogió los hombros para aliviar un poco el dolor de espalda que le causaba la mochila y conectó su comunicador.

—Maestro Kenobi, ¿me puedes oír? Maestro, ¿todavía estás dentro de mi alcance?

El comunicador crepitó sin respuesta. Anakin esperó.

PALACIO DE JABBA, TATOOINE

El TC-70 casi empujaba a Dooku por el pasillo que conducía al salón del trono.

Sólo era un ligero roce por la parte baja de la espalda, el movimiento más discreto para acompañarlo, pero viniendo de un droide de protocolo era lo más parecido a agarrar a un invitado por el cogote y llevarlo a rastras. Eso advertía a Dooku de la furia que le esperaba cuando estuviera frente a Jabba.

El TC-70 mostraba todos los síntomas de un droide amenazado y asustado.

Eso intrigó a Dooku y casi le despistó de la crisis a la que iba a enfrentarse, pero como nunca se sabe cuándo puede ser útil una información, tomó nota mentalmente de volver y sacarle la historia al TC-70. Motivar a los reticentes era, a menudo, el trabajo de Dooku. Y tenía las mejores dotes para ello.

Las puertas se abrieron y Dooku entró en la cámara del trono, ahora abarrotada por el séquito de Jabba. Estaban en silencio, sentados o de pie, sin mirarse unos a otros, con la vista fija en el suelo. Era el mismo silencio que el de una cocina con una olla a presión cerrada a punto de explotar. La rabia se cocía a fuego lento sobre la tarima.

Obviamente, Jabba necesitaba que su disgusto fuera evidente. Dooku ya conocía las exhibiciones de poder del Hutt.

El TC-70 empezó su preámbulo.

—El glorioso Jabba está perdiendo la paciencia y exige…

—Gracias, TC —dijo Dooku—. Me dirigiré a lord Jabba directamente, para mostrar mejor mi respeto por su cultura y su lenguaje.

—Mi hijo —escupió Jabba—. Mi hijo todavía está perdido. Exijo saber qué están haciendo al respecto sus inútiles secuaces. Debería matarlos a todos y comprar unos nuevos. Yo no toleraría semejante incompetencia en mis sirvientes.

A Ventress no le hubiera gustado la comparación. Dooku agachó un poco la cabeza. Mostrar deferencia obraba maravillas.

—Mi ejército droide está a punto de capturar a Skywalker y rescatar a vuestro heredero. En estos momentos ya debería ser un hecho, pero di instrucciones estrictas de que no se hiciera nada que pudiera causar el más mínimo daño o angustia al pequeño lord Rotta. Así que la operación se está llevando a cabo con suma delicadeza. No se trata de un rescate de rehenes de la República en la que las fuerzas de seguridad irrumpen disparando sus fusiles y terminan matando a los rehenes.

El rescate no podía fallar con Jabba. La República había sufrido una oleada de rescates fallidos en los últimos tiempos. Además, Dooku no mentía: la muerte de Rotta no le beneficiaba para nada. Tenían que tratarlo con cuidado.

Las palabras de Dooku no habían calmado del todo a Jabba, pero tampoco lo habían encendido más. Así que la situación todavía se podía reconducir.

—Mi hijo parecía enfermo cuando Skywalker se lo llevó. ¿Seguro que todavía está vivo? Porque si no lo está yo…

—Está vivo, lord Jabba. Mis servicios de inteligencia tienen las últimas noticias y la información es fiable. Skywalker ha sido detenido cuando intentaba escapar de Teth con vuestro hijo, pero Rotta no ha sufrido ningún daño. Ahora está atrapado, sin ejército y sin ningún sitio adonde escapar.

Jabba se inclinó un poco hacia delante.

—Conde Dooku —dijo—. Ninguno de los dos somos estúpidos. Si ya sabía que mi hijo estaba en Teth, ¿cree que no hubiera vigilado la zona? Yo también tengo mis informadores. Y mis informadores me han dicho que las fuerzas de la República ya están de camino para ayudar a Skywalker.

Dooku debía de haberlo imaginado. Trató de aparentar resignación, como si Jabba estuviera diciendo una obviedad.

—No es que quiera parecer displicente, pero Skywalker y su pelotón de infantería de élite no consiguieron derrotar a mi ejército. Su flota, si es que la tienen, será neutralizada rápidamente. Tengo muchos más efectivos en la órbita de Teth de los que la República pueda llegar a reunir.

—Me pregunto una cosa —dijo Jabba, aburrido, cambiando de estrategia—. Me pregunto por qué Skywalker querría secuestrar a mi hijo.

—Los Jedi tienen la mala costumbre de llevarse a los hijos, mi señor. Todos son alejados de sus familias.

Jabba ignoró el comentario.

—¿Y por qué Skywalker no se iba a dar cuenta de que si se llevaba a Rotta yo iba a cooperar con él sólo hasta que me devolviera a mi hijo, y de que yo haría lo que fuera para destruir a los Jedi y a la República y a cualquiera que simpatizara con ellos? ¿Acaso creyó que podría quedarse con su rehén para siempre?

A Dooku le fascinaba observar cómo las criaturas rara vez formulaban directamente las preguntas más obvias. Jabba mostraba ahora demasiada curiosidad, y Dooku tuvo que reconducir la conversación hacia el secuestro.

—Ya habéis visto la grabación, lord Jabba… Él aborrece a los Hutt, y sospecho que su odio le llevó a subestimar vuestra determinación.

—Sí. ¡Y esta falta de respeto le costará la vida! Pero él, o Palpatine, deben de estar locos si creyeron que yo soy un servil humano que iba a caer en su chantaje sin contraatacar en cuanto pudiera. —Se levantó lentamente y Dooku tuvo que admitir que su aspecto era intimidante—. Soy un lorda kajidic y tengo la obligación de demostrar a mi pueblo que nadie puede quedar impune de un ultraje como éste. Si no castigamos estos ultrajes, ¿qué será de nuestra civilización?

Jabba había repetido la palabra «ultraje» —*chomma*— y Dooku se dio cuenta de que tenía un matiz distinto a lo que creía. Siempre que había tratado con los Hutt, había

pensado que *chomma* era sólo un insulto, pero en realidad denotaba una amenaza al orden social y al buen funcionamiento de la sociedad Hutt.

Chomma era un crimen muy grave para los Hutt.

Los crímenes humanos no tenían importancia para los Hutt, pues su moral era distinta. Por eso, a la República siempre le habían parecido unos criminales. Por eso, la República consideraba que sus normas eran obvias y naturales para toda la galaxia y las que debían seguir un millón de especies sensibles.

«Otro argumento a mi favor».

—Es que no comprenden a los Hutt —dijo Dooku. En realidad él tampoco estaba muy seguro de conocerlos tan bien como creía—. La República y los Jedi son organizaciones construidas a conveniencia de los hombres y ellos creen que todos los seres siguen su misma lógica. Las dos son absolutamente arrogantes porque han detentado el poder sin problemas durante demasiados siglos.

—Voy a tener la cabeza de Skywalker —dijo Jabba adoptando de pronto un tono neutro, como si se tratara de un detalle administrativo más que de una amenaza cargada de odio—. Rotta jugará con su calavera. Y aprenderán la lección.

—Si mi ejército deja algún pedazo suyo reconocible, lo tendrás. —Dooku tenía que contactar con Ventress para comprobar si había ocurrido realmente—. Mientras esperamos, lord Jabba, podemos empezar a negociar un tratado entre los kajidic Hutt y la Confederación de Sistemas Independientes.

Jabba dio una larga calada a su pipa.

—No negociaré nada hasta que mi hijo haya vuelto sano y salvo. Quizá los hombres no entiendan a los Hutt, pero los Hutt entendemos perfectamente a los hombres…

Dooku ya estaba preparado para eso, así que no pasaba nada. Jabba tenía que demostrar que ganaba y Dooku no tenía que verlo como un fracaso personal, sino como parte de lo que permitía que la sociedad Hutt siguiera funcionando: la confianza ciega en un líder que nunca cedería a las presiones de ningún ootmian o forastero. No se trataba sólo de una cuestión de prestigio, sino de demostrar a los Hutt que el jefe de jefes todavía estaba al mando y que su mundo seguía funcionando perfectamente.

Aceptarlo podía ayudar a Dooku a negociar mejor con Ziro cuando vinieran tiempos difíciles.

—Como deseéis, lord Jabba —dijo Dooku y, todavía con la cabeza gacha, retrocedió de espaldas para salir de la cámara.

Volvió a su nave y se puso en contacto con Ventress, que tardó un poco en contestar. Cuando su holograma apareció ante él, ella estaba de pie, con las piernas algo separadas y las botas firmemente clavadas en el suelo, una espada láser en cada mano y una expresión asesina. Supuso que la había interrumpido en mitad de una lucha y que se había vuelto hacia algún droide cercano para contestar por el canal de comunicación.

—Iba a preguntarte cómo va todo —dijo Dooku—. Pero creo que ya lo adivino.

—Maestro, Skywalker está atrapado en la pista de aterrizaje. Estamos cortando la puerta y luego yo le cortaré el cuello.

—Ya lo veo. De hecho, Jabba quiere su cabeza, literalmente.

—Y vos queréis al pequeño Hutt vivo.

—Si te queda alguna duda, Asajj, me sentiré decepcionado. No me falles. Skywalker ya está desacreditado, así que los Hutt no prestarán ninguna ayuda a la República, pero para sentar a Jabba a la mesa de negociaciones, el bebé tiene que llegar intacto. ¿Me he explicado bien? No corras ningún riesgo con él.

—Sí, mi señor.

—Llámame cuando lo hayas conseguido.

Dooku cortó la comunicación. Se preguntaba si Skywalker había considerado que matar al niño sería contraproducente para la República, porque entonces ningún bando tendría el beneplácito de Jabba para utilizar sus rutas. Si se le había ocurrido, ¿mataría al bebé?

Dooku sabía de algunos Jedi que habrían hecho la vista gorda al desliz, aunque ellos mismos nunca lo hubieran hecho. Era interesante observar que no eran precisamente los Jedi más decepcionados los que se le habrían unido.

Pensó en contactar con Darth Sidious para ponerle al corriente de los acontecimientos, pero luego consideró que era mejor no molestar a su maestro hasta que pudiera contarle que el trabajo ya estaba terminado.

No sólo los señores Hutt tenían que conservar su imagen intacta.

ENTRADA DEL PATIO, MONASTERIO DE TETH

—¿Señor?

—Te recibo, Coric.

—Sólo comprobaba si seguía con nosotros.

Rex no se había movido desde que la mujer separatista de mirada enloquecida había terminado con él. Ya llegaría su hora y, cuando eso ocurriera, lo sabría. Seguía tumbado donde Ventress lo había dejado, desplomado contra una pared, probando todos los canales de comunicación a los que tenía acceso desde los sistemas de su casco una y otra vez, por si encontraba alguno que no estuviera bloqueado en aquel preciso instante. En cuanto el centro de comunicaciones de GAR neutralizaba una de las señales de interferencia de los separatistas, éstos la cambiaban rápidamente, pero si seguía insistiendo, quizás encontrara un hueco.

—Estoy bien, sargento —dijo. Sospechaba que ella le había roto alguna costilla, pues al respirar le dolía tanto que tenía que morderse el labio—. Nunca he pegado a una mujer pero, en cuanto tenga la ocasión, ella será la primera.

—Nunca me habían llamado «servil lacayo de los Jedi».

—Me gustaba más «ingenua carne de cañón».

Parecía que los droides no se habían dado cuenta de que los cascos de los clones quedaban insonorizados cuando estaban sellados, así que pudo hablar libremente con sus hombres. Quizá los droides los juzgaban según sus propias limitaciones. Nunca había sabido por qué tenían que hablar en voz alta en vez de comunicarse de máquina a máquina mediante un código silencioso. En realidad, eso decía más de quienes los habían fabricado que de los propios droides.

—Pensé que le gustaría, con el mismo corte de pelo y todo lo demás —dijo Coric.

—Quizá tenía que haberme quitado el casco para que me viera.

—Así que es una especie de Jedi.

—Sith, o adepta al lado oscuro. Parece que la espada roja la delata.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Quizá la cuota de socio, aunque todos hieren por igual. —Pero Rex estaba más interesado en las cuestiones prácticas—. Todavía no te oigo muy bien.

—Yo tampoco, señor.

Rex volvió a comenzar la lista de frecuencias, deteniéndose un momento en cada una para escuchar atentamente, antes de pasar a la siguiente. Mientras escuchaba vio a unos droides abriendo un camino desde la puerta entre los escombros. Otros cuatro hacían guardia en el patio en un esfuerzo simbólico por vigilar lo que quedaba de la Compañía Torrente. Rex corría el riesgo de incrementar su balance de bajas si no reconducía esa rabia para igualar los resultados.

Las frecuencias del comunicador seguían en blanco con ráfagas de interferencias.

«¿Para qué les podremos ser útiles ahora?».

Se podía hacer una idea bastante exacta de qué iba a hacer Ventress con ellos, aunque sólo fuera para dar rienda suelta a su cólera por no haber podido ponerle las manos encima a un Jedi. Fuera lo que fuera lo que le hubieran hecho a su compañero, estaba muy resentida. Rex estaba decidido a morir luchando en vez de esperar a que ella lo matara poco a poco, y tampoco iba a dejar que lo hiciera con sus hombres: antes les dispararía él mismo.

Los cacharros ya habían empuñado sus armas, pero eso no le iba a detener. Entre los escombros todavía quedaban DC-15 y pistolas.

Y tampoco habían encontrado su vibrodaga…

Rex esperó el momento oportuno.

Había puesto especial cuidado en no hacer ningún signo que denotara que estaba hablando, como mover la cabeza o las manos o esos pequeños movimientos que la gente hace sin darse cuenta cuando habla, pues no quería poner a los droides sobre aviso. Estaba seguro de que cubría todos los ángulos de seguridad.

Y entonces, su comunicador de muñeca pitó y el droide que tenía más cerca miró a su alrededor.

¡Oh, no! Había olvidado desviar el maldito aparato a su casco.

—Rex, ¿me recibes? Aquí Skywalker.

Los droides lo habían oído y otro se giró.

Rex se mantuvo en su circuito de comunicación interna, completamente quieto.

—Caballeros, ahí vamos. Esperad.

Los droides no eran precisamente rápidos de mente. Había dos que discutían qué tenían que hacer. Otro se acercó a él, bajó la cabeza para ver de dónde procedía el sonido y fijó la vista en su muñeca. El comunicador volvió a crepitar con interferencias.

—Rex, si no puedes contestar, golpea el auricular o a algo.

El droide se inclinó un poco más. Rex levantó el brazo muy lentamente, con la parte posterior de la muñeca hacia fuera, y se armó de valor para no pensar en el dolor que iba a sufrir muy pronto. Oyó que sus hombres tragaban saliva y se preparaban para pasar a la acción.

—¿Quieres ver cómo funciona, pedazo de chatarra?

Rex agarró con fuerza la plancha pectoral del droide mientras le pegaba un puñetazo en la mandíbula que le arrancó la cabeza y el cuello, separando los cables de control de los conectores. No necesitó dar ninguna orden para que sus hombres se pusieran de pie de un salto. Con un rápido movimiento, Coric cogió el fusil del droide decapitado mientras se tambaleaba hacia atrás. Nax cogió un trozo de mampostería y golpeó a otro hasta que le hundió la cabeza. Rex sacó su vibrodaga de la plancha de su antebrazo y se tiró contra un tercero, que perdió el equilibrio, y le arrancó los fotorreceptores. Ahora que ya lo había dejado ciego, le pudo cortar los cables de control de la cabeza.

Los seis clones echaron a correr por el patio y se refugiaron detrás de un AT-TE derribado. Entre los DC y las armas separatistas, tenían al alcance suficientes fusiles cargados como para mantener acorralados a los cacharros durante un rato. Antes de apuntar, Rex cogió un calmante de un solo uso de su riñonera y se lo inyectó en el dorso de la mano. Y el fuego empezó.

A los cacharros parecía que les iba bien seguir de pie y disparar. Eran el resto de formas de lucha, como apuñalar, estrangular, rajar o el cuerpo a cuerpo, lo que les desconcertaba.

—Eso me ha gustado —dijo Nax—, casi para sí mismo. Me ha servido para descargar tensión de mi sistema.

—Vale, pues ahí van unos cuantos de ésos para que te relajes —dijo Rex, al ver aparecer algunos superdroides de combate. Éstos no tenían cabezas que golpear o arrancar y pronto se les iban a sumar los droides araña. Rex señaló el borde del altiplano. Quizá tuvieran que arriesgarse a huir por la selva. ¿Tenéis todos a punto las cuerdas de *rappel* por si acaso?

—Sí, señor.

Era una opción, aunque de momento tenían armas y objetivos que batir.

—Rex, ¡contesta!

Skywalker no le había fallado.

—Le recibo, general. Estamos inmovilizados en el patio, cinco hombres y yo…

—¿Necesitáis ayuda?

—… Y un montón de cacharros. —Disparó unas cuantas ráfagas más de plasma. Las paredes del patio aumentaban el ruido del fuego—. Bueno, ahora ya es un montón menos uno.

—Vale, lo tomaré como un sí, capitán. Vamos para allá.

La carcasa del AT-TE abatido tembló al ser alcanzada en el flanco por el disparo de un superdroide de combate. Nax estaba tumbado y examinaba un agujero enorme; luego se metió en él. Cuando salió, llevaba en la mano unas tenazas.

—La caja de herramientas —dijo, abriendo y cerrando las tenazas—. Aquí, cacharros. Aquí, cacharros bonitos…

Rex apuntó de nuevo y decidió que había otra cosa que hacía a los humanos mucho mejores soldados que los droides.

No era sólo que tuvieran más imaginación.

Era que tenían hermanos a los que vengar.

—Déjame uno vivo —dijo.

CATORCE

La guerra es una cosa vil, hace aflorar lo peor de cada ser. Pero también saca a relucir lo mejor: valentía, sacrificio, recursos, tenacidad, camaradería, ingenio e, incluso, sentido del humor. No podríamos alcanzar ese estado de iluminación sin antes derramar sangre.

Mentor Peet Sieben, filósofo Jal Shey

PISTA DE ATERRIZAJE

Anakin se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta, mientras pensaba en cómo iba a rescatar a Rex y a sus hombres del patio.

Nunca conseguiría capturar un caza sano y salvo, si es que quedaba alguno. Según dónde se encontraran las fuerzas separatistas, podía tratar de distraer, capturar o mantener ocupados a los droides hasta que llegara Kenobi.

—¡Maestro! —Ahsoka corrió tras él—. El bebé todavía se encuentra mal y nuestra misión consiste en devolverlo con vida, ¿recuerdas?

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta, y siguió caminando—. ¿Qué tenemos que dejar morir a nuestros hombres?

—¿No es más importante la misión?

—Contéstate tú misma, mocosa. Ya conoces a este hombre. ¿Nos protegemos las espaldas unos a otros, pase lo que pase?

—¿Pase lo que pase, dirigir implica estar preparado para dejar que maten a tus hombres, maestro?

—Vale, ya sé que lo dije. Pero «preparado» no significa dejarlos abandonados sin agotar todas las posibilidades.

—Si, por salvar a Rex, el bebé Hutt muere, ¿no se habrán perdido las vidas de todos esos hombres para nada?

—¿Y si, de cualquier modo, la babosa se muere?

Anakin hubiera cambiado todos los Hutt de la galaxia por uno solo de sus soldados. Ahsoka parecía reconsiderar la situación.

—Rex no te dará las gracias por eso.

—Vale, pues, mocosa. Conecta tu comunicador y díselo.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí. Comunícate con Rex y dile que me has hecho cambiar de opinión porque me has convencido de que ni él ni ninguno de sus hombres merecen ser salvados.

—Maestro…

—Si quieres tomar una decisión radical que cueste la vida a los hombres, será mejor que estés preparada para mirarles a los ojos y explicarles por qué.

Suponía que no lo haría, pero le preocupaba que lo hiciera sólo para demostrarle que había madurado lo suficiente como para ser su padawan y que luego le remitiera la responsabilidad a él.

—Además —prosiguió—, Rex nos puede ayudar a encontrar una nave, a salir de aquí.

—Maestro, eso no me acaba de convencer.

—De acuerdo, no lo voy a dejar mientras tengamos una posibilidad de irnos con el Hutt y con los soldados. Ellos no me abandonarían. Ni a ti tampoco. Eso es lo que une a un ejército. Si rompes esa promesa nunca expresada, ya podemos rendirnos.

Se habían adentrado unos quince metros por el pasillo cuando R2 lanzó un silbido de advertencia. Anakin oyó un ruido que le aterrorizó: el zumbido constante de unos droides destructores. Un movimiento le llamó la atención y vio dos de esas cosas rodando por el pasillo hacia ellos, preparando sus cañones. Rápidamente abrieron fuego y los dos Jedi se vieron obligados a retroceder.

—¡Sólo tenemos una salida! —gritó Anakin, parando los disparos láser mientras retrocedía—. ¡R2, prepárate para bloquear la puerta!

Se retiraron hasta la pista de aterrizaje. Justo antes de que R2 rodara a cerrar la puerta y bloquearla, Anakin pudo ver una forma humanoide que caminaba dando zancadas por detrás de los destructores, una mujer con la cabeza rapada. R2-D2 introdujo su brazo multiusos en la cerradura y la puerta se selló con un silbido.

—Es Ventress —dijo Anakin—. Por lo menos están enviando a los de arriba a matarnos.

La puerta vibró momentáneamente y aparecieron dos puntos calientes en la plancha metálica. Anakin adivinó que Ventress había clavado sus espadas láser en la puerta y se dio cuenta de que estaba utilizando los dos a la vez para cortar, trazando un círculo como el de una sierra láser.

—Ha llegado el momento de retirarnos —dijo Anakin—. Hay mucha selva para ocultarnos.

—Y también hay muchas cosas en la selva, cosas carnívoras y venenosas… Ah, y también, droides araña —añadió Ahsoka mientras miraba por encima del borde.

Anakin corrió hacia el borde de la plataforma y miró abajo. Los droides estaban trepando por la cortina de lianas que colgaban de la plataforma. Algunos se detuvieron para disparar a la pista. Anakin sintió las vibraciones de los disparos bajo sus botas.

—Bien…, las opciones son que nos disparen desde debajo de la plataforma, o quedarnos aquí y esperar a Ventress, o bajar y enfrentarnos a los droides araña.

Ahsoka dirigía la mirada de un lado para otro, como si estuviera midiendo las distancias y las posiciones.

—¿Se puede contestar «ninguna de las anteriores», maestro?

Rotta lloriqueaba de forma entrecortada. Anakin rememoraba la rápida formación que había recibido de primeros auxilios en el campo de batalla antes de ser enviado con las tropas: un herido que grita es menos preocupante que uno que no lo hace, porque significa que, por lo menos, está consciente. Son los que están callados e inconscientes los que tienen más problemas.

—Sigue quejándote, mi apestoso amigo —le dijo Anakin por encima del hombro. Rotta cambió de sonido y emitió, repetidamente, un gorgorito de sorpresa—. Bueno, por lo menos un cambio es bueno.

—¿Qué está señalando? —preguntó Ahsoka.

—¿Está señalando algo?

—Allí.

Anakin se giró y miró y Rotta lloró. Ahsoka escrutó los árboles, con los ojos entrecerrados.

—Pero ¿cómo se nos ha podido pasar? No me había dado cuenta hasta ahora —dijo—. Allí. Otra plataforma. ¡Y mira lo que hay en la pista!

—¿Qué hay? No alcanzo a verlo.

Anakin buscó los prismáticos electrónicos en su bolsa. Las mesetas que se alzaban como piedras de una pasarela entre la selva eran antiguos cráteres volcánicos y era probable que formaran una cadena que cruzara el territorio siguiendo la línea de una falla. Con Ventress abriéndose paso hacia la plataforma y los droides araña disparando desde abajo, su cabeza no estaba para lecciones de geología. Todo lo que alcanzaba a ver era la gruesa capa de bruma entre los árboles y unas cuantas de esas criaturas como insectos gigantes del tamaño de speeder bikes. Se parecían a los ketes o incluso a los cancells de Kashyyyk: un cuerpo largo, dos pares de finas alas que batían a gran velocidad y una abultada cabeza. Sobrevolaban en círculo las mesetas y se lanzaban en picado sobre presas invisibles.

—Mira eso que brilla —dijo Ahsoka.

—Es… ¡Tienes razón! —En una pista de aterrizaje muy parecida a la plataforma donde ellos estaban había una nave. Parecía lógico, pues no había otro modo de aterrizar en aquel terreno—. Es una nave. Pero está allí y nosotros, aquí. Debe de estar a… dos kilómetros, tal vez tres.

—Ya lo sé… Sólo era una idea.

R2-D2 emitió gorgoritos frenéticos. Anakin se volvió hacia la puerta y vio que Ventress avanzaba mucho más rápido de lo que había creído con sus espadas láser gemelas. En cuestión de minutos habría atravesado la puerta y los capturaría.

La plataforma tembló con otra descarga de cañón. No resistiría muchas más.

«Y al final nos precipitaremos sobre la selva…».

Entonces, la palabra «Kashyyyk» le asaltó la mente, en uno de esos momentos que el maestro Qui-Gon solía llamar «asociación intuitiva». Buscó a tientas qué relación había y se dio cuenta de que su subconsciente ya tenía una respuesta. Kashyyyk tenía una espesa selva, un terreno impracticable, unos insectos voladores gigantes y… ¡y esos insectos se podían montar! Los exploradores aleena y, a veces, incluso los humanos, montaban los cancells. Además les atraía el ruido de los propulsores, como a los insectos gigantes que habían chocado contra el LAAT/i.

—¡R2! —le llamó—. ¿Puedes generar una señal de audio que imite el propulsor de una larty?

R2-D2 pitó para indicar que podía imitar el sonido de cualquier nave de la República e incluso de algunas de los separatistas, si se le pedía con amabilidad. Y lo demostró con tal realismo que a Anakin se le erizó el cabello; con el mismo tono grave que emitía un LAAT/i, cercano a los ultrasonidos, que zumbaba monótono por debajo del ruido de fondo.

—Maestro, dime que no… —empezó Ahsoka—. Dime que no vamos a atraer a uno de esos insectos y escaparemos montados en él.

Ahsoka sólo meneó la cabeza con gesto grave, quizá demasiado cansada para discutir.

—De acuerdo. Hoy ya he hecho locuras mayores. ¿Y para qué esos efectos de sonido?

—Los insectos se creen que es una invitación para una cita. Por eso se lanzaron todos sobre la nave larty, ¿recuerdas?

Ahsoka no contestó. En aquel momento el tema no era como para bromear y menos con la tripulación del LAAT/i muerta por ahí debajo.

—¿Sabrás conducirlo? —preguntó. La plataforma recibió otro impacto directo desde abajo y empezó a inclinarse. Un guijarro rodó y quedó a pocos metros del borde—. Si es que conseguimos aguantar, claro.

—Sujetar por aquí y empujar por allá con la Fuerza, siempre que nos elevemos. Esa es mi prioridad.

R2-D2 rodó con cuidado hacia el borde de la plataforma, enviando canciones de amor de un caza a los ingenuos insectos. Anakin ya tenía otra anécdota para contarle a Padmé que le iba a hacer gracia. Sin embargo, casi seguro que no le iba a relatar lo encarnizada que había sido la batalla. Había cosas que no podía expresar. Se mantuvo lo más cerca que se atrevió del borde con Rotta a la espalda, buscando algún megainsecto enamoradizo que se acercara.

A sus espaldas, Asajj Ventress estaba a punto de abrirse paso a través de la puerta.

Aguzó el oído para escuchar captar el zumbido mecánico del rápido batir de unas alas de tres metros.

PUERTA DE LA PLATAFORMA DE ATERRIZAJE, JUNTO AL MONASTERIO

Ventress había cortado a mano alzada un círculo tan perfecto en la puerta que parecía la firma de un artista.

Al hacer girar las dos espadas láser desde un mismo punto, los dos arcos acabaron juntándose y sólo tuvo que dar un empujón con la Fuerza al grueso disco de metal, que cayó con gran estruendo sobre la pista de aterrizaje. Ventress agachó un poco la cabeza, pasó por el agujero y bajó utilizando como escalón el disco que había caído.

No había ni rastro de Skywalker, de la padawan togruta y del androide astromecánico. Ventress buscó a su alrededor en la Fuerza para ver si Skywalker estaba escondido por encima, listo para saltar desde un punto más elevado. Pero no había nada.

—Así que te ha abandonado, padawan. —Ventress unió sus espadas láser por la empuñadura para formar un arma con dos extremos. Luego mandó al droide astromecánico rodando hasta los pies de sus droides de batalla. No se fiaba de él—. Es una costumbre Jedi.

Ahsoka cogió su espada láser con las dos manos y se movió en círculo alrededor de Ventress. Se miraban fijamente. Ventress no sentía ninguna compasión; nadie que hubiera crecido en el reducto del hampa que era Rattatak podía soportar ese grado de emoción. Allí se aprendía a acallar las emociones para sobrevivir. Había sido un buen entrenamiento, que había conocido en su momento.

Pero Skywalker apreciaba demasiado su reputación de héroe como para dejar que una niña como ésa muriera en su lugar. Tenía que estar allí.

—¿Dónde estás, Skywalker? —gritó Ventress—. ¿O es que prefieres que una novicia haga el trabajo sucio por ti? Si no recuerdo mal, era uno de los útiles consejos del maestro Windu para hacer carrera.

Ahsoka frunció el ceño como si se hubiera ofendido.

—Vas a luchar conmigo.

—Efectivamente. —Ventress dejó que Ahsoka se acercara hasta estar a su alcance y entonces hizo revolear su espada láser como si fuera un bastón, uniendo los extremos para atrapar la punta de la espada de Ahsoka—. No es nada personal.

Ahsoka cargó contra ella con la espada en alto, luego cayó de rodillas y resbaló por debajo de la protección de Ventress. O, por lo menos, eso pareció que pensaba la chica. Pero para Ventress fue tan fácil como saltar hacia atrás para esquivar la segada. Ahsoka se levantó de nuevo y se separó un poco para atacar por detrás, lo que obligó a Ventress a

hacer una pirueta para no perderla de vista. Las hojas de las espadas chocaron y quedaron unidas. Las dos contrincantes hacían fuerza, mientras Ventress seguía atenta por si Skywalker llegaba al rescate. Pero no apareció.

Al cabo de cuarenta y cinco segundos de lucha —y, para ella, no solían durar mucho— Ventress ya estaba impaciente y Ahsoka había demostrado casi toda su técnica básica, una rápida combinación de cambios y fintas, corriendo de un lado a otro del espacio donde peleaban, como si tratara de cansar a su oponente para poder asestarle el golpe fatal. Muy propio de los togruta.

En vez de esquivarla o atacar, Ventress reaccionó obligando a Ahsoka a acercarse a ella. En un momento dado, Ventress se quedó de pie, con las dos espadas a un lado, dejando su cuerpo al descubierto, para tratar de arrastrar a la chica a un error Fatal. La padawan se movió con cautela. Mientras embestía, Ventress decidió que no conseguiría engañar a Skywalker para que se mostrara, así que le arrancó la espada láser a Ahsoka con un movimiento en ocho, antes de tirarla contra el suelo con un impulso de la Fuerza, para retenerla allí con una mano extendida.

—¿Dónde está Skywalker? —Ventress le puso una bota en el pecho. Ahsoka se retorció, intentando liberarse—. Ahora sabrás lo que es bueno.

—Bueno. No tengo todo el día. —Ventress levantó la vista—. Puedo empezar a cortar partes del cuerpo, Skywalker. Tú decides.

La pista de aterrizaje tembló un instante y apareció una peligrosa grieta que la atravesaba, con ángulos rectos, desde la pared del monasterio. El droide de Skywalker pitaba lastimeramente. Bueno, si el pequeño príncipe Jedi no venía a buscar a su padawan, quizá apreciara a su droide.

—Hagamos un trato —gritó Ventress. Notaba un ligero cosquilleo por detrás de los ojos. ¡Ah! Él no andaba muy lejos. Sostuvo la punta de su espada láser a un palmo de distancia del cuello de Ahsoka—. Oferta especial dos por uno: una padawan y un droide por un pequeño Hutt. ¿Quién da más?

Ventress notó una ráfaga de aire acompañada de un zumbido. Llevaba en la plataforma el tiempo suficiente para empezar a estar acostumbrada a la presencia de los gigantescos insectos, pero esas criaturas todavía no le inspiraban mucha confianza. Levantó la vista sin mover la cabeza, para ver de dónde procedía.

Entonces, algo impactó a sus espaldas, algo muy pesado, muy rápido y afilado, una sombra que la golpeó como un misil.

Salió despedida hacia delante y, en su caída, casi le corta la cabeza a Ahsoka. Una de sus espadas láser se clavó en la plataforma de permacemento casi hasta la empuñadura. Rodó y se levantó rápidamente, preparada para atacar, pero también Ahsoka había rodado fuera de su alcance.

Pero ahora eso no era lo más importante. Ventress tenía enfrente una gran mosca cazadora. Lo que de lejos parecía un bonito animal de cuerpo brillante e iridiscente y finas alas, de cerca era una criatura totalmente diferente: fuerte, rápida, depredadora, sorprendentemente ruidosa y armada con poderosas mandíbulas del tamaño de su mano. Las delicadas alas con su fino entramado de venas eran, en realidad, una gruesa piel translúcida tensa sobre un robusto marco de hueso.

Y la bestia tenía un jinete: Anakin Skywalker, con el pequeño Hutt sujeto a su espalda.

La mosca cazadora se mantenía en el aire y atacaba como si estuviera teledirigida, quedándose fija en un punto para luego ascender verticalmente y volver a quedar suspendida en el aire, completamente inmóvil, excepto las alas, que batían a toda velocidad con un zumbido como de rotor de alta velocidad.

Los fusiles de sus droides de batalla chasquearon al unísono al disparar.

—¡Alto el fuego! —rugió Ventress, al tiempo que levantaba los brazos para que se detuvieran—. Si le dais a él, mataréis al Hutt.

—Veo que lo has entendido rápidamente —dijo Skywalker, blandiendo su espada láser—. Me gustaría recuperar a mi padawan, por favor.

La mosca hizo unas pasadas sobre Ventress como si la fuera a bombardear y provocó una corriente de aire descendente. Anakin tuvo que agarrarse con fuerza con una sola mano. Mientras bajaba en picado, Skywalker trató de tirar de Ahsoka para que se subiera a la mosca. Pero era más fácil decirlo que hacerlo, incluso para un Jedi. Las alas de la criatura se acercaron todo lo posible. Ventress se giró para defenderse de la mosca, que volaba arriba y abajo de la pista como un caza fuera de control, dando latigazos con su cola articulada y chasqueando las mandíbulas. Era pesada, pero de movimientos rápidos y, si la hubiera golpeado, la hubiera lanzado despedida tan fuerte como un camión repulsor.

Era evidente que no estaba disfrutando con el paseo y Skywalker tampoco.

Se había montado en un gran depredador rabioso.

Ventress buscaba un hueco para hacerle descabalgar, mientras Ahsoka daba saltos intentando encaramarse al animal. Alguien iba a salir perdiendo. La mosca se mostraba cada vez más agresiva y su pánico crecía por momentos, asustada por las espadas láser, arqueando su largo cuerpo como si corcoveara. Parecía como si la plataforma se moviera bajo sus botas.

Y se movía.

El horizonte se inclinó violentamente al desprenderse el bloque de permacemento y quedar colgando durante unos instantes en un ángulo de cuarenta y cinco grados, sujeto sólo por unos macizos anclajes que se fueron soltando de uno en uno por el peso de la estructura. Ventress se agachó para evitar que un ala desplegada le rebanara el cuello en el momento del impacto. Entonces saltó hacia la puerta, lanzándose de repente al vacío.

—¡Salta! —gritó Skywalker.

No iba por Ventress, por supuesto. Ésta había caído en el estrecho hueco de la puerta y se agarraba al marco. Una avalancha de permacemento y acero se precipitó hacia la selva.

Al mirar atrás, vio a la mosca ladearse para subir en vertical con Ahsoka sentada en una mala posición delante de Skywalker, tratando de conseguir aferrarse con las piernas. El droide astromecánico les seguía, propulsado por sus cohetes.

—Señora. —La voz de un droide de guerra se oyó en el interior, casi ahogada por el ruido de los escombros que caían—. Señora.

—¡Silencio!

Presa de la furia, Ventress vio cómo los Jedi escapaban con su recompensa. Durante un segundo se le pasó por la cabeza ordenar al buitre droide que los persiguiera y acabara con ellos. Lo único que la detuvo fue que no daba la batalla por perdida, que podía recuperar al pequeño Hutt vivo.

Apoyó su frente contra la pared un momento, mientras reorganizaba su plan. Por debajo tenía un precipicio de ochocientos metros.

—Los prismáticos electrónicos —ordenó, tendiendo su mano hacia el droide. Enfocó a la mosca cazadora, que ya era una pequeña mancha que se desvanecía por momentos en la bruma que cubría los árboles, seguida por los dos puntos de luz que eran los motores a reacción del droide—. Creo que sé adónde intentan llegar, pero podrían dirigirse a otro lado. No los pierdas de vista.

—Señora, yo intentaba decirle que el conde Dooku pide que le informe sobre su misión. ¿Debo decirle que los Jedi han escapado?

Ventress le devolvió los prismáticos electrónicos.

—No. Todavía no se han escapado. Aún tienen que salir de este planeta. Y voy a impedírselo.

Retrocedió por el pasillo y comprobó en su bloc de datos si los droides buitre vigilaban la zona. Skywalker tenía que aterrizar en alguna parte. Conectó su comunicador.

—Control aéreo, aquí la comandante Ventress. Quiero un buitre que siga a Skywalker inmediatamente. Preparen mi caza.

—Señora, los sensores detectan cazas de la República desplegándose desde un crucero que navega en una órbita cercana. Todos los escuadrones de buitres se dirigen hacia allí para entrar en combate.

—Kenobi —dijo.

—Sí, señora.

—Entretenedlo. Que sus tropas no puedan aterrizar. Y dejadme a Skywalker para mí.

—¿Todavía necesitáis *El Ginivex* a punto, señora?

—Sí. Quizá tenga que intervenir personalmente.

Ventress se detuvo en las escaleras. En el patio seguía la batalla, y tuvo que renunciar a recibir ayuda desde el aire para perseguir a Skywalker, porque todos los buitres estaban ocupados en otros sitios. ¿Qué había pasado con la tan pregonada ventaja numérica de los separatistas? Hasta el momento, un ejército no había podido reprimir ni una compañía de la legión 501 —ni siquiera un batallón de la fuerza— y nadie parecía capaz de detener a dos Jedi y un bebé.

«Incluyéndome a mí. Va a ser difícil explicárselo a Dooku».

Los droides podían ser un lastre, pero ahora eran todo lo que tenía. Tenía que asegurarse doblemente de que todas las salidas estaban selladas. Hacer quedar mal a Skywalker con los Hutt era, por lo menos, una victoria negativa a la que agarrarse. Pasó a otro canal.

—Cuatro-a-siete —dijo—. ¿Cuál es su posición? Ya hace rato que deberían haber partido.

—Me temo que salimos demasiado tarde para alcanzar a la flotilla de la República, señora, pero creo que todavía nos queda algo por terminar por aquí. —El droide espía tenía un talento especial para estar en el lugar correcto en el momento adecuado. Ventress lo admiraba. No era un droide común—. He estado observando las últimas dos horas. Desde aquí hay una vista excelente sobre el monasterio… y sobre los vuelos que llegan.

Ventress empezó a pensar en disponer artillería de largo alcance en la meseta. Sería una pequeña sorpresa para Kenobi, si entraba en escena en el momento correcto.

—¿Puedes ver el escuadrón de Kenobi?

—Lo que veo —dijo 4A-7 en voz baja— es una mosca carnívora que va a posarse un poco a regañadientes por lo que parece.

Ventress se permitió una ligera sonrisa.

—No sé qué haría sin ti, 4A-7.

—¿Puedo improvisar, señora? —Sonaba… «satisfecho». Incluso orgulloso—. Entiendo que nuestra prioridad sigue siendo capturar al pequeño Hutt.

—Así es.

—Entonces me esforzaré por recuperarlo.

—Me reuniré con vosotros en cuanto pueda. Eres un ser muy ingenioso, pero dos Jedi son un gran reto.

—Ya me he dado cuenta. Tal vez si lo intentamos de forma menos directa funcione. A vos os reconocen fácilmente como una separatista, pero yo sólo soy un droide, nada

que los haga poner en guardia. —El espía hizo una pausa—. Y además tengo conmigo a mis droides de guerra, por si algo fuera mal antes de que llegarais.

Ventress dudaba que llegado el momento pudieran serle de ayuda a 4A-7, pero probablemente él también lo sabía. A su manera, el droide era más guerrero y caballero que muchos de los orgánicos con los que ella había tenido que tratar en su vida, y un patriota, pues servía fielmente en la CIS (Confederación de Sistemas Independientes). Un agente orgánico con sus méritos ya hubiera sido condecorado.

Y nunca traicionaría a la causa, porque no podía ser comprado, sobornado, amenazado o seducido. Ella sabía exactamente qué podía esperar de él y qué lo impulsaba. Ventress… confiaba en él. No había confiado en nadie antes o después de Narec, que ya estaba muerto y enterrado, excepto en sus padres, también muertos y enterrados, y en ese droide.

La vida de un espía es muy solitaria, ya sea de carne o de metal. Ese 4A-7 era lo más parecido que tenía a un amigo y algún día quizá se lo hiciera saber.

—Cambio y corto —dijo.

PATIO DEL MONASTERIO

Durante unos minutos, el fuego del lado de los droides paró.

Sucedía de vez en cuando. Tal vez fuera cuando recibían nuevas órdenes, nueva programación, y tenían que reiniciar sus sistemas. Rex todavía no lo había descubierto, pero aprovechó para recargar todas las armas del alijo que habían conseguido reunir, comprobar las frecuencias de su comunicador por si había algún fallo en el sistema de interferencias de los separatistas y se quitó el casco durante unos instantes o dos para meterse algunas tabletas hipercalóricas secas en la boca. Sin su cubo, como todos lo llamaban, quedaba ciego, sordo y vulnerable en el campo de batalla. Su casco significaba la supervivencia; era así de sencillo. Se llevó la palma del guante a la cabeza y se volvió a poner el casco, bloqueando los cierres de seguridad.

Nax echó un vistazo al cronómetro de la plancha de su antebrazo.

—¿Cree que Skywalker se detuvo para traernos un café?

—Todavía no puedo localizarlo —dijo Rex con la boca llena. Lo más lejos de donde podía haber salido Skywalker era el extremo occidental del monasterio. Un molusco de Randorn podría haber recorrido ese trayecto en el rato que había transcurrido desde que el general dijo que estaba en camino—. Sólo espero que no tenga relación con el gran estruendo y el humo que hemos visto hace un rato. Pero va a venir. Dijo que vendría, y vendrá.

Coric se acercó al borde superior de la barricada y asomó una pequeña cámara por arriba. La imagen apareció en el sensor del casco de Rex, que pudo estudiar la posición de los droides. Era un patio grande, ahora casi irreconocible como lugar de meditación, lleno de profundos cráteres, tanques destrozados y restos de diversas naves de varios tamaños. Todavía ardían algunos fuegos. La escuadra de Rex —ya había dejado de

engañarse llamándola una compañía— se había refugiado detrás de un AT-TE incendiado, que había reforzado poco a poco con droides muertos y con todo lo que habían podido arrastrar hasta su posición.

Sólo eran él, Coric, Del, Attie, Zeer y Nax, y los droides lo sabían.

Así pues, el hecho de poder seguir con vida más o menos una hora después preocupaba mucho a Rex. Seguro que los droides tenían algún as en la manga, o donde fuera que los droides escondieran los ases.

No sabía exactamente a cuántos cacharros habían abatido, pero eran muchísimos más que siete.

El ruido de unos propulsores por encima de sus cabezas le distrajo, pero no podía ver qué era sin salir de detrás de la barricada. No sonaba como droides buitre, los cacharros que más le molestaban. Todo lo que tuviera esa potencia de fuego y que pudiera volar, correr y aprender era su peor pesadilla.

La costilla rota le dolía, pero decidió guardar los analgésicos para cuando realmente los necesitara.

—No lo entiendo —dijo Zeer, uno de los ingenieros de combate de la compañía. Tenía los dos brazos metidos en la cavidad torácica de un superdroide de combate, como si le estuviera practicando una operación de corazón—. Si esto fuera Jabiim, ya se nos habrían echado todos encima y nuestras cabezas estarían clavadas en estacas. ¿Qué les retiene? Saben perfectamente cuántos hombres somos porque nos estaban vigilando.

—Son estúpidos —dijo Del—. Por lo menos, los cacharros regulares lo son. Si no están alineados en fila y disparando, se sienten perdidos. Y no creo que los superdroides de combate sean mucho más inteligentes.

—Este bruto no lo era, por ejemplo. —Zeer salió, se quedó agachado y comenzó a atornillar las planchas del superdroide de combate otra vez en su sitio—. Pero ahora ve la vida de otra forma.

Nax seguía agarrado a las tenazas.

—Están esperando a que esa loca mujer calva piense por ellos, pero ella está demasiado ocupada buscando al general.

—No, somos el cebo —dijo Attie—. Sabe que, mientras sigamos vivos, Skywalker va a venir por nosotros. Es a él a quien quieren, y a la babosa.

Rex probó otra vez el sensor de su casco. Sin comunicaciones, ningún despliegue táctico valía ni el trasero de un mott, nada les avisaría si alguien iba a rescatarlos. Ni siquiera tienen acceso a las redes de HNE (Holo Net News and Entertaintment) y, cuando no estaba seguro de alguna cosa, Rex tendía a hacer los planes para el peor supuesto.

Todavía no había descartado a Skywalker.

—Bueno, chicos —dijo—. Se acabó la pausa para el café. Ahora podemos esperar a que los cacharros empiecen de nuevo, o podemos enviar a nuestro embajador especial a explicarles nuestra posición. ¿Cómo va, Zeer?

—Creo que ya está listo para caminar, señor.

El escuadrón colocó al destripado superdroide de combate en una posición en la que pudiera aguantarse de pie cuando le activaran el dispositivo de energía. Zeer había cargado la cavidad torácica con unos detonadores térmicos. El cacharro tenía que volver a sus filas, reunirse con sus hermanos y luego volarlos en pedazos cuando lo hicieran detonar a distancia. Eso no resolvería todos los problemas de Rex, pero sin duda estropearía el día a los separatistas y les daría algo más de tiempo.

Y, por supuesto, serían unos cuantos objetivos más abatidos. A Ged le hubiera encantado verlo. Y a Hez.

Rex miró su cronómetro. Podía oír los ya tan familiares sonidos de los droides caminando hacia delante y hacia atrás, y se preguntó qué hacían cuando pululaban de esa manera. No era como si tuvieran las mismas reacciones físicas y necesidades que los soldados orgánicos. Aunque en los últimos tiempos había dedicado mucho rato a serles un vecino hostil, a veces desde unos pocos metros de distancia, tenía la impresión de que los conocía menos ahora que cuando empezó la guerra.

A lo mejor no había mucho que saber, sólo la forma de alinear la mirilla de un DC con el mejor y más destructivo punto.

—Bueno, Zeer —dijo—. Pongámonos en posición antes de enviarlo de vuelta con su familia.

¿Dónde estaba Skywalker? Y, puestos a preguntar, ¿dónde estaba Kenobi?

A falta de otras instrucciones, todo lo que Rex podía hacer era luchar y luego escapar, o bien hacer tanto daño como pudiera al enemigo antes de que alguien le matara. Esperar sentados a que llegara el Día de la República no era una opción.

Los clones volvieron a sus posiciones, Del y Coric con un fusil de repetición que habían quitado por las malas a los separatistas, y Attie, con su mortero. Los otros estaban tumbados boca abajo en el suelo o de rodillas, escudriñando a través de agujeros abiertos con mucho cuidado en la barricada de escombros.

Zeer hizo los últimos arreglos en la axila del superdroide de combate y éste recobró la vida. Su brazo disparador estaba levantado en posición de seguridad a cuarenta y cinco grados. Rex observó, distraído, mirando a la brutal máquina, y sólo volvió a respirar con tranquilidad cuando éste hubo pasado la línea del AT-TE.

—Saluda a tu madre de mi parte —masculló Zeer, y se colocó en su posición, entre Rex y Attie.

—Espero que esa estúpida cosa no caiga en uno de los cráteres.

—No, señor, llevan procesadores independientes. Le he programado las coordenadas de su objetivo y seguirá la mejor ruta, evitando los obstáculos, antes de convertirse en un mártir de la causa de la República.

El superdroide de combate volvió a sus filas haciendo su particular ruido al caminar. Un par de droides de guerra que estaban en sus puntos de vigilancia lo miraron; Rex los pudo ver en su visor. Sólo miraron y continuaron tal como estaban: no era un enemigo. Su transpondedor de datos les decía que todavía era uno de ellos. La máquina prosiguió su marcha hacia el corazón de la posición enemiga.

—Le daré unos segundos más —dijo Zeer.

La actividad de los buitres en el aire era ahora más preocupante. Rex se vio una vez más metiéndose en la piel del jefe de los droides: identificar la posición de los soldados de la República, calcular su número y luego hacerlos papilla con un ataque aéreo. No podía imaginar por qué los droides —o quienquiera que se encargara de ellos— luchaban de esa manera y no aprovechaban cualquier ventaja. Ahora estaban justo encima; entonces, ¿por qué no atacaban? Bueno, era cieno que no tenían línea de visión, pero no había que ser un genio para localizar con suficiente precisión a seis hombres y reducirlos a picadillo.

«Demos gracias por su estupidez».

—¿Ya está lo suficientemente lejos? —preguntó Rex.

—Lo estoy viendo —dijo Zeer—. Quiero que llegue hasta el centro. Lástima que no tenga cubierta, porque magnificaría mucho los daños.

—Matamos lo que podemos. Cuenta atrás, soldado.

Zeer tenía el detonador a distancia en la mano izquierda, mientras con la derecha cogía la DC como si fuera una pistola, apoyando el cañón en la barricada.

—Tres…, dos…

Los buitres estaban empezando a molestar seriamente a Rex.

Giró un poco la cabeza para observar la mano de Zeer. El pulgar se dobló hacia el botón de detonación.

—¡Uno!

El infinitesimal momento de silencio que se producía entre que se apretaba el detonador y se producía la explosión siempre había fascinado a Rex. Era como si nunca fuera a ocurrir, como si el tiempo se detuviera y fuera necesario volverlo a poner en marcha.

Pero el tiempo continuó y propinó la patada en el trasero más fuerte que se podía imaginar.

El destello del abrasador fuego blanco dejó el visor de Rex temporalmente a oscuras, mientras los sensores protegían sus ojos de la cegadora luz. Luego, la explosión apagó su dispositivo audio con un sordo «uumf». Aun así, sintió que la onda del impacto lo golpeaba desde el suelo, subiendo por las piernas y el abdomen, hasta la garganta, al tiempo que la onda expansiva le comprimía el pecho. Si a esa distancia se llegaba a sentir tan fuerte… Rex decidió que, si iba a ir, quería estar en el punto exacto del láser, y no sabía nada al respecto.

Nax ajustó su visor, un tic nervioso que contradecía su imagen de comentarista deportivo despreocupado y burlón.

—República, uno; Confederación de Sistemas Independientes, cero.

—Bueno, ha funcionado bastante bien… —dijo Zeer con modestia—. Me pregunto si se lo tragarían otra vez.

Durante unos instantes, una suave lluvia de ceniza gris cayó por el patio. Luego llovieron fragmentos de metal que repiqueteaban y se estrellaban contra las baldosas. Justo delante del AT-TE, las partículas más pequeñas y ligeras, que habían salido despedidas más lejos, burbujeaban al entrar en contacto con el suelo frío, y Rex no vio ni una sola pieza lo bastante grande como para recogerla, y menos aún como para identificarla.

—¡Allá vamos! —murmuró Attie para sus adentros. Deslizó una carga de mortero por el tubo y esperó—. Si vamos a hacer una retirada táctica, señor, tiene que ser ahora o nunca.

Durante los siguientes minutos, si había algún droide que no hubiera quedado reducido a pedazos de chatarra, iba a quedar frito en el montón de escombros. La calma se hacía casi insoportable.

—¿Alguno vota que «ahora»? —preguntó Rex, y esperó a ver si alguien contestaba.

—No, señor.

—Sí, yo también voto por «nunca».

—Se está bien aquí. Y no tenemos nada mejor que hacer.

Coric se sacudía las cenizas de las placas de sus hombros. Bajo la fina capa de polvo gris, lo que había sido una armadura blanca impoluta estaba ahora carbonizada por el fuego de los disparos.

—Una vez vi un holovídeo como ése. —Lo dijo en el mismo tono inexpresivo que empleaba para contar chistes—. Era muy conmovedor. Las grandes hordas enemigas que asediaban la fortaleza quedaban tan impresionadas por la valiente defensa de unos pocos soldados que les acababan cantando canciones de homenaje.

—¿Cómo terminaba? —preguntó Del.

—Les disparaban a todos.

Rex hubiera querido que pasara ese momento. Como siempre, era el vértice entre la hilaridad y los sollozos de desesperación. Su formación y su lealtad al estado le decían que todas las razones teóricas por las que habían actuado de ese modo eran correctas; y la única razón por la que se sentó a esperar que ocurriera lo inevitable eran esos hombres

que estaban con él y Skywalker —dondequiera que estuviera— e, incluso, Kenobi, pero nada ni nadie más. Eso era todo lo que un hombre podía pensar. Y ya era mucho.

El ruido comenzó, distante al principio, y luego convertido en el «chang-chang-chang» de unos pies metálicos perfectamente sincronizados. El sonido crecía como una marea y no se oía sólo delante, por donde lo esperaban, sino también por detrás y por ambos lados.

Rex se agachó y se preguntó si tenía algún sentido actuar correctamente desde el punto de vista táctico —o sea, luchar a cubierto— o si era mejor ponerse de pie quedando a la vista, tanto de sus compañeros como de lo que fuera que dirigiera un droide.

«Sea como sea, luchamos para ganar».

Se levantó, dejó su fusil en la superficie plana más cercana y cogió un DC-15 de corto alcance con cada mano.

—Compañía Torrente —dijo Rex—. Preparados.

QUINCE

No puedo definir a un héroe. Lo único que sé es que es alguien en quien seguramente no reparas, pero que cuando te das cuenta de lo que ha hecho y con qué modestia lo ha hecho, nunca más puedes borrar la sensación de que tú estás cortado con otro patrón y descubres que los fanfarrones te molestan mucho más de lo habitual.

Almirante Yularen, flota de la República, al rehusar tratar el tema de los héroes de guerra de la República en HoloNet News

SEGUNDA PLATAFORMA DE ATERRIZAJE, A TRES KILÓMETROS DEL MONASTERIO DE TETH

Anakin se preguntó si una mosca carnívora de tres metros era capaz de guardar rencor.

Todavía sujetaba a la criatura con la Fuerza mientras volaban en una línea más o menos recta hacia la nave que significaba su última esperanza de superar con éxito la misión. La mosca no quería ir hacia allí ni quería llevar pasajeros. Anakin tuvo que concentrarse con todas sus fuerzas para controlar su rumbo e impedir que se metiera entre los árboles para arrancarse lo que, para ella, eran claramente parásitos o una comida con demasiadas pretensiones.

—Mocosa, cuando estemos cerca de suelo firme, saltaremos y correremos.

Ahsoka iba ahora montada a horcajadas sobre la mosca justo por detrás de las alas, de cara a Anakin.

—¿Crees que es peligrosa?

—Es un ornitóptero con el cerebro de una rata womp y lo hemos capturado atrayéndolo con una llamada de apareamiento, así que extrae tu propia conclusión.

—Se suponía que eras bueno con los animales.

—Con las máquinas. Soy bueno con las máquinas. —Y con eso era con lo que contaban. Mientras la pista de aterrizaje estaba cada vez más cerca, pudo ver que la nave que había en ella era un carguero que había vivido tiempos mejores—. Puedo hacer volar cualquier cosa, pero intentarlo con este espécimen es tentar a la suerte.

Y aunque no lo dijera en voz alta, Anakin también lo pensaba: si no conseguía mantener esa nave en el aire, volverían a estar atrapados en otra meseta en territorio hostil, sin otra salida que la selva que tenían debajo, o deberían enfrentarse a la fauna

local voladora. Anakin se giró para comprobar si R2-D2 les seguía. En la mochila, Rotta lloraba y emitía unos desagradables gemidos.

—Parece que Rotta está bastante mal, maestro.

—Está bien un momento y al siguiente está mal, y, por lo menos, está vivo. ¿Sabes lo difícil que es matar a un Hutt? Ni siquiera envenenándolos. Regeneran las partes del cuerpo. Pueden llegar a vivir mil años. Rotta no es una delicada florecilla ni nada por el estilo.

—¿Qué te pasa con los Hutt?

—Pasé demasiado tiempo con ellos como para apreciarlos. Y eso es todo lo que necesitas saber.

Anakin lamentó inmediatamente haberlo dicho. Había hecho que sonara como si tuviera un pasado salvaje y oscuro y nada mejor que eso para que Ahsoka siguiera haciendo preguntas. Si le explicaba que había sido esclavo de un Hutt, ella seguiría indagando hasta sacar a la luz todos los trapos sucios. Ya había sido bastante duro decírselo a Padmé, y eso que ella era su esposa.

«Esposa».

¡Qué palabra tan fuerte y maravillosa! No tendría que ser un secreto culpable. Anakin se preguntó qué pasaría si le dijera a Yoda que tenía una esposa, que no estaba de acuerdo con todas esas arbitrarias normas Jedi para evitar el amor y el apego, y le preguntara, respetuosamente, qué pensaba hacer al respecto.

Bueno, primero tendría que decírselo a Kenobi. Y eso sería mucho más difícil, porque sabía que Kenobi se había enfrentado a esa misma disyuntiva, pero se había alejado del amor de su vida y había hecho las cosas exactamente como mandaba el libro Jedi.

«¿Cómo puede ser correcto eso? ¿Cómo nos puede hacer mejores Jedi?».

No. Anakin no iba a decir nada, pero notaba los efectos desgastantes de la tensión que vivía en su interior entre guardarle secretos a su viejo maestro y la tormenta que se desataría si confesaba su matrimonio.

«Yo tengo mi propia guerra. Y Padmé es sólo cosa mía y de nadie más».

—Esa nave tiene peor aspecto por momentos —dijo Ahsoka—. Pero sólo nos tiene que llevar a Tatooine, ¿verdad?

—Ésa es la idea. El vaso está medio lleno.

—¿Cómo vas a hacer aterrizar a este bicho?

—¿De verdad?

—Sí.

—Bueno, pues, con un impulso de la Fuerza voy a hacer que se pose y voy a mantenerlo quieto mientras tú huyes con Rotta. Luego desmontaré yo y lo liberaré de la Fuerza, y espero que se vaya volando, aliviado por haberse deshecho de nosotros.

Anakin había tratado de controlar a la mosca cazadora con la Fuerza y calmarla tal como había visto hacerlo a Kenobi con animales peligrosos. Sin embargo, la mente de ese bicho era tan distinta e insondable que Anakin se hubiera echado atrás si las cosas hubieran empeorado. La meseta se acercaba. Lo que había sido una mancha difusa de

vegetación, permacemento y transpariacero que se hacía nítida poco a poco, ahora se les echaba encima a una velocidad de colisión.

Comprobó una vez más su comunicador, pero las frecuencias seguían bloqueadas.

«Rex, voy a ir. Te lo juro. Atrinchérate».

Ahsoka no había mencionado a los hombres asediados de la 501 desde que él le había dado ánimos. Quizá trataba de no meter el dedo en la llaga.

—Allá vamos…

Anakin visualizó abajo, ejerció una presión creciente en la espalda de la mosca y en la superficie de las alas y el animal empezó a descender con una suave inclinación. Entonces se concentró en lo que era, si lo hubiera pensado conscientemente, como un viento en contra en la Fuerza para frenar su aproximación. Sobrevolaban las malas hierbas y las grietas en la superficie de permacemento de la pista. La combinación de influencias en la Fuerza hizo descender a la mosca a una distancia segura del borde y Anakin la mantuvo en esa posición mientras Ahsoka se estiraba para quitarle la mochila, cogía a Rotta y corría a refugiarse tras un árbol.

Anakin saltó de la mosca. Le hubiera dado unas palmaditas en el lomo, pero con los azotes de su cola le dejaba claro que era mejor que se fuera mientras tuviera ventaja.

—Gracias, y siento haberte engañado —dijo—. Un día encontrarás una bonita mosca hembra, te lo prometo.

Entonces corrió, liberando a la mosca de la sujeción de la Fuerza. Sin el peso del pequeño Hutt a la espalda, casi le pareció que él también podía volar. El repentino zumbido de unas alas que sonaban como una turbosierra detrás de él se desvaneció rápidamente y, cuando se atrevió a dejar de correr y mirar atrás, la mosca se había ido.

Por lo que sabía, la criatura podría haber sido hembra, y se había ido volando a contarle a su muy, muchísimo más grande y más enfadado cónyuge el indignante secuestro por parte de los humanos, y Anakin tendría que huir toda la vida de las moscas cazadoras gigantes.

Ahsoka estaba preocupada por Rotta y lo sacó de la mochila.

«No quiero ni pensar en cuando tenga que limpiarla».

Anakin consideró que el cuidado del bebé ya estaba en buenas manos y se dirigió hacia el carguero.

En el panel de la escotilla, cubierto de marcas de meteoritos, se podía leer «Crepúsculo».

—Listos —dijo—. Por favor, ponte en marcha. Por favor, enciéndete. Por favor, sácanos de aquí.

A juzgar por su aspecto, el viejo cacharro se estaba deteriorando rápidamente.

R2-D2 rodó junto a Anakin y soltó un silbido decepcionado.

—Derrotista —Anakin le dio una palmada la cabeza—. Hemos estado peor. ¡Eh, mocosa! Te voy a mostrar cómo se hace el puente a una nave. Formación Jedi básica que tienden a omitir en el Templo.

R2-D2 se metió debajo del fuselaje, abrió una tapa y comenzó a probar diversas sondas extensibles en las ranuras. Ahsoka llegó llevando a Rotta en brazos. Iba toda salpicada de agua.

—Lo he enjuagado un poco con agua de mi cantimplora —dijo—. Ya sabes, cuando se mete a un Hutt en un espacio pequeño…

—Buena idea.

Ahsoka tenía buena madera de Jedi y seguro que iba a chocar con más de uno en el Consejo Jedi. Podía apostarlo. Quizá todos fueran iguales. Pensó en Rex y en su puñado de soldados y le hizo un gesto a R2-D2 para que abriera la escotilla.

«Aguanta, Rex».

La escotilla principal se abrió y el aire silbó al colarse por los cierres herméticos. Anakin se apartó para que la rampa pudiera bajar.

—¿Puedo ayudarle? —dijo una voz a su espalda.

Anakin se giró. No era fácil sorprenderle, pero había estado ocupado y los droides no dejaban el mismo rastro en la Fuerza que los objetos vivos.

—Si de verdad quieres ayudar, vete. —Anakin se puso alerta. ¿Qué otra cosa se le habría pasado por alto?—. ¡Eh! Pero si eres…

—Tú eres el droide guardián —le interrumpió Ahsoka, frunciendo el ceño, un poco irritada. Como jugadora de *sabacc* no valdría—. 4-A7, ¿verdad? Pensaba que vigilabas el monasterio. ¿Qué haces aquí?

—Cuidar de mí mismo —dijo el droide, agachando la cabeza—. El monasterio ha sido completamente profanado otra vez. Pensaba que esos bandidos Hutt ya eran bastante malos, pero el ejército droide ha llegado a mayores grados de profanación. —Miró a Rotta—. Tú no eres ninguna ofensa, pequeño. Tu camino en la vida aún puede ser inocente.

—Así que ésta es tu nave —le dijo Anakin, dispuesto a llegar a un acuerdo o a llevarse lo que necesitara, siempre y cuando fuera ahora—. ¿Te ibas?

—He recogido los pocos rollos sagrados y objetos de culto que no han sido objeto de pillaje o destrozados y los voy a poner a salvo hasta que encuentre monjes que se quieran hacer cargo de ellos. —4A-7 indicó las cajas de embalaje apiladas cerca de allí—. Sí, tenía la intención de salir de este miserable lugar, y lo antes posible.

—Nosotros también. —Anakin estaba preparado para hacer callar a Ahsoka, que miraba con malos ojos a 4A-7 y parecía estar tramando algo—. Entonces, podemos irnos juntos. Si no estás pensando en un destino concreto, a mí se me ocurren algunos.

—Es una propuesta razonable, señor. Por favor, embarquen en mi nave y pongan cómodo al niño. Los monjes a los que servía pensaban que el hecho de ofrecer ayuda a otro ser sin esperar nada a cambio era la forma más elevada de culto.

Anakin estaba a punto de intentar disuadir a 4A-7 para que se desviaran o regresaran para rescatar a sus hombres, pero decidió que era mejor dejarlo para cuando ya hubieran despegado. El droide quizás había incluido a los soldados clon en el cesto de los paganos saqueadores y Anakin no quería una discusión en la pista de aterrizaje ni verse obligado a utilizar la Fuerza. La nave despegaría y Rotta y Ahsoka estarían en ella y, cuando hubiera decidido los detalles, él iría a rescatar a Rex y a sus soldados supervivientes. Todo lo que se interpusiera en este plan era malo.

Se puso al lado de la escotilla e indicó a Ahsoka con un gesto que subiera a bordo de la nave. R2-D2 todavía iba de un lado a otro comprobando el tren de aterrizaje y emitiendo pitidos críticos. Ahsoka puso un pie en la rampa, se quedó inmóvil y bajó la vista a sus botas sin mirarlas, como si aguzara el oído para escuchar algo. Cuando volvió a levantar los ojos, los tenía muy abiertos, con las pupilas completamente dilatadas, pero no de miedo o de sorpresa, sino con una mirada fiera, como de cazador que ha detectado una presa o un enemigo.

A veces no se comportaba como una niña demasiado mayor, y eso era lo más desconcertante.

—¿Mocosa?

—R2 —dijo con total tranquilidad—. R2, cógeme al apestoso. ¿Puedes? Sólo será un momentito.

Anakin no hizo ninguna pregunta estúpida y siguió su ejemplo.

—¿Tu olfato finalmente te indica algo? —Miró cómo R2-D2 cogía la mochila y se alejaba de la nave rodando—. Nada de tirarlo, ¿entendido?

Ahsoka mantuvo los brazos sueltos a los lados del cuerpo y dio otro paso por la rampa. Anakin intentó adivinar qué podía haberla asustado, pero no lo consiguió; las zonas de combate estaban llenas de interrupciones en la Fuerza.

—Señor, tenemos que irnos ahora —dijo 4A-7—. Los combates son cada vez más intensos. No nos interesa quedar atrapados aquí.

—No —dijo Ahsoka—. No nos quedaremos aquí.

Había desenfundado su espada láser antes de poner la primera bota metálica en la rampa. De repente, dos droides de batalla aparecieron en la escotilla, barrándoles el paso. Anakin sacó su arma y se volvió para comprobar si R2-D2 estaba bien, pero el droide estaba perfectamente y 4A-7 tendría que superar a Anakin para poder llegar a él.

Los droides de batalla abrieron fuego contra Ahsoka, que cargó contra ellos, intentando desviar los disparos, y los rajó antes de desaparecer dentro de la nave. Anakin iba a seguirla, pero estaba claro que su padawan controlaba la situación y él tenía otro asunto del que ocuparse. Se giró hacia 4A-7.

—Casi lo conseguiste. —Anakin dirigió su espada láser hacia el droide. No sabía qué más podía haber ocultado ese «guardián»—. Eres el droide de Ventress, ¿verdad? Ella te ha enviado para matar al Hutt.

4A-7 todavía mantenía un tranquilo aire de suficiencia, incluso ahora que su emboscada había fracasado.

—Supongo que sólo estoy obligado a darle mi nombre, número de modelo y código de los componentes…

Anakin oyó que el fuego había cesado abruptamente.

—Divertido.

—No tengo instrucciones de matar al pequeño Hutt. Estoy desarmado.

—Entonces eres espía. Nos serás todavía más útil cuando te extraigamos la información…

Ahsoka llegó corriendo hacia ellos sujetando su espada láser con tanta fuerza que sus nudillos se habían puesto blancos. Durante un momento pareció haberse quedado sin palabras, pero él sabía que muy pronto encontraría algunas, y que serían bastante duras.

«Tendrá que hacer algo con ese carácter. Tal vez yo no sea el maestro más indicado para ella».

—Eres un traidor —dijo. Mientras movía los labios, Anakin pudo ver los pequeños dientes asesinos, esos que normalmente no mostraba—. Un traidor.

—No, no soy un traidor —dijo 4A-7—. Simplemente no estoy de su lado. Sirvo a otro gobierno, no menos válido que el vuestro. En cualquier historia siempre hay más de una versión, jovencita.

Ahsoka no tenía una respuesta para eso. Anakin cayó en la cuenta de que ahora tenía un problema logístico, como hubiera dicho Rex.

«Voy a ir, Rex. Resiste».

Tendría que llevarse al espía con él, porque no podían dejarlo allí y, además, los espías no eran prisioneros comunes. Eran peligrosos cada segundo del día, y un droide espía… No quería ni pensarlo. Podía ser una trampa-bomba o un dispositivo de sabotaje o incluso un sistema de vigilancia.

Anakin sintió que se le acumulaban los problemas en vez de solucionarse. Y el tiempo era oro.

—Vamos —dijo, y se dispuso a llevar al droide al interior de la nave con la intención de que R2-D2 lo desactivara, como si se tratara de una compleja bomba.

Pero Ahsoka todavía echaba chispas. Si hubiera tenido pelo, lo habría echado a perder irremisiblemente. Tenía esa forma de ser, absolutamente calmada que, en un instante, se transformaba en una explosión de movimiento. En ese momento, era una estatua.

—Aun así, eres un traidor —dijo. Nunca levantaba la voz, pero las eses se habían convertido en un silbido—. Aún así, estás ayudando a un monstruo.

—Si de verdad crees que la República y la Orden Jedi son absolutamente buenas, y que la Confederación es absolutamente mala, entonces eres incluso más peligrosa de lo que piensa mi ama.

Ahsoka pasó del hieratismo a la explosión y blandió su espada láser.

Anakin se encontraba demasiado cerca y saltó hacia atrás instintivamente cuando la cabeza de 4A-7 chocó contra el suelo y rebotó antes de rodar hasta el pie de la rampa. En el silencio que siguió, Anakin pudo oír la voz del droide repitiendo algo.

Corrió hacia él y se agachó para escuchar, intentando comprender qué acababa de pasar. La voz de 4A-7 se apagaba, repitiendo fragmentos de sus últimas palabras. Anakin había cogido la cabeza de muchos, muchos droides durante la guerra y nunca le habían impresionado, pero esa cabeza decapitada, con las luces todavía encendidas, hablando con su voz tan humana, le tocó en lo más profundo de su ser.

—… eres incluso más peligrosa…, … eres incluso más peligrosa…, … eres incluso más peligrosa…

La voz se apagó del todo y las luces se extinguieron.

Ahsoka estaba al lado, de pie. Él la miró, una vez.

—Repugnante —dijo ella.

—Una memoria volátil —Anakin tenía que ocuparse de sus otras tareas, el Hutt y Rex—. Los droides espía no almacenan sus datos cuando son exterminados, por razones obvias. Creo que los transmiten.

—Así que ahora es chatarra.

Anakin vio a R2-D2 subir la rampa con Rotta. Si un Hutt podría quedar traumatizado en la infancia, ese niño iba a ser un caso perdido, después de lo que había visto en los últimos días.

—Bueno —dijo Anakin—. Ya tienes algo que contar.

Cerró la escotilla tras ellos. R2-D2 tuvo que emplear algunos de sus trucos de droide astromecánico para encender los propulsores, pero al fin despegaron de una sola pieza.

«Chatarra».

¿Dónde terminaba la chatarra y comenzaba el ser?

—Has hecho un buen trabajo, R2 —le dijo—. Gradas, compañero.

R2-D2 silbó diciendo que había sido un placer.

PATIO DEL MONASTERIO DE TETH

Rex había dejado de pensar ya hacía varios minutos, pero todavía estaba de pie y seguía disparando.

Los cacharros no le habían abatido. Intentó coger una recarga. Había perfeccionado la técnica de apoyar la boca de su arma descargada en una ranura de la carcasa del AT-TE para tenerlo listo mientras quitaba el paquete de energía gastado y lo reemplazaba por otro con una sola mano, sin tener que dejar de disparar con el fusil con la otra mano.

Menuda habilidad para aprender en sus últimos minutos de vida.

—¡Abajo, señor! —le dijo Attie, agachado a su izquierda, y deslizó una carga dentro del mortero—. Ahí va una sorpresa…

Rex obedeció. Se agachó y se giró hacia el mortero.

—¡A cubierto! ¡Fuego! ¡Buuum! ¡A cubierto! ¡Fuego! ¡Buuum! ¡A cubierto! ¡Fuego!

Las explosiones se habían convertido en un muro de ruido y humo. Los seis hombres estaban dispuestos en cuadrado y luchaban en cuatro frentes. Confiaban en la generosa provisión de cargas de mortero que todavía les ofrecía el AT-TE estropeado, intercaladas con el fuego de los fusiles y ráfagas antiblindaje. Zeer se metió a cuatro patas en los restos del andador para tomarse un respiro, mientras trabajaba en algo. Cuando salió llevaba un lanzallamas.

—Nuevo y mejorado —dijo—. Elimina los cacharros difíciles y resistentes que otros lanzallamas no consiguen eliminar.

En las situaciones de máxima presión, Zeer echaba mano de un buen repertorio de frases aprendidas, como si tuviera un guión que seguir cuando estaba sobreexcitado o demasiado asustado para pensar. Hacía que pareciera un relajado humorista. Pero Rex sabía que no era así. El juego no podía parar porque, en cuanto pararan, la partida terminaría, y ellos también. Continuaron moviéndose y dejaron de pensar más allá del segundo siguiente, e incluso Rex, que sabía cómo iba a ocurrir, estaba igual de aturdido. Y se sentía orgulloso.

Eran una isla ahogándose en un océano de droides.

—Que acabe esto —dijo Coric para sus adentros. Luchaba hacia el otro lado, casi espalda con espalda con Rex, vaciando cargador tras cargador con un fusil de repetición por una brecha en la barrera—. Esto tiene que parar en algún momento.

Rex le hizo un gesto a Zeer.

—Espera a ver esto. Delicias de droide flameado. —Quería que los droides de batalla estuvieran un poco más cerca antes de pasar a la acción—. Coric, ¿estás preparado?

—Siempre lo estoy, señor.

—Buen chico.

Rex había programado el circuito de comunicación de su casco para que fuera repasando automáticamente todas las frecuencias. Sólo le ponía atención de forma subconsciente. Lanzó una granada por encima de la barrera para ganar un segundo de gracia y colocarse en posición, y volvió a abrir fuego con los dos fusiles. Iban cayendo droides, pero en el sitio de donde habían salido había muchos más. Océano. Sí, era una buena palabra para describirlo. La escena que tenía lugar delante de él estaba en continuo movimiento, con olas y con las salpicaduras de metralla y humo de droide.

«Nunca pararán».

Todavía tenía cinco hombres y haber resistido a un ejército de droides durante tanto rato era una gesta excepcional. Qué pena que nunca nadie llegara a saberlo.

«No puedes dejar de confiar en Skywalker».

Hubiera estado bien disponer de piezas de artillería pesada. Y quizás también de un poco de ayuda desde el aire, cosa que estaba empezando a tener esa aura mítica de las salsas picantes, un lujo por el que todo el mundo suspiraba, pero que nunca estaba en el menú. Casi no oyó la llamada que le llegó al oído. El casco estaba empezando a funcionar mal.

—Cinco-cero-uno.

No estaba estropeado, realmente oía algo.

—Aquí veinte-doce aérea… Tiempo estimado hasta el objetivo catorce-cero-siete.

Ahora sabía qué había sido de los droides buitre. Kenobi estaba aquí con el batallón de ataque 212. Era la ayuda que pensó que nunca iba a llegar a tiempo y se sentía encantado, incrédulo y extrañamente decepcionado al mismo tiempo.

El fuego enemigo se detuvo. Rex se agachó.

En el relativo silencio, pues todavía había fuegos ardiendo y metal al rojo vivo alrededor, los seis hombres escucharon.

—Llega Kenobi —dijo—. Escuchad los latries…

Se oyó el «chang-chang-chang» de un par de pies de droide caminando sobre la alfombra de cacharros abatidos.

—¡Carne de cañón de la República! —gritó una voz de droide—. ¡Rendíos! No podéis resistir.

Era el comandante droide. Rex miró a través de una brecha y vio las marcas amarillas en el torso.

—Entonces no van a cantarnos un himno de alabanza en homenaje a nuestro viril valor de clones… —murmuró Coric.

Rex se puso de pie y se enfrentó al comandante droide separado por un abismo de unos veinte metros.

—¿A quién estás llamando carne de cañón, chatarra?

—Ríndanse inmediatamente.

Tal vez los droides estuvieran programados para eso y quizá sí que los quisieran a él y a sus hombres como cebo para Skywalker. Fuera lo que fuera seguramente carecería de importancia en cuestión de minutos.

Rex ajustó su fonocaptor externo al máximo. Y lo oyó: el inconfundible zumbido del propulsor de un LAAT/i. Montones de propulsores de LAAT/i. Y el silbido de los cazas. Y una bonita y familiar nota sibilante…

—Ojalá hubieras preguntado antes —le dijo suavemente Rex—. Porque entonces…

Los droides que seguían al comandante levantaron la vista todos a la vez.

Luego un misil alcanzó su posición y explotaron.

—No hubierais sido superados en número.

Los LAAT/i aparecieron por todo el borde de la meseta como si llegaran en fila. Eso era volar; tenían que haber venido rozando las copas de los árboles para aparecer de ese modo. Algunos de los lardes descendieron y dejaron de disparar, mientras los soldados del comandante clon Cody se descolgaban hasta el patio disparando desde antes de poner un pie en el suelo. El océano cambiaba de color, de droide apagado a naranja y blanco.

—Siempre puntuales —dijo Nax—. ¿No viene Skywalker?

Un interceptor Jedi apareció de la nada sobre el monasterio y aterrizó con un ruido estridente sobre el tejado plano de un edificio anexo. Rex esperaba ver saltar a Skywalker, parando las balas con su espada láser, pero cuando la cubierta se abrió, la túnica marrón y la brillante hoja azul que saltó del tejado como una ráfaga y aterrizó, con la perfección de un gimnasta, justo al lado de Rex, era el general Kenobi.

—En el momento preciso, señor.

Rex recargaba, ahora con las dos manos.

—Evidentemente no tan preciso, capitán —le contestó Kenobi. Un droide apareció por encima de la barricada y con un impulso de la Fuerza lo tiró hacia atrás como si le molestaran los curiosos—. ¿Sólo quedan esos hombres?

—Señor.

—Lo siento. Y ¿dónde está Skywalker?

—Su última posición conocida era algún punto del monasterio, señor, pero eso fue hace algunas horas. No hemos vuelto a tener contacto.

—Voy a buscarlo.

—Cuidado con una mujer con un corte de pelo del mismo estilo que el mío y una espada láser roja de dos extremos.

—Ventress…

—¿Le dará una buena paliza de mi parte, señor? Me fracturó algún hueso.

—Cuente con ello.

Kenobi se fue. A Rex le hubiera gustado tener todavía tanta energía, pero se sentía desfallecer. Casi le parecía que la batalla que ahora tenía lugar alrededor de ese santuario frágil y temporal que había sido para ellos el AT-TE estaba ocurriendo en algún otro lugar. El comunicador de su muñeca pitó.

—Capitán Rex, aquí el general Skywalker.

A Rex se le encogió el estómago. «Así que está vivo». El cuero cabelludo se le erizó de alivio.

—Adelante, señor.

—Perdón por haber desaparecido. He estado un poco ocupado.

Rex supuso que ya sabía que habían aparecido Kenobi y Cody disparando todos los láseres.

—¿Ya le funcionan las comunicaciones, señor?

—Mmm, sí… Tenemos un problema, Rex. El niño Hutt se está poniendo más enfermo. He solicitado un transporte y voy a trasladarlo a la nave del almirante Yularen. Todavía no podemos reunimos con vosotros. Lo siento.

A menudo Rex sentía pena por Skywalker. A veces parecía que el sentimiento de culpabilidad hacía aflorar lo mejor de él.

—La misión es lo primero, señor —contestó—. De todos modos, tendrá que hacer cola, porque los chicos de Cody han cogido los mejores puestos. No podemos salir a buscar la coraza de rayas naranjas. Daña la vista.

Hubo una pausa crepitante, muy breve, pero elocuente.

—Entonces, ¿ya no nos necesitan?

—Estamos bien, señor. Buena suerte con el Hutt. Voy a informar al general Kenobi de que está bien, porque acaba de salir a buscarlo por el monasterio.

—No quería hacerle perder el tiempo.

—Oh, no creo que le importe, señor. —«Incluso ahora que ya tiene su propia padawan, sigue importándole lo que su maestro piense de él»—. Probablemente aprovechará la oportunidad para charlar de los viejos tiempos con Ventress.

Skywalker rio, aunque no le había hecho gracia. Rex cortó la comunicación.

—Bueno, eso es un alivio —dijo Coric.

Los seis hombres, todo lo que quedaba de la Compañía Torrente, legión 501, estaban de pie en medio del caos que tan sólo unos momentos antes había sido su fuerte, y podría muy bien haber sido su tumba, y se sintieron extrañamente irrelevantes. El 212 había tomado el control y estaba acorralando a los droides. La adrenalina les estaba bajando y, aunque todavía tardarían un rato en calmarse del todo, Rex ya se notaba esa desasosegante y vacía sensación de pérdida.

—Sí, sabemos qué se siente cuando no te necesitan, señor.

—Bueno, este final es distinto al de su holovídeo, sargento —le dijo Attie—. Y vivimos felices y comimos perdices.

—No —dijo Del—. La mayoría de nosotros no pudo hacerlo.

Rex enfundó las pistolas y cogió su fusil.

—En ese caso —dijo— rindámosles homenaje tal como lo hace la cinco-cero-cinco. Eliminando hasta el último cacharro que haya en esta roca.

Mañana podrían volver a comenzar.

DIECISÉIS

Los enemigos no surgen por accidente o por mala suerte. Los hacemos, los ganamos y los alimentamos, tanto si nos damos cuenta como si no. Si no encontramos enemigos reales, los inventamos y los engrandecemos tanto como podemos. Se convierten en la justificación de nuestra existencia o en excusas de nuestros propios fracasos. Muchos de nosotros sufriríamos si no los tuviéramos; ¿quién necesitaría a los Jedi si no hubiera adeptos al lado oscuro?

Lord Gajakur Biul, soldado kilian

MONASTERIO DE TETH

Ventress había pensado que ya no le quedaba nada que los Jedi se le pudieran llevar, pero se equivocaba.

Los últimos momentos del droide de inteligencia 4A-7 aparecían ante sus ojos en una holograbación. Después de haber enviado una transmisión fría y racional a las naves para que buscaran a Skywalker, tuvo un momento para reflexionar.

La miró dos, tres y cuatro veces en la penumbra de una alcoba en el pasillo, apartada de la batalla que tenía lugar en el exterior del monasterio. El fuego de artillería estaba destrozando el edificio y la roca volcánica de la meseta. El suelo temblaba bajo sus pies.

«También tenían que quitármelo, ¿no? Sin pensárselo dos veces».

Para impedir que la información cayera en manos enemigas, el 4A-7 había sido diseñado para que, cuando estuviera demasiado dañado para funcionar, cargara los datos que tuviera almacenados y su memoria temporal volátil. Su energía de reserva estaba programada para detectar cualquier avería catastrófica e inmediatamente transmitir todo, tanto lo almacenado como lo volátil, a un lugar seguro. Cuando finalmente el sistema fallaba, es decir, cuando el droide moría, ya no quedaba ningún dato en sus componentes que el enemigo pudiera extraer.

Así que 4A-7 había seguido volcando datos, funcionando con la poca energía de reserva, «todavía consciente», incluso después de que la mocosa Jedi lo decapitara. Esa idea trastornaba a Ventress más que cualquier otra cosa.

«Para ti no era nada, ¿verdad, Jedi?».

El droide era lo único del mundo en lo que confiaba plenamente. Ventress oía sus palabras y veía los acontecimientos desde la perspectiva de los holograbadores alojados al lado de cada fotorreceptor.

No, los ojos, él tenía ojos y los datos registrados eran sus pensamientos. Se negaba a utilizar ese lenguaje aséptico de las máquinas. 4A-7 había muerto como… un hombre.

Había sido un ser mucho más real que la mayoría de los orgánicos que ella había tenido que soportar. Había cumplido con su deber y, aunque ahora ya fuera irrelevante, había dicho al Jedi unas cuantas verdades sobre la dictadura de la República. El fin de su servicio activo le pareció a Ventress tan heroico como el de cualquier soldado de carne y hueso.

Miró su bloc de datos. Ahora contenía todo lo que había sido 4A-7: programación, datos y su memoria de trabajo hasta el momento en que su energía de reserva se había agotado del todo. Ventress tenía en la mano lo que, en una persona, habría sido el alma.

«Mi determinación sigue intacta. Incluso la has reforzado, Jedi. Una vez más, te ganas a tus enemigos».

Si no hubiera aprendido a convertir el dolor, la pérdida y la ira en acción, habría muerto mucho tiempo atrás. Se volvió para regresar a la batalla, con las fuerzas renovadas.

Su comunicador pitó de nuevo. Contestó y el vacío en el aire delante de ella fue ocupado por un holograma de Dooku.

—He oído que han llegado las fuerzas de Kenobi, Asajj.

—Estamos en ello.

—¿Has recuperado al Hutt?

«Ya sabes que no. Te he contado cada segundo de lo que he hecho».

—Todavía lo tiene Skywalker, pero vamos a interceptar su nave antes de que abandone el sistema Teth.

—Ya conoces el juego. —Dooku nunca sonaba enfadado. Siempre parecía calmado, pero ella sabía que, a su manera, estaba furioso—. Ahora ya no basta con fomentar la enemistad entre Jabba y la República. Necesita una razón que justifique ante los demás el hecho de recompensarnos con el acceso en exclusiva al Borde Exterior. Tenemos que rescatar al niño.

—Entiendo, maestro. Sin embargo, mi objetivo tendrá que ser detener a Skywalker sin hacer daño al Hutt. El Jedi ha llevado sujeto al niño en todo momento, así que me enfrento a un escudo humano. En condiciones normales, eso no significaría nada y consideraría la muerte del inocente como un daño colateral, pero en este caso no puedo.

—Entonces tendrás que utilizar un pensamiento más lateral. Y hacerlo más rápidamente. Cambio y corto.

Ventress se quedó mirando el vacío donde había estado el holograma y se tragó su resentimiento.

«Tengo que recordar que éste es el hombre que no me entrenará como una Sith. El hombre que sólo pretende utilizar mis habilidades para los objetivos de los Sith, pero que no me dejará unirme al club».

Tenían un objetivo común, pero él no estaba de su lado. Ella sólo era una ayuda que había tomado prestada. Hizo memoria de lo que eso implicaba.

No tenía sentido obedecer ciegamente. Ella era quien mandaba sobre el terreno; sólo ella conocía la situación. Si Skywalker conseguía hacer llegar al Hutt a una nave de guerra de la República, algo que en aquellos momentos era su mejor opción, a ella le quedarían pocas posibilidades de impedir que el pequeño fuera devuelto a su padre. Se interrumpió para transmitir nuevas órdenes a los droides buitre.

«Si no puedo evitar que Skywalker se acople a una nave de guerra enemiga, ignoraré la orden de preservar la vida del rehén y destruir el *Crepúsculo*».

No tenía otra opción, era su último recurso.

En ese breve momento de tranquilidad, sintió acercarse a alguien en la Fuerza, el llamativo anuncio de una presencia. Cogió una espada láser con cada mano y agarró la empuñadura con fuerza para concentrarse antes de encender sus armas.

—Maestro Kenobi —dijo, manteniendo la mirada baja durante unos instantes—. Llegas tarde. Nunca hay que hacer esperar a una dama.

Kenobi caminó tranquilamente a su encuentro por el pasillo.

—Estaba buscando a Anakin. ¿Así que se te resistió?

—Considérame una despechada en esto de matar a los Jedi. —Sostenía verticalmente delante de su cara una espada de un rojo brillante—. Lo harás.

Se volvió y salió corriendo por un pasillo lateral que conducía a una parte más antigua del monasterio, construida en un estilo diferente, donde los techos eran planos y sustentados por columnas, en lugar de las espaciosas bóvedas que cerraban las habitaciones de arquitectura más reciente. La sala donde fue a parar era un bosque de piedra, lleno de columnas de granito perfectamente alineadas que brillaban con la escasa luz; menos espacio para maniobrar, pero muchos más lugares donde ponerse a cubierto de los ataques de espada y muchas oportunidades para hacer fintas.

«También para él. Recuérdalo».

Ventress se deslizó detrás de una columna y esperó, con las espadas láser apagados. Durante un rato, pensó que quizá él se había resistido a la tentación, o que realmente estaba ocupado en otra cosa, ignorando, por lo que fuera, que el grupo de Skywalker lo estaba buscando. Pero oyó sus pasos acercándose. Si no encontraba la entrada a la sala, ella tendría que guiarlo.

Pero sí que la encontró. Podía oír el roce de sus túnicas al acercarse.

—Ventress, no ganas nada con esconderte de mí…

Ella guardó silencio y giró la cabeza hacia el lugar de donde procedía el ruido. Pasos y, de vez en cuando, el «vzzzzn» de su espada láser.

Él balanceaba el láser y daba vueltas para mirar hacia atrás.

De todos modos, era fácil percibir a Kenobi en la Fuerza.

—Ventress, tenemos al hijo de Jabba. Se ha acabado.

Su voz sonaba más cerca. También él podía percibirla en la Fuerza, claro.

«Ven y cógeme, presuntuoso…».

—Ventress…

Hablaba demasiado. Tal vez le gustaba dramatizar o lo utilizaba para prepararse para la lucha.

—Ventress… —El tono era suave, como si llamara a un animal de compañía para darle su comida—. Ventress…

Ella surgió de detrás de la columna, encendiendo sus espadas láser y balanceando uno hacia él. Los haces de luz chocaron, rojo sobre azul. Durante una fracción de segundo, vio su rostro iluminado por una mirada de sorpresa. Él la rechazó. Pero ella describió un arco con la otra espada y se enzarzaron en el combate. Ventress utilizaba ambas espadas simultáneamente, en un movimiento de tijera para hacerlo retroceder y acorralarlo contra una pared o una columna. Pero, cada vez, Kenobi conseguía meter su arma entre los haces de ella.

Él saltó detrás de una columna. Ventress le oyó jadear. Ambos necesitaban unos segundos para recobrar el aliento.

—Tendrás que hacerlo mejor —dijo él.

—Y tú tendrás que aprender a mantener la boca cerrada —dijo ella, apareciendo súbitamente por el otro lado de la columna. Él rodó rápidamente detrás, y el haz de la espada de ella perdió la punta durante un segundo, dispersando una nube de polvo de la piedra. Kenobi se alejó rápidamente, pero ella lo persiguió.

«No es invencible. No podría coger a Fett. Pero no lo está intentando».

Ventress no iba a confiar en Kenobi mientras pudiera seguir escupiendo.

Ella lo acechaba y esta vez le tocó a él el turno de saltar y atacar. La llevó contra la pared, pero ella la utilizó como un trampolín para empujarlo con la Fuerza antes de arremeter contra él con todas las fuerzas que logró reunir. No le resultó difícil. Con sólo recordar a Narec ya tenía ganas de destrozar el mundo entero en venganza.

La espada de Kenobi saltó por los aires. Por un momento ella pensó que era un truco, pero no, efectivamente le había golpeado la mano. Rápidamente le puso la espada en el cuello.

Kenobi la miró, su pecho subía y bajaba con la respiración.

—Bien, Ventress, ¿vas a regocijarte y soltarme un discurso sobre lo inútil que ha sido mi misión?

—No —contestó ella—. Sólo te voy a matar.

Entonces él la tiró hacia atrás con un impulso de la Fuerza. Ventress se dio un golpe tan fuerte contra una columna que se oyó un crujido y se tambaleó. Kenobi recuperó su espada láser sonriendo.

Tendría que eliminar esa sonrisita de su petulante cara Jedi por las malas.

CARGUERO *CREPÚSCULO*, ESPACIO DE TETH

Anakin sabía que nunca debería haber esperado que las cosas se pusieran fáciles.

La trayectoria que había marcado llevó al *Crepúsculo* cerca de la acción. Era inevitable. Necesitaba localizar el buque insignia de Yularen, *Spirit of the Republic*. Una vez que le hubiera entregado a Rotta, podría volver a la lucha, o empezar a relevar a los hombres de la Compañía Torrente si la batalla en tierra hubiera terminado, o cualquier cosa menos esa.

Había optado por la vía más directa. El espacio aéreo sobre la zona de combate en la selva y, más arriba, la atmósfera hasta el espacio estaba plagada de cazas V-19, droides buitre y naves de guerra. Aunque lo había puesto a la máxima potencia, el *Crepúsculo* se elevó con lentitud para un piloto acostumbrado a los cazas.

«Es lo mismo que si lleváramos un gran blanco pintado».

El carguero se estremeció al elevarse. Ahsoka estaba sentada en silencio con Rotta acurrucado en su regazo. En una cabina cerrada, su olor era irresistible para Anakin. Subió un poco los inyectores de combustible.

«Vamos… Vamos…».

Ráfagas de luz blanca se recortaban contra el cielo en las capas más delgadas de la atmósfera del planeta. Anakin estaba pendiente tanto de los sensores de la nave como de lo que sus ojos veían a través de la ventana. Podía ver el traspondedor del *Spirit* en la pantalla, pero el crucero se encontraba en lo más reñido de la batalla, rodeado de pequeños puntos de luz que indicaban los cazas de la República y de los separatistas.

—Están demasiado entretenidos como para preocuparse por nosotros —dijo, por fin, Ahsoka.

—En adelante, intentaré que no se me note tanto cuando esté preocupado.

—Yularen sabe que regresas.

—Sí, pero apuesto a que Ventress también. Tenía a sus droides preparados para recibirnos y sabe que esta caja de zapatos ha despegado y que no estamos tan locos como para dirigirnos a Tatooine en ella. Así que ya sabe que tenemos que hacer un transbordo y que no tenemos muchas naves para elegir.

—Quizá no lo sabe.

—Es inteligente. Si a mí se me ha podido ocurrido esta solución a nuestro problema, a ella también. —Anakin corrigió el rumbo, intentando rodear a un puñado de V-19 que perseguían a una banda de buitres. Rotta gimió.

—¿Tú que harías?

—Mmm… ¿No habrá colocado bombas en este carguero?

A Anakin se le revolvió el estómago. No se le había ocurrido.

—No. Necesita a Rotta. Ése será su plan.

—Tengo que admitirlo. Encontramos esta bañera cuando más la necesitábamos.

Sólo precisarían unos minutos para llegar a Yularen.

—No nos estaba esperando. No podía haber previsto lo de la mosca cazadora. Seguro que tendrá droides buitre buscándonos.

—Entonces, todo depende de quien sea mejor piloto, tú o un montón de chatarra inteligente.

R2-D2 pitó y lanzó destellos, diciendo que le parecía un poco organicista llamarle a él montón de chatarra inteligente.

Ahsoka todavía tenía mucho que aprender.

—Eso no lo he entendido.

—Luego te daré algunas lecciones de sensibilidad…

El *Crepúsculo* comenzó su aproximación al *Spirit*. En cualquier momento, algún oficial separatista pendiente del sensor o algún buitre podían descubrir el carguero en sus pantallas y entonces todo dependería de la sangre fría, la velocidad y la habilidad. Anakin sabía que una de ellas no era su fuerte. Reajustó sus instrumentos de vuelo para dirigirse hacia el hangar del *Spirit*.

Había mucho tráfico en medio.

—Sujeta a nuestro resbaladizo amigo, mocosa. Allá vamos…

—Sí, maestro.

Anakin encendió el comunicador.

—General Skywalker llamando a crucero Jedi. Necesitamos un acceso al hangar. Repito, necesitamos un acceso al hangar con urgencia.

La pantalla parpadeó un momento. Un buitre había aparecido de la nada y pasó rozando por encima de la cabina y se ajustó a su velocidad. Anakin no podía disparar el cañón láser del *Crepúsculo*. Era como tener un desagradable picor en una parte a la que no puedes llegar sin romperte. Otro buitre abandonó la formación y se dirigió directo hacia ellos, interponiéndose en su camino.

Algo golpeó fuertemente el *Crepúsculo*. Algunos remaches volaron al doblarse los mamparos del interior por el impacto. El carguero había recibido una descarga. Anakin mantuvo el rumbo.

—Quizá, después de todo, no quiera a Rotta vivo… —dijo Ahsoka.

«Quizá». —Casi hemos llegado. Aguanta.

Ya podía ver el crucero y el hangar. El borde de la apertura estaba señalizado con una luz de advertencia. Pero también vio una bola de energía que se dirigía directamente al carguero, procedente del cañón de popa del crucero.

—¡Sujetaos! —gritó—. ¡Ahsoka, sujétate!

El cañonazo impactó en la cabina del piloto y Anakin sintió cómo la onda del choque recorría el timón y llegaba a sus manos y le golpeaba las articulaciones de los codos y los hombros. El carguero se sacudió violentamente.

—¿Están apuntando a los buitres? —preguntó Ahsoka.

—No, ¡nos están disparando a nosotros! —El crucero todavía tenía activado su escudo deflector. Anakin volvió a conectar el comunicador—. Crucero Jedi, aquí el general Skywalker, somos amigos de la República, repito, el carguero *Crepúsculo* es amigo de la República, alto el fuego, alto el fuego.

La respuesta apareció en el comunicador.

—Carguero *Crepúsculo*, está mostrando un código militar traspondedor de la Confederación de Sistemas Independientes… ¡Deténgase!

«¡Oh, no!».

Por supuesto: el droide espía y su destacamento querían asegurarse de que no les iban a disparar sus propias fuerzas. 4A-7 había reído el último.

—Crucero Jedi, soy Skywalker. Estamos rodeados de buitres y tenemos que bajar a un pequeño Hutt muy enfermo. Abran el hangar. Por favor.

Después de un segundo de pausa, les llegó la voz del almirante Yularen a través del comunicador.

—Skywalker, vamos a desactivar los deflectores, pero necesitamos quitarnos de encima a esos buitres. Dirígete al hangar de popa. Repito, dirígete al hangar de popa. Y comprueba tu traspondedor la próxima vez que pilotes una nave enemiga. Ya hemos sufrido algunos ataques suicidas antes, y ahora disparamos primero.

—Sí, almirante. —«¡Uau! Me tiene en cuenta y se pone en mi lugar». Un almirante era el señor de todo lo que estaba a su cargo de su propia flota y Anakin sólo era otro piloto que debería haber actuado mejor—. Estad preparados para un aterrizaje accidentado.

Anakin puso bruscamente el *Crepúsculo* rumbo al puerto, pillando a los buitres perseguidores a contrapié durante un momento crucial, y haciendo un bucle se metió debajo del crucero. Ahsoka ahogó un grito, Rotta dio un chillido y el carguero se dirigió a la popa del crucero. Las puertas del hangar estaban abiertas; la apertura se les echó encima como una enorme boca a punto de engullirlos.

Los buitres todavía les perseguían, bombardeando el casco con el cañón láser. Cómo pudo resistir entera esa caja de zapatos es algo que Anakin nunca llegó a saber, pero lo hizo.

«Diez segundos».

Los buitres todavía estaban con ellos, así que no podía hacer un aterrizaje en la cubierta con todos pegados a él. El crucero lo sabía y disparó con los láseres de precisión. Uno de los buitres quedó destrozado y salió rodando, dejando una lluvia de chatarra al rojo vivo en la ventana de la cabina.

El siguiente disparo tocó con una precisión infalible a otro buitre, que, de repente, se convirtió en una bola de fuego que pasó dando tumbos justo por delante del carguero y entró disparada en el hangar. Todo lo que Anakin pudo ver fue fuego y humo donde debería haber estado su refugio.

—¡Deténganse! ¡Deténganse!

—¡Aborten, aborten, aborten!

Anakin lo hizo sin pensar. Tiró del timón e hizo subir al carguero en vertical. No tenía tiempo de preocuparse por el carguero o por el personal del hangar, porque ahora la nave tenía en sus manos muchos destrozos y bajas, así que tampoco podía preocuparse de sí mismo. No iba a buscar otro punto de aproximación.

Y todavía le perseguía una desagradable escolta de buitres.

Igual que le había pasado al capitán Rex, ahora él y Ahsoka dependían de sí mismos. La ironía no le pasó desapercibida.

MONASTERIO DE TETH

Kenobi corrió.

Ventress le persiguió por los pasillos y cuando subió volando por antiguas escaleras de piedra, frenada por lo que fuera que se hubiera lesionado —¿vértebras, costillas?—, aunque la adrenalina y las endorfinas que inundaban su torrente sanguíneo en ese momento anulaban completamente la sensación de dolor. No tenía tiempo de detenerse y comprobar en su comunicador si había novedades de Skywalker y su intento de fuga.

Tanto podía ser que hubiera derrotado al piquete de cazas y se hubiera acoplado a la nave grande como que ya estuviera carbonizado, con su nave y el Hutt. En cualquier caso, Dooku se pondría furioso, con su pose calmada y patricia, pero a veces sólo se podía elegir entre un resultado malo y uno peor.

Todavía podía encontrar una manera de endosarle la muerte del Hutt al Jedi.

Arriba de las escaleras había una ventana que ocupaba toda la altura de la pared y Kenobi estaba allí de pie como si estuviera esperando que lo cogiera. El transpariacero de la ventana, decorado con unos motivos de colores, había volado con los bombardeos, y la silueta del Jedi se recortaba contra el sol de la tarde.

Era un gesto de desprecio. Le estaba diciendo que podía capturarla cuando quisiera. Y eso la puso más furiosa que nunca.

«Para ti sólo es un juego, ¿verdad? Sin familia, sin mujer, sin patria, sin nada por lo que llorar. Un deporte».

—¿A qué esperas? —dijo él, y saltó.

DIECISIETE

En una batalla entre los que luchan por un principio político y los que luchan por la supervivencia de su hogar y su familia, a largo plazo suelen ganar estos últimos. No tienen nada más que perder y eso los convierte en enemigos terribles. Como nosotros.

Comandante Jabiimi, sobre la naturaleza de la lucha contra la República en Jabiim

ESPACIO AÉREO DE TETH

Todo lo que Anakin necesitaba era una pequeña oportunidad para subir y salir de la atmósfera y poder saltar al hiperespacio.

Cualquier duda de que el maltratado carguero pudiera sobrevivir a las impresionantes fuerzas de aceleración a la velocidad de la luz y más allá eran, en aquel momento, un lujo que más tarde les haría sudar. Eso era lo grande de los problemas, que siempre había uno mayor y más desagradable que hacía sombra a los demás. El de Anakin era su escolta de buitres, que trataban de obligarlo a aterrizar.

—No puedo dejarlos atrás —dijo.

Ahsoka se había mantenido admirablemente en silencio, sin hacer útiles sugerencias que él no necesitaba o alegres comentarios para mantenerles animados. Un padawan tenía que aprender cuándo debía quedarse callado. Y ella lo había aprendido. Tenía agarrado a Rotta junto a su pecho como si se fuera a retorcer y a escapársele, pero el Hutt colgaba medio inerte en sus brazos, con los ojos entrecerrados y la respiración ruidosa.

Si alguna vez conseguían escapar, quizá acabarían entregando a Jabba un pequeño Hutt muerto, finalmente. Mejor no pensar en eso.

—Deshagámonos de algo —dijo por fin Ahsoka.

Un disparo de cañón pasó rozando el morro del *Crepúsculo* y otro droide buitre se acercó a la nave, tan cerca de la ventana de la cabina del piloto que Anakin dio un brusco golpe a estribor por puro reflejo. Los buitres no eran cacharros estúpidos. Parecían ser capaces de aprender por su cuenta y en aquel momento estaban jugando muy bien a ser nerviosos nunas, hostigando al carguero y alejándose, como si se tratara de ver quién parpadeaba primero.

—¿De qué? No podemos tirar combustible. —Anakin comprobó los niveles—. No parece que pese lo suficiente como para suponer una gran diferencia y tenemos que llegar hasta Tatooine.

—Agua —dijo—. Lastre.

—No he comprobado los compartimentos de carga.

—Ahora lo hago —dijo, y antes de que la pudiera detener, ya había atado a Rotta en el asiento del copiloto y se dirigía a popa—. Voy a tirar todo lo que me parezca, ¿vale?

—Vale. Sí. Cuando abras la escotilla de la carga, se encenderá una luz roja de alerta aquí y levantaré la proa para dejar que todo se deslice hacia fuera. No pierdas el tiempo arrastrando cajas hasta la rampa de la cola.

Ella desapareció por la escotilla de la cabina y Anakin se concentró en esquivar a los buitres. ¿Realmente eran capaces de prenderle fuego, a riesgo de matar al Hutt? No lo sabía y no podía arriesgarse a entrar en juegos peligrosos con ellos. Al ladearse pudo ver varios V-19 por debajo de él enzarzados en una lucha contra otros buitres. No se atrevió a hacer un bucle por encima del monasterio para ver qué estaba sucediendo. No se podía permitir distraerse escuchando el circuito de comunicación del GAR (Gran Ejército de la República) para saber qué estaban haciendo Kenobi y Rex. Pasó por encima de la selva y se alejó de la lucha para asegurarse de que no agravaba sus problemas tirándoles objetos pesados encima. Incluso una pequeña caja podía causar graves daños si caía desde esa altura.

El intercomunicador de la cabina zumbó.

—Maestro, estoy en el compartimento de carga.

—Bien. ¿Qué ves?

—Muchas cajas y los tanques de agua de reserva, que parecen llenos. Eso son cinco toneladas como mínimo.

—Podría ser. Abre los desagües en los tanques y asegúrate de que te encuentras detrás de cualquier cosa pesada que vaya a deslizarse fuera cuando aprietes el botón rojo grande.

—Ya lo sé.

—Sólo lo estaba comprobando. Avísame cuando estés lista.

Hubo un silencio sepulcral y luego ella volvió a hablar por el intercomunicador.

—Ya está. ¿Preparado?

—Pues allá vamos, mocosa. —Anakin miró a Rotta para asegurarse de que no se había escapado de los cinturones de seguridad en un charco de limo. R2-D2 pitó para indicar que, por él, también podían continuar—. Adelante.

La luz de advertencia de la zona de mando se iluminó: escotilla de carga abierta. Anakin levantó el morro de la nave y el *Crepúsculo* subió de golpe.

Le pareció haber oído a Ahsoka decir algo, pero el ruido del aire que sacudía el compartimento de carga ahogó la voz. El carguero remontó. De repente ya no tenían buitres delante y Anakin puso rumbo a cielos más oscuros, mientras la nave seguía ascendiendo.

—Es hora de salir, mocosa. No podemos salir de la atmósfera con la puerta abierta. —No obtuvo ninguna respuesta. El estómago se le revolvió—. Cierra la escotilla. ¿Mocosa?

R2-D2 pitó y salió disparado. Iba a ver qué pasaba, dijo.

Anakin tenía una fracción de segundo para decidir si estabilizaba la nave y esperaba a que Ahsoka apareciera o si continuaba y cerraba la escotilla interior que separaba la

cabina del compartimento de carga, sin saber dónde estaba ella y probablemente condenándola a una muerte segura.

«¿Y dónde están ahora mis bellas palabras sobre cómo tomar decisiones difíciles cuando se manda, aceptando que mueran los soldados?».

El tiempo se le escapaba. Comprobó el indicador de altura, que se disparaba rápidamente hacia números cada vez más elevados. Su mano dudaba sobre los controles de emergencia de los mamparos. Seguro que R2-D2 estaba bien, porque los droides astromecánicos estaban construidos para operar en el vacío, pero Ahsoka…

Era una decisión muy dura.

«No pienses en ello. Ya llorarás más tarde. Sólo la misión, ¿vale?».

«Sólo la…».

De repente, la luz roja de advertencia del compartimento de carga cambió a verde.

Fuera lo que fuera lo ocurrido, ahora ya estaba hecho. Los sensores seguían indicando buitres persiguiendo al carguero, pero ahora ya les llevaba bastante ventaja como para saltar sin problemas. En el exterior, el cielo había cambiado de azul oscuro a negro azabache. La nave se encontraba en espacio abierto y podría hacer el salto a Tatooine.

—Si me escuchas —dijo Anakin— prepárate para saltar al hiperespacio.

Apretó el control. Las estrellas se convirtieron en estelas blancas radiantes y la nave saltó hacia su salvación.

Anakin se recostó en el asiento del piloto y se llevó las manos a la cara, agotado, y no tan aliviado como había esperado estarlo al dejar atrás Teth. Rotta respiraba trabajosamente.

—¿Mocosa? ¿R2?

R2-D2 fue el primero en regresar a la cabina del piloto, silbando y parloteando de mala manera para sí mismo acerca de la chatarra inteligente que salvaba el día otra vez, y acerca de cómo una pequeña lección sobre el uso de los cables de seguridad podría ser una buena idea. Anakin se giró en su asiento para ver aparecer a Ahsoka por la escotilla de la cabina.

Estaba empapada y sus manos, llenas de cortes, sangraban. Se sacudió como si fuera un reflejo, y salpicó de agua toda la cabina.

—No preguntes —le dijo.

R2-D2 facilitó voluntariamente la información de que ella había terminado colgada de la punta de sus dedos otra vez, y de que él había podido conectarse al circuito y cerrar las puertas del compartimento por los pelos.

Ella le dirigió una mirada de fastidio, pero le dio unas palmaditas en la parte de arriba.

—Te debo una, R2.

—Lo veo, aunque no pregunte —dijo Anakin—. Ahora tenemos que preocuparnos de Rotta, a menos que tú necesites primeros auxilios.

Ahsoka sacudió la cabeza y examinó al pequeño Hutt. Todavía estaba consciente y dirigió una mirada lastimosa a Anakin. El péndulo que oscilaba entre el alivio y la preocupación basculó de nuevo hacia la preocupación; en aquellos momentos sus esfuerzos tenían que concentrarse en mantener al niño con vida.

Y quizá ni eso fuera suficiente. Anakin trató de imaginarse a sí mismo entregando a Jabba un Rotta enfermo. Jabba no era precisamente la clase de individuo a quien decirle, con un guiño, que habían hecho todo lo posible, y que esperaban que no se enfadara. Seguro que quería que le devolvieran al niño en las mismas condiciones en que lo había dejado. El Hutt tenía la sartén por el mango, y lo sabía.

—Tendría que haber un droide médico en la bodega —dijo Ahsoka—. A ver si lo podemos poner en marcha.

Anakin calculó el tiempo que tardarían en llegar a Tatooine.

—Espero que sea de actuación rápida —dijo.

MONASTERIO DE TETH

Ventress siguió a Kenobi hasta el tejado del monasterio, persiguiéndolo por las murallas. Y ahora se había quedado sin techo. Se detuvo en el borde y se giró.

—Sé que Dooku ha organizado todo esto para alejar a Jabba de la República —le dijo—. Pero no va a funcionar. Jabba sabrá la verdad.

—Otra vez con lo mismo. La verdad. ¿Y qué verdad, la de los Jedi o la real? La de los Jedi es un producto flexible.

—Incluso si me matas, Dooku quedará en evidencia.

Ventress sujetaba sus dos espadas láser en vertical, mientras caminaba lentamente hacia él, dispuesta a seguirlo si volvía a saltar. Si saltaba desde allí no tenía muchos lugares al alcance que no implicaran un precipicio de centenares de metros, y eso no era muy bueno.

—Todavía no has visto el espectáculo de holovídeo que ofreció tu protegido. Es digno de un premio… —dijo.

—Seguro que fue magnífico, pero hay un pequeño truco.

—Venga. Ya veo que el único modo de hacerte callar es cortándote la cabeza. Así que disfruta de tu último momento en escena.

Kenobi miró al cielo.

—¿Lo sientes?

Ventress se preparó para otra táctica de distracción. Se había preocupado tanto tratando de contener a Kenobi que había estado demasiado entretenida y furiosa como para concentrarse en percibir las sutiles variaciones en la Fuerza o en cualquier detalle que pudiera desviar su atención hacia otra cosa que no fuera lo que tenía entre manos. Pero entonces paró un momento y pudo sentirlo.

Skywalker se había ido.

«A lo mejor le han disparado».

Conectó su comunicador.

—Control aéreo, informen. ¿Dónde está el carguero?

—Comandante, hemos enviado a todos los cazas disponibles pero…

—Luego me ocuparé de ti.

Ventress apagó el comunicador de un golpe, pero envió un mensaje codificado para que la rescataran. No podía seguir pululando por ahí perdonándole a Kenobi su amor por el teatro. Tenía que reorientar la situación.

—Está de camino a Tatooine, con el hijo de Jabba —dijo Kenobi—. Has perdido. Dooku no va a estar muy satisfecho contigo.

—Si ya has terminado de admirarte tanto a ti mismo como para aprender algo de mí, Kenobi, ya lo sabrás. —Físicamente estaba destrozada, pero ya lo había estado muchas otras veces antes, y la única forma que conocía de sobrellevarlo era levantarse y empezar a luchar de nuevo y con más fuerza—. No me doy por vencida fácilmente. Y siempre tengo un plan.

—Depón tus armas.

Él regresó junto a ella con su espada láser en alto y quedaron muy juntos, con los haces cruzados, forcejeando. Ventress tenía que avisar a Dooku de que Skywalker iba para allá, así que necesitaba poner fin a esa farsa. Dio un paso atrás para balancear de nuevo las dos espadas, pero Kenobi atrapó la punta de uno y lo hizo volar de su mano dando vueltas.

—Ríndete —le dijo.

Ventress pudo oír un buitre que se acercaba y extendió la mano para recuperar con la Fuerza la espada que había perdido. El caza redujo su velocidad y recorrió las murallas.

—Todavía no —contestó ella, saltando al buitre cuando lo tuvo cerca—. De hecho, nunca.

Desapareció antes de que él tuviera tiempo de contestar, si es que tenía algo que decir. Y, conociendo a Kenobi, seguro que lo tenía. Él siempre tenía que tener la última palabra.

PALACIO DE JABBA, TATOOINE

Algunas cosas no llegan a buen puerto si se dejan en manos de otras personas.

Dooku se reprochaba haber delegado demasiado. La próxima vez, tendría que hacer el trabajo en persona, pero en aquellos momentos tenía que intervenir para salvar la situación. Jabba exigía que se le informara a él en persona.

De camino a la sala del trono, Dooku se deslizó dentro de un almacén, influyó mentalmente en dos criados que trabajaban allí para que se fueran y olvidaran que lo habían visto, y se puso en comunicación con Ventress.

«Ahora tengo que recoger los restos».

En el holograma, Ventress parecía tan segura e implacable como siempre, las manos en las caderas y las botas firmemente plantadas en el suelo con las piernas un poco separadas. No era de las que agachaban la cabeza y pedían perdón, por más deferencia que pudiera mostrar. Dooku admiraba ese talante, pero lo que no admiraba era su fracaso en cumplir con las misiones cruciales.

—Lo lamento tanto como tú, maestro. Pero todavía no me he rendido. He enviado una nave a perseguirlos. No nos queda otra alternativa que destruir la nave de Skywalker con el Hutt dentro.

—Déjalo —le contestó Dooku—. Demasiado tarde. Yo mismo voy a interceptar a Skywalker cuando aterrice. Mientras tanto, prepárate para una demostración de arrepentimiento. Tengo que ver a Jabba en cuestión de minutos y, cuando lo haga, te voy a interrogar delante de él y tú tendrás que decirme que el niño está muerto y que Skywalker se dirige a Tatooine. Tú sígueme la corriente.

—Sí, maestro.

—Hablaremos de tu futuro más tarde.

Dooku ni siquiera esperó a que ella confirmara la recepción para cortar la comunicación. Recorrió el pasillo preparándose mentalmente para aparentar una triste determinación y una mortificación acorde con las circunstancias.

Jabba miró con sus siniestros ojos amarillos cómo subía hasta la tarima. Tenía todo su séquito a su alrededor, lo que presagiaba una exhibición de poder.

—Más vale que me traigas noticias —dijo.

Dooku sacó su comunicador e hizo como si tecleara un código.

—Lord Jabba, es posible que las podamos escuchar directamente de mi comandante sobre el terreno. La lucha en Teth ha sido feroz, pero quizá pueda ponerme en contacto con ella. Yo no tengo más información que vos. —Fingió unos cuantos intentos de comunicación fallidos, suspiró con irritación una o dos veces y, entonces, apareció el holograma de Ventress. Ahora su aspecto parecía más cansado por la batalla que desafiante. Con Jabba no funcionaba el desafío—. Comandante, ¿qué está pasando? Ahora mismo estoy con lord Jabba, que está ansioso. Igual que yo.

—Milores, no me resulta fácil tener que deciros esto —dijo, con actitud derrotada y de noble sacrificio—. La República era mucho más numerosa que nosotros. Para cuando conseguimos vencerles y buscamos a Rotta, Skywalker ya lo había matado.

Un grito ahogado recorrió la sala y a Jabba se le heló la respiración. Luego rugió; no fue su típico torrente de insultos y amenazas, sino un terrible e inarticulado grito de dolor

animal. Dooku estaba a su lado. No pareció que le importara mostrar signos de debilidad emocional frente a sus sirvientes. Dooku sospechaba que los gritos ahogados de los súbditos eran más por ellos mismos, manifestaban su miedo a lo que podía pasar cuando Jabba recobrara la compostura lo suficiente como para atacar y saliera a buscar venganza, y arremetiera no sólo contra los responsables directos.

Dooku intentó parecer conmovido, pero tratando de controlarse.

—Mis condolencias, lord Jabba. —No estaba seguro de si Jabba le había oído, porque el Hutt gemía, con una voz ronca y burbujeante—. El Jedi es el peor tipo de criminal, un asesino de niños. No hay nada peor. Comandante Ventress, espero que matara a esa escoria en represalia.

—No, maestro, pero no se escatimaron esfuerzos en el intento. Ahora está de camino a Tatooine con su padawan.

—¿Dónde está mi hijo? —vociferó Jabba—. ¡Exijo su cuerpo! Quiero ver lo que este monstruo Jedi le hizo, y entonces le haré diez veces lo mismo que…

Dooku lo cortó. La improvisación había estado bien, pero se estaba volviendo demasiado arriesgada.

—Ventress, ¿dónde está el cuerpo?

—Se lo llevó con él, mi señor, así que no tenemos ninguna prueba. Conociendo su respeto por la vida, a estas alturas puede haber tirado los restos de Rotta fuera del compartimento estanco.

Buena manera de pensar. Jabba tragó aire, indignado. Dooku continuó, decidido.

—Luego hablaremos de su fracaso —le dijo a Ventress, y terminó la transmisión.

La sala del trono permaneció en silencio, esperando el siguiente estallido.

Dooku dudaba de que Jabba fuera a hacer ninguna exhibición: podía sentir la conmoción y el dolor del Hutt en la Fuerza, como si estuviera demasiado cerca de una explosión. No podía hacer nada sin ofender a su poder o perder la imagen que se había labrado. Era el dolor de un padre. Dooku, que estaba muy acostumbrado a la brutal realidad de la guerra en la que luchaba, habituado a muertes que, en un mundo ideal, hubiera elegido evitar, se volvió a ver a sí mismo conmovido en la nieve de Galidraan.

«¿Qué hemos hecho?».

Lo apartó de su mente.

—Lord Jabba…

Jabba había recuperado el habla.

—¿Cómo se atreve esa basura a venir aquí?

—Para mataros, lord Jabba, y eliminar a todo vuestro clan. —Dooku subió algunos peldaños hacia Jabba e inclinó un poco la cabeza—. Ya sabéis que odia a vuestro pueblo, habéis visto la grabación, y, sin duda, tiene cuentas pendientes desde sus tiempos de esclavitud aquí. Pero hay más que eso. Se trata de las ambiciones de la República, porque les gusta utilizar a Skywalker y sus luchas como si fueran su cañón cargado. No quieren confiar en vuestra buena voluntad para mantener el acceso a las rutas del Borde Exterior.

Necesitan controlar ellos mismos esas rutas y quizás incluso instalar como líder del clan a su propio títere.

—Y ésa es la democracia de la República. La civilización de la República. —Jabba estaba recobrando el dominio de sí mismo, convirtiéndose en un enemigo más duro, más furioso y aún más peligroso—. Voy a hacer que lamenten esto.

Eso sonaba tan suave y poca cosa para un Hutt, que Dooku supo que significaba venganza sin cuartel como rara vez se había visto.

—Lord Jabba —le dijo— permitidme. Me gustaría reparar, de alguna manera, no haber sido capaces de salvar a vuestro hijo. Tengo a la Guardia Magna preparados para recibirle, y yo mismo trataré con Skywalker.

Jabba se enderezó por completo.

—Su cráneo —dijo—. Recuérdelo, quiero su cráneo.

DIECIOCHO

El odio se puede dejar de lado, pero siempre te susurrará al oído.

Proverbio irmenu

CABINA DE TRIPULACIÓN DEL CARGUERO *CREPÚSCULO*, EN ALGÚN LUGAR DEL HIPERESPACIO

—¿Por qué los cargueros llevan droides médicos tan caros? —preguntó Ahsoka, mientras observaba cómo TB-2 examinaba a Rotta en la mesa de exploraciones.

—Por la piratería.

Muchos hombres habían muerto para traer a esta sanguijuela hasta aquí. No, Anakin llevaría a Rotta a casa o moriría en el intento.

—Muchas veces les disparan. Así que es bueno tener servicios de primeros auxilios a bordo. Venga, vamos, TB.

El droide médico retiró los monitores y sondas de la piel del bebé Hutt. Salieron acompañados del sonido de una húmeda succión de desagradable limo.

—El paciente tiene fiebre y sufre una infección bacteriana desconocida. También está deshidratado y necesita electrolitos líquidos. Le prescribo un antipirético genérico adecuado para los Hutt para reducir su temperatura, un antibacteriano de amplio espectro y un litro de líquido por vía oral cada hora.

Anakin no quitaba el ojo del reloj, calculando el tiempo que faltaba para llegar a Tatooine.

—Estamos un poco lejos de la farmacia.

—Puedo suministrarle los medicamentos.

—Mejor que sea rápido, entonces, TB…

Anakin regresó a la cabina y reparó en la ausencia de acción que había por delante. Era la primera vez que, literalmente, no tenía nada que hacer, un raro y precioso tiempo que habría acogido con satisfacción en cualquier otra situación. Pero desde el hiperespacio no se podía comunicar. R2-D2 le silbó con amabilidad.

—Lo sé, R2. Sería un buen momento para descansar y hacer balance. Pero aún nos queda un largo camino por recorrer. Ventress sabe adónde nos dirigimos y me sorprendería mucho que no me organizara una bienvenida de vuelta a casa.

Anakin compuso un mensaje para Padmé, relatándole los acontecimientos de los últimos días y concentrándose en lo mucho que la echaba de menos, y luego grabó otro mensaje para Rex. Una vez que esta misión terminara, habría un gran vacío que llenar en el 501, muchos buenos hombres serían echados de menos. Anakin comprendía las

sutilezas de liderazgo lo suficientemente bien como para saber que no era simplemente una cuestión de sustituir números. Había amistades, que esos hombres sin familia apreciaban tanto más, y estaba también la moral.

Anakin se preguntaba cuántas veces se repetiría esta situación antes de que la guerra terminara.

—Será mejor que antes de aterrizar nos aseguremos de que el cañón está operativo, R2 —dijo—. Deja los escudos deflectores para después.

El droide astromecánico salió ruidosamente de detrás de un mamparo, llevando herramientas en sus agarradores, y silbó. Eso era fácil, según dijo, pero nadie podía esperar que un carguero pudiera aguantar contra una nave militar. Al final todo sería una cuestión de habilidad para el vuelo.

—Entonces, no hay prisa —dijo Anakin.

Ahsoka regresó a la cabina con Rotta en brazos y llevando algo en una mano cerrada.

—Podría necesitar que me eches una mano, si no estás ocupado.

—¿Trabajo sucio?

—En realidad no. Rotta no ha comido nada desde hace rato, así que no debería dar muchos problemas. Sólo necesito un par de manos extra, literalmente. —Dejó sentado a Rotta en un asiento y abrió el puño que mantenía cerrado. En la palma tenía dos pastillas grandes—. Tengo que hacer que se las trague.

—¿No podrías dárselas disueltas en su líquido electrolítico?

—Ya lo he intentado. Pero lo ha escupido tres veces. He tenido que prepararle de nuevo la mezcla.

Anakin se remangó la camisa.

—Muy bien. ¿Qué debo hacer?

—Sujétalo fuerte y no dejes que se retuerza.

Aquello era más fácil de decir que de hacer. Anakin sujetó a Rotta con los dos brazos, en una clave para reducir a prisioneros que hubiera enorgullecido a cualquier oficial de la Fuerza de Seguridad de Coruscant, y que lo dejó inmovilizado. Como se trataba de un Hutt enfermo y, además, pequeño, lo hizo con delicadeza. La capa de limo dificultaba la sujeción y se retorcía con furia. Anakin lo mantuvo agarrado mientras Ahsoka le cogía la cabeza como si fuera un balón y le metía a la fuerza las pastillas en la boca. Después, le mantuvo la boca cerrada con una mano y le sujetó la cabeza.

Esperaron.

Rotta contuvo el aliento.

—Puedo esperar toda la noche, apestoso —le dijo Ahsoka—. Ríndete. Estás en desventaja numérica y desarmado.

Anakin también contenía la respiración y no estaba seguro de poder sujetar por más tiempo al pequeño Hutt. Se preguntaba cómo iba a quitar el olor de su túnica. Por fin, Rotta emitió un «glup» y se estremeció. Ahsoka retiró su mano y le puso el pulgar en la boca para abrírsela.

—Ya está —dijo, mirando dentro de la gran boca abierta—. Se ha ido todo. ¿Acaso ha sido tan malo? Ahora te sentirás mejor.

—Impresionante —dijo Anakin, retirándose para limpiar su ropa. R2-D2 hacía sonidos y le dio un trapo aceitoso—. Más impresionante.

—En realidad, sí que te importa lo que le pase, ¿verdad? —No, a mí no. Pero me preocupa lo que le suceda a nuestro ejército. Él es un medio para lograr el fin.

—No creo que seas tan insensible como aparentas.

—No te preocupes, ¡cuando aterricemos me comportaré como todo un amante de los Hutt!

—¿Qué se siente al volver a casa? ¿Cuánto hacía que estabas fuera?

Anakin se preguntó qué concepto hubiera tenido de él si hubiera conocido lo que había hecho en la aldea de los moradores de las arenas. «Mató a gente. Mató a hombres, mujeres y niños». Pero siempre había tenido un motivo. Hasta el momento no se avergonzaba de nada de lo que había hecho, sólo de cosas que no había llevado a cabo. Se preguntaba qué hubiera hecho Rex, un hombre que hizo, de matar, su vida, pero siempre bajo las normas de combate. No podía imaginar a Rex perdiendo la cabeza y pasando al frenesí asesino, sin importar cuál fuera la provocación.

Rotta, el Hutt, dormía tranquilamente en un catre del compartimento principal. Ahsoka iba a mirarlo cada pocos minutos. Finalmente volvió con una sonrisa triunfal, mostrando un trozo de manta babeado.

—Está despierto y con hambre. Se está recuperando.

—Qué mono… —dijo Anakin con poco entusiasmo.

—Trata de ver el lado positivo.

—Trata de encontrar algo más nutritivo para él. —Anakin hurgó en su bolsillo y le entregó un pequeño paquete sellado—. Aquí tienes, puede comerse mis raciones secas. Los Hutt pueden digerir cualquier cosa. Simplemente mézclalas con un poco de agua.

—Está bien, lo haré. ¿Quieres que dejemos el tema Tatooine en paz?

Contárselo sólo le traería problemas. Dejó que pensara que sólo había sido un niño de Tatooine que odiaba a los Hutt, igual que muchas otras personas que entraron en contacto con ellos.

El Crepúsculo abandonó el hiperespacio delante de los soles gemelos. Los filtros de la ventana reducían la luz a un halo difuso de color ámbar. Tatooine sólo era un disco negro contra la luz.

—¿Listos? ¿R2? ¿Mocosa? ¿Apestoso?

Ahsoka se apretó los cinturones. En un estante de la cabina, Rotta permanecía ajeno a su destino.

—Está alimentado y durmiendo.

—Bueno, allá vamos. Mocosa, mira el escáner y busca cualquier cosa que se suponga que no deba estar allí.

Anakin estableció el rumbo del *Crepúsculo y* puso el cañón láser en modo de espera. Se preguntó si ésa iba a ser una de esas raras ocasiones con suerte en que la peor previsión no se cumple, pero la vida no es así, y Dooku sólo pensaba en la forma de tener a Anakin en sus manos.

Tatooine se acercaba a la cabina, una bola polvorienta moteada de negro y rojo, con nubecillas que, a primera vista, daban la falsa impresión de mares. Pronto entrarían en contacto con la atmósfera. Si algo tenía que salir mal…

Las alarmas del sensor sonaron.

—Maestro, hay dos marcas en el escáner que parece que nos quieran interceptar —dijo Ahsoka.

Bang. Algo impactó en el casco del *Crepúsculo*. En cuanto lo sintió, Anakin supo que se trataba de disparos láser.

—Espera, Ahsoka. Necesitaré hacer alguna maniobra.

Anakin hizo un giro tan cerrado como pudo con el carguero y se colocó en posición para enfrentarse a las naves atacantes. Esperaba encontrar buitres, el omnipresente activo aéreo de las fuerzas separatistas, pero, cuando verificó en el escáner la imagen magnificada, lo que vio recortarse contra la cegadora luz de los soles gemelos fue peor, mucho peor.

Dos cazas de los MagnaGuardias, la guardia personal de élite del general Grievous, perseguían la nave.

En la escala de espacio, Anakin iba morro a morro con ellos. El cañón estaba cargado y listo; su única opción era abrir fuego, porque nunca los podría dejar atrás, hiciera los giros que hiciera con la nave. Los cazas MagnaGuardias se separaron en direcciones opuestas, haciendo maniobras para iniciar un ataque en los puntos ciegos de Anakin.

«Porque eso es lo que haría si fuera ellos».

Sólo podía abrir fuego contra uno. Escogió al primero que parpadeaba en la retícula del instrumento de orientación y presionó el botón que había en la palanca de mando. Unas ráfagas blancas de energía salieron disparadas hacia su objetivo, que se convirtió en una bola de fuego blanco.

—¡Uau, buen disparo! —Ahsoka se agarró a los brazos de su asiento como si le clavara las garras—. ¡Uno tocado, uno menos!

Pero, como Anakin ya había imaginado, la vida no era así de fácil. Odiaba tener que decepcionar la fe de Ahsoka en que los salvaría. Haber derribado a un MagnaGuardia con una caja de zapatos como ésa ya era tener suerte, mucha suerte, y Anakin ya había utilizado la mayor parte de su cupo diario de suerte. El otro MagnaGuardia no aparecía por ninguna parte. La señal volvió a verse en el escáner y pareció como si aquel enviado especial de Grievous fuera a atacar al *Crepúsculo* por la popa.

Así fue. El fuego láser dio en la parte de la carga, haciendo disparar las alarmas de los mandos y por toda la nave. Se había abierto el casco y entraba el aire directamente de la atmósfera. El casco chirriaba como un animal que fuera a ser trasquilado.

—Espera un poco —dijo Anakin, como si no tuviera nada más que hacer—. Creo que hemos perdido un propulsor de maniobras, también.

El carguero iba dando tumbos. Ahsoka se desató las correas y cazó a Rotta antes de que se cayera del estante, como un portero de bolo-ball. R2-D2 sacó un brazo tenaza para sujetarse. Ahora, Anakin estaba delante del caza MagnaGuardia, con el cañón de popa sin funcionar y a un gran trecho aún de poder aterrizar, si es que podía hacerlo. La nave se estremeció una vez más, al recibir una nueva ráfaga de láser. Sin el cañón en popa, Anakin tenía que encontrar la forma de poder disparar por detrás.

—R2, ¿puedes mover el cañón de delante más allá de su distancia de seguridad? —El arco de fuego estaba limitado para evitar que la tripulación tocara a la propia nave si intentaba disparar demasiado cerca, algo bastante probable cuando se vaciaba frenéticamente todo el almacén contra una nave hostil—. Necesito moverlo ciento ochenta grados.

El droide insertó una sonda en los mandos y pitó, advirtiendo que sobrepasar el límite de seguridad podría ser una muy mala idea.

—Creo que estás siendo muy teórico, amigo —le dijo Anakin.

Más impactos directos sacudieron la nave.

—A este ritmo, no quedará mucho casco.

R2-D2 hizo sonidos para sí mismo, mientras Anakin esperaba largos segundos antes de tener una respuesta afirmativa para abrir fuego.

—R2, sería bueno que fuera en algún momento antes de que nos sumamos en llamas…

Entonces, el *Crepúsculo* se estremeció de forma angustiosa, como en plena agonía. Anakin esperaba que una bola de fuego cruzara rodando la nave, pero el escáner mostraba una expansión de restos candentes tras la estela del carguero.

El caza MagnaGuardia ya no estaba. R2-D2 hizo girar su antena de la cabeza para celebrarlo, silbando alegremente. Se había tratado de un disparo muy justo, explicó, y mejor haberlo realizado con la precisión de un robot que con la de un humano, aun cuando el humano tuviera muy buena puntería.

—Buen tiro, R2 —le felicitó Anakin—. Si no mejoro, pronto me quedaré sin trabajo. Si nosotros, los inútiles sacos de carne, no sobrevivimos al aterrizaje, sabes adónde hay que llevar a Rotta.

Los Hutt no tienen huesos, son básicamente un saco de músculo duro. Rotta podría sobrevivir a un accidente que causara la muerte de humanoides.

—Siento haberte metido en esto, mocosa. —Tatooine se acercaba rápidamente para darle la bienvenida y, con una nave fuera de control, Anakin sentía menos placer de verlo del que pensaba. El silencio en el comunicador no era un problema en esos momentos. Era necesario enviar un mensaje a Kenobi, en caso que fuera su último día y el de Ahsoka—. Maestro, soy Anakin. ¿Me recibes? Estoy haciendo un aterrizaje de emergencia en Tatooine. Rotta está vivo, nos persiguen naves hostiles y…

Perdió la frecuencia del comunicador al reentrar. Pero, al menos, Kenobi ya sabía que había llegado hasta allí. Miró alrededor buscando a Ahsoka, que cubría con su cuerpo a Rotta. No tenía corazón para decirle que podía utilizar al Hutt como bolsa antichoque.

—Sujetaos para el impacto —dijo Anakin—. Esto dolerá un poco.

DESPACHO DE PALPATINE, EDIFICIO DEL SENADO, CORUSCANT

Palpatine disfrutaba mucho estando en compañía de Yoda, porque cuanto más tiempo pasaba sentado sonriéndole benignamente y más tiempo transcurría sin que el más grande de los maestros Jedi reconociera quién era Palpatine, más satisfactoria se volvía la situación para él.

«Así que es aquí adonde siglos de sabiduría y de poder os llevan. Ignorantes, engreídos y egoístas».

El general Kenobi también estaba presente en la reunión, aunque como holograma. Aún estaba limpiando lo que quedaba de las fuerzas separatistas en Teth.

—Anakin ha llegado a Tatooine —dijo—. He recibido un mensaje de que el hijo de Jabba está vivo y sano, pero la nave estaba siendo atacada. Ahora estoy convencido de que este secuestro fue un complot más de Dooku para incriminar a la República y provocar la enemistad de los Hutt.

Palpatine sacudió la cabeza muy lentamente.

—¿Y Jabba creerá a Dooku? No es un ser que inspire mucha confianza, ni siquiera a un Hutt.

—Si Jabba creerle, terminada nuestra esperanza de firmar un tratado con ellos está. —Yoda frunció el ceño—. En Skywalker, la única esperanza de la República reside. Regresar al pequeño Hutt personalmente, debe.

—Como siempre, maestro Yoda, estáis resumiendo perfectamente el dilema —dijo Palpatine. «Sí, repite lo obvio. Un liderazgo muy eficaz, Yoda.»— General Kenobi, ¿está Skywalker a cargo de esta tarea? Sé que es un excelente soldado, pero está invadiendo una competencia diplomática.

Kenobi movió la cabeza enfáticamente.

—No os preocupéis. Anakin tiene más experiencia en el trato con los Hutt que la mayoría de nosotros. Si alguien puede aplacar a Jabba y conseguir que esté de nuestro lado, es él.

El holograma desapareció dejando a Palpatine solo con Yoda. El maestro apoyaba las manos en la empuñadura de su bastón, asintiendo, y dando una imagen de senectud que no le correspondía. Yoda podría haber dejado a los Jedi, declinando poco a poco y en una lenta decadencia, pero todavía no le había llegado el momento.

Palpatine se inclinó hacia delante en su escritorio, con las manos cruzadas.

—Maestro Yoda, ¿debemos enviar algún refuerzo al joven Skywalker? ¿Cree que podrá hacerlo él solo?

—Impaciente, el muchacho es. Emocional, también es. Pero en situaciones peligrosas, el que más probabilidades de éxito tiene.

Palpatine ya lo había notado.

—Entonces, yo también tengo fe en él. Me tendrá que disculpar, maestro Yoda, tengo asuntos políticos que atender. La senadora Amidala está de camino para una reunión.

Yoda se disponía a dejar la oficina cuando Padmé Amidala entró por la puerta.

Se saludaron educadamente, con una inclinación de cabeza al cruzarse, y Padmé se sentó frente a la mesa de Palpatine.

—Tenemos que discutir las nuevas medidas de seguridad de Naboo. Mis asesores me dicen que han estallado más combates en el Borde Exterior.

A Palpatine le gustaba ver la cantidad de información que podía obtener cuando hacía una afirmación en lugar de una pregunta.

—Sí, justamente he estado hablando con el general Kenobi sobre su participación y la de Anakin Skywalker en su última misión.

Padmé frunció ligeramente las cejas.

—¿Anakin? ¿Está bien?

—Me temo que la negociación entre los Jedi y los Hutt ha ido muy mal. —La reacción de Padmé, sólo provocada por Anakin y no por Kenobi, le confirmó la sospecha de que lo suyo no era un interés exclusivamente profesional—. Lord Jabba cree que Anakin ha secuestrado a su bebé.

—Anakin jamás haría daño a un niño —dijo Padmé, indignada, y aunque se recuperó en una fracción de segundo, ya era demasiado tarde para engañar a Palpatine—. Ningún Jedi lo haría. Permitidme interceder en nombre del Senado. Podría hablar con Jabba y explicarle que se trata de un error y concluir las negociaciones.

—Es muy valiente por vuestra parte senadora, pero Jabba ha rechazado cualquier nuevo contacto con la República. Sería demasiado peligroso para vos visitar Tatooine. Estamos tratando con delincuencia organizada, no con un Estado democrático.

—Ziro, el tío de Jabba, tiene un palacio aquí —dijo—. Intentaré convencerle de que actúe como intermediario.

Cuanto más trataba de disuadir a Padmé, más decidida estaba ella. Palpatine se dio cuenta de que casi pulsaba aquel botón simplemente para ver si volvía a funcionar cada

vez. Y así lo hizo, a pesar de que implicarla en ese asunto no persiguiera ningún otro fin. Simplemente reunía información.

—¿Cree usted que eso sería adecuado? Son unos bandidos.

—La diplomacia consiste en afrontar aquello que se preferiría evitar —dijo ella, levantándose para salir—. Y debemos tener mucha necesidad de la ayuda de los Hutt en esta guerra para estar dispuestos a enviar a un Jedi a negociar con Jabba.

Palpatine asintió con aire de sabiduría.

—Sí, a veces tenemos que dejar de lado nuestros principios por el bien mayor. Me alegra que los Jedi se sientan capaces de hacer esto y que no apelen a sus conciencias como una razón para no luchar en esta guerra. —Padmé le miró desde la puerta, y él sonrió con su mejor sonrisa paternal—. Debe ser muy cuidadosa con los Hutt, senadora.

MAR DE DUNAS, TATOOINE

El *Crepúsculo* estaba lleno de espuma antiincendios, arena y humo, pero había aterrizado y todo el mundo estaba vivo.

Anakin salió de la nave y buscó si había actividad enemiga, pero el desierto parecía tan vacío y sin vida como siempre. Su siguiente pensamiento fue abrir una línea de comunicación con Kenobi, pero sólo había energía estática.

—Mocosa, ¿me has encontrado un canal de comunicación o estamos solos?

Ella comprobó el intercomunicador mientras fruncía el ceño.

—No, sólo hay ruido.

—Eso significa que nos lo han bloqueado todo. Tenía la esperanza de haber perdido la comunicación con Kenobi sólo en el momento de entrar en la atmósfera, pero obviamente los separatistas son cada vez más inteligentes. —Puso la capucha de su túnica sobre su cabeza para protegerse de los rayos de sol e hizo señas a Ahsoka para que saliera—. Todo está despejado.

Ella gateó fuera de los restos de la nave con Rotta escondido en su mochila. El pequeño Hutt estaba alerta y mostraba curiosidad, sin rastro de haber estado a las puertas de la muerte.

—Uau, ¡qué calor que hace! ¿Hasta dónde tenemos que ir?

Anakin vislumbró en el horizonte un grupo de extravagantes torretas y cúpulas brillantes entre el calor abrumador. La arena frenaba el ritmo aún al más fuerte y no llevaban ningún kit de supervivencia, lo cual no auguraba nada bueno; pero además llevaban a una babosa con ellos, una especie que no encajaba exactamente con el seco ambiente polvoriento.

—Aquello es el palacio de Jabba, aún tenemos unas cuantas horas a pie por delante. No es muy buena idea hacerlo con este calor.

—¿Deberíamos esperar hasta que oscurezca?

—Creo que no podemos darnos el lujo de entretenernos, mocosa. —Anakin estaba habituado al desierto, pero aún no subestimaba su capacidad para matarle, como, sin duda, hubiera hecho Dooku—. Yo cargaré al Hutt. Tú encárgate de acumular la mayor cantidad de agua que puedas llevar.

R2-D2 apareció de entre los restos, pitando fuertemente. Ahsoka le convenció de que saliera, aunque no le gustara la arena.

—Vamos, R2 —le dijo—. Ya lo sé. Es un desagradable material abrasivo. No te preocupes, que te daremos un servicio completo de mantenimiento cuando todo esto haya terminado.

Anakin sabía que habría ojos posados en ellos. No había ningún lugar para esconderse en el desierto abierto. Pero la atención no se dirigía a ellos, aún no, pero sí a lo que quedaba del *Crepúsculo*. Tras unos doscientos metros de caminata, giró la cabeza para ver cómo los Jawas se reunían cual enjambre de insectos alrededor de los restos, desmontándolos en piezas y formando una cadena para llevarse todo lo que pudieran separar o levantar.

R2-D2, también giró su cúpula para ver y pitó. No le inquietaba encontrarse con Jawas en un oscuro callejón. Eran las hidrollaves lo que le inquietaba.

—No te preocupes amigo, eso nunca te pasará —le dijo Anakin—. Vamos. Anímate.

Todo lo que podían hacer era poner un pie delante del otro y no pensar en lo lejos que tenían que ir. Ahsoka había fabricado una especie de capota con una hoja de la mampara de aislamiento y con ella cubrió la cabeza de Rotta. Anakin podía oírla rozar contra el borde de la mochila.

—Es una pena que no puedas verlo, Skywalker —le dijo—. Está monísimo.

—Si vemos a un vendedor de sorbetes nabooianos, le compraré uno…

—Así que éste es tu hogar.

—No.

—Cuéntame algo sobre él.

—No.

—Bueno…

—Cuanto más hablas, más te deshidratas. —Anakin no estaba seguro de que fuera cierto, pero pensó que era un buen consejo para ambos—. El desierto es un asesino. Acaba por arrebatártelo todo.

—Lo entiendo —respondió ella tranquilamente.

Sí, él tenía la horrible sensación de que, aun sin conocer los detalles, ella lo entendía.

Se mantuvieron a ritmo constante toda la tarde, parando regularmente para tomar agua y para asegurarse de que Rotta estuviera bien. Él gorgoreaba feliz. Para ser una babosa, parecía poder sobrevivir bastante bien al calor seco. Tal vez el limo actuara como una barrera protectora. A la hora en que los dos soles se acercaban al horizonte para desaparecer, la temperatura pasó de ser casi insoportable a convertirse en una suave sensación cálida. Y, en unas pocas horas, tal vez llegaría a bajar a un punto próximo al de congelación. El desierto estaba allí, preparado para atrapar al insensato en cualquier momento del día.

En un momento dado, Anakin sintió frío, pero no era debido a la temperatura ambiente. Se detuvo.

—¿Lo sientes? —preguntó.

Ahsoka entornó sus ojos.

—Sí. No estamos solos.

—Es el lado oscuro. Es Dooku. Viene a por Rotta.

—No lo conseguirá. Tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

—Ya nos dará ese gusto… Es hora de dividirnos.

—Maestro, puedo hacerlo. No necesito protección. Debemos quedarnos juntos.

—No, necesito que lleves a Rotta de nuevo junto a su padre. —Anakin subió una pendiente y se quedó en la parte superior, desde donde le señaló detalles del desierto prácticamente invisibles en medio de la interminable arena—. ¿Ves los barrancos que hay entre aquellas rocas? Son parte de una red de antiguos cauces. Coge a R2 y síguelo. Ten cuidado también con los droides de Dooku. Si ha podido pedir prestados más efectivos a Grievous, estarán buscándolos, y es difícil ocultarse por aquí, ni siquiera de noche, porque probablemente lleven sensores de infrarrojos.

Ahsoka lo miró un momento sin decir palabra, como si intentara digerir el tamaño de su misión.

—Pero Dooku…

—Ya me encargaré de Dooku. Él viene a por mí.

—Estás loco.

—Tú estás más acostumbrada a moverte con sigilo *y yo* soy el más experimentado en luchar contra tipos como Dooku. No podrás discutir algo tan lógico.

—No —le contestó—. No puedo.

—Pero lo harás.

—No, maestro. No lo haré.

Así resultaba más fácil. Acababa de resquebrajarse su relación como maestro y padawan. Quizá había sido necesaria una guerra para que las cosas fueran diferentes, porque no recordaba haberse alineado con su maestro tan rápidamente como ella; de hecho, no estaba seguro haberlo hecho jamás.

—Dame la mochila —le pidió—. Tenemos que hacer un señuelo para que parezca que aún soy el devoto guardián del apestoso.

DIECINUEVE

¿Por qué no dejarles separarse de la República?

¿Por qué tenemos que entablar una guerra por esto?

¿Qué es una república si no permitir a un pueblo decidir quién le gobierna? No lo entiendo.

Llamada recibida en el show de opinión de Noticias de HoloNet

NAVE DE DOOKU, TATOOINE

—Vuestro plan se ha esfumado —dijo Ziro—. Tengo una senadora suplicándome que diga a Jabba que el secuestro ha sido una artimaña suya para desacreditar a los Jedi, conde Dooku.

Dooku no tenía tiempo para dejarse llevar por el pánico, sobre todo no cuando tenía que perseguir y atrapar a Skywalker. Se mantuvo de pie delante del holograma, con mejor pose del tipo «no-me-estarás-retirando-tu-apoyo».

—¿Acaso es sólo mi plan? No olvidemos que éste fue un acuerdo de mutuo beneficio para los dos.

—Bueno, nuestro plan. Se ha quedado hecho trizas.

—Pensad esto, lord Ziro. Por supuesto que habrá quienes crean que los separatistas están detrás de esto. Pero también los habrá que piensen que es la República la que está detrás. Estoy seguro de que Jabba piensa que ambas partes son igualmente capaces de hacerlo y no confía en ninguna de ellas, por lo que todo lo que quiere es una prueba de quién es la culpable esta vez. Lo tengo todo bajo control. He dicho a Jabba que el Jedi asesinó a su hijo, y que está en camino para matarle a él también.

—¡Jabba matará al Jedi en cuanto lo vea! —contestó Ziro, exasperado.

Dooku se sacó los guantes. El desierto era frío de noche.

—¿Y perderéis el sueño por eso?

—No, pero…

—Si Jabba mata al Jedi, la Orden Jedi, haciendo uso de su gran autoridad moral, se verá obligada a llevar ante la justicia a Jabba, lo cuál os dejará a vos el camino libre para tomar el control de todos los clanes Hutt. ¿No era eso lo que queríais?

La imagen fantasmagórica azul de Ziro recapacitó en silencio las palabras de Dooku durante un momento, como si súbitamente el Hutt hubiera caído en la cuenta de algo.

—Ah. O sea, que así es como pensáis hacerlo.

—¿No satisface esto vuestras necesidades?

—Las satisface, conde Dooku.

—También las mías. Obtengo de ello uno o dos Jedi muertos y mis ejércitos obtienen un acceso en exclusiva al Borde Exterior. ¿Por qué le sorprende esta estrategia?

—Jabba perdería autoridad si diera la impresión de haber pagado un rescate a la República. Esto sería suficiente para derrocarle. Pero este camino es mucho más drástico.

Dooku sonrió. Era tranquilizador pensar que el plan parecía tan firme desde fuera. Sí, todo estaba previsto, pero este plan requería de un constante reajuste cada vez que uno de sus componentes fallaba; de hecho, en aquel momento se hacía necesario volver a ajustar.

—Me alegro de que ambos quedemos satisfechos, lord Ziro.

—¿Y qué hago con esta senadora?

—No le hagáis caso. ¿Qué otra cosa podría reclamar una senadora de la República? Es obvio que ella acusará a su sucio enemigo de hacer algo indignante. Contrapropaganda, teoría de la conspiración, llámelo como quiera; en las guerras, los gobiernos se acusan mutuamente. Lo que resultaría llamativo sería que no lo hiciera.

—No puedo hacerle caso omiso.

A veces, Ziro parecía un poco lento en captar las cosas, teniendo en cuenta su fama de ludópata sutil, y por un momento Dooku se preguntó si Ziro no estaría intentando hacerle decir algo que le incriminara y que quedara registrado. Le pareció divertido, considerando los acontecimientos más recientes. Comprobó el cronómetro y busco a Anakin Skywalker en la Fuerza. Tenía que cortar pronto la llamada. Tenía un Jedi que matar.

—Los senadores son individuos muy propensos a sufrir accidentes —le dijo Dooku—. Procurad que ella sufra uno y mis contactos se asegurarán de que así quede registrado. La trágica pérdida de una joven y prometedora política. Un funeral de Estado. Ya sabéis cómo funciona.

Hubo una ligera oscilación en el enlace con Ziro y el Hutt se giró rápidamente, como si de improviso alguien hubiera entrado en su habitación. Uno de los droides centinela apareció en la imagen arrastrando a la senadora Amidala.

—No, quería decir que ya no puedo ignorarla —dijo Ziro—. Ha disparado a un centinela droide que la sorprendió espiándome. Por tanto, un accidente es la única opción que nos queda.

Dooku la miró, lo que significaba que ella también podía verlo. Por eso ella normalmente prefería los enlaces de comunicación sólo de audio, aunque el hecho de que ella le hubiera visto no cambiaba nada.

—Senadora—dijo haciendo una reverencia—. ¿Cómo estáis? Se me hace tarde para mi otra cita, así que ya me disculparéis.

Ella le miró despectivamente. Era lo que solía hacer.

—Así que sois vos quien está detrás de esto, venenoso traidor.

—Senadora, quisiera dejar clara una cosa: no soy un traidor. Yo nunca estuve de vuestro lado. Me llamáis el enemigo. —Dooku ya tenía que irse—. Lord Ziro, tal vez queráis reconsiderar mi sugerencia respecto al accidente. Algunos de mis aliados separatistas os pagarían un interesante precio por ella.

Ziro parpadeaba como si estuviera bajo la cálida luz del sol.

—Excelente sugerencia, conde Dooku. Así también puedo sufragar los gastos de sustitución de mi droide.

—Quedaos con el cambio —le contestó Dooku, cortando el enlace. Salió a la fría noche del desierto, con su espada láser preparado, y montando su speeder bike.

EL DESIERTO, A CINCO KILÓMETROS DEL PALACIO DE JABBA

Anakin casi agradeció poder sentir a Dooku aproximarse. Aquello permitía que sus pensamientos no se dispersaran muy lejos.

Se sentó a meditar bajo el aire frío de la noche, con su mochila atada a los hombros y mirando a las tres lunas sin parpadear hasta que las vio borrosas y su mente se tranquilizó. Su respiración se había hecho más pausada, sus pulsaciones se habían reducido drásticamente. En ese estado, que rara vez había alcanzado en los últimos días, las cosas le hablaban, aunque no siempre quisiera escucharlas.

Había capas en su estado de conciencia. En la más exterior, buscaba a Ahsoka cruzando las dunas hacia el palacio de Jabba con Rotta, y deseaba que también lo hiciera con R2-D2. Casi deberían haber llegado para aquel entonces. Pero no podía detectar a su droide, por más que lo intentara, sólo las perturbaciones que éste causaba a veces sobre los organismos vivos. Ahsoka se había desvanecido también, engullida por las impresiones de la Fuerza de capas más profundas, donde Anakin percibió a Dooku, preciso, concreto, controlador, un tiburón firaxa pululando por el océano. En las profundidades, no obstante, estaba Tatooine.

No eran sólo recuerdos. Era la miseria, la codicia y la desesperación acumulada de años, generaciones de seres viviendo bajo el yugo de la pobreza y la servidumbre, y su pequeña experiencia de lo que era apenas visible entre esa masa. Una voz sin palabras susurraba, preguntando por qué siempre había hecho lo que le decían, sin formular las preguntas más obvias ni pedir respuestas.

«¿Por qué no les hiciste volver a buscarla? ¿Por qué no pudiste ver que ella te enviaba a un sitio seguro, sacrificándose a sí misma, hundiéndose una vez más en este terrible océano para que tú tuvieras una oportunidad en la vida? ¿Por qué no volviste antes, para cambiar el curso de las cosas y rescatarla antes de que fuera demasiado tarde?».

Jamás había necesitado definir quién era ella. Ella era su madre. Esa noche, ella dejaba en un segundo plano todo lo demás, incluso los pensamientos de su mujer. La

ironía de su tarea, salvar a un Hutt, vacilaba al borde de convertirse en un mensaje final, un ultimátum a la cordura.

«A partir de ahora, tienes que salvar a todos aquellos que puedas. Debes salvar a aquellos que lo merecen».

Dooku se acercó. Anakin emergió de las profundidades del Tatooine que nunca le había abandonado, surgiendo entre remolinos de Dooku y Ahsoka y rompiendo una superficie que simplemente se componía de ondas surgidas de luchas lejanas en otros mundos. Se ajustó las correas de su mochila cargada de piedras.

Dooku debía de saber que el sonido de una speeder bike se oía desde muy lejos en la noche del desierto. Anakin se preguntó por qué Dooku no había intentado tenderle una emboscada. Pero ninguno de los dos necesitaba pruebas físicas para poder encontrar al otro, no se podían ocultar.

Anakin oyó cómo se detenía el motor a unos pocos metros de él. Cada paso crujía en la arena. Finalmente, Dooku se paró frente a él, con su capa ondulando entre la brisa. Algo más causaba una perturbación en la Fuerza, pero, en aquel momento, Anakin sólo podía concentrarse en Dooku, e ignoró lo otro. Se levantó, recolocó las piedras que llevaba en la espalda, y encendió su espada láser.

—Entrégame al pequeño Hutt, Skywalker —le dijo tranquilamente Dooku—. De lo contrario, tendré que matarte.

O sea, que se había tragado su artimaña.

—Creo que eso es lo que harás de cualquier forma.

—Muy bien.

El tono de la confrontación fue extrañamente cortés, como un duelo entre nobles irmenu. Dooku estiró su mano hacia delante y brotaron rayos de Fuerza que volaron sobre la arena en dirección a Anakin, al tiempo que iluminaban la noche. Anakin esquivó los rayos y los desvió hacia su espada láser.

—Vas progresando —dijo Dooku. Hizo un movimiento hacia delante con su espada láser, obligando a Anakin a replegarse, y luego dio una voltereta por encima de él—. Estar aquí es doloroso, ¿verdad? Tu hogar. Demasiados fantasmas que contemplar. Has estado fuera demasiado tiempo, quizá…

Casi sin pensar, Anakin sacudió su mano hacia arriba enviando un torbellino de Fuerza y de arena hacia las dunas, que viró hacia Dooku, envolviéndolo y casi tumbándolo. El conde se encogió durante un momento, mientras el torbellino le pasaba por encima, y se protegió con la capa, pero nuevamente resurgió con su espada láser encendida.

—¿Estaba siendo insensible? —Dio un paso adelante—. Todos tenemos que enfrentarnos a nuestros fantasmas, Anakin. Yo me enfrento a los míos. Nunca se van, ya lo sabes. Pueden ser una carga, igual que el Hutt que llevas contigo, o un maestro, si aprendes a vivir con ellos.

¿Acaso Dooku sabía algo sobre Shmi Skywalker? Parecía conocer todo lo demás, o tal vez era el clásico truco del adivino, que dice frases genéricas para hacer que el cliente reaccione y le revele detalles. Fuera lo que fuera, Anakin no podía huir de ello ni eliminarlo. Sentía cada pizca del dolor, suyo y de su madre, y se abalanzó sobre Dooku con su espada láser. Su ataque era feroz y ciego, ajeno al rastro de la muerte que había dejado a su paso, cortando el aire y estocando al conde hasta conducirlo a la blanda arena, donde perdió el equilibrio.

Sin embargo, Dooku había sido un gran maestro batiéndose en duelos, incluso entre los propios Jedi, cosa que Anakin olvidó en un instante de ciego dolor. Dooku le esquivó, agachándose y saltando detrás de él, y rajó su mochila semirrígida, hasta casi tocarle la columna vertebral. El súbito movimiento de las piedras que llevaba tan apretadas obligó a Anakin a detenerse un momento para no perder el equilibrio.

—Oh, querido —le dijo Dooku suavemente—. Me parece que he cortado a Rotta en dos.

—Eso es lo que quisieras.

Anakin empuñaba su espada láser para defenderse de Dooku, al tiempo que aflojaba las correas y dejaba caer la mochila en la arena. Las piedras cayeron.

Dooku arqueó las cejas.

—Es una pena que no fuera un Hutt…

Anakin tardó en aceptar que Dooku no era tan fácil de engañar. «Esto es sólo un juego para él. Juega para ganar tiempo». Justo cuando Anakin pensaba que ya había traspasado la línea de meta que le convertiría en un adulto, experimentado y maduro, se daba cuenta de que aún tenía veinte años, Jedi o no, y con el niño herido que llevaba dentro todavía tan reciente, que le despertaba un violencia furiosa, el miedo a ser abandonado y la necesidad de la aprobación de los demás.

Dooku jugaba a cazarlo.

—De todos modos, es demasiado tarde para ti —le dijo Anakin. Era necesario elegir: luchar contra Dooku hasta el final, o correr y tratar de llegar hasta Ahsoka. Tenía el ojo puesto en la speeder bike—. Ya debería estar en el palacio de Jabba.

—Te darás cuenta de que no te he preguntado dónde está ella —le dijo Dooku, sacando un holoproyector de su capa—. Sé que no puedes comunicarte con ella, pero me gustaría mostrarte lo que han encontrado unos amigos.

Anakin pensó que se trataba de otro truco, pero la holoimagen azul que surgió parecía bastante real. El ángulo sugería que estaba siendo grabado por alguien bastante más alto que Ahsoka. Ella retrocedía ante dos droides MagnaGuardia, saltando por la arena, con Rotta a su espalda en un arnés improvisado que se había hecho.

¿Era real? Anakin no confiaba en nada de lo que veía en aquel momento.

—El bebé Hutt será otra víctima de la guerra, por desgracia, pero tu padawan será entregada viva a Jabba. —Dooku trazó la figura de un ocho en el aire con la punta de su espada láser, en un lento movimiento—. Él necesitará descargar su dolor y su ira en algo, y no te tendrá a ti para jugar, ¿verdad?

Anakin echó a correr rápidamente hacia la speeder bike.

La había tenido a la vista en todo momento, desde el instante en que Dooku se había bajado de ella. Dooku pareció ir en su caza, pero Anakin le dejó atrás, perdido tras una nube de arena.

Mientras se dirigía al palacio de Jabba, no estaba seguro de que aquello no formara parte de una más de las tretas de Dooku. «¿Realmente soy más fuerte que él, o me ha dejado escapar? ¿Por qué me ha mostrado el holograma, para engañarme o para desmoralizarme, haciendo que bajara la guardia durante la lucha? ¿Por qué?».

Anakin dejó de pensar. Aquello sólo le distraía. Había tomado su decisión, tenía que seguir adelante. Lo único que sabía era que Dooku había intentado retrasarle por algún motivo, aunque ahora debía correr el riesgo de que su objetivo fuera simplemente apresurarle para que fuera al palacio.

Tal vez, Ahsoka se había enfrentado a los MagnaGuardias con éxito, después de todo. Quizás ella ya estaba en el palacio, entregando a Jabba a su hijo.

La única forma de averiguarlo era llegar allí.

MONASTERIO DE TETH

—¡Menudo lío! —dijo Cody. Dio una patada a un trozo de carcasa de droide mientras se abría paso entre la alfombra de destrucción que quedaba en el patio—. Y córtate el pelo.

Rex, con su casco bajo el brazo, se rascó la pelusa que le había crecido en el cuero cabelludo desde la última vez que había podido afeitarse.

—Sí, ¡será lo próximo que haga!

—Tendremos que comenzar a luchar de forma mucho más inteligente que ahora, o nos quedaremos sin hombres.

—Dímelo a mí.

—No es la primera compañía de infantería que perdemos. Y no será la última.

Rex decidió no tomarse aquello como si Cody le diera una palmada en el hombro buscando evitar que se sintiera culpable. Él sabía que no lo era.

—Es la primera compañía que pierdo, señor.

—No vale la pena pensar demasiado en ello, capitán.

—Lo intentaré. El problema es que si no pensamos, podríamos terminar siendo como droides.

Cody no le presionó más. Deambulaban por el campo de batalla, a la búsqueda de algo práctico que les ocupara, más allá de ver qué tecnología e inteligencia se había extraído de los droides que habían capturado, o lo que quedaba de ellos, y aprender de sus errores. Kenobi no estaba por ahí. Los dos oficiales clon realizaron su propia evaluación para decidir qué cosas hacer mejor la próxima vez, persiguiendo con mayor ahínco la muerte del enemigo. Daba igual que lucharan contra seres inorgánicos. Rex imaginó una escena con bajas de carne y hueso y deseó no tener que verlo jamás. Ya era bastante malo tener que pasar sobre sus propios hombres, realizando el recuento de bajas, a pesar de que

ésta había sido una tarea asignada a la 212, que ahora se abría camino entre el metal, recuperando todo lo que podía. Había tenido la esperanza de que alguien de la Compañía Torrente apareciera vivo, pero esta esperanza no le había durado mucho tiempo. No obstante, había logrado mantener a los últimos cinco en pie. O quizás ellos le habían mantenido a él. Sospechaba que más bien la segunda opción era la correcta.

—Bueno, la próxima vez no lo intentaremos sin cobertura aérea —dijo Rex—. Insensato. Los larty no son suficiente. Lo que necesitamos son V-19.

—No se suponía que ésta fuera una batalla de infantería.

—¿El rescate de rehenes en una posición fuertemente defendida e inaccesible? Tendríamos que haber enviado fuerzas especiales para preparar el campo de batalla, luego establecer superioridad aérea y después aterrizar con tropas. No arrastrarnos a través de la selva y perder una cuarta parte de nuestros hombres antes de entablar ni siquiera batalla. Y esto requería la fuerza de un batallón, no de una compañía. Se supone que era una misión fundamental y deberían haber asignado los recursos necesarios.

—Vale, todo el mundo aprende. —Cody se llevó las manos a la cintura y bajó la vista—. Pero no esperes que las cosas mejoren tan a corto plazo.

Rex no estaba seguro de a quién tenía que morder. Skywalker no tenía mucho más que añadir sobre los efectivos que se le habían asignado. Y probablemente, Kenobi tampoco. El problema estaba más arriba en la cadena de mando, y una cosa que había aprendido rápidamente después de salir de los confines de Kamino, donde sólo se enseñaban soluciones militares y se daba formación para ser los mejores soldados, fue que los políticos no piensan como soldados, y que hacen cosas estúpidas por razones que sólo ellos conocen.

En ocasiones, Rex había escuchado a Skywalker murmurar sobre el Consejo Jedi y sus… desacuerdos. Ahora lo entendía. Correspondía al Consejo Jedi decirle al canciller que eligiera con cuidado sus batallas.

Rex se tragó la frustración del momento. Podía ver que Cody estaba agotado por su forma de mecerse de nuevo ligeramente sobre sus talones.

—Bueno, estos cacharros son realmente inútiles en situaciones no habituales y en espacios cerrados —dijo Rex—. Comprobado. Lo único que parecen saber es levantarse y marchar hacia delante disparando. Si hacemos lo mismo, nos limitaremos a seguir perdiendo hombres. Tenemos que evitar enfrascarnos en ese tipo de terreno. Quizá asignar menos tropas terrestres y golpear más duro desde el aire. Tal vez Kenobi pueda reforzar esta última parte de la cadena.

—¿Dónde está Skywalker? —preguntó Cody.

—Se estrelló en Tatooine, pero el Hutt sigue aún vivo, según el informe del general Kenobi.

—Misión cumplida, entonces. No ha sido en vano, Rex.

Rex iba a decir que si el acceso a las rutas del Borde Exterior se comparaba con una visión más realista sobre el número de batallas que podían entablarse, entonces se habría

logrado algo. Pero tenía la sensación de que no cambiaría nada, sino que simplemente sólo esparciría y disiparía un poco más el Gran Ejército.

Tenía fe en Skywalker, porque el hombre estaba allí con ellos, en lo más profundo, y entendía cuál era el juego. Rex encontraba que su fe era como la atmósfera: cuanto más alto subía, más tenue se volvía.

—Regresaré con mis hombres, entonces —dijo Rex, refiriéndose a la estación de auxilio que se había montado en una de las naves que habían aterrizado en el perímetro—. No tardaré mucho.

VEINTE

Hemos afianzado la posición Hutt, señor. La senadora Amidala ha salido ilesa y está regresando al Senado con su droide de protocolo. Tenemos a lord Ziro bajo custodia. Él asegura que el conde Dooku le forzó a secuestrar al hijo de Jabba. No ha habido bajas, a menos que quiera contar las bajas droides, por supuesto.

Comandante clon Fox, al informar al cuartel del GAR sobre el éxito del rescate de rehenes

PALACIO DE JABBA, TATOOINE

—Lord Jabba, hemos localizado a Skywalker. —El capitán de la guardia Nikto llegó caminando con paso ligero—. Se acerca al palacio en una speeder bike. He situado francotiradores en el tejado. Os pido permiso para realizar un ataque letal, milord.

Jabba se esforzó en no permitir que el dolor le abrumara. La ira era un buen remedio temporal, un breve respiro de sangre fría.

—No, lo quiero vivo —dijo—. Quiero que me diga él mismo qué ha hecho con el cuerpo de mi hijo. Después de eso, no quiero ser demasiado ansioso en matarlo. Quizá me tome unas semanas para ello. Después, el *sarlacc* tardará unos mil años en digerirlo. No, no le daré una muerte rápida a Skywalker.

Jabba tenía a todo su séquito alrededor. Quería arrastrarse hasta un rincón oscuro y profundo hasta que el angustioso vacío de su pecho cesara, pero tenía que mostrarse fuerte y dueño aún del control. Si no, las familias kajidic y la propia sociedad Hutt caerían en el caos, y los Hutt saldrían debilitados. Necesitaba que hubiera testigos de que, aun en su momento más oscuro, él mantenía el mando.

De fondo, un músico nerrian tocaba una melodía de lamento. La cuna vacía de Rotta permanecía a un lado de la tarima. Finalmente, Jabba oyó los pasos de un droide y TC-70 entró trayendo una espada láser.

—Skywalker ha entregado su arma sin presentar batalla, milord —dijo el droide—. Pregunta por su padawan.

Por el pasillo se aproximaban pasos humanos y Nikto. Skywalker entró casi de manera informal, desde luego no como lo hubiera hecho un ser humano que se preparara para morir, y miró alrededor como si esperara encontrar algo.

El objetivo de su mirada parecía aquella cuna vacía. Entonces, miró al músico.

—Lord Jabba, ¿dónde está mi padawan? —Hablaba la lengua Hutt con un fuerte acento de Mos Espan—. ¿Dónde está vuestro hijo?

El músico se detuvo justo a media canción. Jabba no se atrevía a mirar más allá del Jedi, por si su ira le desbordara y le hacía bajar las defensas.

—Mi hijo… está donde tú hayas dejado su cuerpo, miserable asesino Jedi.

—Su hijo está vivo, a menos que algún MagnaGuardia de Dooku le haya matado junto con mi padawan. Ella lo traía, su hijo ya debería haber llegado.

Jabba se movió un poco hacia delante.

—Si fueras cualquier otro estúpido humano, tomaría tu vano intento por engañarme como una simple tontería. Pero tú nos conoces, Skywalker, porque fuiste criado aquí, como un pedazo de escoria, como un esclavo, y por eso sabes que me insultas en mi dolor.

Skywalker hizo una pausa, parpadeó y estiró la mano. La espada láser que sostenía el TC-70 voló a través de la sala hacia el puño del Jedi, y en cuestión de segundos la guardia Nikto se estrelló contra la pared como si hubiera sido arrojada por una mano invisible. Skywalker encendió su arma y repelió los disparos de los fusiles antes de saltar a la tarima y poner su brillante haz justo delante de la garganta de Jabba.

Jabba debería haberse sentido indignado, pero por un instante creyó que encontraría el fin al dolor que le oprimía. Entonces volvió a la normalidad. Hizo lo que siempre había hecho, se sentó impasible y desafiante. Los Hutt no podían correr. En lugar de ello, habían convertido una defensa férrea en su táctica de supervivencia.

—Dooku tenía razón —dijo Jabba—. Has matado a mi hijo, y ahora vienes a matarme a mí.

Jabba sabía que la guardia Nikto no podía abrir fuego, porque corrían el peligro de matarle a él o Skywalker podía hacerlo al desviar alguno de los tiros. Todos se quedaron paralizados.

—No, no he venido aquí para asesinarte. —Skywalker miró a Jabba a los ojos y éste pudo darse cuenta de que estaba ahí para convencerle—. He venido a negociar.

—Aun así morirás, escoria.

—En algún punto del desierto, mi padawan está de camino hacia aquí con Rotta. Yo sé que ha sido atacada por MagnaGuardias. He luchado con Dooku para llegar. En lugar de hacer que vuestro séquito se quede aquí inútilmente, ¿por qué no los enviáis a buscarla?

—¿Otro inútil intento de engañarme, Jedi?

Skywalker no podría quedarse allí por siempre. Sabía que tarde o temprano serían demasiados para él, por lo que tenía que ganar tiempo. Jabba no tenía miedo. No había hueco en él para ese sentimiento en aquel instante.

—Guardias —dijo—. Id a ver si llegan refuerzos Jedi. Luego matadlos.

Giró su cabeza para mirar a Skywalker, intentando encontrar algo en el rostro de aquel ser humano que explicara cómo podía haber matado a un bebé. Los seres humanos, de hecho, todas las especies con sentimientos, se sentían desarmados ante algo tan pequeño e indefenso, aun cuando no fuera un ser de su propia especie. Era un instinto muy básico. Jabba incluso encontraba simpáticos a los bebés humanos, hasta que crecían, por supuesto.

Pero Skywalker mataba a los niños. Eso le hacía peligroso y diferente. Jabba se consoló a sí mismo pensando con qué facilidad los seres humanos se podían matar, y en las muchas maneras como podía hacerse.

Los minutos transcurrían.

El tiempo de Skywalker se acababa. Jabba podía ver el sudor de su labio superior.

—¡Milord Jabba! —La voz de un guardia sonó desde el pasillo, lo más parecido que Jabba había oído a un Nikto emocionado—. ¡La Jedi está aquí con su droide! ¡Lo tiene! ¡No es un artefacto explosivo!

«¿A él?».

Pasaron unos segundos antes de que Jabba lo asumiera. Giró su cabeza lentamente, conteniéndose ante la inevitable caída hacia el más profundo dolor, que produce una esperanza desvanecida. No podía estar diciendo eso. No podía.

Una pequeña hembra togruta, desaliñada, con marcas de quemaduras láser y cubierta de arena, irrumpió en la sala cargando un bulto a la espalda, demasiado grande para ella. Giró la espalda, casi cayendo, y lo puso sobre la tarima.

«No es un artefacto explosivo».

—Bien hecho, mocosa —le dijo Skywalker. Dejó escapar un largo suspiro y apagó su espada láser—. ¡Tienes muy mal aspecto!

La togruta desenvolvió su carga y Jabba casi no pudo mantener más su hierática compostura. Su actitud se suavizó, aunque la recuperó rápidamente.

—Mi… hijo —dijo. Rotta gruñó y emitió un pequeño grito de felicidad al oír la voz de su padre—. Traédmelo… aquí.

—Milord Jabba os pide que pongáis a su hijo en sus brazos —dijo el TC-70.

Y así lo hizo ella. Parecía como si se tratara de un esfuerzo más que apenas pudiera hacer, pero llevó a Rotta a sus brazos. Su hijo estaba más ligero y delgado, pero estaba vivo. Estaba vivo y a salvo.

—Ya estás aquí, apestoso —dijo ella, dedicándole una de aquellas sonrisas con todos los dientes—. Seguro con papá, otra vez. Te echaré de menos.

Jabba podría haber respondido en la lengua de ella, en básico, pero tenía una imagen que mantener. Este era su mundo, los extranjeros hablaban su idioma.

La corte parecía poder respirar de nuevo. El músico se esforzaba en tocar la melodía más feliz, mientras los sirvientes hablaban apasionadamente.

Jabba tenía a su hijo de vuelta. Apenas lo podía creer. Dooku lo había manipulado, pero también lo había hecho el Jedi. Todos eran lo mismo, humanos detrás de su favor y de lo que pudieran sacar en sus interminables intentos. Todavía no dejaría que sus asuntos se relajaran.

—Y ahora, Jedi —dijo Jabba—, moriréis igualmente.

Anakin pensó que tenía que haberlo conocido mejor. Se necesitaba algo más que una emotiva reunión, si es que los Hutt eran capaces de tener sentimientos profundos, para hacer entrar a Jabba en razón.

—De acuerdo, yo soy el único con quien tienes un problema—dijo Anakin—. Permite a Ahsoka salir con mi droide astromecánico. Ella ha salvado a tu hijo una docena de veces desde que lo encontró en Teth: no se merece esto.

Los ojos de Ahsoka iban de una cara a la otra, pues no hablaba la lengua de los Hutt. No tenía idea de lo que pasaba, sólo de que los problemas aún no habían terminado. Tenía el aspecto de haber luchado contra un ejército entero. Los MagnaGuardias no eran droides de combate. Anakin estaba sorprendido que ella hubiera podido sobrevivir.

«Ella ha salvado a Rotta. Al fin y al cabo, ella lo ha salvado, no yo. No puedo salvar a nadie, aunque lo intente».

—Di a lord Jabba —dijo Ahsoka al TC-70— que es necesario que hable con la senadora Amidala. Recibí un mensaje por el comunicador cuando me pude detener. El general Kenobi me dijo que ella necesita hablar urgentemente con Jabba sobre su tío Ziro, porque lo han detenido.

Jabba se desplazó hasta al comunicador de su tarima, incluso antes de que el TC-70 dijera dos palabras. Así pues, notó Anakin, Jabba entendía bien la lengua básica. Siempre lo había sospechado. Pero el terror del momento era tan intenso que, ni siquiera al oír nombrar a la senadora Amidala, su pulso se había alterado.

«Padmé. Mi mujer. ¡Eh, que es mi mujer!».

El holograma de Padmé apareció al instante, como si llevara rato esperando poder emitir el mensaje.

—Lord Jabba —dijo en tono diplomático, inclinando la cabeza—. Vuestro tío Ziro ha sido detenido por tramar, junto al conde Dooku, el secuestro de vuestro hijo e intentar deponeros, e incriminar a los Jedi para sabotear las negociaciones con la República.

—Demostradlo —dijo Jabba.

—Lord Jabba os pide que lo demostréis —tradujo el TC-70.

—Ahora mismo podéis hablar con Ziro, lord Jabba, desde la celda donde está custodiado.

Padmé salió del campo visual de la imagen y su lugar fue ocupado por el holograma de un Hutt.

—Es mejor que tengas una buena historia, Ziro… —le dijo Jabba.

Ziro comenzó a suplicar al momento.

—Sobrino, ¡yo nunca hubiera hecho daño a Rotta! ¡Dooku me obligó a hacerlo! Él me amenazó, amenazó con matarme…

—Tendrías que habérselo permitido —le contestó Jabba—. Porque cuando pueda ponerte las manos encima, te haré entender por qué un Hutt no puede traicionar a otro Hutt. Ya he visto suficiente. Que se ponga otra vez la senadora.

Padmé volvió a aparecer. Anakin se colocó en el campo visual del transmisor para que ella pudiera verle. Ella sonrió, un poco distante, aunque él pudo ver que ella desempeñaba su papel de política. Su matrimonio era un secreto, tanto por el bien de ella como por el de él.

—General Skywalker —le dijo, inclinando la cabeza de nuevo—. Gracias por su ayuda para resolver este asunto.

—Gracias a usted, senadora —dijo Anakin, deseando mostrar la expresión de un guerrero, aunque a juzgar por el semblante de Ahsoka, claramente no lo estaba logrando. Era difícil estar al borde de la muerte y ver intervenir a tu amor secreto, sin dejar que ello influya en la expresión de tu rostro—. La padawan Tano, el capitán Rex y la Compañía Torrente de la 501 fueron todos piezas clave para lograr esto.

«Y encima viene Padmé, y me salva».

Ella mostró su sonrisa más profesional, aunque casi le guiñó el ojo.

—Lord Jabba, quizás ahora podamos acordar el uso de sus rutas para el tráfico militar de la República y poner fin a esta guerra.

El TC-70 se lo tradujo. Jabba, meciendo a Rotta en su vientre de la misma forma que un humano lo haría en su regazo, rio con voz cascada, tanto como su viejo ser.

—Dígale a la senadora que hay trato. Y también quiero que Dooku sea llevado ante la justicia.

Ése fue el momento en que Anakin se sintió lo bastante seguro como para dejar que sus piernas cedieran al paso a la adrenalina y saltar de la tarima. Pero en vez de eso, se inclinó un poco, invitó a Ahsoka a seguirlo, y juntos se retiraron de la sala para reunirse con R2-D2.

Si alguna vez regresaba de nuevo a Tatooine, seguro que siempre sería demasiado pronto.

NAVE DE DOOKU, ABANDONANDO EL ESPACIO HUTT

Dooku esperaba una buena reprimenda por parte de Sidious, pero nunca le llegó. El holograma del lord de los Sith permaneció sentado en calma, como si escuchara un percance menor.

—Maestro, lamento deciros que el Jedi ha tenido éxito, y que ahora la República tiene un acuerdo con los Hutt —dijo Dooku—. Esto hará que el Borde Exterior sea mucho más difícil de mantener.

—Ya sabes lo que se dice sobre las batallas y las guerras, ¿no, conde Dooku? Puedes perder unas y, sin embargo, ganar la siguiente.

—Lo sé, maestro.

—Entonces permite que esta vez se lleven la victoria. No significará una gran diferencia en el curso general de la guerra. La expansión debilitará sus fuerzas y hará que se confíen. De hecho, la pérdida de esta pequeña escaramuza podría ser la causa de su debacle, cuando la historia analice esta guerra en los años venideros.

Dooku había considerado esta posibilidad, aunque más como un consuelo. Sidious hacía que sonara como si hubiera sido una derrota deliberada.

—Sois muy amable, maestro.

—No, conde Dooku. Soy muy pragmático.

El holograma desapareció, y Dooku quedó sentado junto al escritorio de su oscuro aposento que, de no ser por los destellos de la consola de mando, podría haber sido un estudio en un gran castillo.

Galidraan se perfiló en su memoria una vez más, rodeado de nieve y acusador. Dooku reflexionó sobre otra feroz batalla que había terminado de una manera imprevista, y volvió a preguntarse: «¿Qué es lo que hemos hecho?».

Él había cumplido con su deber.

Y volvería a hacerlo.

EPÍLOGO

ZONA DE ATERRIZAJE,
PALACIO DE JABBA,
TATOOINE

Rex esperaba en la escotilla de la nave de guerra LAAT/i mientras Kenobi y Yoda hablaban sentados en su interior. Él no oía la conversación de los maestros Jedi, una conversación que de todos modos se redujo apenas a unas cuantas palabras.

Él estaba esperando a su general.

En un primer momento, Skywalker y Ahsoka parecían tener sólo medio cuerpo, vistos a través del espejismo de aire caliente que emanaba de la arena. Conforme se fueron aproximando, cobraron una forma más sólida, precedidos por el droide astromecánico. Rex saltó para reunirse con ellos y alcanzarlos a mitad de camino.

Skywalker tendió su mano a Rex y éste se la estrechó.

—Me alegro de verle, capitán.

—Yo también, señor.

—Siento no haber regresado.

—Ningún problema, señor. Así, el general Kenobi tuvo algo que hacer. Ya sabe cómo se aburre.

Skywalker rio. Tenía un aspecto desaliñado y apestaba a Hutt.

—Tienes malas noticias para mí, ¿no?

—Cinco hombres.

Ahsoka levantó la vista.

—¿Cinco muertos?

—Cinco vivos, aparte de mí.

—Oh —dijo, en voz sorprendentemente baja—. ¡Qué pena! Los hombres con los que hablaba en el hangar…

—Sí, pequeña. Ellos también.

—Deme detalles —dijo Skywalker—. No el informe oficial. Quiero oírlo todo. Nombres. Quiero saber cómo seis hombres lograron mantener a raya a un ejército droide, Rex.

—Oh, un aburrimiento. —Rex volvió a la nave, casi sin poder soportar la idea de que al día siguiente tendría que levantarse y volver a hacer lo mismo—. No es tan importante, ¿no?

—Para mí lo es —le dijo Skywalker.

—Y para mí —dijo Ahsoka.

Rex asintió.

Aquélla era la diferencia.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a las editoras Shelly Shapiro (Del Rey) y Sue Rostoni (Lucasfilm), a mi agente Russ Gahn y a Jim Gilmer su apoyo logístico incondicional. Asimismo, deseo manifestar mi gratitud a Karen Miller por su compañerismo y a la Legión 501 por haber revelado qué ocurrió en realidad en Teth.



KAREN TRAVISS es autora de cuatro novelas de *Star Wars: Commando: Hard Contact*, *Triple Zero*, *True colors* y *Order 66;* tres novelas de *Star Wars: Legacy of the Force: Bloodlines*, *Revelation* y *Sacrifice*, así como de los títulos *City of Pearl*, *Crossing the Line*, *The World Before*, *Matriarch*, *Ally* y *Judge*. Ex periodista de prensa escrita y televisión, también ha trabajado como portavoz de la policía ante los medios. Sus relatos cortos han sido publicados en las revistas *Asimov's*, *Realms of Fantasy*, *On Spec*, y en *Star Wars Insider*. Vive en Devizes, Inglaterra.